
13
COZY MYSTERY
ELIZABETH BLAKE
ORGULLO, PREJUICIO Y VENENO
Los peores crímenes son los del corazón
Jane Austen Society

La librería de segunda mano de Erin Coleridge en Kirkbymoorside es el lugar donde se reúne cada mes la Jane Austen Society. La última reunión termina de forma trágica cuando Sylvia Pemberthy aparece muerta tras la pausa para el té. Esto, sumado a una violenta discusión en otra de las quedadas, hace que todos los miembros de la sociedad se conviertan en sospechosos. Tras un segundo intento de asesinato, su amiga Farnsworth convence a Erin de poner sus dotes de criminóloga aficionada al servicio de la justicia y colaborar con el atractivo inspector Peter Hemming en la investigación. ¿Lograrán atrapar al asesino? ¿O tendrán que lamentar más víctimas? Erin deberá demostrar que el orgullo no nubla el juicio, el prejuicio no impide la justicia, y la persuasión, con algo de sensibilidad, nos pueden llevar a la verdad.

Elizabeth Blake

Orgullo, Prejuicio y Veneno

Misterios en la Jane Austen Society

1



Título original: *Pride, Prejudice & Poison*
Elizabeth Blake, 2019
Traducción: Laura Fernández, 2025
Diseño de cubierta: Elena Mompó

Revisión: 1.0

12/01/2026

Para Rachel Fallon, una verdadera amiga.

CAPÍTULO UNO

—Es una verdad reconocida universalmente que a toda mujer soltera que posee una fortuna le hace falta un marido —susurró Farnsworth Appleby.

—¡Silencio! —respondió Erin Coleridge, aguantándose la risa. Ella y su amiga Farnsworth estaban sentadas en la última fila del frío sótano de la iglesia All Souls, donde esperaban a que diera comienzo la reunión del Comité de Eventos de la Rama Norte de la Jane Austen Society aquella fresca mañana de octubre. El servicio eclesiástico había terminado veinte minutos antes y Erin oía como los últimos feligreses se retiraban lentamente de la primera planta del templo.

La mayoría de los seis o siete miembros del comité ya había llegado, el único que faltaba era Jonathan Alder, el maestro de la escuela del pueblo, cuya ausencia había motivado el comentario de Farnsworth. Hacía poco que había llegado al pueblo con su aire romántico, las mejillas sonrosadas, la piel clara y una mata de rizos morenos, y había suscitado muchas especulaciones. Algunos miembros de la sociedad habían comenzado a llamarlo «señor Bingley» a sus espaldas, pues era demasiado simpático para ser un verdadero señor Darcy, pero el apodo de Bingley le quedaba a la perfección.

Jonathan sabía cómo sacar partido a su encanto y coqueteaba lo justo con las jóvenes de Kirkbymoorside para conseguir que sus

corazones latieran un poco más rápido cuando estaba cerca. A Farnsworth le gustaba provocar a Erin haciendo bromas sobre él y, aunque esta no era inmune a sus encantos, lo trataba con una cortesía distante en público, solo para molestar a su amiga.

—No entiendo por qué te muestras tan esquiva —comentó Farnsworth—. Él es soltero, y tú…

—Desde luego, no poseo una fortuna —susurró Erin—, y no me hace falta marido.

—Pero tienes una librería —replicó su amiga antes de tomar un sorbo de té del termo que siempre llevaba consigo.

Farnsworth Appleby era la viuda trágica del pueblo. Técnicamente era una esposa abandonada, ya que su marido había huido con los ahorros de ambos y la camarera irlandesa del George and Dragon. Pero la justicia divina fue rápida y contundente: poco después, lo había atropellado un camión en Dublín, lo que permitió a Farnsworth recuperar el dinero, aunque no su dignidad.

Desde aquel día ella se había dedicado a acoger gatos callejeros y era conocida por todos como «la pobre Farnsworth»; sin embargo, Erin la apreciaba y sus excentricidades le resultaban encantadoras. Además, preparaba el mejor café del pueblo, tal vez de todo el norte de Yorkshire, y Erin sabía que su pose de viuda trágica no era más que una fachada para repeler a quienes no le agradaban. En realidad, su amiga tenía una gran autoestima y un agudo sentido del humor.

Farnsworth tomó otro delicado sorbo de té.

—Una librería puede no ser una fortuna, pero…

—Me parece que a ti te gusta.

Farnsworth se rio, aunque un rubor coloreó sus mejillas regordetas.

—¡No digas tonterías!

—Ya viene, compórtate —advirtió Erin al ver que Jonathan Alder entraba en la sala acompañado de mujeres de distintas edades y con cuerpos de todas las tipologías. Las miradas se volvieron hacia él, y un sonrojo se extendió por el rostro del profesor, ya rosado de por

sí.

—No sabéis cuánto lo siento —se excusó con un acento bastante refinado, que sin duda no era del norte de Yorkshire—. Me han entretenido en la escuela, y…

—Por favor, no nos hagas perder más minutos de nuestro tiempo con una explicación larga —interrumpió Sylvia Pemberthy desde su sitio de la primera fila mientras Jonathan ocupaba su lugar en el estrado.

La actual presidenta de la sociedad era muy estricta con la puntualidad y, sin duda, envidiaba la popularidad de Jonathan, pues él había sido elegido presidente del Comité de Eventos por unanimidad, mientras que el puesto de Sylvia como presidenta de la sociedad era inestable. Como de costumbre, Sylvia lucía un sombrero ridículo, del cual asomaba un nido de plumas de pavo real que parecían espadas diminutas.

Era bien sabido que a Sylvia le gustaba que todo funcionara sin contratiempos, un propósito poco realista, dado el reciente tumulto que había sacudido a la Rama Norte de la sociedad. Lo que había comenzado como un desacuerdo respecto al protocolo se había convertido en un violento frenesí de recriminaciones y calumnias que había dividido al grupo en dos facciones, cada una de las cuales defendía una filosofía diferente sobre la dirección que debía tomar la organización.

—*Lady* de Bourgh ha hablado —susurró Farnsworth.

Erin le dio un codazo en las costillas. Sylvia Pemberthy era una de las personas más adineradas de Kirkbymoorside, el pintoresco pueblo situado a lo largo de la frontera sur del Parque Nacional de los North York Moors, y últimamente una de sus habitantes más impopulares. Farnsworth tenía razón: la arrogancia de Sylvia recordaba a la de *lady* Catherine de Bourgh, lo que quizá la convertía en la persona menos indicada para calmar los ánimos.

Como la sociedad se había dividido en facciones, cada vez que se reunían el ambiente era más tenso y las viejas rivalidades alcanzaban niveles críticos en un momento en el que necesitaban

tomar decisiones sobre el futuro de la rama.

Erin notó la evidente ausencia del esposo de Sylvia, Jerome, un distante profesor de historia de la Universidad de York. Hacía semanas que circulaban rumores sobre sus posibles problemas conyugales.

—Bien —dijo Sylvia, las pomposas plumas de pavo real de su sombrero rebotaban cuando hablaba—, cuando se serene todo el mundo, podremos comenzar.

—Cualquiera diría que ella dirige la reunión —le susurró Farnsworth a Erin, quien le propinó otro codazo.

—¡Silencio!

El ascenso de Sylvia al poder era tan controvertido como su mandato. Tenía un talento especial para hacer enemigos, aunque Erin pensaba que cualquiera en su posición se habría ganado la ira de los miembros del club. Como presidenta de la rama, Sylvia representaba a la vieja guardia, compuesta por miembros conservadores, en su mayoría acaudalados, preocupados por cada detalle y por cumplir las reglas al pie de la letra. Los llamados modernistas consideraban que la vieja guardia estaba irremediablemente atrapada en un mar de normas y protocolos, pero, en realidad, se trataba de algo más profundo. Era una forma de ver el mundo: la vieja guardia estaba compuesta por las mismas personas que habían votado a favor del Brexit. Los sentimientos en torno a la salida británica de la Unión Europea estaban a flor de piel, y lo que había empezado como una tormenta local se había convertido en un tifón.

—Aquí tienes que redactar una puñetera instancia solo para ir al servicio —musitó Farnsworth mientras recolocaba su figura corpulenta en la estrecha silla plegable de metal.

—Silencio, por favor. En cuanto el presidente se organice, podremos dar comienzo a la reunión —siseó Sylvia al tiempo que dedicaba una fría mirada a Jonathan Alder, que sacaba algunos documentos de un maletín de cuero desgastado.

—Solo se ha retrasado unos minutos —señaló Erin.

Sylvia explotó:

—¡Ya está bien! ¡No toleraré la insubordinación en la sociedad! ¡Y aquí, o llegáis a las reuniones a tiempo o será mejor que no vengáis! —Añadió, y fulminó a Jonathan con la mirada.

—¿Tú te oyes cuando hablas? —preguntó Farnsworth—. Pareces una bruja.

—Mira quién habla —espetó Sylvia—. ¡Todo el pueblo sabe que eres absolutamente patética!

Al oír el trato que Sylvia le dispensaba a su amiga, Erin se enfadó mucho. Abrió la boca para decirle a la presidenta lo que pensaba, pero Prudence Pettibone se le adelantó.

—«La gente no se apiada nunca de los que no se quejan» —proclamó con su voz nasal. La taciturna tesorera de la sociedad era conocida por citar a Jane Austen siempre que podía, cosa que solía ocurrir en el momento menos oportuno.

Sylvia se volvió para mirarla.

—¡Te agradecería que fueras más reservada con tus pensamientos! —espetó, y al hacerlo lanzó gotas de saliva al aire, algunas de las cuales aterrizaron en el rostro de Pru.

Prudence Pettibone era una mujer menuda y desgarbada; tenía el cabello castaño deslucido y vestía ropa arrugada que siempre le quedaba mal, por lo que cualquiera podía confundirla con una vagabunda. Erin se estremeció al ver como su amiga sufría la humillación de ser el blanco del escupitajo volador de Sylvia.

—No puedes tratar a la gente como… —comenzó a decir Erin, pero la cortó el muy honorable reverendo Motley, un hombre corpulento y empalagoso, que había sido pastor de All Souls durante muchos años. Acababa de entrar en la sala y la interrumpió a media frase.

—«Lo que nos define no es lo que decimos o pensamos, sino lo que hacemos» —opinó con su voz aristocrática y moralista al tiempo que unía los pulgares frente a su sotana negra. La llevaba larga, al estilo del protagonista de la popular serie de televisión *Padre Brown*, con una hilera de brillantes botones de latón en la parte delantera. A

Erin le parecía pretenciosa, y un evidente intento de camuflar su considerable contorno.

Ni siquiera Sylvia se atrevía a plantarle cara; la sociedad se reunía en el amplio salón comunitario de All Souls únicamente gracias a su generosidad, y desafiar al padre Motley conllevaba arriesgarse a perder un lugar de reunión conveniente y gratuito.

—Por supuesto —continuó mientras paseaba sus diminutos ojos brillantes por la sala—, a aquellos de vosotros que habéis asistido al servicio de esta mañana os ha resultado un poco más fácil llegar a tiempo, ¿verdad?

Farnsworth puso los ojos en blanco y Erin le dio otro codazo en las costillas.

Sylvia se enderezó el sombrero y tosió con recato.

—Bien dicho, reverendo. Bien dicho, sin duda.

—No veo qué tiene que ver la fe religiosa de uno con la puntualidad —afirmó Farnsworth.

Al reverendo le empezó a sudar la frente.

—Solo sugería que para quien, por casualidad, acudiera al servicio matutino, la puntualidad no sería un problema.

—Estaba perfectamente claro lo que ha querido decir —repuso Sylvia antes de lanzar una mirada asesina a Farnsworth—. Hay gente muy susceptible.

Erin suspiró y consultó el reloj: ya eran más de las doce del mediodía y la reunión todavía no había comenzado como era debido.

Jonathan Alder tosió con decoro al tiempo que se acercaba al estrado.

—Bien —dijo—. ¿Hablamos sobre la posibilidad de aumentar las cuotas de membresía?

Owen Hardacker resopló.

—Yo digo que las eliminemos del todo.

Owen era delgado e intransigente, tenía un rostro que recordaba a la fachada erosionada por el viento de un granero y era un agricultor acaudalado dueño del rebaño de ovejas más grande de la región; podía remontarse por su árbol genealógico hasta antes de

Guillermo el Conquistador. A pesar de ser una persona pudiente, Owen simpatizaba con la clase trabajadora. Como líder de los modernistas, se aferraba con obstinación a su pronunciado acento de Yorkshire, quizás como una forma de distanciarse de integrantes de la vieja guardia como Sylvia. Erin apreciaba a Owen a pesar de sus modales zafios y su carácter brusco, mientras que las personas como Sylvia le recordaban por qué se había marchado de Oxfordshire.

—No podemos eliminar las cuotas sin más —opinó Kurt Becker, el panadero del pueblo. A diferencia de él, su tienda, Fresh and Hot, era un establecimiento popular. Kurt tenía una actitud rígida y acento prusiano, y a Erin siempre le había dado la impresión de que era el típico alemán salido de una película de guerra. Su mandíbula cuadrada y el cabello rubio y liso contribuían a esa imagen, al igual que su esposa Suzanne, con su personalidad tensa y su figura delgada como un galgo. Erin se preguntó dónde estaría Suzanne, pues era domingo y la panadería estaba cerrada.

—Ya me extrañaba que no te pusieras de su parte —murmuró Owen Hardacker.

Becker se erizó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Podríamos, por favor, volver al tema que nos ocupa? —espetó Sylvia.

—No, ¡exijo saber a qué se refería! —insistió Kurt Becker, al tiempo que se levantaba de la silla. Parecía dispuesto a darle un puñetazo a Owen Hardacker.

—¡Calmaos, por favor! —suplicó Jonathan, pero era evidente que había perdido el control de la reunión antes incluso de que comenzara.

Hardacker se levantó de la silla de un salto.

—¡No voy a permitir que ningún maldito cabeza cuadrada me diga lo que debo hacer!

—Por favor —suplicó Jonathan—. Si pudiéramos…

Kurt Becker también se levantó.

—¡No tolero que me insulten!

—«El estilo de uno no va a ser norma obligatoria para todos los demás» —recitó el reverendo Motley mientras inclinaba la cabeza para clavarle los ojos al panadero—. No hay por qué comportarse de un modo tan infantil.

Becker lo fulminó con la mirada.

—No soy yo quien se comporta como un niño —respondió con dureza, y abandonó indignado la sala sin mirar atrás.

Sylvia se volvió hacia Owen Hardacker.

—Bueno —dijo con desdén—, espero que estés contento.

—¡Qué te zurzan! —exclamó Hardacker, y se puso su desgastada gorra de *tweed*—. ¡Esta sociedad se está yendo al garete! —anunció, y salió de la sala muy enfadado.

Erin miró a Jonathan, que contemplaba la escena con expresión de asombro.

—La reunión general es dentro de dos días —le recordó Erin—. ¿Por qué no lo hablamos entonces, cuando todo el mundo se haya calmado un poco?

—¡Buena idea! —convino Farnsworth con entusiasmo.

—Yo secundo la moción —terció contenta Prudence Pettibone.

Al final, incluso el reverendo estuvo de acuerdo en que las cosas se habían calentado demasiado, y disolvieron la reunión. Mientras se subía al coche, Erin se preguntó qué habría pensado Jane Austen de un comportamiento tan indecoroso; sin embargo, en ese momento no podía saber que aún ocurrirían cosas mucho peores.

CAPÍTULO DOS

Erin Coleridge sintió un escalofrío cuando salió por la puerta para quitar el cartel de abierto del Readers Quarry, su tienda de libros de segunda mano. Después del revuelo de la reunión, había pasado el resto de aquella tranquila tarde dominical en su tienda, donde solo habían entrado dos personas, pero había cerrado varias ventas por internet, su principal fuente de ingresos. El crepúsculo se acercaba rápidamente, pues anochecía más temprano ahora que había llegado octubre y ya solo faltaban dos semanas para la celebración anual de Halloween y la hoguera, después de la cual las visitas de turistas se reducían a un goteo. Sin embargo, durante las fiestas, la población podía aumentar y pasar de los tres mil habitantes a más de cinco mil, ya que personas de todo Yorkshire y los alrededores acudían al festival de fin de semana, que comenzaba con una enorme hoguera en la plaza del pueblo.

Erin arrastró la pesada señal de madera hasta la casita de piedra que hacía las veces de tienda y vivienda, y la apoyó detrás de la gruesa puerta de roble, que cerró y aseguró cerrando con doble vuelta. En Kirkbymoorside había poca delincuencia, pero su padre clérigo le había enseñado a ser cautelosa, no así su madre, una mujer bastante más salvaje y con unas ganas de vivir admirables, que ella nunca había logrado emular del todo. El crimen era uno de los pasatiempos de Erin, cuya extensa biblioteca forense la había hecho tomar conciencia de lo que podía ocurrirle a una mujer que

vivía sola, incluso en un tranquilo pueblecito como Kirkbymoorside.

Cruzó la tienda hasta la parte trasera de la primera planta y entró en una cocina pequeña pero bien equipada, con sus relucientes teteras de cobre y coloridas sartenes para hacer tortillas. Erin era una amante de los placeres sencillos que vivía rodeada de sus adorados libros de segunda mano, y rara vez experimentaba la euforia de su madre, aunque vivía bastante satisfecha. Su padre gozaba de la robusta salud de los virtuosos; sin embargo, su madre estaba muerta y enterrada, pues se la había llevado, a sus cuarenta y tantos años, un cáncer que la arrasó rápidamente, alimentado por el ímpetu de su intensa personalidad. Erin tenía la sensación de que las personas vitalistas solían morir jóvenes y dejaban atrás a las almas más tímidas. Su madre había ardido y se había consumido como una estrella sedienta de experiencias.

Erin había comprado la histórica casita de campo a su llegada al pueblo hacía dos años. Como ocurría con muchos pueblos del norte de Inglaterra, Kirkbymoorside llevaba su legado con orgullo y cierta actitud defensiva, como si estuviera dispuesto a reaccionar ante cualquier desafío a su autenticidad, aunque costaba imaginar que alguien pudiera pasar por alto la historia que transpiraban sus edificios de piedra desgastada y sus estrechas calles sinuosas. Y fue precisamente esta conciencia del pasado lo que había atraído a Erin al pueblo cuando la pérdida de su madre le había provocado la desesperada necesidad de huir de Oxford.

A pesar de tener los radiadores a máxima potencia, un viento helado se colaba a través de las grietas en la antigua mampostería, y Erin se estremeció mientras inspeccionaba el congelador en busca de algo para cenar. Siempre tenía guardado un buen surtido de platos preparados del supermercado Sainsbury’s para noches como aquella, cuando no tenía ganas de cocinar.

Sacó un paquete de pollo *tikka masala* con arroz basmati del congelador, lo dejó en la encimera y puso un CD del compositor francés Josquin des Prés. Aunque muchos de sus amigos se habían pasado al universo del iPod, a Erin le parecía todo demasiado

complicado y no quería esforzarse. Le ocurría igual que a su padre: tenía tendencia a ceñirse a lo conocido.

Se estremeció de placer cuando la deliciosa armonía se hizo oír por la estancia; las voces se entrelazaban como corrientes sinuosas. Hacía poco que Erin se había enamorado de la música antigua, en especial de la música vocal del Renacimiento, y Farnsworth había estado insistiendo para que se uniera al coro de All Souls, así que lo estaba considerando seriamente.

Se había pasado medio día al teléfono para consolar, persuadir y aliviar orgullos heridos de algunas de sus compañeras, a las que había asegurado que todo saldría bien. Primero había llamado Prudence; a continuación, lo había hecho la mejor amiga de Pru, Hetty Miller.

—¿Cómo se atreve a tratar a la gente así? —había dicho Hetty—. ¡Prudence me ha dicho que Sylvia le ha hablado fatal!

—Tampoco fue muy agradable con Farnsworth —señaló Erin—. Y definitivamente fue un error enfrentarse a Owen Hardacker.

—¡La muy descarada! Se cree una dama importante y poderosa. Pues permíteme decirte que no es tan santurrona como parece.

A Hetty le encantaba decir frases hechas; esta última procedía de su devoción por la popular serie de televisión *Downton Abbey*. No había duda de que pretendía insinuar que Sylvia era promiscua, un tema en el que Erin no tenía ningunas ganas de profundizar. Finalmente, tuvo que apremiar a Hetty para que colgara el teléfono y así poder atender a sus únicos clientes, una encantadora pareja de octogenarios de Perth que buscaban un libro sobre el pasado vikingo de la zona.

Metió el pollo *tikka masala* en el microondas sumida en las misteriosas y complejas voces de la música de Josquin. El teléfono sonó justo cuando presionaba el botón de recalentar y Erin dejó que sonara cuatro veces antes de responder, decidida a desconectarlo cuando terminara de hablar.

—¿Hola? —dijo mientras bajaba la música.

—Erin. ¿En qué estaba pensando Sylvia?

—Hola, Farnsworth.

—Esa mujer está fuera de control. Se ha vuelto completamente loca. ¡Bájate de ahí, Wickham! —ordenó Farnsworth.

Todos sus gatos tenían nombres de personajes de las novelas de Jane Austen, y Wickham era un gato atigrado especialmente travieso que disfrutaba poniendo a prueba los límites de la gravedad.

—Alguien tiene que detenerla, Erin.

—Lo ha intentado mucha gente, pero nadie lo ha conseguido.

—Y la pobre Prudence… Sylvia le ha escupido.

—Esas dos nunca se han llevado bien.

—Todo el mundo sabe que Pru quería la presidencia y Sylvia se la arrebató justo delante de las narices.

Erin suspiró mientras sacaba su *tikka masala* del microondas y se preguntaba cuándo tendría la oportunidad de comérselo.

—¿Y cómo ha podido tratar así a Jonathan? —siguió diciendo Farnsworth—. Ha sido un detalle que salieras en su defensa, cielo —agregó con picardía.

—Lo habría hecho cualquiera.

—Sí, pero lo has hecho tú.

—¿Sabes qué te digo, Farnsworth? Si decido iniciar una relación romántica con Jonathan, te enviaré un mensaje de texto. Bueno, no he dicho nada, si tú no tienes teléfono móvil.

A Erin le gustaba fastidiar a su amiga diciendo que era la única persona de Yorkshire sin móvil.

—Para entonces, la mitad del pueblo ya lo sabrá de todas formas. Ya sabes lo rápido que corren los chismorreos por aquí, cielo.

Erin miró con deseo su plato de pollo *tikka masala*, cuya salsa empezaba a adquirir una textura gelatinosa al enfriarse.

—Me sorprendió ver que Owen fuera a por Kurt Becker de esa forma —continuó Farnsworth.

—Nunca he tenido a Owen por una persona intolerante. Me pregunto qué estará ocurriendo en su vida para que se comporte de esa forma.

—Ahora que lo mencionas, últimamente parece bastante

estresado.

—¿Y por qué no estaba Carolyn? —preguntó Erin al tiempo que alcanzaba una bolsa de patatas fritas del estante superior—. Ella está más interesada en la sociedad que él. Siempre pensé que se unió por Carolyn.

Abrió la bolsa y se metió en la boca un par de patatas que, al masticarlas, emitieron un satisfactorio crujido.

—¿Qué estás comiendo? —preguntó Farnsworth.

—Patatas fritas —farfulló Erin con la boca llena.

—Creía que estabas intentando comer menos.

—Las guardo en un armario alto.

—No parece que esté funcionando. ¿A qué saben?

—A queso y cebolla.

—A mí me gustan las de cóctel de gambas.

—También tengo de esas.

Farnsworth suspiró.

—¿Por qué las patatas fritas tienen que ser tan deliciosas y el apio tan asqueroso?

Erin se rio.

—A mí me gusta el apio.

—Eso quiere decir que, por lo visto, te gusta comer corteza de árbol. Porque es exactamente lo que parece. Y, evidentemente, ese es el motivo por el que tú estás tan delgada y yo no.

—Estás bien así. Creo que ahora lo llaman «tipo *curvy*».

—Cuando empiezas a decir tonterías como esa, es hora de colgar.

—Nos vemos en la reunión de mañana.

—Te lo advierto, Erin, ¡van a rodar cabezas!

—Estoy impaciente.

Erin terminó las patatas con avidez porque ya le dolía el estómago del hambre. Se comió el pollo *tikka* en la mesa redonda de la cocina con el mantel azul y blanco que el año anterior había traído del distrito de Quimper, en Francia.

Erin Coleridge era el tipo de persona a la que la gente acudía en busca de consuelo. Los clientes se agolpaban en su librería, no solo

para explorar su ecléctica colección y disfrutar de su excelente té con pastas, sino también para sentirse bien consigo mismos. Su padre siempre decía que ese era su don: conseguir que las personas se sintieran mejor.

No le importaba, le gustaba sentirse útil, pero antes de subir con dificultad la estrecha escalera hacia su dormitorio, Erin desconectó el teléfono fijo y apagó el teléfono móvil. Ya estaba harta de oír hablar sobre las reconstrucciones y los reproches que siguieron a la controvertida reunión, y sabía que todavía les esperaban más situaciones desagradables.

Después de disfrutar de un largo y placentero baño en su bañera con patas de león, se acurrucó cómodamente bajo el edredón de plumas de su cama de matrimonio con estructura de latón, con un ejemplar anotado de *Orgullo y prejuicio*. En reuniones anteriores habían surgido algunas preguntas y, aunque no era en absoluto la erudita más destacada sobre Austen de la sociedad, tenía ganas de buscar algunas respuestas. Fuera, un búho ululó con suavidad mientras ella se sumergía en las páginas con entusiasmo, y enseguida se perdió en el pasado, engullida por un mundo de carruajes, chalecos y servicios de té de plata, acompañada por la delicada lluvia que golpeaba los cristales de las ventanas.

CAPÍTULO TRES

Prudence Pettibone estaba de mal humor; sin embargo, la fuente de su descontento no era el estado mustio de su apreciada orquídea *Dracula simia* ni la inexplicable muesca en su tetera de Royal Doulton, cosa que estaba convencida de que era obra de Hannah, su torpe sirvienta. Tampoco se debía a la incesante cadena de días grises y lluviosos que encapotaban el pueblo de Kirkbymoorside con la sombría terquedad del campo de Yorkshire y sus gentes. En realidad, a Prudence le agradaban los días húmedos, pues le daban una excusa para quedarse en casa con un té y un libro, preferiblemente algo de Jane Austen, sobre Jane Austen o inspirado en Jane Austen.

La fuente de su irritación usaba sombreros de plumas absurdos y vestidos de estampado floral más propio de la tapicería que de la sastrería, había sido recientemente elegida presidenta de la Rama Norte de la Jane Austen Society y se llamaba Sylvia Pemberthy, de soltera Westcraven. A Prudence le gustaba recordar el apellido de soltera de Sylvia, pues los primeros Westcraven se ganaban la vida cultivando turba, y le agradaba imaginar a los ancestros de Sylvia inclinados sobre los empapados campos de hierba. A pesar de su actitud pretenciosa y afectada, Sylvia provenía de personas que se ganaban el sustento cosechando la tierra, y eso a Prudence le encantaba. La presencia de Sylvia en su conciencia era como una lenta fuga en el grifo del aseo que desgastaba el esmalte de su

paciencia con su insistente goteo.

Lo primero que hizo Prudence después de cenar esa noche fue descolgar el teléfono y llamar a Hetty Miller, su aliada más íntima en la sociedad. Tras media hora de conversación con Hetty, Prudence se sintió aliviada al descubrir que no era la única que no podía soportar a Sylvia; según Hetty, la presidenta tenía muchos enemigos en el grupo.

—¿Te ignoró por completo cuando intentaste intervenir? —preguntó Hetty—. ¿Quién se cree que es? ¿Y en qué estaba pensando al arremeter contra Jonathan de esa manera? Lo último que debería hacer es enemistarse con alguien como él.

—¡Exacto! —convino Prudence—. Qué mala educación.

Jonathan Alder era uno de los pocos hombres solteros de la sociedad, y la razón de la asistencia habitual de la mayoría de las afiliadas femeninas. Fue Prudence quien lo convenció para que aceptara el puesto de presidente del Comité de Eventos, y ahora Sylvia estaba a punto de ahuyentarlo con su ridículo parloteo.

—No me extraña que Owen y Kurt se hayan enfrentado después de que ella caldeara los ánimos de esa forma —observó Hetty—. Si sigue así no durará mucho como presidenta.

Prudence oía el sonido del agua y el tañido de las cacerolas de fondo. Probablemente Hetty estaba preparando té, cosa que le dio ganas de disfrutar de uno para combatir el frío de la noche de octubre que se colaba en casa. Caminó descalza hasta la cocina y encendió la luz, que se derramó fría sobre las baldosas de la encimera. Prudence detestaba las nuevas bombillas de bajo consumo que su marido le había pedido que comprara, pues acentuaban las gruesas venas azules de sus manos.

Abrió con cautela el armario del té, pues, como era habitual en esa época del año, había una infestación de ratones de campo, que se colaban en busca de un lugar cálido para pasar el invierno. Ya le había pedido en varias ocasiones a Winton que comprara un poco de veneno en la tienda, pero el pobrecillo era tan sensible que suponía que debería resolverlo ella misma.

Sonrió al ver el plato de *brownies* caseros sobre la encimera junto con una nota de Winton: «Pensé que podrías tener hambre al llegar. Besos, Winty». Era un cielo, siempre la cuidaba.

—¿Cómo puede comportarse así y salirse con la suya? —preguntó Hetty.

—A mí me parece asombrosamente grosera —respondió Prudence con el teléfono atrapado entre el hombro y la oreja mientras sostenía la tetera debajo del grifo. Claro que tenía un teléfono móvil como todo el mundo hoy en día, pero había muy pocos repetidores de telefonía móvil tan cerca de los páramos. La recepción era irregular en el pueblo, y la mayoría de la gente aún dependía de sus líneas fijas.

Eligió un *darjeeling* decente, aunque poco singular, y calentó el recipiente antes de verter el agua hirviendo.

—Se da aires de grandeza —dijo Hetty.

—Una auténtica *lady* de Bourgh —convino Prudence.

—Y nos está haciendo un gran favor al dejarnos celebrar la reunión allí.

La mayoría de las reuniones generales se llevaban a cabo en la ciudad de York, a cuarenta y ocho kilómetros de distancia, pero, como presidenta recién electa, Sylvia había convencido a los miembros para reunirse en Kirkbymoorside, donde ella y su marido se habían mudado recientemente, presumiblemente para vivir una vida más tranquila que en la bulliciosa ciudad universitaria.

—Nos quiere dar lecciones —continuó Hetty—. Yo creo que no es tan santurrona como parece.

Hetty era bastante ordinaria y tenía una forma de hablar vulgar, lo que hacía que Prudence se sintiera mejor consigo misma en comparación.

Cogió la bandeja del té y volvió de puntillas a la sala de estar, con sus techos de vigas bajos y sus ásperas paredes de piedra vista. La casa era una de las más antiguas del pueblo, posiblemente de todo Yorkshire, y su marido estaba extraordinariamente orgulloso de su importancia histórica. Contaba la leyenda que Robert the Bruce se

había cobijado allí en una ocasión cuando huía de los soldados ingleses. Como les ocurría a muchos de los hombres nacidos en Yorkshire, Winton no era un gran admirador de la Corona británica y disfrutaba contando las hazañas del rebelde escocés. A esa hora ya se había ido a la cama, como buen hombre de costumbres, pues rara vez permanecía despierto más tarde de las diez de la noche. Los suaves ronquidos resonaban en el aire procedentes del dormitorio de arriba mientras ella se acomodaba en el desgastado sillón verde frente al fuego, con el auricular del teléfono todavía encajado entre el hombro y la oreja.

—Para mí no es más que una egoísta —aseguró Hetty.

—«El egoísmo siempre debe ser perdonado porque no tiene cura» —respondió Prudence. Se enorgullecía de su arsenal de citas de Austen, y las repartía con generosidad siempre que podía como si de joyas dialécticas se tratara.

Por desgracia, su esfuerzo no sirvió para nada en esta ocasión. Aunque ella y Hetty se habían unido a la sociedad juntas, Prudence a veces se preguntaba si su amiga realmente leía a Jane Austen, o cualquier otra cosa, para el caso. Hetty Miller no era la persona más aguda del pueblo.

—¿Qué crees que trama Sylvia? —preguntó Hetty—. ¿Podría ver a Jonathan como una amenaza a su poder?

—Ten en cuenta que él es muy popular —repuso Pru.

Lo cierto era que Jonathan Alder era objeto de más de una fantasía femenina dentro de la sociedad; sin embargo, seguía siendo un soltero convencido, lo que llevaba a Prudence a preguntarse si le iban las mujeres. Esperaba que no fuera el caso. Sabía muy bien que incluso sin su leal Winton a su lado, ella no era precisamente el tipo de Jonathan, pero disfrutaba del cosquilleo de las fantasías, que le gustaba ver como el producto de su excepcional imaginación.

—Creo que se está preparando para un golpe de Estado —decía Hetty, y Prudence se dio cuenta de que no le había estado prestando atención.

—Mmm —murmuró mientras removía el té.

—¿Qué opinas? —preguntó Hetty, y Prudence se sintió como una niña traviesa a la que la maestra había sorprendido distraída. Sin embargo, Winton siempre decía: «Cuando dudes, asiente».

—Podrías tener razón —convino.

—Eso explicaría su comportamiento exagerado —continuó Hetty, ajena a la distracción de Pru.

—Fue tan cruel con la pobre Farnsworth, que temía que se pusiera a llorar.

—Pobre Farnsworth —suspiró Hetty.

—Sylvia es vanidosa, y «cuando se tiene un intelecto limitado, la vanidad provoca grandes confusiones» —entonó Pru, orgullosa de su habilidad para insertar una nueva cita de Austen en la conversación.

—Desde luego, eso se ve tan claro como si lo tuviéramos delante de las narices.

Prudence se preguntó si sería una indirecta a su propia y pronunciada trompa, que por desgracia había heredado de su padre.

—¿Qué has oído? —preguntó antes de tomar un sorbo de té, caliente, fuerte y dulce, justo como le gustaba.

—Ya has oído los rumores, ¿verdad?

—Por supuesto —mintió al sentirse excluida una vez más. Después de todo, era la tesorera y secretaria del club, además de ser miembro del Comité de Eventos. ¿Por qué Hetty siempre parecía saber más que ella? Respiró hondo—. ¿Quién crees que quiere su puesto?

—Hay quien dice que tú.

Eso la dejó casi sin aliento. Winton había afirmado más de una vez que Prudence sería mejor presidenta que Sylvia, y se había sentido muy decepcionado cuando no la eligieron en la última votación. Debía admitir que la idea de ser presidenta le provocaba un cosquilleo de emoción, pero trató de consolarse con la certeza de que la sociedad era un nido de víboras y que cualquiera que ocupara alguna posición de poder estaba expuesto a los colmillos de sus miembros más tóxicos.

—Eso es ridículo —exclamó—. ¿Cómo podría alguien pensar que

yo…?

—Yo solo digo lo que he oído —interrumpió Hetty—. No me cortes la cabeza.

—¿Quién ha dicho eso?

Hetty suspiró y Prudence sintió que se acercaba uno de sus dolores de cabeza, una presión en la sien derecha.

—Ya he hablado de más —repuso Hetty.

—Muy bien —contestó Prudence con desdén. Hetty era su mejor amiga en la sociedad y, si no podía contar con ella, no había duda de que se avecinaba tormenta—. Estoy cansada —afirmó—. Ya debería estar en la cama.

—No te enfades —se quejó Hetty, pero Prudence la cortó.

—Buenas noches —concluyó con firmeza, y colgó el teléfono.

Prudence se reclinó en el sillón y miró el cronómetro marino que descansaba sobre la repisa de la chimenea, con un armazón de bronce pulido que reflejaba el cálido resplandor del fuego, y unas largas y elegantes manecillas casi tocándose, como si estuvieran en oración. Eran casi las once. A Winton le encantaba ese reloj; lo pulía hasta que brillaba y le daba cuerda meticulosamente cada noche antes de irse a la cama. Al ser un tipo que se sentía reconfortado por la rutina y la regularidad, había disfrutado de toda su vida matrimonial cómodamente instalado en el triángulo que formaban su hogar, la iglesia All Souls y el George and Dragon.

Se preguntó distraídamente si le sobreviviría y pensó con nostalgia en la vida mucho más glamurosa de Hetty. Lo primero que había hecho su amiga después de dejar a su último marido fue reservar un crucero a las Islas Canarias, y celebró su divorcio saliendo con hombres tan jóvenes que los camareros la confundían con su madre (aunque, si cometían el error de decirlo, lo veían reflejado en la propina). El divorcio no era una opción para Prudence Pettibone, pero la muerte…, eso ya era otra cosa.

Se sacudió la culpa por albergar pensamientos un tanto insensibles y se frotó la sien derecha. Había esperado obtener algo de consuelo hablando con Hetty, pero ahora estaba de peor humor

que antes. No soportaba los chismorreos de la sociedad, pero no quería rendirse y abandonar su puesto. Tendría que hacer de tripas corazón. Al día siguiente se celebraría la reunión general mensual y tendría que estar preparada para las inevitables luchas internas y las riñas.

Suspiró, se levantó y estiró los brazos mientras recordaba la cita de una carta que Jane Austen había escrito a su hermana Cassandra: «No deseo que las personas sean muy agradables, pues eso me ahorra el tedio de tener que cogerles mucho cariño».

De ser así, pensó, no tendría que preocuparse demasiado por la siguiente reunión de la Jane Austen Society.

CAPÍTULO CUATRO

—¡Orden! ¡Por favor, les llamo al orden!

Sylvia Pemberthy, de soltera Westcraven, blandió su mazo, dibujó un arco como si fuera el martillo de un herrero, y lo dejó caer con fuerza sobre la pulida superficie del atril. Todos los presentes se volvieron a mirarla con indignada sorpresa al ver que la presidenta se atrevía a tratar a los miembros de la sociedad como si fueran escolares revoltosos.

Erin sospechaba que Sylvia lamentaba haber aceptado el cargo tres meses atrás cuando presentó su candidatura para evitar lo que ella percibía como el fin del comportamiento ordenado de los miembros; sin embargo, solo había empeorado bajo su mandato.

Sylvia intentó adoptar una actitud severa que no resultaba del todo convincente y dijo:

—¿Podríamos, por favor, ponernos a trabajar? Veamos —se dirigió a la tesorera de la sociedad, Prudence Pettibone—. Creo que nos has traído un informe.

Prudence se levantó y carraspeó con actitud oficiosa, y Erin vio como su marido Winton le estrechaba la mano. Hablaba poco, pero sin duda parecía entregado a su mujer, a la que miraba con adoración.

—Nuestro fondo para el baile de disfraces del siglo XVIII es de cuatrocientas libras con cincuenta. —Prudence leía la impecable caligrafía del libro de cuentas negro con esa voz suya que sonaba

como un pelador de patatas, nasal y cortante—. Nuestra reserva total de fondos en efectivo…

Erin observó la sala abarrotada. El salón de reuniones de All Souls estaba tan lleno que había personas a las que no había visto nunca. Se preguntó si estarían violando alguna ley de prevención de incendios al meter a tanta gente en un solo lugar. Además de las filas habituales de sillas plegables de metal, había personas apoyadas en las paredes o instaladas como podían en las esquinas; algunos fulminaban a Sylvia con la mirada y la inquietud era palpable en el aire, pues los asistentes no dejaban de moverse en sus asientos y de murmurar mientras Prudence seguía hablando en segundo plano.

—Se comentó la posibilidad de aumentar las cuotas de membresía…

Erin tomó una profunda bocanada de aire viciado, que olía a café rancio, a himnarios amarillentos y a los cruasanes de la semana anterior, que habían ofrecido a los feligreses tras el servicio dominical. Se rumoreaba que varias personas «se la tenían jurada a Sylvia», así que estudió cada rostro en busca de los signos más evidentes de malicia. La disputa de la noche anterior con Jonathan Alder había sido desagradable, y Erin advirtió que el profesor no se encontraba entre los presentes. ¿Habría logrado Sylvia ahuyentarlo para siempre? Sintió una aguda punzada de decepción al pensarlo.

Farnsworth estaba sentada en la primera fila, envuelta en un chal lleno de pelos de gato, y miraba a Sylvia con desagrado. Kurt Becker se había instalado junto a su esposa, Suzanne, enfundada en un conjunto de cuero que la hacía parecer una *dominatrix* alemana. Se había rizado y peinado el cabello rubio con esmero, como si estuviera en una pasarela de moda en lugar de en el sótano de una iglesia. Erin notó que Sylvia evitaba el contacto visual con Kurt.

—Así que el comité decidió no aumentar las cuotas de membresía por el momento —explicó Prudence. Luego, con una pequeña tos ceremoniosa, añadió—: Y con esto concluye mi informe.

Volvió a sentarse junto a su marido, que le estrechó de nuevo la

mano.

—Bien. ¿Alguna pregunta? —dijo Sylvia.

Erin vio como Prudence intercambiaba una pequeña sonrisa con su amiga Hetty Miller. Nadie comprendía qué veían la una en la otra. Prudence era la típica matrona británica anticuada, vestía chaquetas de punto y gruesas faldas de lana, mientras que Hetty Miller era el tipo de mujer que luchaba contra el paso del tiempo con determinación y personalidad. Erin había oído que pasaba de los sesenta, pero, como llevaba el cabello teñido de rojo (rizado con esmero y con el toque justo de reflejos color miel), tenía una figura esbelta y vestía tan elegante, parecía mucho más joven.

—Veamos —empezó a decir Sylvia, al tiempo que miraba a los asistentes uno a uno. Erin se preguntó si había aprendido esa técnica en su clase de oratoria en el centro de estudios superiores—. El principal asunto de esta noche es votar sobre la aprobación de las nuevas reglas de conducta.

—Es como la puñetera Stasi —murmuró alguien.

Sylvia observó a la multitud hasta detenerse en Owen Hardacker. La presidenta y la esposa de Owen, Carolyn, eran bastante amigas y solían sentarse juntas en las fiestas del pueblo, por lo que la abierta animosidad de Owen hacia Sylvia resultaba desconcertante. Owen estaba sentado con sus largos y musculosos brazos cruzados, lucía su característica gorra Harris Tweed en tonos rojos y verdes, y apretaba la recia mandíbula con una expresión dura en sus pequeños ojos azules. La multitud entonó a coro una risa nerviosa seguida de una oleada de murmullos, y algunas personas expresaron su apoyo hacia Owen.

Erin se levantó y se volvió para enfrentarse a los asistentes.

—Debería daros vergüenza —los regañó—. ¿Es pedir demasiado que os comportéis como personas civilizadas, por el amor de Dios?

Sylvia se estremeció ante la mención del Creador, pues, aunque no se les podía considerar exactamente devotos, algunos de los miembros de la sociedad asistían con regularidad a la iglesia los domingos. Muchos acudían a All Souls cada semana, aunque solo

fuera por el café y las pastas gratis. Además, la iglesia contaba con un organista excelente y tanto Sylvia como Farnsworth cantaban en el coro.

Pero las palabras de Erin produjeron el efecto deseado: los presentes agacharon la cabeza, adoptaron expresiones avergonzadas y el ambiente de beligerancia se disipó un poco. Sylvia le dedicó a Erin una sonrisa agradecida, y esta asintió levemente y volvió a sentarse.

—Bien —entonó Sylvia—, ¿podemos votar sobre la cuestión de las regulaciones propuestas? ¿Todos a favor?

Algunos de los presentes alzaron la mano con inseguridad, pero la mayoría las dejaron inmóviles sobre el regazo, ocultas tras la espalda o cruzadas sobre el pecho.

Sylvia suspiró.

—¿Y los que están en contra?

Las manos se levantaron con tal rapidez que Erin tuvo la incómoda sensación de estar en un mitin nazi.

—Muy bien —acató la presidenta—, los que están en contra ganan. —Agarró el mazo y golpeó el atril con fuerza. Erin percibió el olor a pastel de limón y pan de jengibre procedente de la cocina en la parte trasera de la sala, donde los miembros del comité de té se dedicaban a hervir agua y servir tés de Yorkshire bien calientes. La sociedad tenía un comité para todo—. Me parece que ya es hora del descanso. ¿Alguna objeción?

La propuesta fue acogida con suspiros de alivio y, por primera vez esa noche, algunas sonrisas. Una cosa era segura, pensó Erin: nadie perdonaba el té.

De camino a la mesa de servicio, Erin vio a Owen Hardacker acercarse a Sylvia con una expresión arrepentida en su enjuto y bronceado rostro. A pesar de ser el hombre más rico del pueblo, a Owen le gustaba proyectar la imagen de agricultor, por eso, además de su característica gorra de *tweed*, calzaba botas de agua.

—Disculpa mi dureza —le dijo a Sylvia con su pronunciado acento de Yorkshire—. No tengo nada en tu contra, es solo que estamos

cansados de lo que está pasando.

—Lo entiendo —repuso la presidenta, aunque Erin pensó que aún parecía molesta.

—Carolyn se enfadaría mucho si me escuchara, porque tú y ella sois amigas y todo eso.

—¿Dónde está esta noche? —preguntó Sylvia sin dejar de mirar a los asistentes.

—No se encontraba bien y decidió no salir.

—Salúdala de mi parte —dijo Sylvia para poner fin a la conversación, y se encaminó a toda prisa hacia la mesa del té.

Erin suspiró al ver lo larga que era la cola: estaba sedienta y deseaba desesperadamente un té. Dado el inesperado aumento en el número de asistentes, temía que el comité de refrigerios no hubiera preparado suficiente para todos. Entonces vio como Suzanne Becker cruzaba la multitud para acercarse a Sylvia, tambaleándose muy inestable sobre unos tacones tan finos que parecían capaces de atravesar el asfalto. Se la veía un poco ebria, aunque tal vez solo fuera por los tacones de diez centímetros. Erin advirtió que Sylvia se escabullía por detrás de una columna cerca de la parte trasera de la sala y luego se deslizaba por detrás de las personas que servían el té para hacer cola por el otro lado.

El murmullo de las conversaciones aumentó cuando Erin se puso a la cola a esperar su turno. Farnsworth estaba echando una mano a los miembros del comité, y Erin pensó en ofrecerse como voluntaria, pero parecían tenerlo todo bajo control.

Después de conseguir su té, se unió a ella Prudence Pettibone, que se había separado de su marido porque este estaba sirviendo té. Hetty Miller se acercó a ellas encaramada sobre unos tacones aún más altos que los de Suzanne Becker.

—Ha sido un detalle por tu parte lo de salir en defensa de Sylvia —le dijo Prudence a Erin entre bocado y bocado de galleta.

—Alguien tenía que hacerlo —respondió Erin con modestia.

Hetty se encogió de hombros y, al hacerlo, sus rizos cobrizos rebotaron un poco.

—Estoy de acuerdo. La gente se estaba descontrolando.

—Nunca he visto a tanta gente en una reunión —reconoció Pru, que paseaba los ojos por la sala.

—Pueden oler la sangre —observó Hetty con una sonrisa en los labios pintados—. Hablando de eso, parece que Suzanne Becker está acosando a Sylvia otra vez.

Prudence se dio la vuelta para ver como la altísima rubia se abría paso entre la multitud.

—Se tambalea mucho; me pregunto si está ebria.

—Podría ser solo falta de azúcar de tanta dieta —apuntó Hetty.

—¿Por qué odia tanto a Sylvia? —preguntó Prudence.

Hetty la miró incrédula.

—¿En serio? ¿No lo sabes?

—Si lo supiera, no lo estaría preguntando, obviamente —respondió Pru malhumorada.

Hetty limpió una mancha de pintalabios del borde de su taza de té.

—Todo el mundo sabe que Sylvia y Kurt Becker tienen una aventura.

Erin asintió.

—Parece que Suzanne también lo sabe.

Hetty bajó la voz.

—Mira qué zapatos tan ridículos. Podría romperse un tobillo.

A Erin le pareció detectar cierta envidia. A Hetty le encantaba usar tacones absurdamente altos, pero Suzanne Becker tenía al menos veinte años menos y le quedaban mejor.

—Yo ya no me preocupo por mi aspecto —declaró Pru, a lo que Hetty respondió chasqueando lengua.

—Ninguna mujer deja de preocuparse jamás por la vanidad. La última visita que recibió mi tía en su lecho de muerte fue la de su peluquera. Murió completamente maquillada y con sus mejores joyas, que en paz descanse.

—¿Qué es ese perfume espantoso que llevas? —le preguntó Prudence a Hetty.

—Para tu información, se llama Lily’s Lilies, y es muy caro.

—Huele a ambientador para el aseo.

—¿Ese de allí es Jonathan Alder?

Erin miró por encima del hombro y todas se giraron a chafardear, pero justo en ese momento se oyó un grito procedente de la otra punta de la sala. Todas las miradas se volvieron hacia Suzanne Becker, justo cuando esta entraba tambaleándose por la puerta lateral que daba al callejón.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Kurt Becker fue el primero en alcanzarla, y la agarró del brazo para estabilizarla.

—¿Qué sucede?

De los labios de su mujer brotó un sonido entre el sollozo y el grito.

—¡Es Sylvia! ¡Está muerta!

CAPÍTULO CINCO

—¿Qué tiene que hacer una chica por aquí para conseguir un té?

Erin Coleridge levantó la vista del poema que estaba escribiendo y vio a Polly Marlowe montada en su bicicleta roja, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada hacia un lado. Llevaba el cabello recogido en una única trenza corta del color y de la textura de la paja. Erin sonrió. Siempre se alegraba de ver a Polly, estuviera o no acompañada de su hermano pequeño, que normalmente la seguía a todas partes.

Cerró el cuaderno. Era martes por la tarde, hacía menos de veinticuatro horas desde que Sylvia encontrara su trágico final, y, sin embargo, el tiempo parecía alargarse de una manera extraña, como si todo hubiera sucedido varias semanas atrás. Hacía un día extrañamente cálido y soleado para ser octubre, y ella estaba sentada a la mesa de hierro del patio en el pequeño porche frente a su tienda, protegida del sol bajo una sombrilla de rayas azul y blanca.

—¿Dónde está tu compinche? —preguntó.

Polly apartó un mechón de cabello claro de su cara pecosa. Era delgada y pálida, tenía casi diez años y la piel translúcida, y podía pasar por la hermana pequeña o la hija de Erin.

—Ayer a James Chester le dieron un parte por pelearse en la escuela. Papá le ha obligado a quedarse en casa.

Erin sonrió mientras se metía el cuaderno bajo el brazo. Todo el mundo llamaba James Chester al hermano de Polly porque su padre también se llamaba James.

—Es una lástima, aunque así te tocarán más pastitas de té —aseguró Erin.

A Polly se le iluminaron los ojos mientras seguía a Erin hacia la tienda.

—¿Tienes pastitas de té?

—Las acabo de comprar. Llegas justo a tiempo.

—¿Qué estás escribiendo? —se interesó la pequeña al ver que Erin guardaba su cuaderno en el escritorio de caoba con tapa enrollable que había junto a la puerta de entrada.

—Solo estoy anotando algunas ideas que me pasan por la cabeza.

Lo de la escritura era un secreto que no compartía con nadie. Erin estaba emparentada con un primo del poeta romántico Samuel Taylor Coleridge, y no quería que la gente pensara que se daba aires de grandeza. Yorkshire estaba poblado por personas sencillas que se expresaban sin tapujos con una elocuencia muy personal, y, como forastera, no quería quedar como una creída. A decir verdad, era todo lo contrario: se sentía atraída por esa tierra y su gente; para ella, su hogar se encontraba allí, y no entre sus amigos elitistas de la escuela pública o sus compañeros de Cambridge. Erin solo admitía haberse graduado con matrícula de honor en Literatura Comparada cuando se veía obligada a hacerlo.

—¿Qué te apetece? —preguntó mientras esperaban a que hirviera el agua—. ¿Crema de vainilla o frambuesa?

Polly frunció el ceño y se mordió el labio.

—Un poco de cada, entonces —sentenció Erin, y sirvió dos pastitas de cada en un plato de porcelana de sauce azul, mientras el hervidor eléctrico comenzaba su largo *crescendo* hasta culminar en un agudo silbido.

Cuando vertía el agua en una tetera a juego, alguien llamó a la puerta de entrada.

—¡Está abierta! —gritó, y le dio el plato a Polly, quien la siguió por entre los estantes de libros hasta el frente de la tienda, sosteniendo el plato con tanto cuidado como si las pastas estuvieran hechas de oro hilado en lugar de harina y azúcar.

De pie, en la entrada de la tienda, aguardaba Jonathan Alder, que lucía tan atractivo como siempre con un sencillo chubasquero *beige* y unas botas de agua negras. A Erin le molestaba mucho el modo en que todas las mujeres de Kirkbymoorside suspiraban por él, y hacía todo cuanto podía por resistirse a sus encantos, aunque le resultaba imposible ignorar el brillo fresco de su piel y la manera en que sus largas pestañas realzaban el color azul de sus ojos.

—Hola, Jonathan.

El maestro esbozó una tímida sonrisa ladeada, cosa que potenció más si cabe su atractivo.

—Lamento interrumpir.

—En absoluto. Olvidé sacar la señal de abierto; fallo mío.

Tal como se indicaba en la página web, técnicamente, la tienda estaba abierta de jueves a domingo, pero a menudo la abría por impulso. La mayor parte de sus ingresos procedían de las ediciones raras que vendía por internet, pero le gustaba mucho interactuar con los clientes en la tienda.

—¡Llegas justo a tiempo para el té! —declaró Polly con el plato de pastitas en alto.

—Ven, deja que te ayude —se ofreció Jonathan, y alargó el brazo para alcanzar la bandeja del té.

Su mano rozó la de Erin y ella sintió tal escalofrío de electricidad que por poco deja caer la bandeja. La soltó a regañadientes y los siguió a él y a Polly hacia el patio.

—Como James Chester no ha venido, tenemos muchas pastitas de té —anunció la niña.

—Pensaba que te seguía a todas partes —supuso Jonathan mientras la ayudaba a poner la mesa.

—Le han puesto un parte por pelear en la escuela —replicó Polly, sin conseguir disimular del todo su alegría.

—Oh, vaya —exclamó Jonathan con fingida seriedad—. Estoy seguro de que tú jamás harías nada parecido.

Polly se sonrojó y se echó a reír.

—Ni de cofia.

—Cuidado con el lenguaje, Polly —repuso Erin.

La chica no tenía madre y, de alguna manera, Erin había asumido ese papel sin pretenderlo.

Polly levantó la barbilla con actitud desafiante.

—Mi padre me deja decir todas las palabrotas que quiera.

—Lo dudo mucho —afirmó Jonathan, y Polly volvió a reír.

—Tienes razón. Si me oyera me cortaría la maldita cabeza.

Erin no pudo evitar reírse, y Jonathan se sumó enseguida. Se sentó y suspiró con resignación, pues sabía que si alguien los veía, los chismes se dispararían.

—A tu hermano más le vale comportarse si no quiere perderse la fiesta que se celebra a finales de mes —le advirtió Jonathan a Polly.

—Vaya, ¿tan pronto? —preguntó Erin.

La vida allí transcurría más despacio, pero el tiempo parecía volar, una extraña contradicción.

—En dos semanas —afirmó Polly mientras se lamía los dedos cubiertos de glaseado.

—Todos mis niños están impacientes, no dejan de hablar del tema —explicó Jonathan.

—Polly, ¿podrías traer otra taza y un plato? —preguntó Erin.

—No te molestes, por favor —dijo Jonathan.

—No es ninguna molestia.

—¡Vuelvo en un periquete! —exclamó Polly antes de meterse en la tienda.

—Tiene usted una librería encantadora, señorita Coleridge —admitió el profesor, que acompañó el halago de una de sus sonrisas ladeadas.

—Gracias, señor Alder.

Erin se preguntó cuán consciente era de sus encantos.

—No menos encantadora que la propietaria —añadió, y Erin notó

como se sonrojaba.

—Eres muy amable —murmuró mientras removía la tetera.

—He oído que hay un par de detectives indagando por ahí.

—Supongo que sí. Aunque van a necesitar mucha suerte. Hay más sospechosos de los que se pueden contar.

—¿Sabes a quiénes han interrogado?

—A mí seguro que no, eso te lo puedo asegurar.

—A mí tampoco —admitió el profesor cuando Polly reaparecía con una taza y un plato.

Jonathan bajó la voz para preguntar:

—¿Tienes alguna teoría?

—Lo cierto es que tengo varias.

—¿De qué habláis tan flojito? —Quiso saber Polly al sentarse junto a Jonathan.

—Los codos fuera de la mesa —ordenó Erin, y la chica cruzó los brazos delgados en un gesto desafiante.

—¿Y bien? ¿De qué hablabais tan flojito? —repitió.

Erin y Jonathan intercambiaron una mirada.

—Habláis de la señora Pemberthy, ¿verdad? Mi papá estuvo en esa reunión. Volvió muy tarde.

—¿Cómo de tarde? —preguntó Erin.

—El reloj marcaba la una y cuarto de la mañana. Me desperté cuando él llegó.

Jonathan cambió de postura en la silla e intercambió una mirada con Erin.

—Quizás deberíamos cambiar de tema.

Polly resopló.

—¿Qué pasa? ¿Creéis que soy demasiado pequeña para hablar de esto?

—Sí —afirmó Erin con severidad—. Ahora cómete las pastas antes de que se las lleven los cuervos.

—A los cuervos no les gustan las pastas —respondió Polly, aunque desvió la mirada hacia las gruesas ramas del castaño.

—A los cuervos les encantan las pastas —terció Jonathan—, en

especial las de té.

Polly se rio y balanceó las piernas por debajo de la silla. Lo bien que Jonathan se llevaba con la niña era otra fuente de irritación para Erin, que apretó los labios mientras servía tres tés y observaba cómo los hilillos de vapor que emanaban de estos se disipaban en el aire de octubre. «Si se le dan tan bien los niños, ¿por qué no tiene una esposa hacendosa y un par de hijos?». Era evidente que tenía algún defecto; no sabía cuál, pero lo descubriría. Quizás era menos como el señor Bingley y más como el encantador pero irresponsable señor Wickham de *Orgullo y prejuicio*, demasiado bueno para ser verdad.

—Lamento no saber más sobre la investigación —dijo, poco sincera—. Me temo que tu visita ha sido en vano.

—En absoluto —respondió Jonathan con una sonrisa—. ¿Cómo iban a ser una pérdida de tiempo estas fabulosas pastas de té?

Polly seguía balanceando las piernas por debajo de la silla. Mordió otra pasta con la boca cubierta de glaseado blanco y le sonrió a Jonathan.

¿De verdad tenía los ojos de color azul aciano? «Por Dios, eso ya es demasiado», pensó Erin molesta.

Antes de que Jonathan pudiera continuar, Erin escuchó un grito alegre y, al volverse, vio a Prudence Pettibone y Hetty Miller, la extraña pareja de Kirkbymoorside. Hetty lucía resplandeciente con su traje de Chanel color melocotón pastel con perlas negras; parecía que estuviera a punto de subir a un yate. Prudence avanzaba a su lado con zuecos de plástico, una falda de lana color pardo y un chal gris apelmazado. Su vestuario parecía salido de la sección de liquidación de alguna de las tiendas benéficas del pueblo. Aunque Erin tampoco era quién para juzgar, pues vestía unos pantalones de yoga bajo una blusa holgada de lino gris, no se había maquillado y llevaba el cabello rubio cobrizo recogido en un moño.

—¡Hola, Erin! —entonó Hetty mientras las dos mujeres bajaban de la acera para cruzar la pequeña extensión de césped que había delante de la casita.

A Erin le preocupó que los zapatos de Hetty no fueran apropiados

para tal cometido; sin embargo, ella se tambaleó con gracia hasta ellos, incluso cuando metió uno de los tacones en la madriguera de un topo.

Jonathan se levantó de un salto y corrió a ayudarla, le ofreció el brazo en un gesto caballeroso y Hetty lo aceptó entre risitas y sonrojos, hasta que llegó bamboleándose al patio mucho después de que Prudence se hiciera con la silla más cercana y negara con la cabeza mientras su amiga se acomodaba en otra de las sillas envuelta en una nube de perfume de lirios del valle y se sacudía las briznas de hierba de sus zapatos marca Dior.

—La vida con Hetty siempre es una aventura —afirmó al tiempo que miraba el plato de pastas de té.

—Para presumir hay que sufrir —repuso Hetty, cuya voz sonaba un poco congestionada—. La moda es una señora despiadada.

—Es difícil imaginar a alguien en este pueblo que sea más icono de la moda que tú —opinó Jonathan.

—Gracias —respondió Hetty, bajando los ojos.

—«La vestimenta siempre es una distinción frívola, y prestarle una atención excesiva suele destruir el propósito que se pretende alcanzar» —declaró Prudence.

Hetty resopló.

—Ay, Prudence, ¿tienes que estar presumiendo todo el tiempo?

Jonathan se reclinó en la silla.

—Por lo que a mí respecta, Hetty es una artista de la moda, y «una artista no puede hacer nada de cualquier forma».

Hetty aplaudió y meneó el dedo en dirección a Prudence.

—Toma, ¡así aprenderás a no utilizar las citas de Austen contra mí!

Prudence se volvió hacia Jonathan con los dientes apretados.

—¿Serías tan amable de decirme a qué obra pertenece esa cita?

—Creo que es de una de sus cartas.

—Polly, ve corriendo a por dos tazas más, ¿quieres? —pidió Erin.

—Por favor, no te molestes —dijo Prudence algo decaída.

—Deja que te ayude —se ofreció Jonathan antes de seguir a

Polly hacia el interior de la casita.

Erin se preguntó por qué Jonathan estaba siendo tan servicial. ¿A quién intentaba impresionar? Sin duda aquello no iba con ella, que los había recibido con unos pantalones de yoga holgados y sus gafas de gruesa montura negra, y, aunque se sintió culpable por pensarlo, tampoco con Hetty, pues tenía edad para ser su madre.

Cuando el profesor desapareció, Hetty le dio un codazo a Erin.

—¡Qué suerte tienes! ¿Qué has hecho para merecer la visita del señor Bingley?

—Sinceramente, no tengo ni idea de por qué ha venido; no parece tener ningún interés en comprar libros.

—Quizás esté buscando otra cosa —insinuó Hetty, y le guiñó un ojo de manera exagerada, como una mala actriz de vodevil.

Prudence puso los ojos en blanco.

—Dios mío, Hetty, ¿es que solo piensas en hombres?

—No hay nada tan divertido —admitió Hetty.

Erin admiraba el tesón de Hetty por ser ella misma. Quizá hubiera quien pensara que estaba obsesionada con los hombres, cosa que se decía con frecuencia a sus espaldas, pero Erin veía una consistencia reconfortante en su personalidad. Siempre se podía contar con Hetty para que fuera Hetty. Como había dicho Farnsworth una vez, sus aguas tal vez no fueran profundas, pero nunca dejaban de fluir.

—Ya estamos aquí —anunció Jonathan cuando salió de la casita con las tazas de té, seguido de Polly, cargada con varios platos.

—¡Es una fiesta de té! —anunció la niña con alegría antes de distribuir los platos por la mesa.

En ese momento, Erin anheló que todas esas personas se fueran, quería estar sola en el patio con su poesía. Había pensado que poseer una librería templaría su faceta solitaria, pero solo parecía potenciarla, y lo que más deseaba en ese momento era un baño y un buen libro. Se sentía muy atraída por Jonathan, pero algo le decía que no era una buena idea.

—¿Sirvo yo? —preguntó Hetty antes de adueñarse de la tetera y

comenzar a verter el té en las tazas de todos.

—¿Por qué no? —respondió Erin, y miró a Prudence, que estaba claramente ansiosa por dar comienzo a la conversación.

—Venga, ¿quién opinas que pudo haberlo hecho? —preguntó Pru con impaciencia.

—No tengo ni idea —respondió Erin al pasarle un té caliente.

—¿Qué has oído?

—Nada, de verdad.

—Pero todo el mundo confía en ti; seguro que has recibido un montón de visitas.

Erin removió su té.

—Vosotras sois las primeras.

Hetty mordió con delicadeza una pasta con crema de vainilla.

—Tú lees mucho sobre crímenes reales, Erin; ¿quién crees que lo hizo?

—Tengo mis sospechas.

Jonathan miró a Polly, que parecía más interesada en las pastitas de té que en la conversación.

—¿Creéis que deberíamos hablar esto delante de…?

—Soy muy madura para mi edad —afirmó Polly—. Lo dice todo el mundo.

—No lo dudo —repuso Jonathan—, pero como maestro no creo que…

—No te preocupes por mí —interrumpió la niña con la boca llena —. Finge que no estoy aquí.

—Veréis —terció Hetty—, yo creo que si pudiéramos averiguar con quién tenía una aventura Sylvia… —Dejó de hablar al ver la mirada de advertencia de Jonathan.

—Es que no creo que sea apropiado —empezó a decir, pero Polly se rio.

—En serio, ¿habéis visto lo que sale en la televisión hoy en día? *Hashtag* «despertad», colegas.

Prudence frunció el ceño.

—¿*Hashtag* qué?

—Es una referencia a internet —explicó Erin—. Twitter, Facebook, ese tipo de cosas.

—Eso ya lo sabía —dijo Hetty con poca convicción.

—O Instagram o Snapchat —añadió Polly; sorbió al tomarse el té —. Los *hashtags* están en todas partes.

—¿Qué es un *hashtag*? —preguntó Prudence.

—Tienen que ver con enlaces de internet y los metadatos —explicó Erin—. ¿De verdad quieres saber más?

Prudence arrugó la nariz.

—Claro que no.

Hetty miró a Jonathan.

—¿Tú sabes qué significa todo esto?

Jonathan se echó a reír.

—Estoy tan acostumbrado a que mis alumnos lo entiendan mejor que yo que no me preocupo mucho. Pero sigo sin considerar que esta sea una conversación apropiada en frente de…

—¿La niña? —interrumpió Polly.

—Bueno, solo tienes diez años.

—Está bien —respondió ella antes de meterse otra pasta en la boca—. De todos modos le prometí a mi padre que lo ayudaría en el jardín.

Se sacudió las migas del regazo.

—Cuando me vaya, podréis chismorrear todo lo que os dé la gana —añadió de camino a su bicicleta.

—Tengo algunas teorías —admitió Erin con despreocupación.

Hetty se inclinó hacia adelante.

—Por favor, ¡cuéntanos!

Jonathan se levantó de la silla.

—Espera, me voy contigo —le dijo a Polly mientras esta se alejaba.

La niña se dio la vuelta y puso los ojos en blanco.

—¿Tienes miedo de que alguien intente envenenarme?

—Me parece que ya ha tenido suficientes chismorreos por hoy —supuso Prudence.

—En realidad, todavía me queda algo de trabajo atrasado en la escuela —aseguró.

—Yo voy en bicicleta, ¿eh? —le advirtió Polly.

—No te preocupes, correré a tu lado. Me irá bien hacer un poco de ejercicio. El té estaba buenísimo, gracias —le dijo a Erin—. Un placer, señoras.

—El placer ha sido nuestro —respondió Hetty con una sonrisa que, sin duda, pretendía ser coqueta, pero como tenía los dientes manchados de pintalabios causó un efecto desafortunado.

Cuando se fueron, Hetty suspiró profundamente.

—Sería un señor Bingley estupendo. Cómo desearía tener diez años menos.

Prudence resopló.

—Más bien veinticinco.

Hetty hizo pucheros.

—No tienes por qué ser cruel. Estoy orgullosa de cómo me veo, incluso a mi edad.

—«La vanidad y el orgullo son cosas diferentes, aunque esas palabras se empleen con frecuencia como si fueran sinónimas». Y tú eres vanidosa.

—Al menos tengo algo por lo que ser vanidosa —espetó Hetty.

—¿Otra cita de Austen? —preguntó Erin.

Prudence asintió.

—*Orgullo y prejuicio*.

—Jonathan parecía tener prisa por irse —comentó Erin.

—Pues claro que tenía prisa —respondió Hetty con una sonrisa petulante—. Sylvia y él tuvieron una aventura.

Prudence frunció el ceño.

—Pero yo pensaba que ella y Kurt eran…

—Ahora sí, pero yo hablo del verano pasado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Erin.

—Los vi en la fiesta del pueblo —confesó Hetty—. Estaban detrás del granero y pensaban que nadie los veía.

Prudence entornó los ojos.

—¿Y qué hacías tú detrás del granero?

Hetty se cruzó de brazos.

—No es asunto tuyo.

—Hablando de mujeres mayores —dijo Prudence—. Me parece que ella le saca al menos diez años.

—Quizás por eso discutieron aquella noche; fue una pelea de enamorados —sugirió Hetty.

—Si eso es cierto, Sylvia definitivamente no perdía el tiempo —dijo Erin. Le sorprendió sentirse decepcionada. Así que Jonathan no era de fiar, y podía descartar la posibilidad de que estuviera interesado en ella, cosa que ya sabía de todos modos. Pero ¿podría haber tenido algo que ver con el asesinato de Sylvia?

—¿Qué viste exactamente? —le preguntó a Hetty.

—Estaban susurrando, ya sabes, como hacen los amantes. Y, cuando me vieron, parecían completamente culpables.

—Pero no los viste besándose —apuntó Prudence.

—No, pero…

—Entonces son inocentes hasta que se demuestre lo contrario, cosa que será bastante difícil, ya que uno de los dos está muerto —añadió Prudence, complacida de haber pinchado la teoría de su amiga.

Prudence tenía razón: podía haber una explicación perfectamente inocente para el encuentro entre Jonathan y Sylvia. Erin pensó que si conseguía pillarlo a solas quizá podría sonsacarle algo de información.

—Bueno —dijo, mirando la tetera vacía—, ¿alguien quiere más té?

Hetty miró con gula las pastitas que quedaban, pero Prudence se levantó con decisión.

—Creo que ya te hemos robado demasiado tiempo. Gracias por el té. Vamos, Hetty.

—Gracias por el té —repitió Hetty, como una niña obligada a obedecer.

A Erin le divirtió advertir que, aunque Hetty era la más

escandalosa de las dos, Prudence era, como diría su padre, la hembra alfa.

—Ya nos avisarás si te enteras de algo —le pidió Prudence antes de seguir por el césped a Hetty, que se tambaleaba en sus ridículos zapatos al sortear el terreno irregular.

Erin recuperó su manuscrito de poesía del escritorio y siguió trabajando durante otra hora sin prestar atención al paso del tiempo, hasta que apenas podía leer el contenido de las páginas. Al levantar la vista de su trabajo, se sorprendió al ver que el sol ya se había puesto. Cerró el cuaderno, se recostó y dejó que la noche la envolviera: el crepúsculo avanzaba y un escalofrío recorría los campos. La humedad le hacía cosquillas en la piel mientras escuchaba el delicado canto de las cigarras, que se mezclaba con el suave zumbido de los grillos.

Recogió los utensilios del té, entró en casa y, cuando encendió la luz sobre los antiguos fogones de gas de la cocina, se deleitó con el brillo de la superficie esmaltada en rojo. Los fogones ya estaban en la casita cuando la compró y fue uno de los motivos que la habían convencido para adquirirla. A Erin le gustaba el angosto terreno que poseía y el arroyo detrás de la casa, con el puentecito que conducía al camino público y desembocaba en la plaza del pueblo. Mientras faenaba en la cocina, pensó en su cita favorita de Austen: «No hay nada como quedarse en casa para disfrutar de la verdadera comodidad».

Encendió el televisor que tenía en un rincón de la cocina mientras preparaba la cena. La imagen de Sylvia apareció en pantalla. Sonreía, medio girada hacia la cámara, como si el fotógrafo la hubiera sorprendido sin avisar. Qué poco propio de Sylvia: a ella le gustaba tener el control en todo momento y sin duda odiaría que esa fotografía espontánea apareciera en televisión. Sin embargo, Erin no creía en la otra vida y no pensaba que Sylvia estuviera siguiendo la investigación sobre su muerte.

—Hasta ahora, no hay sospechosos potenciales —decía el presentador de mandíbula prominente mientras la cámara se alejaba

para mostrar un plano general del plato—. Nuestro equipo de reporteros habló con el reverendo Horace Motley, pastor de la iglesia de All Souls, donde hallaron envenenada a la señora Pemberthy.

A continuación reprodujeron un vídeo en el que se veía al padre Motley muy sudoroso al lado de un reportero con un micrófono; ambos entornaban los ojos al sol.

—Es horrible, sencillamente horrible —dijo el reverendo, claramente nervioso ante la presencia de la cámara—. Todos estamos devastados. Todo el mundo apreciaba a Sylvia.

No todos, evidentemente, pensó Erin mientras picaba una zanahoria para la ensalada.

—¿Usted y la víctima estaban muy unidos?

—Yo…, bueno, no especialmente, supongo, pero…, es decir, ella cantaba en el coro todos los domingos.

Erin dejó el cuchillo y miró la pantalla. ¿Por qué estaba tan nervioso el reverendo? Era un hombre acostumbrado a predicar frente a sus feligreses todos los domingos, ¿por qué la presencia de una cámara de televisión lo tenía tan alterado?

El plano volvió a mostrar al presentador, que miraba a la cámara lo más serio que podía.

—Cualquiera que tenga alguna información al respecto puede telefonear a la línea directa de la policía.

En pantalla apareció un número y Erin sintió el impulso de anotarlo. Pero ¿qué sabía ella? Había estado allí cuando ocurrió y, sin embargo, se sentía tan perdida como los demás. Todos, excepto el asesino, claro.

El timbre de su teléfono fijo sonó por encima del zumbido del informativo y Erin silenció el televisor antes de descolgar el auricular de la base.

—Erin, creen que fui yo —anunció la voz de Farnsworth, temblorosa y presa del pánico.

—¿Qué? —repuso Erin sentándose en el brazo del sofá.

—Han estado aquí hoy. Me interrogaron, y, cuando admití que le serví el té a Sylvia, ellos…

—¿Por qué les dijiste eso?

—¿Qué iba a hacer, mentir? Estoy segura de que me vio mucha gente.

—¡Nunca facilites información a la policía!

—¡Me lo preguntaron directamente, por el amor de Dios! —A Farnsworth le temblaba la voz, parecía que se fuera a echar a llorar.

—Tranquila, cálmate.

—¿Qué voy a hacer?

—Deja que me encargue yo.

—Ay, Erin, yo…

—Yo lo arreglaré, te lo prometo.

—¿Pero qué puedes hacer?

—Llegar al fondo de todo esto, obviamente. Ahora ve a dormir y mañana hablamos.

—Oh, gracias. Que Dios te bendiga, Erin.

—Pensaba que eras atea —dijo Erin con intención de levantarle el ánimo.

—Y lo soy. Pero si hubiera un Dios, debería bendecirte.

Erin sonrió.

—Buenas noches, Farnsworth.

Al colgar, se preguntó si había hecho una promesa que no podría cumplir.

CAPÍTULO SEIS

La mañana del miércoles amaneció clara y apremiante, y el inspector Peter Hemming se sentía bastante molesto cuando retiró las mantas. Se sentó al borde de la cama y miró por la ventana de su habitación del George and Dragon. Había algo en la luz del sol que lo deprimía, una invitación a la acción, una exigencia de éxito que evocaba algo que su madre había definido como «su necesidad de destacar».

—Necesidad de destacar; ¿y eso qué significa? —murmuró yendo al servicio para afeitarse y despojarse de las imágenes de los sueños de la noche anterior mientras rebuscaba en su neceser.

No le gustaban las mañanas. Como era de esperar, a su nuevo compañero, el sargento Rashid Jarral, le encantaban, como demostró su forma de llamar a la puerta del dormitorio. Hemming asomó la cabeza por la puerta del aseo.

—¿Qué? —Gruñó con intención de parecer intimidante.

Pero Jarral era indiferente a la desmotivación.

—Me preguntaba si le apetecería bajar a desayunar, señor —entonó desde el otro lado de la puerta cerrada.

Hemming lo imaginó de pie en el pasillo, con el rostro radiante, el cabello peinado y reluciente, y ese brillo en los ojos propio de la llamada a la aventura. Conservaba el vago recuerdo de haberse sentido así al inicio de un caso, pero hacía tanto tiempo de eso que parecía el recuerdo de otra persona. Suspiró y se desperezó como

un viejo perro cansado que solo quería acurrucarse junto al fuego.

—Nos vemos abajo —le aseguró a Jarral.

—¿Quiere que pida por usted, señor? Me parece que tienen arenques ahumados.

—No, gracias.

Se estremeció al pensar en comer pescado ahumado para desayunar, pues siempre le había parecido una costumbre poco civilizada.

—Bien, hasta luego —respondió Rashid con alegría. Cuando se alejó, las antiguas tablas del suelo crujieron bajo su pesado caminar.

—Parece que nuestro sargento no es muy silencioso —murmuró Hemming mientras sacaba la maquinilla de afeitar de su neceser, y enseguida se arrepintió de su actitud poco caritativa.

Después de todo, no era culpa del sargento Jarral que él se sintiera viejo, o desanimado, o lo que fuera. Esa siempre era la peor parte de un caso, el comienzo; una vez implicado, se animaría. Siempre conseguía entusiasmarse con el rompecabezas; cuando eso sucedía, podía sentir la energía de un adolescente. Frunció el ceño mientras se pasaba la maquinilla por la barbilla. ¿Por qué todo el mundo estaba tan alegre por la mañana?

Él y Jarral habían recibido la llamada el lunes por la tarde y, después de conducir desde York, habían estado despiertos casi toda la noche hablando con los forenses de la escena del crimen y comparando notas con el jefe de la Policía local, Hamish McCrary. El martes fue más de lo mismo, además de los interrogatorios a testigos, que incluyeron un viaje de regreso a York, pues algunos de los miembros de la sociedad habían venido de la ciudad para la reunión. Acabaron en el George and Dragon, donde comieron un poco tarde y disfrutaron de una copa; sin embargo, Hemming no había dormido bien, atormentado por imágenes de la víctima y teorías sobre su asesino. No era raro que le sucedieran esas cosas al principio de un caso, pero resultaba muy inconveniente.

Una vez abajo, en el *pub*, Hemming vio al sargento Jarral en un acogedor reservado delante de un plato de arenques ahumados,

huevos y morcilla. La imagen le revolvió el estómago: odiaba la morcilla.

—Espero que no le importe que haya empezado —se disculpó Jarral con la boca llena.

—No. Parece… copioso.

—Me encanta un buen desayuno inglés.

El sargento suspiró con alegría mientras pinchaba un champiñón frito con el tenedor.

Enseguida se acercó la atractiva camarera de la noche anterior, que llevaba una cola de caballo y se había recogido la mecha azul en una trenza apretada. Con la cara lavada y sin maquillaje, parecía aún más joven a la pálida luz matutina, y Hemming supuso que era la hija de los propietarios, pues tenía las mejillas redondeadas de su madre y las cejas oscuras de su padre.

—¿Qué te pongo, cariño? —preguntó con un pronunciado acento de Yorkshire.

—Solo café, gracias.

El sargento Jamal frunció el ceño.

—Come usted como un pajarillo.

Dedicó a la camarera su mejor sonrisa, con la que lució sus grandes dientes blancos.

—Tomará dos huevos fritos vuelta y vuelta con tostadas y salsa Marmite.

Hemming negó con la cabeza.

—Sin Marmite, prefiero mermelada.

—¿De grosella espinosa o de grosella roja?

—De grosella espinosa, por favor.

La chica sonrió a Hemming.

—Menos mal que lo tienes a él para cuidarte, cariño.

Cuando se alejó, Hemming observó sus caderas ceñidas en unos vaqueros negros.

—Es por su propio bien, amigo —advirtió Jamal al tiempo que pinchaba una salchicha con el tenedor—. Me lo agradecerá dentro de tres horas.

Hemming miró la salchicha.

—¿Eso es…, quiero decir… usted es…?

Jarral sonrió.

—No me ha visto desplegar mi alfombra de oración cinco veces al día, ¿verdad?

—No, es que pensé…, es decir, me da vergüenza admitirlo, pero no sé mucho sobre las…, eh, costumbres.

—Mis padres tienen una visión muy abierta y yo nunca he llegado a creer en la idea de Alá. Algunos de mis familiares son creyentes y otros no.

Estaba a punto de responder cuando sonó el teléfono, era una llamada del cuartel general en York. Contestó después del primer timbrazo. Era el inspector jefe Witherspoon, un jefe cascarrabias pero justo.

—Ha llegado el informe del laboratorio —anunció el jefe sin perder tiempo.

—Es Witherspoon —le murmuró Hemming a Jarral, quien asintió sin dejar de masticar muy contento los huevos con salchichas—. ¿Alguna huella en la taza, señor? —preguntó al teléfono.

—Ninguna salvo las de la víctima.

—No me sorprende; las personas que las servían llevaban guantes. Según los testigos, fue idea de la señora Pemberthy. Le parecía más higiénico y todo eso.

—Irónico, ¿no le parece, señor? —susurró Jarral—. Ahora es más difícil encontrar a su asesino.

Hemming lo hizo callar con un gesto y siguió hablando por teléfono.

—¿Qué hay del informe de toxicología, señor?

—Arsénico —aseguró el jefe—. Suficiente para matar a un caballo.

—Apuesto a que era veneno para ratas —dijo una voz femenina por detrás de él.

Levantó la vista y, plantada a su derecha, vio a una joven delgada con el cabello rubio cobrizo y unas gruesas gafas negras. La

miró sorprendido y ella sonrió.

—Ustedes deben de ser los detectives de los que habla todo el mundo.

—Y usted es… —dijo Hemming con el ceño fruncido.

—Erin Coleridge. Soy la dueña de la librería del pueblo.

—Bueno, señorita Coleridge… —comenzó a decir, pero lo interrumpió la voz del jefe al otro lado del teléfono.

—Hemming, ¿sigue ahí?

—Lo siento, señor, aquí estoy.

—Solo le decía que, basándose en los elementos traza, el forense piensa que fue veneno para ratas.

—¿Y qué hay del resto del té, en el samovar y en las otras tazas?

—Completamente libre de toxinas.

—¿También analizaron el té de la lata?

—Sí. Quien envenenara a Sylvia Pemberthy parece haberse concentrado solo en ella.

—Gracias por el informe, señor.

—Manténgame informado, ¿quiere?

—Por supuesto, señor —aseguró antes de colgar el teléfono. Luego se volvió hacia la joven—. Bien, señora Coleridge, por mucho que valore sus ganas de colaborar…

—Tenía razón, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa que a él le pareció un poco arrogante. Si no fuese tan extrañamente atractiva, Hemming la habría corregido. Pero vio algo en el brillo de sus pálidos ojos por detrás de las gruesas gafas que lo desarmó—. Farnsworth Appleby es inocente, ¿sabe usted? —Añadió.

—¿Por qué…?

—No tiene móvil y es incapaz de hacer algo así.

—Bueno, yo, sin duda…

—El esposo de la víctima, Jerome Pemberthy, es mucho mejor candidato.

—Pero él…

—Se supone que no estaba en la reunión —terminó la frase por él—. Pero yo no estaría tan segura de eso.

—Desde luego, nosotros…

—Si necesita material de investigación forense, consejos o chismes relacionados con el pueblo, me encontrará al final de Swanson Lane.

Le entregó una tarjeta. Estaba escrita en letra cursiva y se veía original sin ser recargada.

Readers Quarry
Libros antiguos y nuevos
Horario: 10-5 de jueves a domingo
O con cita previa

Debajo figuraba un número de teléfono y un enlace a un sitio web, ReadersQuarry.com.

Hemming miró al sargento Jarral, quien la observaba boquiabierto.

—Yo de usted cerraría la boca antes de que se le cuele alguna mosca, sargento —murmuró en voz baja, y Jarral cerró la boca, con una expresión que delataba sorpresa en su atractivo rostro.

—Gracias, señorita Coleridge —dijo Hemming—. Le aseguro que tendremos en cuenta su oferta.

—«Nunca es demasiado pronto para hacer lo que se debe».

Se dio la vuelta para irse, pero luego se volvió con elegancia hacia ellos. Hemming intentó no mirarle las caderas, ceñidas por unos ajustados pantalones deportivos negros.

—Supongo que el veneno era para Sylvia —apuntó con una sonrisita de Mona Lisa.

El detective picó el anzuelo.

—¿Cómo iba usted a…?

—Me despido por ahora —dijo, y cruzó los amplios tablones del suelo en dirección a la salida.

Cuando se fue, Jarral se inclinó hacia adelante.

—Una monada, señor, si me permite decirlo.

Hemming gruñó. No le gustaba la actitud invasiva de esa mujer,

y, sin embargo…

—¿Aunque no cree que es más descarada de lo que le conviene? —Añadió Jarral.

El detective se acarició la barbilla, que seguía seca a causa de la abrasiva loción para después del afeitado.

—Me pregunto a qué estará jugando —reflexionó en voz alta mientras miraba por la ventana con vistas a la calle, donde un niño pequeño era arrastrado por un entusiasta *golden retriever* que tiraba de la correa.

El perro estuvo a punto de derribar al niño mientras este corría para seguir el ritmo del animal. «En esta vida, o empujas o tiras», pensó Hemming. Se sentía como el niño, arrastrado por un caso con demasiados sospechosos y pocas pistas. El equilibrio perfecto en la vida era muy difícil de alcanzar, y muy efímero.

Jarral apartó el plato, parecía que lo hubiera limpiado con la lengua.

—Estaba espectacular —aseguró cuando la camarera regresaba con el desayuno de Hemming.

—Ten cuidado, está caliente —advirtió al deslizar el plato caliente frente al detective—. Te he puesto una salchicha casera, es de hoy. He pensado que la podrías necesitar.

—Muy amable de tu parte.

—Si no la quieres, estoy segura de que él se la comerá —añadió, y señaló a Jarral con la cabeza.

Hemming sonrió.

—Ni loco.

—Pero soy un chico en pleno crecimiento —protestó el sargento.

—Siga comiendo así y le garantizo que crecerá —respondió Hemming.

Jarral miró a la camarera y puso los ojos en blanco.

—¿Ves lo que tengo que aguantar?

—Él es el jefe. Disfruta —dijo la joven, y apoyó un momento la mano en el hombro de Hemming antes de alejarse contoneando los hombros y las caderas lo justo como para captar su atención hasta

que desapareció en la cocina.

—Usted le gusta —observó Jarral, parecía decepcionado y un poco sorprendido; era evidente que estaba acostumbrado a captar la atención de las mujeres.

—No importa. Estoy seguro de que la próxima tendrá mejor gusto.

A las mejillas morenas del sargento asomó un rubor y se tomó un sorbo de té tan largo que casi se atraganta. Mientras se comía los huevos fritos y la gruesa y burbujeante salchicha, Peter Hemming decidió que tenía hambre después de todo.

CAPÍTULO SIETE

—Anímese, sargento, solo nos quedan otros cien testigos más o menos por interrogar —comentó el detective Hemming mientras Jarral cerraba la puerta del pasajero con cuidado, como si temiera que algo pudiera caerse si la cerraba de golpe.

El viejo Citroën de Hemming estaba, por decirlo amablemente, en mal estado; o, dicho sin rodeos, era una ruina. O al menos así le parecía a Jarral, que prefería las cosas brillantes, modernas y nuevas. No entendía la obsesión inglesa por las cosas antiguas; el éxodo de su familia de Lahore había sido una lucha por la reinvención y por dejar el pasado atrás que se había transformado en un desdén por cualquier cosa que representara valores arcaicos.

Como hijo mayor, Rashid Jarral había heredado la obsesión de sus padres por el progreso y la modernidad. Siempre tenía el último modelo de teléfono y las aplicaciones más populares, y su cuenta de Twitter tenía más seguidores que la de sus primos adolescentes.

Echó un vistazo a la lista de miembros de la sociedad. Hemming exageraba, pero realmente había muchos nombres.

—Por lo visto algunos de los presentes no eran miembros; supongo que vinieron a ver los fuegos artificiales —comentó Jarral.

—Pues vieron más de lo que esperaban —dijo Hemming mientras dejaban atrás varios rebaños de ovejas y alguna que otra casita de piedra. El sol jugaba al escondite detrás de un banco de nubes esponjosas, un poco grises, que sugerían la posibilidad de lluvia—.

¿Quién es el siguiente nombre de la lista?

—Erin Coleridge, veintidós de Swanson Lane —recitó mientras introducía la dirección en Google Maps.

—Ah, sí, nuestra aspirante a detective —dijo Hemming—. Veamos qué nos cuenta.

—Gire justo aquí, en el cartel, señor.

Señaló un letrero de madera con la palabra librería escrita en grandes letras de imprenta y una flecha que apuntaba hacia el camino.

Tomaron Swanson Lane y pasaron junto a un muro de ladrillo derruido que en su día perteneció a una vieja hacienda, ahora desaparecida, de la que ya solo quedaban los restos del muro. El viejo coche traqueteó al pisar los baches del angosto camino embarrado que después de aproximadamente medio kilómetro se convertía en una calle sin salida. Cuando se acercaron a la solitaria casa de piedra que se erigía al final del camino, Jarral vio un letrero de madera en el césped delantero:

READERS QUARRY
LIBROS ANTIGUOS Y NUEVOS
HORARIO: 10-5 DE JUEVES A DOMINGO
O CON CITA PREVIA

—Es aquí —anunció, y se guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo.

El detective Hemming no era tan aficionado a la tecnología como él. Aunque Hemming dependía del uso que el sargento hacía del GPS, Jarral tenía la sensación de que sería mucho más feliz guiándose con un mapa de carreteras extendido sobre el capó del coche.

—Bien —dijo Hemming, cuando apagó el motor—. Veamos qué nos cuenta Erin Coleridge, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondió Rashid, y se dispuso a salir del estrecho Citroën.

El coche en forma de puro era bajo y resultaba muy incómodo levantarse del asiento. Era muy diferente de su SUV último modelo, que se adaptaba mucho mejor a sus largas piernas.

Siguió a Hemming por el angosto camino de ladrillos que conducía a la casita delimitado por un alegre jardín salpicado de flores a un lado y un patio al otro. Un móvil de viento plateado colgaba de los aleros y tintineaba con suavidad mecido por la brisa. El entorno era tan pacífico y sereno que a Jarral le costaba imaginar que un asesino pudiera vivir entre esas cuatro paredes.

Llamaron a la pesada puerta de roble y desde el interior se oyó: «¡Un momento!»; a continuación siguió el ruido de unos pasos ligeros y rápidos que bajaban la escalera.

Abrió la puerta la misma joven llamativa que habían conocido durante el desayuno. Era un cuadro en tonos pastel: tenía los ojos de color azul celeste, la piel nívea y el cabello de un rubio cobrizo, todo ello realzado por un suéter negro de cuello alto y unas mallas verde oliva. Su piel, tan pálida como las plumas de un cisne, resplandecía con un brillo aterciopelado que hacía que la tez morena de Rashid, de la que normalmente se sentía tan orgulloso, palideciera en comparación.

—Hola otra vez —dijo Erin con un tono amistoso y natural. Llevaba las mismas gafas de gruesa montura negra que ensalzaban la claridad de sus ojos y las pestañas doradas—. Pasen, por favor.

Después de las presentaciones, los condujo a través de la única estancia de la librería hasta una sala de estar impecable y bien equipada; Rashid no pudo evitar pensar que si ella era la asesina, tenía un don especial para desviar la atención. La habitación estaba amueblada con cálidos tonos tierra, y de las paredes de terracota colgaban paisajes artísticos de buen gusto. El sargento carecía del ojo experto para saber si se trataba de obras originales o meras reproducciones, pero, sin duda, contribuían a proyectar un ambiente general de gustos refinados.

Una alfombra persa verde con un llamativo estampado dominaba el centro de la estancia, donde descansaban un cómodo sofá en un

extremo y una butaca de cuero marrón caramelo que tenía los reposabrazos desgastados con un reposapiés a juego justo delante. Dos de las paredes estaban ocupadas por estanterías repletas de libros; en la pared delantera había una hilera de ventanas reticuladas, y en el fondo de la habitación, Jarral vio una puerta que conducía a una cocina soleada. Además, la señorita Coleridge tenía un piano de cola pequeño apoyado contra la estantería más alejada.

—Siéntense, por favor —les pidió—. ¿Les apetece un poco de té?

—No, gra… —empezó a decir Rashid, pero Hemming lo interrumpió.

—Sí, gracias. ¿Le echo una mano?

—No es necesario, gracias —repuso la anfitriona antes de deslizarse con gracia por la puerta baja que conducía a la cocina.

Cuando Erin desapareció, Hemming empezó a pasear por la habitación, y se detenía a observar esto y aquello con aparentemente despreocupación, pero Jarral sospechaba que no se le escapaba nada. Se preguntó si Hemming buscaba algo en particular, y se moría por saber qué pasaba por la mente del detective, pero su instinto le decía que no interrumpiera. Aquel era su primer caso juntos, y el sargento quería causar una buena impresión.

—Ya está —anunció Erin cuando entró con una bandeja de té cargada de pasteles, pastas y una gran tetera de porcelana azul. Sonrió al ver la expresión de sorpresa de los detectives—. La gente no viene aquí solo por los libros.

—Muy amable de su parte —comentó Jarral.

—Es un buen negocio. Cuanto más tiempo se quedan, más miran.

—He visto que tiene una buena colección de novela negra —comentó Hemming.

—Desde que leí *A sangre fría*, me fascinan las historias sobre crímenes reales. —Apartó la vista y Jarral tuvo la impresión de que ocultaba algo.

—Antes dijo que la gente hablaba de nosotros —prosiguió

Hemming—. ¿A quién se refiere exactamente…?

—Uy, a todo el mundo. No todos los días ocurre algo tan emocionante en nuestro tranquilo pueblecito.

—Tengo entendido que estaba usted presente cuando la señora Pemberthy fue…

—Sí, me encontraba en la reunión con todos los demás. Habíamos hecho un descanso para tomar el té, y yo hablaba con Hetty Miller y Pru, Prudence Pettibone. Se oyó un grito, y Suzanne Becker entró tambaleándose en la sala diciendo que Sylvia estaba muerta.

—¿Recuerda sus palabras exactas?

—Creo que dijo: «Ayuda, por favor, que alguien me ayude. —Y después añadió—: Es Sylvia… Está muerta».

—Tiene buena memoria, ¿verdad, señorita Coleridge?

—Tengo más capacidad para recordar la información oral que la visual. Las caras no se me dan bien; me temo que no es la mejor cualidad para ser dueña de una tienda.

—¿Tiene alguna idea de quién podría querer hacerle daño a la señora Pemberthy? —preguntó Rashid mientras Erin les tendía un té caliente a cada uno—. Salvo su esposo, claro.

—Puede usted elegir. No fue la presidenta más popular en la historia de la sociedad.

—¿Por qué no?

—Digamos que, si fuera un personaje de Jane Austen, sería *lady* Catherine de Bourgh.

—¿Pretenciosa, distante y convencida de que es mejor que todos los demás? —inquirió Hemming.

—Exacto. Aunque no se puede decir que Sylvia fuera noble: sus ancestros se dedicaban a cultivar turba. Aun así, era bastante rica.

—«Es difícil para el afortunado ser humilde».

Erin aplaudió.

—¡Me encanta esa cita! Entiendo que le gusta Jane Austen.

—Sería antipatriótico no admirarla.

—Quisiera aclarar que Sylvia me caía bien, podía ser amable y

encantadora. Pero era evidente que tenía muchos enemigos.

—Tengo entendido que había rumores sobre un posible golpe de Estado —terció Jarral.

—Las relaciones de poder en la sociedad siempre fueron un poco espinosas, pero las cosas se calentaron después…

—¿Después de qué?

—El expresidente es un terrateniente del pueblo llamado Owen Hardacker, y él gestionaba las cosas con bastante despreocupación. No había muchas reglas ni regulaciones, y supongo que había quien pensaba que era demasiado descuidado. Cada vez se organizaban menos reuniones y había gente que no se molestaba en asistir. El número de miembros estaba disminuyendo, y algunos culparon a Owen.

Hemming se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué opinaba usted?

—Yo llegué aquí hace menos de dos años.

—Sin embargo, he oído decir que es usted popular.

Erin se sonrojó y el rubor tiñó sus pálidas mejillas.

—«Todo el mundo acude a Erin», o algo así me dijeron —añadió Hemming.

Ella se echó a reír, era un sonido delicado, parecido a un tintineo de las campanillas.

—¿Quién dijo eso?

—La señora Appleby.

—Me alegra que alguien en el pueblo piense que soy popular.

—Seguro que no es la única, ¿verdad? —dijo Jarral.

—Los naturales de Yorkshire no siempre reciben a los forasteros con los brazos abiertos —advirtió Erin mientras rellenaba las tazas—. Pero, una vez que te aceptan, tienes que hacer algo bastante horrible para que te den la espalda.

—¿Como cometer un asesinato, por ejemplo? —propuso Hemming.

En ese momento sonó la campanilla que colgaba de la puerta principal de la tienda y Erin se levantó de la silla.

—¿Me disculpan un momento?

Cruzó la cortina de cuentas que daba acceso a la sala delantera, y Rashid se quedó hipnotizado un momento por el suave balanceo de la cortina y el leve tintineo de las cuentas. Escuchó a Erin saludar a alguien, no alcanzó a entender las palabras, pero le dio la impresión de que era alguien conocido, un hombre, a juzgar por la voz. Mantuvieron una breve conversación en un volumen demasiado bajo para que la oyera; y entonces Erin dijo:

—Te avisaré en cuanto llegue.

El hombre dio las gracias y se marchó, y la campanita volvió a sonar cuando se cerró la puerta. Erin reapareció momentos después a través de la cortina.

—Disculpen la interrupción. Un cliente preguntaba si había llegado un libro.

—¿Puedo preguntar de quién se trataba?

—Jonathan Alder. Es maestro en la escuela secundaria.

Jarral dejó el té.

—Me preguntó por qué no haría la consulta por teléfono.

—Eso tendrá que preguntárselo a él —repuso Erin sonrojándose de nuevo, y el rubor se le extendió hasta la base del cuello.

Rashid oyó como el viento arreciaba fuera y silbaba al colarse por los viejos aleros. En aquella época del año, las tormentas llegaban y se alejaban del norte con la rapidez de un conejo.

—¿Y usted, señorita Coleridge? —Hemming alargó la mano para alcanzar un panecillo de Pascua—. ¿Qué opina sobre la forma que tenía Sylvia Pemberthy de dirigir la sociedad?

—«Cuando las cosas nos son contrarias un mes, al siguiente siempre se arreglan».

—Veo que a usted también se le da bastante bien citar a Austen.

El detective Hemming dejó el té y se inclinó hacia delante.

—¿Recuerda si alguien actuó de manera extraña durante la reunión?

—No vi a nadie meterle algo en el té, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Advirtió usted que Sylvia dejara la taza en algún momento?

—No estaba prestando mucha atención. Como dije, estaba charlando con Hetty y Pru.

—Ah, sí, lo mencionó —dijo Hemming, como si acabara de recordarlo.

Rashid había oído decir a algunos colegas que la memoria del detective era casi infalible: ¿por qué fingía entonces? ¿Lo hacía para hacerla bajar la guardia, o tal vez para que cometiera algún error?

—Su amiga, la señora Appleby, dijo que Sylvia dejó el té en una silla donde cualquiera podría haberle metido algo. Una afirmación bastante conveniente, considerando que estaba en el comité del té esa noche y que admitió haberle entregado su té a la señora Pemberthy.

Erin se puso seria.

—Está sacando conclusiones equivocadas, detective. Farnsworth nunca…

—¿Entonces se llevaba bien con la señora Pemberthy?

—Nadie se «llevaba bien» con Sylvia Pemberthy.

—¿Sabe si la señora Pemberthy tomaba el té con azúcar?

—No, pero sé por qué lo pregunta. El azúcar enmascararía el sabor amargo del veneno. Y el arsénico es un polvo blanco que podría confundirse fácilmente con el azúcar.

Hemming entornó los ojos.

—¿Y cómo sabe que era arsénico?

—Vi el cuerpo, detective.

—¿Y…?

—Era evidente que se trataba de un veneno de acción rápida, pero el cadáver no presentaba una colocación grotesca de las extremidades que sugiriera las contracciones musculares involuntarias típicas de la estricnina —dijo, como si recitara de un libro de texto—. También tuve en consideración el cianuro, pero es bastante más difícil de obtener que el arsénico, que, como dije, es un ingrediente común en el veneno para ratas. Así que lo más posible es que fuera arsénico.

—Parece que sabe usted mucho sobre venenos.

—Ya le dije que el crimen es uno de mis pasatiempos.

—Sí que me lo dijo.

—Y, antes de que lo pregunte, no tengo veneno para ratas en casa; aunque, por supuesto, puede buscarlo usted mismo si quiere.

—No será necesario.

—Como le he dicho, si yo fuera usted, investigaría a su marido. Es un imbécil de primera.

—Lo tendré en cuenta.

Para alivio de Jarral, Hemming cerró su cuaderno y se lo guardó en el bolsillo, un claro indicativo de que la entrevista había terminado.

—Gracias por su tiempo —dijo—, y por el té.

Ella se levantó y estiró su figura esbelta y algo infantil.

—Ojalá pudiera ayudarles más.

—Nos ha ayudado más de lo que usted cree —le aseguró, y Rashid se preguntó si pretendía desconcertarla al sugerir que se había delatado. Hemming le entregó una tarjeta de visita—. Llámeme en cualquier momento si se le ocurre algo más. Por cierto, ¿cómo supo dónde encontrarnos esta mañana?

—En este pueblo las noticias vuelan —confesó Erin mientras apilaba los utensilios del té en una bandeja.

—Lo tendré en cuenta. Buenos días, señorita Coleridge.

Una vez en el coche, Jarral se volvió hacia Hemming mientras se abrochaban los cinturones de seguridad.

—No hay duda de que puede eliminarla de la lista de sospechosos.

—¿Ah, sí?

—¿No pensará que ella…?

—Teóricamente, todos los presentes en aquella sala tuvieron los medios y la ocasión de hacerlo. Y a juzgar por lo que dice todo el mundo, hay muchos que pueden haber tenido algún motivo.

—Pero…

—No sería la primera vez que un rostro bonito sirve de tapadera

para actos oscuros.

Rashid se molestó. Mientras regresaban al pueblo contemplaba los campos de color pardo por la ventana. La afirmación seudoshakespeariana de Hemming le había parecido condescendiente, y no le importaba lo que dijera el detective, era incapaz de imaginar que la encantadora y grácil Erin Coleridge pudiera envenenar a nadie.

CAPÍTULO OCHO

Mientras retiraba las cosas del té, Erin reflexionaba sobre el interrogatorio. No estaba segura de qué pensar del detective inspector Hemming. Su actitud reservada y prudente era normal para un hombre de su profesión, pero ella percibía alguna herida en su interior, algo que mantenía bien guardado. Por lo general, esto habría bastado para que se sintiera atraída por él, pero no cabía duda de que las circunstancias distaban mucho de ser normales. Eran adversarios, al menos hasta que él se convenciera de su inocencia.

Y lo que era más importante aún, tenía que convencerlo de la inocencia de Farnsworth. Erin no le había explicado que Farnsworth la había llamado poco antes de que ellos llegaran a la tienda y que jamás la había visto tan asustada.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Ya se han ido? —preguntó Farnsworth. Parecía que le fallara el aliento.

—Sí, ahora mismo.

—¿Mencionaron algo sobre mí?

—Hemos hablado de muchas personas que estaban allí esa noche.

Erin pensaba que su amiga no necesitaba más motivos para preocuparse, pues ya daba la impresión de estar bastante nerviosa.

—¿Qué les has dicho?

—Que eras incapaz de algo así.

No quiso señalar que cualquier policía que se preciara sabría que no se puede exonerar a un sospechoso basándose en palabras de apoyo de una amiga. Conocía muchísimos casos donde el sospechoso menos pensado había terminado siendo el asesino: el dulce y tímido vecino que cortaba el césped de todos; o la esposa alegre y servicial que los fines de semana era voluntaria en albergues para personas sin hogar. La verdad era que cualquiera era capaz de asesinar.

Sin embargo, hizo todo lo posible por convencer a Farnsworth de que pronto atraparían al verdadero culpable. Después de calmarla, Erin volvió a la cocina para terminar de recogerlo todo. El vapor que subía del fregadero empañaba las ventanas con vistas de detrás de su casita de campo.

Contemplado a través de la bruma del vapor, el paisaje parecía salido de un cuento de hadas; el pequeño puente con sus rústicos pasamanos de madera tallada a mano, y el angosto arroyo que serpenteaba a través del paisaje ondulado salpicado de ovejas pastando en los campos cubiertos de aulaga, pamplina y brezo. Para Erin no había nada más bello que un océano púrpura de brezo en flor. Pero a mediados de octubre, y a medida que los días se acortaban, ya solo resistían con valentía algunas diminutas flores rosas.

Erin se sentía atraída por ese paisaje y renegaba de la geografía más suave de su Oxfordshire natal, con sus amables colinas y montículos ondulados, pues prefería la grandiosa y trágica expansión de los páramos del norte. Allí se sentía salvaje, libre y un poco peligrosa. Después de pasar cuatro años en Cambridge, se había cansado del elitismo y el ahínco de esas expectativas siempre tan altas. Y, cuando su madre murió, Oxford se convirtió en un lugar triste de recuerdos pasados.

Cuando terminó de lavar los platos, cruzó la sala de estar hacia la tienda seguida del insistente aroma de la pasta de almendras y la vainilla. Quizá el detective Hemming fuera un alma atormentada,

pero le gustaban las pastas.

El sargento Jarral era completamente distinto: abierto, alegre, incluso un poco ingenuo; su encanto fluía como el perfume. Era imposible no sentir simpatía por él. Pero Hemming era reservado, solitario y distante, cosa que lo convertía en una persona más interesante. Erin quitó el pestillo de la puerta principal y sacó el pesado cartel de abierto. Todavía era miércoles, pero seguía haciendo buen tiempo y decidió abrir la tienda, al menos por unas horas.

Colgó el cartel de los ganchos que había en el alero y se revisó las manos en busca de astillas antes de volver a entrar. Había pensado en conseguir un letrero más ligero, pero temía que se hiciera añicos cuando empezara a soplar el implacable viento invernal. La madera contrachapada podría servir en Oxford, pero para el inhóspito clima del norte se requería algo más resistente. Era duro para los letreros de madera, pensó, pero bueno para forjar carácter.

Recordó una de sus citas favoritas de *Orgullo y prejuicio*: «Cuanto más veo del mundo, más insatisfecha estoy de él; y cada día que pasa confirma mi opinión sobre la incongruencia de todos los caracteres humanos y sobre la poca confianza que se puede depositar en las apariencias de mérito o buen sentido».

Pero ¿el carácter no era algo que seguía construyéndose durante toda la vida?, pensó mientras descubría un libro de cocina marroquí escondido en la sección de viajes. Lo puso en su sitio junto a *Las comidas de Jamie en 15 minutos*, de Jamie Oliver. Mientras ordenaba la sección de libros de arte y se aseguraba de que Cézanne estuviera alineado con el libro sobre el neoclásico francés Jacques-Louis David, rumiaba que, desde luego, todo el mundo podía mejorar. Pero el libro de David seguía sobresaliendo por el borde de la estantería, y lo abrió por la página en la que aparecía *La muerte de Marat*, el retrato que pintó David del famoso instigador y escribano de la Revolución francesa. El artista lo había representado tendido en su bañera, justo después de que Charlotte Corday lo apuñalara.

Incluso con la evidente herida de arma blanca y las sábanas manchadas de sangre, la pintura transmitía una extraña serenidad. La expresión en el rostro de Marat es casi dichosa, como si la muerte hubiera sido una liberación.

En la página opuesta estaba *La muerte de Sócrates*, que retrata al gran hombre impertérrito sosteniendo triunfante el cáliz del veneno en alto como si fuera una antorcha, mientras sus seguidores y alumnos se agolpan alrededor de su lecho de muerte con actitud desesperada. Mientras volvía a dejar el tomo en la estantería, Erin pensó que la muerte era un tema muy fértil para la contemplación artística.

Y ahora Kirkbymoorside tenía su propia muerte violenta, más cercana a Marat que a Sócrates. Sylvia Pemberthy no había consumido el veneno que la mató de manera voluntaria o consciente. ¿Y si Jane Austen tenía razón al afirmar que todo el mundo era incongruente y nadie era de fiar? De ser así, el asesino de Sylvia podría ser alguien que pareciera incapaz de tal atrocidad.

Sonó la campanita de la puerta principal.

—¡Voy! —gritó Erin, y se apresuró hacia el frente de la tienda.

De pie junto a la pequeña mesa de madera que hacía las veces de escritorio, mostrador y caja registradora aguardaba Carolyn Hardacker. Se la veía tan elegante y esbelta como siempre, con un caftán de lino color mostaza, y se había recogido la espesa melena negra en un moño que realzaba la longitud de su cuello de cisne y su piel brillante del color del ébano pulido.

Era una de esas mujeres que podía ponerse cualquier cosa y parecer un icono de la moda. Por supuesto, el caftán de lino parecía caro, al igual que las pulseras de oro y los pendientes a juego, pero en cualquier otra persona podrían haber parecido baratos u ostentosos. En Carolyn, se veían perfectos. Sin embargo, su rasgo más exótico eran sus ojos verde esmeralda.

—Hola —dijo Erin—. Me alegro de verte.

Carolyn esbozó una sonrisa tensa y jugueteó con sus pulseras de oro.

—Espero no interrumpirte.

—En absoluto, siempre es un placer. ¿Buscas algún libro en particular?

Carolyn miró por la ventana de delante como si temiera que alguien la estuviera siguiendo.

—En realidad, esperaba poder hablar contigo. ¿Es un mal momento?

—No, pasa, por favor. ¿Te apetece un té?

—No, gracias.

—Por favor, siéntate —la invitó Erin, y señaló una de las butacas que tenía repartidas por la tienda.

—Gracias. —Carolyn se acomodó en la silla; le temblaba el labio inferior—. Es que la muerte de Sylvia…

Se le llenaron los ojos de lágrimas. A pesar de la poca luz que había en la habitación, Carolyn tenía las pupilas contraídas, y Erin veía con absoluta claridad el radiante color verde de sus iris.

—Estabais unidas, ¿verdad?

Carolyn se secó una lágrima y asintió.

—No puedo evitar sentir que, si hubiera estado en la reunión, podría haber hecho algo.

—No te atormentes de esa forma.

—Ella y Owen discutieron durante la reunión, pero él sería incapaz de hacer algo así. Lo sabes, ¿verdad?

—No he escuchado a nadie sugerir que Owen tuviera algo que ver con el asesinato.

—He oído que los detectives de York están interrogando a todo el mundo.

—Han venido a hablar conmigo hace un rato.

—¿Preguntaron por Owen?

—Ya sabes cómo es la policía, no sueltan prenda hasta que están listos para atacar.

Carolyn abrió los ojos como platos al oír la palabra «atacar».

—¿Por qué? —preguntó Erin—. ¿Qué has oído?

—Bueno, ya sabes cómo es la gente —dijo mientras se rascaba la

muñeca izquierda y hacía tintinear las pulseras—. Supongo que estoy exagerando. Entonces no has oído nada, ¿verdad?

—Nada relacionado con Owen. Si lo hubiera oído, te lo diría.

—No pretendía ser grosero con Sylvia, es solo que está preocupado por Gypsy, ya sabes.

—¿Tu perra?

—En realidad, la perra es suya. Lleva varios días sin comer y está intranquilo. Se disculpó con Sylvia después, justo antes de que ella…

Erin posó la mano en el brazo de Carolyn.

—Estoy segura de que saldrá a la luz durante la investigación.

Carolyn relajó los hombros, pero seguía teniendo una expresión tensa.

—Gracias, Erin, sabía que podía contar contigo.

—¿Por qué estás tan preocupada?

—Bueno, es solo que Owen y Sylvia nunca se han llevado bien, y… bueno, tú estuviste allí el otro día.

—¿En la reunión del domingo?

—He oído que la cosa se puso fea entre ellos.

—No tanto —mintió Erin, en parte para calmar los sentimientos de Carolyn, pero también para que siguiera hablando.

—Y luego volvieron a pelearse la noche que… que ella estaba… —Carolyn se mordió el labio para no llorar—. Es que no puedo creer que haya muerto.

—Te perdiste las dos reuniones. Owen dijo que no te encontrabas bien.

—Así es —repuso mientras fingía examinar un volumen de poesía del periodo augusto.

—¿Ya te encuentras mejor?

Erin no entendía por qué Carolyn era mentirosa patológica.

—Mucho mejor, gracias.

Cuando Carolyn se marchó, Erin devolvió la antología de poesía a la estantería. Casi nadie se interesaba por la poesía augusta. Era un género estilizado y seco, surgido antes del florecimiento de la era romántica que comenzó con William Blake y alcanzó su apogeo con

escritores como Wordsworth, Coleridge y Keats. Conservaba el libro por si acaso algún académico o fanático de la poesía decidía pasar por allí.

¿Cuál era la verdadera razón de la visita de Carolyn? Aunque Erin admiraba a esa mujer mayor, no estaban particularmente unidas, y Carolyn claramente esperaba que Erin tuviera alguna información, pero no se atrevía a preguntarlo directamente.

Se acercó a la estantería que había junto a su equipo de sonido y sacó un CD muy desgastado del estante. Cuando una se enfrentaba a un problema como ese, no había otra solución que recurrir a J.S. Bach, o, como ella lo llamaba, El Hombre. Sacó el disco de la caja, abrió el reproductor de CD, lo introdujo y subió el volumen. Se acomodó en el sofá color burdeos de respaldo curvo mientras las primeras notas de la *Misa en si menor* de Bach flotaban por la habitación, apoyó la cabeza en un cojín del sofá y reflexionó sobre la situación.

La falta de entendimiento entre Owen Hardacker y Sylvia Pemberthy iba más allá de sus desacuerdos dentro de la sociedad. De la misma forma que ocurría a los personajes de *Orgullo y prejuicio*, su desconfianza mutua procedía de nociones relativas a la clase y el origen. Ambos eran ricos, pero Sylvia se daba aires de grandeza, mientras que Owen estaba decidido a retratarse como un hombre de sentido común y valores propios de la clase trabajadora.

Erin intentó imaginar a Owen envenenando a alguien. Podía imaginarlo disparándole perdigones con su escopeta, pues tenía un par de armas en casa para cazar urogallos, pero incluso eso era un poco exagerado. Owen Hardacker se enfadaba con facilidad; sin embargo, no lo veía capaz de envenenar a nadie. Eso requería premeditación y cierta frialdad.

Aunque, como Erin sabía después de haber leído innumerables historias sobre crímenes reales, dadas las circunstancias adecuadas, cualquiera podía convertirse en un asesino. ¿Qué había de la propia Carolyn? ¿Había tenido algún desacuerdo con Sylvia? Quizás se había encontrado con la presidenta en el callejón donde murió y le

había metido algo en el té.

¿Y qué decir de Suzanne Becker? Tenía un montón de razones para desear la muerte de Sylvia, y había sido ella quien, oportunamente, descubrió el cuerpo; quizás había sido incluso demasiado conveniente, pensó Erin. Eso de que la persona que «descubría» el cuerpo pudiera ser la asesina era casi un cliché en la resolución de crímenes. Otro cliché, por supuesto, era la idea de que el veneno era una herramienta femenina; sin embargo, muchos hombres también habían tomado ese camino.

Mientras los majestuosos acordes de Bach inundaban la habitación, Erin prometió que ese asesino no escaparía, estaba decidida a desenmascararlo.

CAPÍTULO NUEVE

Jerome Pemberthy vivía en una elegante casa de ladrillo visto de dos plantas, de estilo eduardiano, en un acre de terreno en las afueras del pueblo. En el camino circular de la entrada había estacionado un Rover azul oscuro cuya carrocería de metal pulido brillaba bajo la pálida luz matutina. Cuando Erin se acercó a la casa el miércoles por la tarde, la gruesa gravilla blanca crujió bajo sus pies.

Llamó a la puerta con el recargado llamador de bronce en forma de cabeza de león y abrió el propio Jerome. Era alto y delgado, vestía un suéter negro de cuello alto, pantalones de traje color *beige* y una chaqueta de pana a juego con parches de ante en los codos; y con sus gruesas gafas cuadradas y ese aire distraído, parecía un catedrático universitario. Erin pensó que la chaqueta era un poco excesiva. Incluso lucía un bigotito canoso y del bolsillo del pecho le asomaba una pipa de espuma de mar.

—No he pedido ningún libro —dijo cuando Erin le mostró el pesado volumen titulado *Magia medieval: los orígenes y las prácticas de la alquimia*.

—Lo encontré y pensé que podría gustarte.

—Es algo caro —observó con el ceño fruncido—. Parece una edición bastante rara.

—Te lo regalo.

A su rostro asomó una expresión de asombro seguida de una

inmediata sospecha.

—¿Por qué?

—Solo quiero unos minutos de tu tiempo.

—Claro. Hoy esto parece la estación Victoria —añadió con un suspiro.

—Me he cruzado con la policía. ¿Qué querían?

—Pues ya sabes, las tonterías de siempre. Me han preguntado si maté a mi mujer; y, si no, quién lo hizo.

—Siento mucho lo de Sylvia.

Pemberthy soltó una breve risita.

—¿De verdad? Pues eres de las pocas. Ya sé que no era precisamente popular, no me hago ilusiones. ¿Por qué no pasas y te sientas?

La acompañó hasta un estudio bien decorado con macetas de helechos, muebles de cuero y librerías empotradas hasta el techo. Un ventilador de techo giraba lentamente sobre su eje y las hojas de los helechos se agitaban con suavidad a su paso.

—Las cuida Sylvia —explicó, al advertir que ella admiraba las flores—. O lo hacía. No sé qué haré con ellas ahora. A mí no se me da muy bien la jardinería. Se dan tantas cosas por sentadas cuando alguien está vivo, y luego…, bueno, voy a dejar de hablar de eso. —Se le quebró la voz. O era un muy buen actor o estaba afectado de verdad—. Por favor, siéntate —dijo antes de acomodar su cuerpo delgado en un sillón de cuero color chocolate con un reposapiés a juego—. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Erin nunca se había sentido muy cómoda en presencia de Jerome Pemberthy; era una persona distante y rígida que hacía que el señor Darcy pareciera cálido y acogedor en comparación. Pero ahora sentía pena por él al verlo tan desolado entre aquella profusión de macetas que tanto le recordaban la ausencia de su mujer. Erin se sentó en un sofá marrón a juego y notó el tacto suave y fresco del cuero contra la piel.

—De verdad que siento mucho lo de Sylvia —empezó a decir.

—Pero quieres saber si la maté.

—Solo me preguntaba si tenías alguna sospecha de quién podría haberlo hecho.

—Se supone que el veneno es cosa de mujeres, ¿no?

—En realidad, es más complicado que eso.

—A ti te interesan esa clase de cosas, ¿no? —preguntó, y pronunció «esa clase de cosas» como si fuera un bocado desagradable de comida en mal estado.

—Me interesa el mundo del crimen, sí…

—Entonces, ¿por qué no ayudas a la policía a resolverlo? Me han parecido un par de torpes, del tipo Laurel y Hardy.

—No creo que sea una descripción muy justa.

—No soporto a los tíos así —afirmó, de pronto empleaba un lenguaje más coloquial—. Se creen que lo saben todo.

Erin se preguntó a qué venía el cambio de acento o por qué estaba tan resentido con la policía.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu esposa?

Pemberthy se sacó la pipa del bolsillo y empezó a hacer el numerito de llenarla de tabaco.

—Estaba en casa cuando ella salió para la reunión.

—¿Y después de eso?

—Me quedé aquí corrigiendo exámenes.

—A Sylvia la encontraron en el callejón junto a la iglesia. Alguien podría haberle echado veneno en el té allí.

Pemberthy dejó de llenar la pipa.

—¿De verdad crees que yo iría en coche hasta la iglesia y me escondería en el callejón por si acaso ella aparecía por allí? Por no mencionar el veneno que habría pensado en llevar preparado por si acaso ella salía con un té.

—He leído sobre crímenes mucho más raros.

—Es una lástima que una mujer joven y atractiva como tú se consuma con ocupaciones tan sórdidas.

—Antes vivíais en York, y tú sigues dando clase allí. ¿Por qué os mudasteis a Kirkbymoorside?

Pemberthy se recostó en el sillón y se tomó su tiempo para

encender la pipa. Inhaló y exhaló una nube de humo.

—¿Quieres la razón que damos a todo el mundo o la verdadera?

—Ambas, si no te importa.

—Dijimos a la gente que queríamos una vida más tranquila, lo cual no era del todo una mentira, pero tampoco era toda la verdad.

—¿Cuál era la verdad?

—Mi esposa quería estar más cerca de su amante.

Erin tuvo que admitir que no había previsto esa respuesta.

—¿Y quién es?

—Kurt Becker, por supuesto. Yo no lo sabía en ese momento, dudo que hubiera aceptado la mudanza si lo hubiese sabido. Pero lo descubrí enseguida. Y su esposa, Suzanne, encontró el cuerpo. ¿No dice la sabiduría popular que lo más común es que el asesino es la persona que «descubre» el cuerpo?

—No sabía que a ti también te interesara el mundo del crimen.

—Yo leo, señorita Coleridge.

—¿Sabes si alguien podría querer lastimar a Sylvia?

—¿Salvo todos los integrantes de la Jane Austen Society?

—¿Hablas en serio?

—Estoy exagerando, pero sabes tan bien como yo…

—Eres profesor de historia, ¿verdad?

—Historia medieval. Un tema muy apropiado en un pueblo con orígenes medievales, ¿no crees?

El reloj del pasillo sonó y destruyó el momento. Pemberthy se levantó y se sacudió las cenizas de pipa de la chaqueta.

—Tengo una clase. Si no me voy pronto, llegaré tarde —añadió justo cuando le sonaba el teléfono móvil.

Lo sacó del bolsillo, le echó un vistazo a la pantalla y lo silenció.

—¿Necesitas responder? —preguntó Erin.

—Puede esperar. ¿Querías saber algo más?

Erin respiró hondo.

—Carolyn Hardacker.

—¿Qué pasa con ella?

—Me parece que también impartía clases en la Universidad de

York, ¿no?

—Solía hacerlo, sí.

—¿Entonces erais colegas?

—Estábamos en diferentes departamentos, pero sabía quién era.

—¿Por qué se fue?

Pemberthy se pasó una mano por el corto cabello cano. Erin pensó que, de no ser por su habitual expresión contraída y agria, sería un hombre atractivo.

—Mira, probablemente no debería decirte esto, pero se rumoreaba que la habían despedido.

—¿Sabes por qué?

—No, y lo escuché por boca de terceros, así que no confiaría en ello necesariamente. Los campus universitarios son nidos de chismes, ¿sabes?

—Eso dice mi padre.

—¿Tu padre?

—Está en Oxford.

—Ah, qué bien —dijo, y por un momento, Erin tuvo la impresión de tener ventaja—. ¿Crees que Carolyn tuvo algo que ver con el asesinato? —preguntó.

—Solo intento aclarar algunas cosas.

Jerome soltó una breve risotada.

—Pareces policía.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Si insistes —repuso sin ocultar su desdén—. Pero ahora debo irme de verdad. No puedo llegar tarde a clase.

—Gracias por tu tiempo.

—¿Te acompaño hasta la puerta? —preguntó mientras buscaba algo en el bolsillo de la chaqueta.

—Ya conozco el camino. Gracias otra vez.

Mientras recorría el angosto pasillo que conducía al vestíbulo, Erin era muy consciente del eco de sus pasos en aquel suelo tan bien pulido. La recia puerta negra se cerró tras ella con un golpe, y sus zapatos crujieron sobre la gravilla del camino mientras se dirigía

a su coche.

Se subió al Sunbeam y, mientras se ponía el cinturón de seguridad, Jerome Pemberthy salió de su casa con el teléfono móvil en la oreja enfrascado en una conversación acalorada. Aunque no pudo escuchar sus palabras, no le cupo duda de que se trataba de una discusión emocional. Jerome no pareció advertir su presencia cuando se subió al coche y dio marcha atrás para salir del camino circular sin dejar de hablar por teléfono.

Erin se preguntó qué podía ser tan importante para que estuviera dispuesto a infringir la ley y arriesgarse a que le pusieran una multa de tráfico. Sabía muy bien lo elevadas que eran las sanciones, pues ella misma había recibido una por hablar por el móvil en un semáforo. Después de encender el motor del Sunbeam, recorrió el camino hasta la calle, donde giró en dirección a la casa de Farnsworth Appleby.

CAPÍTULO DIEZ

—Yo diría que Jerome Pemberthy estaba haciendo el idiota, como de costumbre.

Farnsworth cerró las cortinas de la cocina. Ya hacía un buen rato que se había puesto el sol y el día cálido había dado paso a una noche considerablemente más fría. Las corrientes de aire se filtraban a través de las antiguas paredes de la granja, y las delgadas cortinas floreadas apenas conseguían disipar el frío en el ambiente.

Erin apoyó los codos sobre la mesa desordenada de la cocina de su amiga.

—Eso no es lo que me inquieta.

—¿Y qué es entonces?

—El hecho de que no pareciera tener mucha curiosidad por saber quién mató a su esposa. O no le importa lo suficiente como para preguntarse quién fue, o ya lo sabe.

—¿Así que despidieron a Carolyn Hardacker? —comentó Farnsworth mientras se dejaba caer en una de las robustas sillas de roble junto a la mesa—. Ya me pareció que estaba rara.

Erin miró los cuencos de cerámica llenos de trozos de cordel, bolsas vacías de hierba gatera, pilas sueltas, monedas, gomas para el pelo y fragmentos de platos de cerámica rotos. Estaba acostumbrada a las manías de su amiga, pero a veces sentía el impulso de sumergirse en el caos y limpiar las telarañas y el

desorden de esa casa de campo en ruinas. Sin embargo, Farnsworth parecía tan satisfecha con su vida que cuestionar la forma que tenía de llevar su casa parecía mezquino. A Erin le gustaba ser ordenada, pero trataba de no juzgar a sus amigas, aunque con Farnsworth le costaba lo suyo.

—¿Mencionó Jerome dónde lo había oído? —preguntó Farnsworth.

Erin sacó una goma de pelo de uno de los cuencos y la retorció entre los dedos.

—No, pero admitió que solo eran chismes.

—Aun así, eso explicaría muchas cosas —opinó la otra mientras acariciaba a un brillante gato negro que se le subió al regazo de un salto en cuanto ella se sentó.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber Erin.

Sintió un vacío punzante en el estómago al darse cuenta de que se había estado esforzando por no reconocer sus propias sospechas sobre Carolyn.

—No me digas que no has notado su comportamiento inestable y los cambios de humor. Y me dijiste que, cuando vino a verte, su conducta te pareció un poco rara.

—Lo atribuí a que estaba preocupada por Owen, pero ahora empiezo a pensar…, oh.

—¿Qué pasa? —preguntó Farnsworth.

Al inclinarse hacia delante estuvo a punto de tirar al gato negro que descansaba en su regazo. El animal protestó con un sonoro maullido y clavó las garras en sus generosos muslos.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Ya basta, *lady* Catherine! Venga, ¿qué pasa? —insistió.

—Sus ojos —dijo Erin.

—¿Qué les pasa?

—Lo noté en su momento, pero solo pensé en lo bonito que era el color.

—¿Qué notaste?

—La tienda estaba oscura porque había apagado la mayoría de

las luces, pero las pupilas de Catherine eran diminutas. Estaba tan distraída admirando cuán verdes eran sus ojos que no me di cuenta de que…

—Las pupilas diminutas son un signo de adicción a los opioides.

Erin ladeó la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Antes era enfermera, ¿recuerdas? —Dejó al gato en el suelo con delicadeza y se levantó para dirigirse al fregadero—. Me parece que este es un problema de tres pipas —añadió mientras llenaba la tetera con agua del grifo.

—Muy ingeniosa —repuso Erin al reconocer la famosa cita de *El sabueso de los Baskerville*—. Conan Doyle estaría complacido.

—Es más probable que se esté revolviendo en su tumba; estaría mucho más feliz si hubiera citado *La compañía blanca* o alguna de sus novelas «serias» —opinó Farnsworth.

Erin sonrió.

—Si yo fuera él, estaría contenta de haber creado uno de los personajes más memorables de toda la ficción.

—Muy cierto. —Farnsworth echó unas cucharadas de té en una tetera con forma de rosa—. Y no vayas contando por ahí que he citado a alguien que no sea Jane Austen, o me expulsarán de la sociedad.

—Mis labios están sellados. Aunque me pregunto qué será de la sociedad ahora.

—Esta noche se celebrará una reunión para decidir qué hacemos ahora.

—La última vez que fui, la escena del crimen estaba toda acordonada por cintas.

—Acaban de quitarlas todas.

—¿Eso significa que ya no es la escena de un crimen?

—Eso parece, así que Pru y Hetty están organizando una reunión. Les dije que te avisaría. En un principio iban a celebrarla durante el fin de semana, pero el reverendo Motley no podría asistir; se va de retiro o algo así.

—Suerte la nuestra.

Farnsworth esbozó una sonrisa maliciosa.

—Creo que le gustas.

Erin puso los ojos en blanco.

—¿Tú crees?

—Si juegas bien tus cartas, podrías ser la próxima señora del reverendo Horace Motley.

—«¡Oh, alegría, oh, rapto imprevisto!» —exclamó haciendo referencia a una de las operetas que Gilbert y Sullivan crearon en la época victoriana.

—Me temo que tendré que insistir en que a partir de ahora solo citemos a Jane Austen —dijo Farnsworth, y se levantó cuando la tetera comenzaba a hervir y el agudo pitido atravesaba el aire—. Gilbert y Sullivan están bien, pero debemos ponernos en situación para la reunión de esta noche.

—¡Pero acabas de citar a Conan Doyle!

—Una falta de juicio por mi parte, de la cual me redimiré renunciando al azúcar en mi té; al menos en la primera taza. —Regresó a la mesa con la tetera, dos tazas y platitos de porcelana a juego—. Lamento no tener galletas. Entonces, ¿qué vas a hacer con lo de Carolyn?

—No lo sé. Tampoco voy a decirle a la policía que es una adicta. Ni siquiera lo sabemos seguro.

—Probablemente ese sea el motivo por el que no se presentó a la reunión —supuso Farnsworth con un matiz de amargura en la voz —. Y, si no me hubiera ofrecido para ocupar su lugar, la policía no me estaría señalando.

—No puedes pensar así. Te volverás loca.

—Tienes razón, ya lo sé —admitió Farnsworth—. Pero es muy difícil estar bajo sospecha por un crimen que no has cometido. Lo ves en la tele todo el tiempo, pero cuando te pasa a ti… —Se le quebró la voz y dejó la frase suspendida en el aire.

—Encontraré al verdadero asesino; lo prometo —aseguró Erin.

Odiaba ver a su amiga así. A pesar de su reputación de mujer

ofendida, Farnsworth Appleby era orgullosa y no le gustaba hacerse la víctima.

—Sé que lo harás, cariño. —Agarró una goma de pelo de uno de los cuencos de cerámica y se la lanzó a un gato atigrado gris y esquelético que intentaba subirse a la mesa de la cocina—. ¡Ahora no, Bingley!

—Le pusiste un buen nombre.

—Sí, es bastante tonto. Veamos, ¿sirvo el té?

—Sí, por favor —aceptó Erin, pero volvía a tener esa sensación de inquietud en el estómago. Se preguntaba si podría cumplir su promesa, porque empezaba a darse cuenta de que leer sobre crímenes en los libros era una cosa, pero enfrentarse a la resolución de estos en la vida real era algo muy diferente—. ¿Sabes? —dijo mientras Farnsworth le pasaba un té caliente—, hay algo raro en Jerome Pemberthy. No me fío de él.

—¿El augusto profesor Pemberthy, culpable de uxoricidio? —repuso Farnsworth con las cejas alzadas en fingida sorpresa.

—¿Uxo… qué?

—El asesinato de la esposa.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo busqué. A decir verdad lo busqué hace años, cuando tenía pensamientos homicidas hacia… ya sabes quién.

—¿Despreciable Dick?

Farnsworth asintió.

—No me planteé seriamente la idea de matarlo; y menos mal, visto que el universo dispensó su propia forma de justicia kármica.

—¿De verdad crees en todo eso?

—No, pero suena bien. Y matar al esposo se llama mariticidio, que no debe confundirse con matricidio.

—Es un detalle que me instruyas mientras me sirves el té, señorita Appleby —agradeció Erin con fingido acento aristocrático de Surrey.

—Es un detalle por tu parte que lo menciones, señorita Coleridge —respondió Farnsworth, que cogió el hilo enseguida.

Era un jueguecito con el que se divertían: consistía en adoptar las actitudes y la forma de hablar de los personajes de Jane Austen.

—Este té es realmente excelente, por cierto —observó Erin—. ¿Puedo preguntar de qué variedad se trata?

—Me complace que te guste; de hecho, es una mezcla bastante peculiar de Darjeeling.

—Qué generoso de tu parte servirme tu mejor té. Me siento honrada por el privilegio.

—Y yo me siento honrada por tu presencia.

Bebieron en silencio un momento, y luego Farnsworth dijo:

—¿De verdad crees que el viejo profesor P podría haberlo hecho?

—Es la opción más evidente; demasiado, tal vez.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando se trata de parejas casadas, al primero que se investiga es al cónyuge.

—Eso parece razonable.

—Pero, si fue Jerome, ¿por qué lo haría en público, donde tiene mucho menos control y tantos testigos potenciales?

—Porque también son sospechosos potenciales.

—Sigue siendo muy arriesgado. La gran mayoría de los envenenamientos conyugales ocurren en casa. No recuerdo ninguno que se produjera en un lugar público.

—Siempre hay una primera vez. ¡Ni se te ocurra, señora Bennet! —advirtió Farnsworth a una calicó rechoncha que intentaba tirar del mantel de la mesa de roble redonda. La gata la fulminó con la mirada y luego salió disparada de la habitación—. Es una entrometida. —Farnsworth suspiró mientras ponía bien el mantel—. Siempre mete las narices donde no la llaman.

—Y eso es exactamente lo que voy a hacer yo —aseguró Erin.

—Ten cuidado, no las vayas a perder. Oh, mira, se está haciendo tarde —observó Farnsworth tras mirar el reloj de cerámica en forma de calabaza que descansaba sobre la repisa de la chimenea de la cocina. Como muchas de las cosas de su casa, era peculiar y apoteósicamente vulgar—. Ya casi es la hora de la reunión.

—¿Te ayudo a fregar los platos? —preguntó Erin.

—No hay tiempo para eso, pero puedes conducir tú. No tiene sentido llevar dos coches.

—Claro —convino Erin.

Se pusieron los abrigos, dejaron las tazas del té en la mesa y abandonaron la granja a toda prisa. El tiempo, inusualmente cálido, había dado paso a un fresco aire otoñal, y Erin veía las delgadas nubes blancas de vapor de su aliento mientras se dirigían hacia el Sunbeam, estacionado a solo unos pasos de la puerta de la cocina. Al abrir la puerta del conductor, Erin miró de reojo hacia la casa y vio media docena de pares de ojos, amarillos, verdes y de un color intermedio, asomados a las ventanas de la planta baja. Se estremeció un poco cuando las puertas del coche se cerraron de golpe. Al arrancar el motor, se alejó de la seguridad de la casa de su amiga y se adentró en la noche que les aguardaba.

CAPÍTULO ONCE

—¡Orden! Les llamo al orden —reclamaba Owen Hardacker cuando Erin y Farnsworth entraban en la sala de conferencias de All Souls. La afluencia de asistentes era buena; además de los incondicionales de siempre, había algunas caras menos conocidas, aunque no tantas personas como la noche del lunes. Las dos mujeres se sentaron al fondo de la sala; en el sótano de la iglesia había corriente de aire y la temperatura exterior seguía cayendo.

Se acomodaron en las sillas metálicas plegables y Farnsworth se ciñó el largo chal rojo alrededor de los hombros. Solo llevaba una falda larga y un suéter de cuello alto, pero se veía perfectamente cómoda; sin embargo, Erin ya tenía frío y notaba el metal helado de la silla por debajo de los pantalones de yoga. Se abotonó la chaqueta de lana y deseó haberse puesto un abrigo más largo.

El reverendo Motley estaba sentado dos filas por delante y se dio la vuelta para obsequiarlas con una sonrisa. Farnsworth le propinó a Erin un pequeño codazo en las costillas, que esta ignoró mientras se fijaba en Prudence Pettibone, sentada en primera fila y flanqueada por Hetty Miller y su esposo Winton, cuya peluca se inclinaba a un lado como un tejón ebrio. Kurt y Suzanne Becker estaban sentados casi en la punta de la fila que tenían justo detrás, y Suzanne entrelazaba las manos muy serena sobre el regazo mientras su marido le rodeaba los hombros con el brazo en un gesto protector, o

controlador.

—Me siento más relajada ahora que Owen está al mando —confesó Farnsworth.

Tenía razón. Por trágica que fuera la muerte de Sylvia, no había duda de que su presencia había incrementado la tensión entre los miembros de la sociedad. Tal vez Owen Hardacker no fuera una persona precisamente entrañable, pero era menos estirado que Sylvia.

Owen cambió de postura en el estrado y carraspeó.

—Empecemos. Se ha sugerido que, como expresidente, me encargue yo de dirigir esta reunión. Así que, cuanto antes resolvamos esto, más pronto podremos ir al *pub*, ¿eh?

Su comentario fue recibido con asentimientos y algunas risitas nerviosas. Un par de personas miraron hacia atrás para ver la reacción del reverendo Motley. A Erin le pareció que contraía un poco los hombros, pero, como ocurría con la mayoría de la gente del pueblo, el reverendo respetaba a Owen; además, todo el mundo sabía que al clérigo le gustaba tomarse una o dos pintas de vez en cuando.

—El primer punto del día es expresar nuestro profundo pesar por la trágica muerte de nuestra presidenta. —Guardó silencio para que se hicieran oír algunos murmullos generales como «isí, señor!» y «bien dicho», además de un par de gruñidos—. Agradecería que os reservarais los comentarios para luego —añadió mirando muy serio a los que se quejaron.

Al estar sentada en las últimas filas, Erin no podía ver de dónde habían procedido los sonidos, y pensó que se trataría de alguien cerca de la parte delantera. Oyó a alguien sollozar por lo bajo detrás de ella y se volvió para ver a Carolyn Hardacker, sentada en la última fila, muy pálida. Incluso sin maquillaje, se la veía tan hermosa como siempre, pero tenía la mirada apagada. Parecía enferma, y Erin se preguntó por qué había asistido a la reunión.

Owen buscó entre los presentes y preguntó:

—¿Ha venido el marido de Sylvia?

—Tenía que dar una clase —respondió Erin.

El otro pareció sorprendido.

—Ya veo.

Su tono sugería que no lo aprobaba y Erin se preguntó si consideraría que Jerome Pemberthy debía sumirse en el duelo y la recriminación.

Notó el impacto de otro codo en las costillas y se volvió hacia Farnsworth, que señaló con la cabeza hacia la otra punta de la sala y susurró:

—No mires ahora, pero alguien está tratando de llamar tu atención.

Erin se volvió hacia Jonathan Alder, que la saludaba muy sonriente. Le devolvió la sonrisa y se giró de nuevo cuando Owen desplegaba las patillas de sus gafas con dificultad para poder leer la hoja de papel apoyada en el podio.

—El siguiente punto en la agenda es elegir un presidente interino en espera de la elección general.

—Nomino a Owen Hardacker —exclamó Hetty Miller.

Parecía la única ajena al frío, pues lucía un ceñido vestido amarillo y unos tacones de siete centímetros, además de ir completamente maquillada. Erin admiraba su consistencia, pues en el guardarropa de Hetty no parecía haber ni una sola prenda desenfadada.

—Secundo la moción —añadió Prudence Pettibone con alegría. Sentada como estaba entre Hetty y su esposo, lucía formal y protegida.

Varios de los asistentes murmuraron: «Sí, señor».

Al rostro enjuto de Owen asomó un rubor, y este volvió a carraspear.

—¿Hay más nominaciones?

Se hizo un breve silencio y él insistió:

—¿Algún otro candidato que desee presentarse?

—No a menos que quieran acabar envenenados —susurró Farnsworth, y entonces fue Erin quien le dio un codazo en las

costillas a su amiga.

—Todos a favor de Owen Hardacker —gritó Prudence con tono estridente.

Su afirmación fue recibida con un coro de «síes».

—¡Gana el «sí»! —exclamó Hetty.

—Qué raro —le susurró Farnsworth a Erin—. Pensé que Pru estaba ansiosa por el puesto.

—Se aprueba la moción —sentenció Owen con aspecto de sentirse incómodo.

A Erin no le extrañaba; a un hombre como él no le gustaría recuperar el poder gracias a la muerte prematura de su rival. A menos, claro está, que él fuera el responsable de dicho fallecimiento, y pensó que, de ser así, estaba interpretando muy bien el papel del héroe reticente, pues desde su sitio veía como le temblaban las manos mientras leía la lista.

—El siguiente punto del orden del día son las relaciones públicas.

—¿Relaciones públicas? —inquirió Jonathan Alder.

Media docena de pares de ojos femeninos se volvieron en su dirección. Estaba muy guapo con la corbata y la chaqueta que se ponía para ir a la escuela, una americana azul hecha a medida que se ceñía a la perfección a su figura esbelta. Al verlo, Erin sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Desde cuándo nos importan las relaciones públicas? —se extrañó Farnsworth.

—Desde el lunes —repuso Owen con seriedad—. Si la prensa se interesa por la muerte de Sylvia, necesitamos un director de publicidad.

—Y no queremos que la imagen de la sociedad se vea empañada antes del baile navideño en York —señaló Hetty—. Es el décimo aniversario.

El elegante baile de la Noche de los Reyes del siglo XVIII era el evento más importante que la sociedad organizaba para recaudar fondos, y recibía una amplia cobertura de prensa tanto a nivel local como nacional. Sylvia había sido clave en su creación y había estado

desmesuradamente orgullosa de la labor que había hecho para aumentar el prestigio y la visibilidad de la sociedad.

—Nomino a Prudence Pettibone —gritó Hetty.

—Secundo la moción —dijo Winton de inmediato.

Respondieron con tanta sincronía que parecía que lo tuvieran ensayado. Farnsworth también lo notó.

—Así que ese es su plan —comentó en voz baja.

Hubo un par de intentos de proponer a Jonathan para el puesto, pero él declinó, y, al final, prevaleció la nominación de Pru. Esta fingió sorpresa, pero, a pesar de estar sentada detrás de ella, Erin adivinó su satisfacción por la postura de sus hombros.

La reunión se disolvió poco después con el acuerdo de mantener a los miembros informados, mediante correo electrónico, sobre la investigación de la muerte de Sylvia. Prudence se quedó junto a la salida, armada con un cuaderno en el que anotaba las direcciones de correo electrónico que faltaban a medida que los miembros salían por la puerta. Parecía disfrutar sobremanera, pues lucía una sonrisa arrogante en su rostro demacrado. Su esposo aguardaba cerca y la observaba muy tranquilo con las manos a los lados y abrigado con un voluminoso chaquetón de *tweed* gris que debía de ser de 1955. Erin pensó que no formaban una pareja glamurosa, pero sí una pareja feliz.

—No hay descanso para el té —comentó Farnsworth mientras ella y Erin observaban sentadas cómo se iba desocupando la sala—. Supongo que es mejor así.

—Hola, señoras.

Erin alzó los ojos y vio que el reverendo Motley atravesaba las filas de sillas hacia ellas como un transatlántico surcando las olas. Vestía su habitual sotana larga con brillantes botones de latón en el frente, su aceitosa coronilla calva relucía, y las miraba con sus llorosos ojillos azules por detrás de unas gafas redondas.

Farnsworth dio un paso adelante y le tendió la mano.

—Vaya, reverendo, qué amable de su parte encontrar tiempo en su apretada agenda para unirse a nosotros.

Era evidente que su amiga se traía algo entre manos, pero Erin no estaba segura del qué; quizá tratara de salvarla de la atención no deseada.

El reverendo Motley pareció confundido, pero enseguida esbozó una amplia sonrisa.

—Ah, señorita Appleby. —Sonrió—. «Haría cualquier cosa por mis amigas. Yo no sé querer a medias, no es mi forma de ser» —recitó, y miró a Erin.

—¡Cita usted a Austen con mucha pericia! —exclamó Farnsworth —. Prudence estaría bastante celosa de su destreza literaria.

—Bueno, todos sabemos que ella es la experta en citas de Austen —respondió con modestia mientras se volvía de nuevo hacia Erin, pero Farnsworth lo tomó del brazo.

—Me pregunto si podría dedicar un momento a aclararme un punto de las escrituras que siempre me ha intrigado —pidió, y mientras hablaba tiraba un poco de él.

Al rostro regordete del reverendo asomó un destello de indignación que enseguida desapareció tras una sonrisa poco convincente.

—Por supuesto, ¿en qué puedo ayudar?

—Es sobre un pasaje del Génesis —explicó Farnsworth.

Lo agarró del codo con firmeza y lo arrastró hacia la otra punta de la sala. Erin observó divertida cómo se alejaban mientras pensaba que él estaba más próximo a la edad de Farnsworth que a la suya, sin mencionar que tenía una figura más parecida. Esperaba que su amiga no hubiera hecho tan bien su trabajo que terminara en la mira del reverendo.

—Te has librado por los pelos.

Se volvió justo cuando Jonathan Alder se acercaba a ella.

—¿Me he librado? —Notó como el rubor le trepaba por el cuello.

—No me digas que no te has dado cuenta de lo que se proponía el reverendo, o de cómo tu amiga te ha salvado con mucha habilidad. Yo lo he advertido desde la otra punta de la sala.

—¿Y de qué me ha salvado?

Jonathan negó con la cabeza y Erin no pudo evitar notar cómo se mecían sus rizos oscuros.

—¡No me extraña que los hombres estén tan perdidos con las mujeres! Nosotros pensamos que nuestras intenciones son evidentes, pero resulta que…

Ella le puso una mano en el brazo.

—Te tomaba el pelo. Claro que me he dado cuenta de lo que se proponía, y agradezco la intervención de Farnsworth.

—Quizás no deberías rechazarlo tan rápido. Después de todo, viene recomendado por la Iglesia de Inglaterra.

—¿Y quién sabe? —dijo ella—. Podría ser un esposo muy atento.

—Estoy convencido de que cualquier hombre sería atento contigo —apuntó, y un rizo negro se descolgó por su frente.

—Creo que al reverendo «le parece correcto que todo clérigo (como él) dé ejemplo de matrimonio en su parroquia».

—*Touché* —dijo Jonathan, y se llevó la mano al costado—. Has eludido mi cumplido con una cita de Austen.

—Tengo entendido que no se me da bien aceptar cumplidos.

—Diría que es un diagnóstico correcto.

—Me esforzaré por corregir esa falta.

—Dado que eres una persona que debe recibir una buena cantidad de cumplidos, sugiero que empieces a enmendarte de inmediato —sugirió con una sonrisa que dejaba ver sus pequeños dientes perlados.

—Me aplicaré con entusiasmo.

—Para citar a tu augusto antepasado: «El amor es como una flor; la amistad es como un árbol protector». Piensa en mí si alguna vez necesitas refugio —dijo, e inclinó la cabeza con educación.

Al ver como se alejaba, Erin notó que su pulso recuperaba la normalidad. Mediante un despliegue cautivador de ingenio e inteligencia, Jonathan había adoptado el mismo tono bromista que empleaban ella y Farnsworth. Sin duda, sabía cómo despertar su interés. Mientras admiraba su elegante caminar y el balanceo de sus rizos negros a cada paso, tuvo que admitir que estaba intrigada. La

pregunta era qué iba a hacer al respecto.

CAPÍTULO DOCE

Erin no recibió la vista de ningún cliente el jueves por la mañana, así que quitó el cartel de abierto y se sentó al piano, decidida a conquistar (o al menos a empatar con) la partitura del *Preludio en do menor* de Bach, que aparecía en *El clave bien temperado*. No había tocado desde antes de la muerte de Sylvia, y sentía que tenía los dedos rígidos y oxidados. Después de luchar con la pieza durante media hora, finalmente le cogió el truco a la digitación en la sección que conducía a la coda. Interpretar a Bach era como adentrarse en un profundo y frondoso bosque: el dosel de árboles era hermoso, pero resultaba fácil perderse.

Como recompensa, interpretó un poco de Mendelssohn, luego unas cuantas melodías de George Shearing, y decidió parar después de aproximadamente una hora. Miró el reloj de la cocina: acababan de dar las once, el momento perfecto para pasar por la panadería de Kurt Becker. La hora punta de la mañana habría pasado y el ajetreo del almuerzo no comenzaría hasta al menos las doce.

Se puso un vestido azul de algodón ceñido sobre sus habituales mallas de yoga, fue en coche hasta el pueblo y se detuvo frente a la panadería Fresh and Hot. La joven del mostrador principal la acompañó hasta la trastienda, donde Becker estaba metiendo una bandeja de bollos de pascua en el horno.

El panadero vestía un largo delantal blanco y tenía restos de harina pegados a las yemas de los dedos; parecía completamente

inofensivo. Su cabello rubio y espigado, que peinaba de punta con abundante gomina, le daba un aire moderno que reforzaba con unas gafas cuadradas de montura negra. Se volvió hacia Erin y esbozó una sonrisita tensa. Daba la impresión de no haber dormido mucho: tenía los ojos rojos y se le veía pálido.

—Hola, Erin. Por favor, siéntate.

Señaló una silla que había junto a una gran mesa rectangular. Era el puesto de trabajo principal del panadero y consistía en una estructura hecha de madera rubia pulida que se elevaba a la altura de la cintura y estaba cubierta con un fino polvo de harina. En uno de los extremos había varios cuencos grandes de cerámica azul cubiertos con paños húmedos. Erin se transportó a la cocina de su madre, donde la veía hornear pan; y el aroma húmedo a levadura de la masa en crecimiento disipó los años transcurridos en un instante.

—Te he traído un libro —anunció Erin mientras sacaba el volumen de su mochila.

—*Die Sonette an Orpheus* —leyó el panadero al ver la portada—, de Rainer María Rilke. «Sonetos a Orfeo». ¿Cómo sabías que me gusta?

—Lo estuviste hojeando la última vez que viniste a la librería y he pensado que te gustaría tenerlo.

—Es muy considerado de tu parte.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se dio la vuelta para sacudirse un poco de harina del delantal.

—A mí también me gusta Rilke —confesó Erin.

—*Wer, wenn ich schriee, hörte mich denn aus der Engel Ordnungen?*

—«¿Quién, si yo gritase, me oiría desde los coros de los ángeles?».

—Tu alemán es muy bueno.

—Estoy haciendo trampa. Probablemente sea su verso más conocido.

—Aun así —insistió el panadero mientras hacía girar el libro entre las manos—. ¿Sabías que una antepasada mía pintó su retrato?

—¿Ah, sí?

—Paula Modersohn-Becker. Fue una pionera del expresionismo. Tú eres descendiente de un poeta inglés, ¿verdad?

—En realidad, de un primo suyo.

—¿Te importa si trabajo mientras hablamos? —preguntó Becker.

Retiró el trapo de uno de los cuencos de cerámica, deslizó la masa cruda sobre la mesa y espolvoreó harina sobre ella.

—Claro —respondió Erin; no pudo evitar advertir que la harina blanca era exactamente igual que el arsénico en polvo.

—En realidad, quería el libro para regalárselo a Sylvia —confesó mientras aplastaba la masa para aplanarla. Tosió para disimular lo que sonó como un sollozo—. Lo siento. Han sido unos días difíciles.

—Se rumorea que tú…

—Me parece que es más que un rumor —apuntó con amargura —. Supongo que algunos piensan que tuve algo que ver con su muerte.

—¿Como quién?

—Por lo que sé, la mitad del pueblo piensa que soy culpable.

—¿Y lo eres?

—De adulterio, sí —respondió al tiempo que trabajaba la masa con sus fuertes manos—. Pero no de asesinato. Le tenía cariño a Sylvia, y su muerte…, como he dicho, ha sido una semana complicada.

—¿Tú y Sylvia estabais enamorados?

—Aquí la gente usa esa palabra con mucha ligereza, pero nunca estoy del todo seguro de lo que quieren decir con eso. Por lo que yo sé, Sylvia no planeaba dejar a su marido, y yo no pensaba dejar a mi mujer. Pero nos teníamos cariño.

Erin observó como el panadero golpeaba la masa y la amasaba con las palmas antes de espolvorearle más harina.

—Es sorprendentemente violento, ¿no es así? —dijo—. La masa hay que tratarla con firmeza, como a las mujeres.

Cuando vio que Erin no respondía, el panadero se detuvo y se limpió el sudor de la frente.

—Espero que sepas reconocer una broma. Pensaba que los ingleses teníais sentido del humor.

—¿Y los alemanes no?

—Eso dicen.

—Quizás no sea un buen momento para hacer bromas sobre lastimar a las mujeres.

—Uno de vuestros dramaturgos británicos dijo algo así: «A las mujeres habría que golpearlas regularmente, como gongs».

—Fue Noel Coward. La cita exacta es: «Ciertas mujeres deberían ser golpeadas regularmente, como gongs». Era uno de sus personajes hablando de su exesposa.

—Ah, entonces no era una opinión del autor.

—Y era otra época.

—No soy muy oportuno, nunca ha sido uno de mis…, ¿cómo decirlo?, mis puntos fuertes. ¡Oh, *scheisse*!

Dejó la masa sobre la mesa y corrió hacia el horno, del que comenzaba a salir humo. Tomó un grueso par de agarraderas, abrió la puerta del horno y sacó la bandeja de bollos de pascua.

—Ha faltado poco para que se quemaran —dijo, y deslizó la bandeja en el estante superior de un soporte metálico junto al horno —. Eso es lo que pasa por no poner el temporizador. Hornear es una ciencia exacta; cualquier distracción puede resultar desastrosa.

—Disculpa si te estoy distrayendo.

Agarró un trapo y lo agitó por encima de los bollos calientes.

—Siempre me has caído bien, pero ¿por qué me estás haciendo todas estas preguntas?

—Porque la policía piensa que lo hizo Farnsworth.

Al panadero se le escapó una carcajada, fue un sonido corto y agudo más parecido a un ladrido.

—*Unglaublich*. ¿Por qué pensarían que…?

—Porque ella sirvió té esa noche.

—¿Así que estás trabajando para limpiar el nombre de tu amiga? *Sehr ehrenvoll*.

Sacó una bola de masa de otro de los cuencos y la lanzó sobre la

mesa, donde la presionó contra la madera con las palmas.

—No me siento especialmente noble.

—Se lo dije a la policía y te lo digo a ti también: Sylvia y yo estábamos a punto de romper…

—¿Os estabais cansando el uno del otro?

—Tenía que pensar en mi mujer. Suzanne es… frágil, y mis acciones le estaban causando dolor. Me estaba resultando difícil vivir conmigo mismo.

—¿Así que no envenenaste a Sylvia porque te dejó?

—Ni siquiera estaba cerca de Sylvia cuando ella… —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas y respiró hondo algo tembloroso—. *Gott im Himmel*, si la mataron por mi culpa, yo… —Dejó la frase suspendida en el aire y volvió a concentrarse en golpear la masa violentamente con los puños.

—¿Tú, qué?

El panadero dejó de trabajar y miró a Erin a los ojos.

—Alguien tiene que pagar por esto.

—Y así será —afirmó Erin.

Pero en cuanto lo dijo sus palabras sonaron vacías, y comprendió la enorme brecha que separaba el deseo de los actos.

Al salir de la panadería, Erin sintió el impulso repentino de echar un vistazo por el callejón que había junto al edificio. Se adentró por el angosto pasaje que separaba la panadería de la compañía de seguros de al lado, y vio una hilera de contenedores de basura pegados a la alta cerca de madera. Levantó una de las tapas, hurgó dentro y vio desperdicios domésticos, recipientes de comida para llevar y paquetes de levadura de tamaño industrial. Justo cuando estaba a punto de volver a colocar la tapa, un destello rojo llamó su atención. Metió la mano y extrajo con cuidado una bolsa vacía de color rojo y amarillo. Se le aceleró el corazón al leer la etiqueta: EL GRAN PROFESIONAL DEL QUESO, RATICIDA EXTRAFUERTE.

Dudó. ¿Era una prueba? Y, en tal caso, ¿debería entregarla a la policía? ¿O ya lo habían visto? Aunque no tenía ninguna duda de que Kurt Becker era demasiado inteligente como para dejar la bolsa vacía

allí si de verdad había envenenado a Sylvia… O quizá le ocurriera lo mismo que a muchos asesinos, y simplemente era arrogante y descuidado. Mientras valoraba las opciones sonó su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo con tanta prisa que por poco se le cae al suelo.

—¿Hola?

—Solo quería avisarte de que los polis vienen a interrogar a Pru y a Winton —dijo Farnsworth.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba almorzando en el Kings Head hace un momento y los he oído hablar de ello.

—Bien hecho. Iré para allá.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo averiguaré cuando llegue.

—Ten cuidado, cielo.

Erin sonrió mientras volvía a guardarse el teléfono en el bolsillo. Ambas sabían que lo de ser cuidadosa no era precisamente su fuerte. Dudó antes de volver a colocar con delicadeza la bolsa de veneno en el contenedor de basura. Lo mejor era no alterar la escena… si es que la bolsa resultaba ser una prueba.

Prudence Pettibone levantó la cortina de la cocina para asomarse por la ventana justo cuando el deteriorado Citroën azul aparcaba delante de su casa. Sabía que esa visita era inevitable, pero se puso nerviosa de todas formas. Dejó caer la cortina y comenzó a dudar, no sabía si debía cambiarse las cómodas pantuflas que llevaba para andar por casa. A Winton nunca parecía importarle, bendito fuera; no importaba cómo se vistiera, él siempre la veía guapa. Prudence sabía que no era cierto, pero lo amaba por ello.

—Aquí vienen esos puñeteros policías —murmuró cuando Winton entró en la cocina con el periódico en la mano.

Muchos de sus amigos se informaban en internet o viendo las noticias por televisión, pero Winton era anticuado y disfrutaba de su periódico matutino con un té bien fuerte. Se quedó en la puerta, con

la taza en una mano y el periódico en la otra. Vestía un cárdigan gris sobre una camisa de franela roja y pantalones de lana negros, y no se lo veía tan diferente de cuando se casaron, salvo por el horrible peluquín, por supuesto. Prudence sabía que la gente se burlaba de eso, y ciertamente parecía que llevaba un nido de marmota en la cabeza, pero, si a él le gustaba, ella no pensaba ser quien se lo reprochara. A lo largo de su matrimonio habían encontrado maneras de sortear las aristas del otro y acurrucarse en los rincones acogedores hasta encajar como un mueble bien hecho.

—¿Crees que debería cambiarme? —preguntó—. ¿O es mejor actuar con naturalidad?

—No veo por qué deba importar —comentó Winton con tranquilidad—. No has hecho nada malo.

—Pero mi corazón late desbocado solo de pensar en hablar con ellos.

Winton apuró el té y dejó la taza en el fregadero.

—Tienen que hacer su trabajo, Pru. Tú deja que lo hagan y trata de no inquietarte demasiado.

—Oh, señor Bennet —dijo, y lo abrazó sin pensar. A veces lo llamaba señor Bennet porque era muy sensato, tranquilo y sabio—. ¿Qué haría yo sin ti?

—No tengo ni idea —repuso justo cuando sonaba el timbre de la puerta.

CAPÍTULO TRECE

Erin Coleridge se quedó de pie en la entrada de los Pettibone varios minutos antes de tocar el timbre. El Citroën azul del inspector detective Hemming estaba estacionado frente a la casa y sabía que él estaba dentro. Había llegado con la esperanza de poder escuchar parte de la conversación, pero las gruesas paredes de la vivienda impedían cualquier forma de espionaje. Tendría que entrar, y eso era arriesgado, pues Hemming podría concluir que lo estaba siguiendo, cosa que, en parte, era cierta.

Tocó el timbre. Oyó unos pasos seguidos del ruido del cerrojo al deslizarse y, cuando se abrió la puerta, se encontró frente a Prudence, vestida con su habitual combinación de prendas mal ajustadas y el cabello castaño sin brillo recogido en un moño descuidado. Se le iluminó el rostro al ver a Erin.

—Hola, Erin. Has venido a rescatarme, ¿verdad?

—¿De qué? —preguntó Erin cuando el detective Hemming aparecía detrás de Pru.

—Solo bromeaba —dijo Prudence nerviosa con la puerta todavía abierta—. Pasa, por favor.

—Hola, detective —saludó Erin mientras se limpiaba los pies en el felpudo.

—Está usted en todas partes, ¿verdad, señorita Coleridge? —comentó de pie en la entrada del vestíbulo con los brazos cruzados. Erin no pudo evitar fijarse en el sólido contorno de sus músculos,

incluso bajo la chaqueta de lana.

—Solo he venido a decirle a la señora Pettibone, a Pru, que ha llegado el libro que pidió.

Prudence frunció el ceño.

—Pero yo no…

Erin la fulminó con la mirada.

—Ya sabes, ese sobre orquídeas.

—Oh, ¡sí, claro! —exclamó Pru, al darse cuenta—. Cómo me alegro de que haya llegado.

—¿Y por qué no se lo ha traído? —preguntó Hemming.

—Qué coincidencia tan agradable que nos hayamos encontrado, detective —observó Erin.

Hemming inclinó la cabeza a un lado.

—¿Así que esto es una coincidencia?

—¿No estará sugiriendo que lo estoy acosando?

—Lo que sugiero es…

Pero lo interrumpió la aparición de Winton, que llegó en silencio desde el salón. Se quedó detrás de Hemming, con las manos en los bolsillos.

—Hola, Winton —dijo Erin.

—Hola.

Acompañó sus palabras de una sonrisa que esbozó tras la pausa suficiente como para advertir que era producto de la práctica más que un impulso natural. A Farnsworth le gustaba decir que era un gesto propio del espectro autista, y Erin, que se sentía atraída por las personas como Winton, sentía la necesidad de protegerlo, tal vez porque le recordaba un poco a su padre.

Winton se dirigió a Hemming.

—¿Tiene más preguntas para nosotros?

El detective miró a Erin y luego volvió a concentrarse en ellos.

—Supongo que con lo que hemos hablado bastará por ahora. Pero puede que necesite hablar con ustedes más adelante. Agradecería que no se marcharan del pueblo.

Prudence sonrió.

—La última vez que salimos del pueblo fue en el año 2008.

—Creo que fue en el 2009 —la corrigió Winton—. Para la boda de mi sobrina.

—En Surrey —añadió Prudence—. Allí tienen una maravillosa rama de la sociedad. Muy elegante.

—Demasiado elegante para mi gusto —comentó Winton—. Muy remilgada, ya sabe. Ellos…

—Gracias por su tiempo —dijo Hemming, que ya retrocedía hacia la puerta.

—Espere, le acompaño al coche —se ofreció Erin.

—¿No quieres quedarte a tomar el té?

Pru parecía decepcionada.

—Vuelvo enseguida —le aseguró Erin antes de seguir al detective fuera.

Se quedaron de pie en la entrada; el pálido sol de octubre brillaba en los techos por detrás de ellos y, cuando una leve brisa despeinó el pelo rubio de Hemming, Erin se preguntó cómo sería acariciar su espeso cabello ondulado.

—No hay ningún libro sobre orquídeas, ¿verdad?

La miró a los ojos.

Erin le sostuvo la mirada. Fue incapaz de mentirle y no dijo nada.

—¿Qué quiere, señorita Coleridge?

—Quiero averiguar quién mató a Sylvia.

—¿Por qué no lo deja en manos de profesionales?

—¡Porque ya están siguiendo la pista equivocada! Farnsworth nunca podría…, sería incapaz de…

—Si la señora Appleby es inocente, quedará claro a su debido tiempo.

—¿Y mientras tanto se supone que la tienen que consumir los nervios? ¿Tiene idea de lo que se siente siendo sospechoso de un crimen?

—La verdad es que sí.

Eso la dejó sin habla. Lo miró con la esperanza de que le ofreciera alguna explicación, pero él se puso el sombrero y se

encaminó hacia su coche.

—¡Kurt Becker tiene una bolsa de veneno para ratas en la puerta de la panadería! —le gritó.

Hemming se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Cómo lo sabe?

—La he visto.

—¿Cuándo?

—Hoy, justo antes de venir aquí.

—Gracias —dijo mientras se subía al coche.

—¡Está en el callejón! —gritó Erin cuando se ponía en marcha el motor.

No estaba segura de que la hubiera oído, pues el viejo coche soltó una bocanada de humo y avanzó a trompicones por la carretera.

El detective Hemming desprendía un aire de desengaño que le resultaba atractivo. También advirtió otros detalles: le vendría bien un corte de pelo, ya le tocaba dar la vuelta al cuello de su chaqueta de *tweed* y hacía un tiempo considerable que no se pulía los zapatos. Erin concluyó que estaba acostumbrado a la presencia una mujer, pero no había ninguna en su vida en ese momento, y la ausencia de alianza confirmaba su teoría: los hombres como él siempre la llevaban si estaban casados. Supuso que estaba divorciado, y que era lo suficientemente reciente como para que aún no se hubiera acostumbrado a vivir solo.

Llamó de nuevo a la puerta de los Pettibone y, mientras esperaba a que abrieran, observó cómo oscurecía. Las nubes de lluvia amenazaban a lo lejos y se había levantado un viento que agitaba las hojas secas a sus pies.

Winton abrió la puerta y le hizo una seña para que entrara.

—Pru acaba de encender el hervidor de agua. —Era como si estuviera recitando frases ensayadas en lugar de improvisar—. Por favor, pasa —dijo, y la guio por el vestíbulo hacia la sala de estar.

Era una estancia pequeña pero acogedora, dominada por una enorme chimenea de piedra con un techo bajo apuntalado por vigas

de roble restauradas con esmero y amplios tablones de madera en el suelo. La vieja casa olía a madera tratada con aceite y pifias.

Winton señaló un sillón burdeos mullido.

—Ponte cómoda.

—Gracias. Sé que ya me lo has dicho, pero ¿en qué año se construyó?

—En 1591 —repuso muy sonriente—. Al menos, la estructura original, que es donde nos encontramos ahora. El ala de la cocina se añadió un siglo después.

—Has hecho un trabajo de restauración maravilloso.

—Lo cierto es que no es ninguna molestia cuando es tu pasión. Soy techador, he nacido para eso. Mi padre lo fue antes que yo, y su padre también… Se podría decir que lo llevo en la sangre. —Parecía una frase que había repetido muchas veces—. Mira —dijo—. Échale un vistazo a esto. —Se sacó una linterna del bolsillo y apuntó con el haz de luz a la gruesa viga de madera colgada sobre la chimenea, donde vieron media docena de muescas verticales talladas en la madera—. Cuenta la leyenda que las hizo Robert the Bruce en persona, una por cada oficial británico que mató.

—Impresionante —admitió Erin. No estaba por la labor de desafiar a Winton al respecto, tanto si se lo creía como si no—. ¿No crees que las casas antiguas tienden a atraer roedores? La mía no es tan vieja como la tuya, pero sé que les gusta colarse en cuanto empieza a hacer frío.

—Todo el pueblo ha tenido el mismo problema últimamente, ¿verdad?

—Farnsworth dice que sus gatos los mantienen a raya.

—Me temo que Pru tiene alergias. No podemos tener gatos aquí.

—Esto ya está —anunció Pru cuando entró en la habitación cargada con una enorme bandeja de té de plata. Sin apenas lustre y manchada, parecía tan vieja como la propia casa.

—Permíteme, cariño —se ofreció Winton, que le quitó la bandeja de las manos para colocarla sobre la mesa de café.

—Lo de la muerte de Sylvia es espantoso —comentó Pru, y

chasqueó la lengua mientras se acomodaba en el borde de un viejo sofá tapizado con tela escocesa—. Nos ha metido el miedo a Dios en el cuerpo, ¿verdad, Winty?

Él asintió con serenidad.

—Ya lo creo.

—La pobre Sylvia, tan llena de vida; no se lo merecía —opinó Pru con gesto trágico.

—Tú reconociste sus, eh…, sus buenas cualidades, cariño —afirmó Winton, que se removió incómodo en la silla; era evidente que no se sentía cómodo improvisando un diálogo.

—Bueno, a veces era un poco engreída —admitió su mujer mientras le ofrecía un té a Erin—, pero no soy la única en el pueblo que lo piensa.

Erin se volvió hacia Winton.

—Tú estuviste en el comité del té esa noche.

—Y estuvimos muy ocupados. Nunca vi una reunión tan concurrida. Trabajamos lo más rápido que pudimos, temíamos quedarnos sin suministros.

—¿Así que no viste a nadie meter nada en el té de la señora Pemberthy?

—No tuve tiempo de prestar mucha atención a nada. Ella estuvo en el callejón durante un buen rato; ¿no pudo haberlo hecho alguien en ese momento?

Erin frunció el ceño.

—No parece muy probable.

Winton se volvió hacia su esposa.

—Dijiste que estabas en el callejón cuando Sylvia salió.

El rubor afloró en las mejillas pálidas de Pru.

—Bueno, sí, yo… salí un momento a tomar aire, pero tan pronto como la vi, regresé dentro.

—No sabía que la habías visto allí —comentó Erin.

—Como dije, fue solo un momento.

—¿Notaste algo sospechoso?

—Bueno, no… No que recuerde —Pru evitó su mirada—. Oh,

cielos, ¿tan tarde es? —se sorprendió tras mirar el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea—. Debería empezar a preparar la cena.

—Gracias por el té.

Erin se levantó de la silla.

—Te acompañaré a la salida —se ofreció Winton.

Cuando se dirigía a su coche, las nubes se retiraron para dejar pasar una delicada luz color limón que se vertió sobre el pueblo de Kirkbymoorside. Al encender el motor, Erin decidió que, aunque quizá no consiguiera ganarse la simpatía del inspector detective Hemming, tampoco pensaba dejar que la intimidase para que se retirara. Giró con el Sunbeam en dirección al pueblo mientras los últimos rayos de luz solar se escondían por detrás de los edificios, seguidos de un breve destello verde.

CAPÍTULO CATORCE

Cuando Erin llegó a casa, ya había anochecido. Subió con el coche por el largo camino embarrado de la entrada y aparcó el Sunbeam junto a la puerta principal, que conducía al interior de la tienda. Introdujo la llave en la ranura metálica, la giró y el cerrojo se deslizó tras emitir un clic hueco. Normalmente a Erin le encantaba su casita, pero esa noche, al recorrer las estancias oscuras y encender las luces, se sentía nerviosa y desasosegada.

Le vino a la mente la imagen del rostro de Peter Hemming con un mechón húmedo de cabello rubio cayendo sobre su frente. No quería admitirlo, pero su cercanía le había provocado un profundo deseo que no había sentido en mucho tiempo. Se hizo con un bolígrafo y un trozo de papel y escribió una frase: «Se han perdido reinos por un mechón de cabello, una mirada de soslayo, la promesa del paraíso en un rostro hermoso». Quizá pudiera usarlo más tarde para componer un poema sobre ese tema.

Era casi la hora de cenar, pero aún no tenía hambre, así que decidió organizar algunos libros en la tienda. Intentaba centrarse en una sección diferente cada semana, en parte para mantener el orden, pero también para recordarse a sí misma los libros disponibles en caso de que los clientes pidieran algo específico. Los mejores libreros parecían tener un conocimiento fotográfico de su inventario; como Erin carecía de esa habilidad, se esforzaba para refrescar la memoria. Había pasado bastante tiempo desde que

revisara su sección forense, así que decidió comenzar por ahí.

Estaba bastante bien ordenada, pero cuando llegó a la letra P, se dio cuenta de que faltaba uno de sus favoritos, *El manual del envenenador*. Casi siempre tenía un ejemplar en la tienda; era un libro ligero y bien escrito que se vendía bien. Se acercó al libro de ventas que guardaba en un pequeño escritorio junto a la puerta principal y vio que nadie había adquirido ningún ejemplar recientemente. Mientras reflexionaba sobre aquello, sonó el teléfono.

—Hola.

No consiguió reprimir un bostezo.

—¿Te he despertado?

Su padre parecía sorprendido y un poco crítico.

—No, solo hacía inventario.

—Ah, ya veo. —Su tono divertido daba a entender que no la creía —. Solo llamo para ver cómo estás, porque hace tiempo que no sé de ti.

—Lo siento; tuvimos una mala noticia esta semana.

«¿Una mala noticia? Dios mío, no se puede ser más británica», pensó.

—¿Qué ha pasado?

—Sylvia Pemberthy. Ella… murió.

¿Por qué no podía simplemente decir que había sido un asesinato?

—¿No era la nueva presidenta de la sociedad?

—Sí —respondió mientras cruzaba la cortina de cuentas que separaba la tienda de su vivienda.

—¿Cómo murió?

—Envenenada.

—¿Fue intencionado?

—Me temo que sí. La policía está investigando.

—Dios mío. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó, y se dejó caer en el sofá de la sala.

—Ahora me quedo preocupado.

—«No os alarméis inútilmente; aunque es conveniente estar

preparados para lo peor, no hay motivos para darlo por seguro».

A Erin se le daba tan bien como a Pru citar a Austen, pero a ella no le gustaba presumir de su habilidad a la primera de cambio.

—No dudo de que Jane Austen es muy sabia, pero me preocuparía menos si estuvieras felizmente casada.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Pero tú aún eres joven.

—Y tú eres el soltero más codiciado de Oxford, señor Bennet.

—Me halagas. No soy ni de lejos tan conveniente como él.

Erin lo imaginó en su estudio, reclinado en la silla giratoria, con los pies sobre el escritorio, un agujero en la punta de un calcetín Argyle y fumando su cigarrillo semanal, un Sobranie Black Russian. Solo tenía una foto en el escritorio: una instantánea de Erin y su madre, de cuando Erin tenía once años. Iban del brazo en Piccadilly Circus, y a su madre se la veía radiante, segura, rebosante de vida. Erin entornaba los ojos a la cámara, nerviosa pero feliz de estar con su madre, a cuyo brazo se aferraba con fuerza. El lugar era apropiado, pues la vida con su madre era un circo: un enorme y alegre carrusel que se había parado de golpe y los había dejado a ella y a su padre atrapados en la estela del impulso centrífugo residual.

—Ya sé lo que haremos —propuso Erin—. Me casaré si tú también te casas.

Esperó su respuesta habitual: «Nadie estará jamás a la altura de tu madre». Una excusa lamentable, pero él la repetía sin parar.

Sin embargo, preguntó:

—¿La policía tiene alguna pista?

—Todavía no han interrogado a todos los testigos —explicó Erin mientras se envolvía en la manta de Farnsworth.

A continuación, le habló sobre la polémica reunión y el consecuente caos que se organizó en la sociedad.

—Dios mío —exclamó su padre cuando ella terminó—. Es como una puñetera telenovela. No me sorprendería oír que Sylvia tiene una gemela malvada por ahí.

—Debe de haber casi tantos sospechosos como testigos, pero hasta ahora nadie parece saber nada.

—Hay al menos una persona que sí lo sabe —afirmó su padre.

Erin se estremeció incluso envuelta en su manta. Ella había estado pensando lo mismo. Fuera, se oyó chillar a una lechuza: el crudo sonido de un depredador acechando a su presa.

CAPÍTULO QUINCE

Una hora después Erin estaba de pie ante el mostrador de Moorside Fisheries, un pequeño establecimiento en Church Street, donde esperaba a que le despacharan su pedido de pescado y patatas fritas. Los jueves era la noche que se daba el capricho de disfrutar de la crujiente delicia frita aprovechando que el pescado siempre estaba fresco, pues lo tenían preparado en espera de la gran afluencia del viernes. En Kirkbymoorside solo vivía un pequeño porcentaje de católicos, pero daba la impresión de que la mitad del pueblo llegara los viernes. El pueblo contaba con dos excelentes establecimientos donde servían pescado con patatas fritas, y Erin alternaba entre ellos; la semana próxima iría al Lemon Tree.

La lluvia azotaba las calles y el viento agitaba la lona del toldo con furia, pues una tormenta procedente de la costa había avanzado hacia el interior y parecía que se asentaría en la zona por unos días. Las carreteras se habían llenado de charcos y los cruces estaban intransitables a causa de los riachuelos, que se deslizaban, veloces, junto a las aceras. Los paraguas no servían para nada: las rebeldes rachas de aire los hacían pedazos. Erin miraba por la ventana como la gente esquivaba charcos, cruzaba los remolinos de un salto, y entraba y salía de los portales, y se sintió agradecida de estar relativamente seca, pues había encontrado un sitio para aparcar justo delante del restaurante.

Observó como los propietarios trabajaban junto a sus dos empleados. Helen se ocupaba de la caja registradora, mientras su esposo Ravi freía largas tiras de bacalao rebozado hasta dorarlas. A Erin se le hizo la boca agua al ver cómo burbujeaba el aceite hirviendo alrededor del pescado e imaginaba el bacalao tierno y escamoso dentro del rebozado esponjoso.

—¿Hay hambre? —preguntó Ravi al ver cómo se quedaba mirando la freidora.

El propietario era un indio calvo de rostro dulce con la barba rala y las cejas negras.

—Mucha.

—Entonces te pongo un poco más —anunció al tiempo que añadía otro trozo de bacalao en lo alto de una ración ya de por sí generosa.

No era nada raro; Ravi y Helen no solo eran populares entre sus clientes por su excelente comida, sino también por su amabilidad y generosidad.

—Gracias, Ravi —dijo, sabía que era inútil protestar.

A Ravi le encantaba cuidar a sus clientes, pero también era un astuto hombre de negocios.

Cuando se disponía a pagar su comida, Erin vio entrar al detective Hemming al establecimiento. Él no la vio, así que tuvo la oportunidad de observarlo mientras estudiaba la carta. Llevaba un largo chubasquero oscuro, que brillaba por la lluvia, pero no se había puesto sombrero ni guantes. Tenía un perfil clásico, con una nariz larga y recta de vikingo, los labios carnosos y el mentón firme. Evidentemente, Erin no sabía si realmente era una nariz de vikingo, pero había algo claramente nórdico en él, pues, con esa frente amplia, las cejas rubias y los ojos azules, daba la impresión de haber salido de un navío de alta mar.

—Seis libras con veinte, por favor.

Helen la sacó de su ensoñación.

—Perdón —respondió Erin de forma mecánica, fiel al carácter británico: cuando dudes, pide disculpas. «Somos una raza de pobres

diablos arrastrados», pensó.

—Es guapo, ¿eh? —comentó Helen echando una mirada al detective.

Era natural de Saltburn y tenía un rostro redondo y abierto enmarcado por una melena de oscuros rizos castaños.

—Supongo —repuso Erin, y notó cómo se ruborizaba.

—No me importaría que me interrogara —agregó Helen con un guiño mientras le entregaba el cambio a Erin.

El detective Hemming la vio mientras ella guardaba las monedas y la saludó con la mano. Erin le devolvió el gesto y, cuando estaba a punto de irse, él se le acercó.

—Veo que me está siguiendo de verdad.

—Vengo aquí cada dos jueves, pregunte a cualquiera.

—¿Qué recomienda?

—Yo suelo pedir una ración de bacalao.

—Una ración o dos, esa es la cuestión —repuso el detective con una sonrisa.

¿A qué venía el juego de palabras shakesperiano? ¿Y por qué estaba tan amigable? Apenas hacía unas horas que la había mandado a paseo. Se le empezaron a empañar las gafas y se las quitó para limpiarlas.

—¿Es usted pariente de Samuel Taylor Coleridge? —preguntó Hemming sin prisa aparente por hacer su pedido.

—Soy descendiente de su primo segundo.

—Así que lo de la librería lo lleva en la sangre. Me sorprende que alguien pueda vivir de eso hoy en día.

—La mayoría de las ventas que hago son por internet. Me especializo en libros raros.

—Siempre me ha gustado Coleridge.

—¿Alguna obra en particular? —preguntó, en parte con la esperanza de pillarlo en una mentira.

—*Christabel*, es tan erótica…

—Y aterradora.

—«Es media noche en el reloj del castillo y las lechuzas han

despertado al gallo cacareador».

—Muy bien —lo felicitó Erin, sorprendida.

—¿Sabía que la filosofía feminista de Mary Wollstonecraft influyó en él?

—Sí, lo sabía —añadió, aún más asombrada de que el detective conociera a la madre de Mary Shelley, todavía menos famosa.

—¿Va a pedir ya, señor? —preguntó Ravi desde detrás del mostrador.

El establecimiento se estaba llenando y varias personas hacían cola detrás de ellos con sus oscuras botas de agua verdes llenas de barro y las chaquetas empapadas. El escaparate delantero ya estaba completamente empañado, y el aire cargado de vapor por la freidora y los cuerpos apretujados.

—Bacalao con patatas, por favor —pidió Hemming.

—¿Salsa tártara o de *curry*?

—Tártara, por favor.

—La salsa de *curry* también es bastante buena —sugirió Erin.

—Me parece que soy un hombre de costumbres.

—¿Alguna pista prometedora? —preguntó Erin mientras Hemming esperaba su comida.

—Verá, es que no puedo hablar de…

—Una investigación en curso —concluyó por él, y advirtió la sonrisita que el detective trató de ocultar—. Entonces, le diré yo algo.

—¿El qué?

—Jerome Pemberthy sabía lo de la aventura de su esposa.

—¿Se lo dijo él?

—Sí. De nada —dijo, y salió por la puerta antes de que Hemming pudiera decir pentámetro yámbico.

Erin cruzó la calle a toda prisa aferrada a la bolsa ligeramente empapada de pescado con patatas fritas y se subió a su coche para conducir el corto trayecto hacia su casa.

Insertó un CD en el reproductor. Hacía poco que había descubierto la obra del compositor galés Karl Jenkins y se había

enamorado de *The Armed Man*, probablemente su pieza más conocida. Se relajó y dejó flotar sus pensamientos junto a las melodías misteriosas y las armonías inquietantes.

El pequeño deportivo tenía buena tracción y se agarraba bien a pesar del mal tiempo, pero la intensidad de la tormenta aumentó y la lluvia azotaba el parabrisas con tal fuerza que Erin no podía ver, así que se detuvo cerca de la entrada de la granja de Owen Hardacker. No conseguía distinguir la casa a través del aguacero, pero veía que todas las luces estaban encendidas, pues brillaban con fuerza a través de la lluvia y la neblina. Se preguntó si tendrían invitados. A Carolyn le encantaba organizar fiestas; sin embargo, sería raro que hubieran celebrado una con la muerte de Sylvia tan reciente. Erin siempre había tenido la impresión de que ella y Carolyn habían estado bastante unidas.

Vio un par de ovejas empapadas cerca de la puerta, con aspecto abatido y el pelaje aceitoso y brillante a causa de la lluvia. Owen tenía un granero bonito y espacioso, y Erin se preguntó qué estarían haciendo las ovejas fuera con aquel tiempo. No eran animales muy listos, pero, aun así, Erin se sorprendió de verlas allí. Le dieron ganas de ir a decírselo a Owen, pero temía parecerle entrometida. Ese hombre tenía el temperamento del típico hombre de York: independiente y obstinado.

Cuando la lluvia empezó a amainar, Erin hizo ademán de girar la llave en el contacto con la intención de irse; sin embargo, advirtió algo en la actitud de las ovejas que le resultó extraño: parecían olfatear alguna cosa en el barro. Bajó la ventanilla del coche y asomó la cabeza para ver si podía distinguir qué era, pero, como estaba demasiado oscuro, sacó la linterna de la guantera y salió a echar un vistazo.

Se alegró de haberse puesto las botas de agua y chapoteó por el barro hasta donde se encontraban las ovejas, muy juntas. Los animales la observaron mientras se acercaba y el haz de luz de la linterna se reflejó en sus pupilas horizontales, que se contrajeron al percibir la claridad. Miraron con ojos serenos cómo Erin dirigía el haz

de luz hacia el punto exacto que habían estado olfateando, donde vio, medio enterrada en el barro, una gorra de *tweed* roja y verde que le resultaba familiar. Se agachó para recogerla y, cuando le quitó la tierra que tenía por encima, se dio cuenta de que era la gorra de *tweed* de Owen, la misma que llevaba a todas partes. Se la metió en el bolsillo, se dio la vuelta y regresó al coche.

Al advertir que la lluvia arreciaba de nuevo, Erin se maldijo por haber dejado el paraguas en el Sunbeam mientras se ceñía el cuello y protegía la linterna en el interior de la chaqueta para mantenerla seca. Las gotas le golpeaban la cabeza y los hombros cuando se apresuraba de regreso a su vehículo encorvada para evitar mojarse la cara.

Una vez dentro, se quedó allí sentada un momento, sumida en sus pensamientos, mientras su aliento cálido empañaba las ventanas. Finalmente, encendió el motor, puso primera y los neumáticos del pequeño Sunbeam giraron en el barro al tomar la carretera en dirección a casa y alejarse de la enorme granja de la colina.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El funeral estaba programado para las dos de la tarde del viernes; sin embargo, se retrasó debido a la gran multitud que entraba en la iglesia de All Souls. Cuando llegaron los policías, los bancos ya estaban llenos, aunque Peter Hemming pensó que la gran asistencia no se debía tanto a un tributo a la fallecida, sino más bien a la curiosidad por su muerte escabrosa. Él y el sargento Jarral se vieron obligados a quedarse de pie en la parte de atrás, junto al jefe de policía McCrary, que parecía incómodo con su rígido traje azul marino, el poco pelo que le quedaba repeinado hacia atrás y el abundante bigote bien encerado. Asintió con sequedad y fulminó con la vista las cabezas de los asistentes, como si pudiera deducir la identidad del asesino por la forma en que se peinaba.

El altar estaba adornado con muchísimas gardenias, cuya densa fragancia flotaba en el aire, y Hemming notó cómo se le inflamaban las fosas nasales. Sacó un pañuelo húmedo del bolsillo mientras el pastor entonaba la invocación. Se trataba de un servicio formal, anticuado y protestante, salpicado de los himnos funerarios típicos como *Abide with me, All things bright and beautiful y Jerusalem*.

El ataúd no estaba abierto. Hemming recordó haber asistido al servicio católico que se celebró al morir su anciana tía cuando era niño. Aunque su madre le había advertido que el ataúd estaría abierto, nada podría haberlo preparado para la espantosa aparición cerosa que vio al asomar la cabeza por el lateral de la caja. Después

de escuchar a los asistentes murmurando cosas como que se la veía «muy natural», se sintió impactado por lo absolutamente antinatural que parecía. Se la veía muerta, como un objeto, y se preguntó por qué alguien querría que lo conservaran de aquella manera cuando era evidente que la fuerza que lo había iluminado en vida ya no estaba.

Se sintió aliviado al comprobar que no habría homenajes lacrimógenos ni invitaciones a compartir anécdotas conmovedoras acerca de la recién fallecida, la clase de libertades emocionales que tanto gustaban a los estadounidenses. Hemming había visto a demasiadas personas sucumbir a la tentación de tener una audiencia cautiva y había presenciado discursos exagerados, con frecuencia alimentados por el alcohol, que degeneraban en monólogos plagados de divagaciones y autoindulgencia.

Después de los himnos, el reverendo Motley se puso de pie para pronunciar la elegía. Su cabeza calva reflejaba la luz de la tarde que se colaba por las vidrieras y le daba la apariencia de un halo. Carraspeó con formalidad y miró a la multitud a través de unas gafas con montura metálica.

—Nos hemos reunido hoy aquí para honrar a nuestra amada hermana, Sylvia, que han arrebatado de nuestro seno con suma brusquedad. Era una esposa cariñosa, amiga fiel y leal feligresa de All Souls.

Hizo una pausa, y Hemming creyó escuchar a alguien reírse, pero el reverendo continuó muy decidido.

—Su muerte prematura no solo sirve como recordatorio de lo valiosa que es la vida, sino también como advertencia de que, si bien Dios puede perdonar al pecador, no condona el pecado.

Hemming miró sorprendido al agente McCrary, que parecía igual de desconcertado.

—Por lo tanto —continuó el reverendo Motley—, insto a cualquiera de los presentes que tenga alguna información acerca de la muerte de Sylvia a ponerse a disposición de la policía antes de que ocurra otra desgracia.

La asamblea recibió la indicación del reverendo con un murmullo general, y Hemming oyó sollozar a alguien. Estiró el cuello y vio que el sonido procedía de Carolyn Hardacker, que, sentada junto a su esposo, con la cabeza agachada, lloraba en silencio con un pañuelo presionado contra los ojos.

El religioso dedicó el resto de la elegía a alabar las cualidades y logros de Sylvia, pero Hemming solo escuchaba a medias. Se preguntaba qué sabía el reverendo, en caso de que así fuera, y por qué Carolyn Hardacker parecía tan afectada por la muerte de Sylvia.

La elegía fue seguida por el *Ave María* de Schubert interpretado por una robusta soprano ataviada con un elegante vestido azul claro. Mientras su espasmódico trémolo se apoderaba de la iglesia, Hemming rebuscó el pañuelo en su bolsillo, pues las gardenias le estaban haciendo llorar y esperaba evitar un ataque de estornudos.

El sargento Jarral parecía compartir la opinión de Hemming acerca de los funerales y se movía inquieto mientras la trémula intérprete se disponía a acometer la segunda estrofa. Cuando terminó, se sacudió un poco de pelusa de la solapa y bostezó.

La única concesión que hubo a las costumbres modernas fue el tablón lleno de fotos de la vida de Sylvia. Después de observar en silencio la fila de personas que pasaban junto a la exhibición, los dos policías se acercaron a mirar las imágenes.

A juzgar por las instantáneas, Sylvia era una gran amante de los animales, cosa que era bastante común en los habitantes de un pueblo inglés, pero Hemming no había visto ni rastro de mascotas en la casa que compartía con su esposo. Sin embargo, el tablón estaba lleno de imágenes de Sylvia a caballo, abrazada a un *spaniel* sonriente y, de niña, con un enorme conejo blanco.

Jarral parecía leer la mente del detective.

—Qué raro, ¿verdad, señor? —comentó mientras estudiaba una fotografía de Sylvia montada en un hermoso caballo castaño, se la veía radiante con sus pantalones color crema y unas brillantes botas de montar negras—. No vi ni rastro de mascotas en su casa.

—Sí —coincidió Hemming—. Nada, ni un pelo de gato.

—Me pregunto qué cambió en su vida —reflexionó Jarral. Ahora observaba la foto de una joven Sylvia que sostenía un gran gato atigrado de color naranja sentada en un sofá—. ¿Alergias, quizás?

—Ay, caballeros, ¡qué alegría que hayan podido venir! —exclamó una alegre voz femenina por detrás de ellos.

Hemming se dio la vuelta y se encontró ante una mujer alta y delgada con los labios rojos y las uñas a juego. Era una explosión de tonalidades carmesíes, desde el cabello teñido hasta el brillante vestido color cereza y la bufanda de flores, una vestimenta más apropiada para una fiesta que para un funeral. Resultaba imposible adivinar su edad, pero el detective habría apostado a que la piel estirada sobre sus pómulos era obra del escalpelo de un cirujano. Era una aparición tan extraña que no pudo evitar mirarla de hito en hito, lo que, por lo visto, ella tomó como una muestra de interés. Bajó la cabeza y le dedicó una sonrisa picara al tiempo que lo miraba por debajo de sus pestañas pintadas con rímel.

—Nadie me había dicho lo atractivos que eran los emisarios que nos ha mandado la Policía de York. Oí decir que estaban en el pueblo, pero debo decir que los informes no les hicieron justicia.

Asombrado por aquel coqueteo tan descarado, Hemming miró al sargento Jarral, que aguardaba boquiabierto, al parecer igual de desconcertado por tal asalto de encanto femenino.

—Hetty Miller. —Tendió su mano delgada—. Por favor, llámenme Hetty.

Hemming se quedó mirando aquellas garras carmesíes y vaciló antes de estrecharle la mano. Hetty la tomó con una firmeza sorprendente, con unos dedos delgados pero firmes.

—Detective inspector Hemming —se presentó—. Y este es el detective sargento Jarral.

—Encantada —dijo, y giró sus delgadas caderas en dirección al sargento—. Pasé una temporada en Pakistán, un lugar encantador. Los hombres son muy guapos. ¿A qué rama del clan Rajput pertenece su familia, a la de Cachemira o a la de Punyab?

El sargento alzó las cejas sorprendido.

—Emm, somos punyabíes.

—¡Lo sabía! Los hombres son más guapos allí. ¿Asistirán a la recepción?

—Sí —respondió Hemming.

—Bien. Y, para ahorrarles la pregunta: no, no me agradaba particularmente Sylvia, pero no la maté. Ojalá supiera quién lo hizo, pero me temo que no puedo ayudarles con eso. Estaré encantada de responder cualquier otra pregunta. ¡Hasta luego, nos vemos en la recepción!

Y, dicho eso, se dio la vuelta sobre su altísimo tacón puntiagudo y se alejó con paso decidido para unirse a los dolientes en dirección al angosto pasillo que conducía al salón de la recepción detrás del santuario, dejando un rastro de perfume con aroma a lirios. Su perfume hizo estornudar al detective, pero Hemming no pudo evitar admirar cómo Hetty se había hecho con el control del encuentro. Normalmente, consideraría que ese comportamiento era sospechoso, como poco, pero Hetty Miller parecía tan genuinamente peculiar que se preguntó por su auténtica motivación.

—Punyabí, ¿eh? —dijo Hemming—. ¿Cómo lo ha sabido?

—O ha hecho los deberes o ha estado en Pakistán. Los Jarral pertenecen a un clan Rajput procedente de esas dos zonas de Pakistán: Cachemira, que está justo al norte de India, y Punyab, al oeste.

—Podría haberlo encontrado fácilmente en internet.

—¿Pero por qué hacer toda esa investigación solo para sacarlo a relucir para nosotros?

—Buena pregunta.

Se dio la vuelta y vio al jefe de policía McCrary acercándose a ellos; se le veía incómodo, atrapado en su traje de lana. Hasta su prodigioso bigote parecía decaído.

—Espero que tuvieran pensado asistir a la recepción —dijo—. Nunca tendremos a tantos sospechosos potenciales reunidos en la misma sala, y la comida será excelente.

—Adelante —propuso Hemming.

—¡Estoy hambriento! —Añadió Jarral.

Cuando doblaron la esquina que conducía al espacioso salón de la recepción, el olor de cordero asado con patatas flotaba por el pasillo. Hemming sintió una punzada de hambre en el estómago; ya hacía muchas horas que habían desayunado, y no habían dejado de trabajar desde entonces.

Erin Coleridge estaba en la parte de atrás de la iglesia y observaba la fila de dolientes que esperaban para entrar en la sala de la recepción. Se maldijo por haber llegado tan tarde, pues se había perdido los primeros minutos del servicio y estaba decidida a compensarlo con un poco de investigación improvisada.

Aún no había visto a Jerome Pemberthy, así que decidió explorar los rincones y recovecos de la iglesia en su búsqueda. Cruzó el santuario, se internó por el pasillo lateral que conducía a la sacristía y, en el guardarropa, vio al reverendo Motley quitándose la sotana de clérigo. Cogió aire y esbozó una sonrisa impersonal pero amistosa.

—Disculpe —dijo—, ¿ha visto a Jerome?

El reverendo se giró sorprendido y, al verla, su expresión pasó de la molestia a la alegría.

—¡Hola! —exclamó con un brillo en sus llorosos ojos azules.

—Hola —respondió Erin con frialdad—. ¿Tiene idea de dónde está Jerome?

—Creo que el afligido viudo salió a tomar un poco de aire —comentó con tono apenado.

—Gracias —contestó, y huyó antes de que el párroco pudiera añadir algo más.

La puerta lateral estaba justo al final del pasillo y daba al pequeño jardín que había al este de la iglesia. Al abrirla, vio a Jerome apoyado contra un roble americano, con el teléfono pegado a la oreja. No necesitó oír sus palabras, su lenguaje corporal lo decía todo: desde la inclinación de la cabeza hasta la sonrisa en su rostro,

estaba claro que Jerome Pemberthy conversaba con alguien cercano, probablemente una amante. Erin volvió a entrar al edificio en silencio y, sin decir una palabra al reverendo, se apresuró de regreso a la recepción.

La mesa del bufé estaba llena de gente, así que se quedó en la entrada y aprovechó para observar la sala. Le llamó la atención ver a Jonathan Alder y Carolyn Hardacker, juntos en la parte trasera de la estancia. El maestro escuchaba con atención algo que ella le contaba, y Erin ardía en deseos de saber qué decían. Sacó el teléfono del bolso de mano y fingió mirarlo; se pegó a la pared y se acercó hacia ellos sin dejar de mirar la pantalla. Cuando estuvo a menos de dos metros de distancia, se paró detrás de un ficus y escuchó su conversación.

—Es una suma pequeña —decía Carolyn—, por lo menos para mí.

—¿A Owen le parece bien?

—Tengo mi propio dinero, ¿sabes?

—Intentaré ganármelo.

—Estoy cansada de llevar una vida egoísta.

Jonathan sonrió.

—Quizá en la práctica, pero sin duda no por principios, como diría el señor Darcy.

—¡Escúchanos! —exclamó Carolyn, con lágrimas en los ojos—. Nos consolamos con citas de Jane Austen, como si eso pudiera salvarnos. Pero me temo que estoy perdida.

—¡Tonterías! —exclamó él, y le tomó la mano—. No quiero que hables así.

—Todos somos tontos enamorados —repuso Carolyn con tristeza —. Ya estoy otra vez, me parece que Prudence me está influyendo.

—Lo importante es que ha habido, y hay, amor —apuntó él con seriedad—. Eso tiene que contar para algo.

—¿No se lo dirás a nadie?

—Si falto a mi palabra que me caiga muerto aquí mismo.

—Ya ha habido suficiente muerte.

Erin, que los escuchaba desde su escondite al otro lado del ficus,

estaba completamente de acuerdo.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Eso huele muy bien —comentó el sargento Jarral mientras los policías se sumaban a la fila de personas que se congregaban alrededor del abundante bufé.

Además del cordero y el puré de patatas, había ensaladas y bandejas de fruta fresca, así como aperitivos fríos y calientes. Solo la bandeja de cóctel de gambas debía de haber costado una fortuna. Incluso había una bandeja de *haggis* y un rosbif con pudín de Yorkshire, además del inevitable pollo *tikka masala*.

Mientras los agentes se servían, Hetty Miller se abalanzó sobre ellos como un ave de presa.

—Una curiosidad acerca de Kirkbymoorside —comentó mientras masticaba con delicadeza una cereza al marrasquino— es que organizamos unos funerales increíbles. Es como una competición, la gente espera un banquete digno de un rey. Es nuestra tradición.

—Pues parece que os habéis superado —respondió el detective mientras pinchaba una rodaja de piña de un despliegue de frutas muy trabajado.

—Recuérdeme que no me muera aquí —murmuró el sargento Jarral cuando ella se había ido—. No puedo permitírmelo.

—Nadie más va a morir aquí, si puedo evitarlo —prometió Hemming.

Mientras se unían al agente McCrary en una de las grandes mesas redondas con manteles de un delicado color rosa, el detective

no perdía de vista a los asistentes.

—¿No se ha servido *haggis*? —preguntó el sargento Jarral cuando vio el plato del escocés.

McCrary se estremeció.

—¡Uff, no! ¡Qué asco!

—Pero es el plato nacional escocés.

—Sí, hecho con todas las partes que el dueño del animal no quería: estómago, intestinos y todo eso. Prefiero el rosbif y el pudín de Yorkshire.

—Este es el verdadero plato nacional británico —afirmó Hemming antes de tomar un buen bocado de pollo *tikka masala*—. Al menos, *según* el ministro de Asuntos Exteriores británico.

Estaba delicioso: picante, cremoso y dulce, además de llevar una generosa cantidad de cardamomo.

—Sí —respondió McCrary—. Aunque procede de Escocia.

—¿Qué?

—Tiene razón, señor —terció el sargento—. Lo inventó un chef paquistaní en el restaurante Shish Mahal en Glasgow. Yo he estado; es un lugar bastante bueno, en realidad. Muy similar al plato que prepara mi tío.

—¿Hay algo que su familia no haga? —preguntó Hemming.

—No somos muy buenos jugando al fútbol, aunque tengo un primo que jugó en la selección nacional de Gales.

—Por supuesto —dijo Hemming.

Miró a su alrededor. Prudence y Winton Pettibone compartían una mesa con Hetty Miller y Farnsworth Appleby. Hetty se reía de algo que había dicho Farnsworth, y tenía un trocito de espinaca entre los dientes. Los Pettibone parecían perdidos en su propio mundo. En ese momento Prudence le susurraba algo a su marido, quien escuchaba con la misma expresión plácida que el detective había advertido antes. Admiraba la entrega de la pareja; eran tan peculiares que tenían suerte de haberse encontrado.

Erin se acercó a Hemming cuando este se servía más gambas en el bufé. Lucía un elegante vestido negro ceñido al cuerpo y llevaba el

cabello rubio cobrizo recogido en lo alto de la cabeza: estaba elegante, más glamurosa que cuando la conoció vestida con unos pantalones de yoga y unas sandalias.

—Está usted muy guapa cuando se arregla.

Era algo que solía decir su padre, y no tenía idea de por qué de repente le había salido de la boca. Nunca le había gustado cuando su padre lo decía.

A juzgar por la expresión de Erin, a ella tampoco le había hecho ninguna gracia.

—Supongo que pretendía ser un cumplido.

—Quería decir que es usted la acosadora más bien vestida que he visto.

—¿Ha visto muchas?

—Más de las que me gustaría.

—Por cierto, ¿qué tal estaba el bacalao?

—Muy bueno, gracias.

—La próxima vez pruebe el abadejo.

—Seguro que me deja perplejo.

Erin gimió.

—Me temo que es uno de mis rasgos más irritantes: hago chistes malos.

—¿Qué le ha parecido la elegía del reverendo Motley? —preguntó Erin antes de pinchar un trocito de kiwi con un palillo. El verde intenso de la fruta contrastaba con su cabello rubio cobrizo—. Creo que sabe algo. ¿Ya le ha interrogado?

—¿Piensa que lo hizo el cura?

—Solo creo que sabe más de lo que dice.

—¿Nos curamos en salud? —dijo el detective, y ella volvió a gemir—. Lo siento, pero se lo he advertido.

—Los envenenadores suelen tener una personalidad específica —comentó Erin mientras se apropiaba una rodaja de mango—. ¿Está acotando su búsqueda según ese parámetro?

Como diría su padre, cuando hicieron a Erin rompieron el molde.

—¿Ya ha probado el *tikka masala*? —preguntó el detective—.

Está buenísimo.

Pero ella no se dejaba convencer.

—Estas personas suelen tener ciertos rasgos de personalidad, como el ingenio, el secretismo, la vanidad…

—Si nuestro Gobierno fuera tan decidido como usted, el sol seguiría sin ponerse en el Imperio británico.

—Es mi pasatiempo, ¿recuerda?

—Quizás debería empezar a jugar al *backgammon*.

—Tiene una pequeña mancha de salsa en la barbilla.

—Vaya, ¡mucha salsa y pocas nueces!

Erin hizo una mueca:

—Tiene razón; sus juegos de palabras son espantosos.

—¿Mejor? —preguntó después de limpiarse la cara con la servilleta.

—No del todo. Venga, déjeme —se ofreció Erin, y, antes de que pudiera detenerla, le limpió la barbilla con su servilleta. El contacto fue delicado y… ¿prolongado? ¿O se lo imaginó?

—Gracias —dijo—. ¿De dónde le viene este interés por el crimen?

—Mi padre es pastor. Yo fui en dirección opuesta, tal vez como forma de rebeldía. ¿Y usted?

De pronto tenía la sensación de que le apretaba demasiado el cuello de la camisa y se dio cuenta de que se le estaba acumulando algo de sudor en esa zona. Le parecía tener un trozo de gamba atascado en la garganta. Tosió un poco para desalojarlo.

—¿Por qué quiso ser policía? —preguntó Erin mientras pinchaba un trozo de melón con el palillo.

Hemming bebió un poco de cerveza para desalojar el trozo de gamba atorado.

—A mis padres los asesinaron.

—Oh, Dios mío. Lo siento mucho.

—Me temo que mi decisión de convertirme en detective es un poco tópica, pero es lo que hay.

—¿Atraparon a quien lo hizo?

—No. El caso sigue abierto.

—¿A qué se dedicaban sus padres? —preguntó Erin con el ceño fruncido.

Erin tenía las cejas rubias y los ojos ligeramente hundidos rodeados de largas pestañas pálidas. Lo miró por detrás de sus gafas de montura gruesa.

—Trabajaban en la Facultad de Medicina de Edimburgo.

—Oh, Dios. Qué horror.

—Fue hace mucho tiempo.

La preocupación que vio asomar a los ojos de Erin le provocó un pequeño espasmo en el estómago, pero no fue una sensación desagradable.

—Allí están Owen y Carolyn Hardacker —observó ella, y señaló hacia el otro lado de la sala, donde la pareja mantenía una animada conversación ante una botella de Glenlivet medio vacía—. Me pregunto de qué estarán hablando.

—¿Sigue su amiga por aquí, la señorita Appleby?

—Me temo que ha tenido que marcharse.

—¿Erin? —dijo una voz infantil por detrás del detective.

Era una niña alta y pálida de unos diez años que llevaba de la mano a un chiquillo que solo podía ser su hermano. Daba la impresión de tener uno o dos años menos, y el parecido familiar era inconfundible: el mismo cabello rubio platino, piel pecosa y ojos azul pálido. Era como si el pintor que los creó hubiera mojado el lienzo con agua para eliminar los colores vivos y dejar una versión pastel del original. Las prendas oscuras que vestían enfatizaban el efecto: la niña llevaba un vestido de terciopelo negro con un pequeño lazo rojo (probablemente fuera su vestido de Navidad); su hermano lucía un traje azul oscuro y una corbata de clip sobre una camisa blanca inmaculada, además de unas enormes gafas que le daban un aire aplicado. Hemming pensó con melancolía que su madre habría aprobado su aspecto, pues le gustaba que los niños fueran «bien vestidos».

—Hola —los saludó Erin con cariño—. ¿Habéis comido bien?

La pequeña puso los ojos en blanco.

—James Chester se ha comido tres platos de *tikka masala*. Mi padre le ha dicho que como siga comiendo va a estallar como una garrapata.

—Qué imagen tan encantadora —comentó Erin con la nariz arrugada.

Hemming advirtió que la tenía delgada y recta; era delicada, pero no demasiado corta.

—Este es el inspector detective Hemming —dijo a los niños—. Y estos dos pilluelos —entonó al volverse hacia él— son Polly Marlowe y su hermano James Chester.

—¿Eres un detective de verdad? —preguntó James Chester dando saltitos—. ¿Como en la tele?

—Claro que sí —repuso Polly con desdén—. Pero los de la tele solo son actores; él es de verdad. —Se volvió hacia Hemming—. Disculpa a mi hermano; es diferente.

—¡No lo soy! —protestó el pequeño.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—No montes el numerito aquí.

Erin soltó una risa ligera, como el tintineo de un carrillón de viento.

—¿No es encantadora la rivalidad entre hermanos? Su padre es carnicero… Quiero decir que… —Añadió, y se sonrojó al pensar que podría malinterpretarse el sentido al parecer que lo había llamado asesino.

—Lo sé —repuso Hemming con una sonrisa—. Tiene una carnicería.

—Se llama James Marlowe —interrumpió el niño sin dejar de balancearse de un lado a otro—. Todos me llaman James Chester para que no nos hagamos un lío.

Hablaba rápido, con un peculiar tono monótono, y Hemming se dio cuenta de que no establecía contacto visual con los adultos.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Erin.

—Por aquí anda —repuso Polly—. Probablemente de charla con las chicas. Nuestra madre murió trágicamente joven —explicó a

Hemming, sin duda con una frase que había memorizado—. Así que nuestro padre está buscando una sustituta.

—¿Has conocido a algún asesino? —le preguntó James Chester.

—A muchísimos.

—¿De verdad? ¿Cómo son?

—Son como todo el mundo, tonto —replicó su hermana—. No se puede saber que alguien es un asesino con solo mirarlo.

—A veces sí —aclaró Hemming.

—¿Có… cómo? —preguntó James Chester, con los ojos claros abiertos como platos.

—Sí, ¿cómo? —repitió su hermana, que olvidó su actitud de superioridad y empezó a morderse la uña del dedo pulgar derecho.

—Ya es hora de que todos los niños buenos vuelvan a casa —entonó un tipo alto y ágil que Hemming supuso era su padre.

—¡Pero no somos niños buenos! —exclamó Polly, que alzó el mentón con actitud desafiante.

—Otra razón por la que deberías irte ya a casa —advirtió el padre.

Las gafas de montura metálica conferían cierta seriedad a su rostro algo redondeado. Tenía la misma piel clara y salpicada de pecas que sus hijos, y el pelo más oscuro, espeso y rizado, con un tono rojizo. Lo llevaba repeinado hacia un lado, lo que no lograba domar sus ondas rebeldes. A pesar de ser alto, no tenía un aspecto especialmente atlético, pues era el tipo de cuerpo flácido que, con toda probabilidad, se iría a pique en unos años; sin embargo, Hemming comprendía que, bajo la luz adecuada y sin las gafas, algunas mujeres pudieran encontrarlo atractivo.

—James Marlowe —se presentó y le tendió la mano al detective —. Ustedes deben de ser los policías de los que habla todo el mundo. Y me temo que estos dos pilluelos son mis hijos.

Tenía la mano grande y huesuda, con los nudillos prominentes, y le dio un apretón fuerte, un saludo propio de un hombre que trabajaba con las manos.

—Inspector detective Hemming, de la Policía de York.

—Por favor, no duden en venir a verme si puedo ser de ayuda para resolver el asesinato de Sylvia —se ofreció—. Puede que no fuera una santa, pero nadie merece eso.

—¿Cómo se llevaba con ella? —preguntó Hemming.

Marlowe ignoró la pregunta.

—Cualquiera de estas personas podría ser el asesino, ¿verdad? —Rio nervioso y se pasó una mano por el cabello ondulado—. Bueno, es hora de llevar a estos pequeños a casa antes de que alguien se convierta en calabaza.

Recordó una conocida rima infantil sobre un hombre que no fue capaz de conservar a su esposa. ¿Había matado Jerome Pemberthy a su esposa por frustración al no poder retenerla en casa?

—¿Podemos quedarnos un poco más, por favor, papá? —suplicó Polly.

La niña tiraba de la manga de su chaqueta, que apenas era lo suficientemente larga como para cubrir sus muñecas huesudas. No cabía duda de que Marlowe tenía aspecto de ser un hombre sin una mujer en su vida, una imagen que Hemming conocía demasiado bien, pues él también era miembro de esa patética tribu.

—¡Por favor! ¡Nos estaba hablando de asesinos! —suplicó James Chester, que se había agarrado a la otra manga de su padre.

—Estoy seguro de que el detective Hemming tiene cosas más importantes que hacer —aseguró su padre—. Y también estoy convencido de que los dos querréis ir a la fiesta de la hoguera a finales de mes, así que os sugiero que os comportéis.

—¿Ves cómo recurre a las amenazas contra nosotros? —le dijo Polly a Erin.

—Tiene razón —repuso Erin.

Polly se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¡Los adultos siempre os unís!

—¿Te das cuenta de lo que es tener hijos? —terció Marlowe, pero se apresuró a añadir—: No digo que me arrepienta; la verdad es que son buenos niños.

—Y los niños buenos se van a casa cuando su papá dice que ha

llegado el momento, ¿no? —repitió Erin.

Polly gimió con dramatismo y arqueó la espalda al tiempo que se aferraba a la mano de su padre, mientras James Chester se sujetaba de la pierna de Marlowe y enterraba la cara en su gruesa chaqueta de *tweed*.

—No somos buenos —imitó a su hermana.

—Espabilad —advirtió James Marlowe, impasible ante el teatro de sus hijos—. Despedíos del simpático detective.

—Adiós, simpático detective —dijo Polly, que coronó la frase poniendo de nuevo los ojos en blanco.

—Adiós, simpático detective —repitió su hermano entre risas mientras su padre los agarraba, uno con cada brazo.

—Son buenos niños, de verdad —dijo Erin.

—A pesar de que ellos se esfuercen por afirmar lo contrario —respondió Hemming mientras los veía marchar y se preguntaba por qué Marlowe había ignorado su pregunta—. Si me disculpa, debo ir a hablar con los asistentes.

—Sí, por supuesto —repuso Erin sonrojada—. Me alegro de volver a verlo. Perdone por el acoso.

—La verdad es que empezaba a disfrutarlo.

—¡Ay! —exclamó una voz al chocar con la persona que estaba detrás de él.

—Lo siento.

El detective se disculpó con Hetty Miller, que llevaba una copa de vino en la mano y lucía una manicura perfecta.

—Tranquilo —contestó con dulzura al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa con la que lució todos sus dientes.

Con ese vestido de cóctel rojo dos tallas demasiado pequeño, y los labios y las uñas pintados del mismo tono de rojo intenso, parecía una madame en declive. Bajó la voz hasta adoptar un tono cómplice y añadió:

—Supongo que está investigando en busca de sospechosos potenciales. Cielo santo. ¿Es que en ese pueblo todos estaban empapados de tópicos de series policíacas?

—Todo el mundo es un sospechoso potencial —respondió—, usted incluida.

Hetty se recompuso tan rápido que el detective no tuvo más remedio que reconocerle el mérito.

—Por supuesto que lo soy —dijo con agudeza—. ¡Y no lo olvide!

Se dio la vuelta y se alejó con paso firme. Hemming observó cómo se bamboleaba sobre los tacones de diez centímetros y su trasero se balanceaba en ese apretado capullo de satén rojo. Suspiró. ¿Por qué se sentía tan protector hacia Erin Coleridge, pero hallaba algo en Hetty Miller que lo incitaba a ser grosero? Se disculparía en otro momento; hoy ya había tenido suficiente.

Apuró el resto de su cerveza y vio al sargento Jarral al otro lado de la sala rodeado de un grupo de admiradoras. Hemming frunció el ceño: el trabajo del sargento no consistía en entretener a los habitantes del pueblo. Se abrió camino a través de la multitud sin dejar de prestar atención en todo momento para captar fragmentos de conversación, una técnica que había perfeccionado con el paso de los años. Nunca se sabía qué podría resultar útil; una vez localizó a un asesino gracias a un comentario que había escuchado en la oficina de correos del pueblo.

Cuando Hemming se acercó, Jarral hablaba con una hermosa joven con trenzas morenas:

—Mi primo tiene un perro como ese. Después de un tiempo, empezó a parecerse a su perro.

Las mujeres reunidas a su alrededor estallaron en carcajadas al tiempo que agitaban el cabello con énfasis. Hemming tuvo que admitir que Jarral tenía algo; no entendía exactamente qué, pero, después de todo, él no era una joven aldeana cuya imagen de la policía era el malhumorado y distante agente McCrary.

Rashid lució sus dientes blancos cuando una anciana de cabello plateado con un vestido de flores le pasó el brazo por encima.

—Me siento mucho más segura sabiendo que está usted aquí cuidando de nosotras —declaró, y las otras damas murmuraron con aprobación.

—Debe de ser muy emocionante ser detective —comentó la morena de las trenzas con el ardor de la juventud brillando en los ojos.

—No tanto —admitió Hemming, que se colocó entre Jarral y sus admiradoras. Era hora de poner fin a aquella tontería.

—¡Ah! Por fin le encuentro, señor —exclamó Jarral con voz amigable, aunque parecía decepcionado.

Hemming se sintió un poco mal por interrumpir, pero no estaban allí para animar la vida social de Rashid.

—¿Puedo hablar con usted un momento, sargento?

—Por supuesto, señor —repuso antes de desembarazarse con delicadeza de la anciana que se aferraba a él como una lapa.

Mientras los dos hombres se alejaban del numeroso grupo de mujeres, Hemming notó que todos los demás miraban hacia la parte trasera de la estancia. Siguió la dirección de sus miradas y vio a Jerome Pemberthy tambaleándose hacia Kurt Becker con una botella de cerveza en la mano derecha.

—Maldito cabeza cuadrada —espetó Pemberthy con los ojos nublados por la bebida—. ¿Por qué no vuelves por donde viniste?

Owen Hardacker intentó agarrarlo del brazo, pero Pemberthy se lo quitó de encima.

—¿No crees que vas un poco hasta arriba, Jerry? —advirtió Hardacker.

—Bueno, todos vamos un poco hasta arriba —replicó Pemberthy —. Estamos hasta arriba de aceptar extranjeros, con sus tiendecitas acogedoras y sus esposas maliciosas. —Se dio la vuelta para enfrentarse a Becker—. ¡Esa esposa tuya tan flaca no podía satisfacerte, así que tuviste que venir a por la mía!

Hasta el momento, Kurt Becker había escuchado con calma, sin apenas mover un músculo, pero, en ese momento, se lanzó sobre Pemberthy y los dos acabaron en el suelo. Se oyó el crujir de huesos al impactar contra los tablones y ambos rodaron enfrascados en una caótica pelea, abrazados y con las piernas enredadas. La botella de cerveza de Pemberthy se estampó contra el suelo y salió rodando

hasta meterse debajo de una silla. Becker consiguió ponerse en pie con mucho esfuerzo, solo para recibir una violenta patada de Pemberthy en las espinillas que lo derribó de nuevo. Esta vez, el alemán, más joven y en mejor forma, tomó el control, y lanzó algunos puñetazos rápidos a la cara de Pemberthy, unos golpes que, a juicio de Hemming, no fueron tan fuertes como podrían haber sido.

Para entonces, Hemming y Jarral habían llegado hasta los dos contendientes y los estaban separando con ayuda de Owen Hardacker y el agente McCrary. Los cuatro arrastraron a los hombres hacia esquinas opuestas de la sala.

Pemberthy parecía aturdido y le goteaba sangre de la comisura de la boca, pero, cuando los policías lo soltaron, cargó con un rugido hacia el alemán. Se agachó para recoger la botella de cerveza que se le había caído, la agarró por el cuello y la estrelló contra la silla. Apuntó con los fragmentos afilados hacia su oponente y arremetió contra Becker.

Rashid Jarral respondió con un placaje de *rugby* en el momento oportuno. Se agachó, rodeó las rodillas del profesor con sus largos brazos y lo derribó mientras la botella rota rodaba por el suelo. Esta vez, cuando Pemberthy cayó, se quedó quieto hasta que Jarral lo levantó por el pescuezo y lo arrojó a una silla con la misma facilidad con la que movería algo hecho de paja. Hemming apreció, por primera vez, lo poderoso que era el sargento y lo naturales y ágiles que eran sus movimientos.

—Bien hecho —murmuró mientras Jarral se sacudía el polvo de la ropa.

—¿Dónde aprendiste a placar así? —preguntó McCrary.

—Fui capitán del primer equipo de *rugby* en la escuela.

—Bien hecho, amigo —lo felicitó el agente, y le dio una palmada en la espalda.

—¿Está bien, señor? —le preguntó Jarral a Kurt Becker, quien, lejos de parecer asustado, lucía furioso.

—Gracias por su ayuda —respondió el alemán un tanto seco.

Hemming pensó que probablemente hubiera preferido recibir una paliza a ser rescatado, pero al detective no le gustó la idea de ver el rostro de Becker hecho pedazos. Se agachó para recoger la botella de cerveza rota de debajo de la mesa del bufé, donde había caído. Al levantarse, se encontró cara a cara con Erin Coleridge, que tenía los ojos azules abiertos como platos a causa del susto.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Estoy bien —respondió, y se volvió hacia los hombres que lo esperaban.

Al hacerlo, sintió como ella le clavaba los ojos. «¿Está usted bien?», había dicho; no había preguntado «¿Está bien todo el mundo?». Sintió un escalofrío al pensar en la posibilidad de que pudiera haber algo más entre ellos de lo que probablemente les convenía a cualquiera de los dos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Durante los meses más cálidos, el sábado era un día ajetreado en la librería, pero Erin esperaba que la llovizna melancólica de octubre ahuyentara a los clientes y pudiera acurrucarse con un libro y un té, escribir poesía o ver viejas comedias de los estudios Ealing. El teléfono sonó a las diez en punto, justo cuando estaba llenando una bolsa de agua caliente para ponérsela en la cabeza dolorida. Antes de que Erin pudiera decir hola, Farnsworth la saludó como de costumbre.

—Buenos días, cielo. No estás muerta todavía, ¿verdad?

—¿Cuenta una resaca espantosa? —preguntó mientras contemplaba por la ventana el cielo gris pizarra que se cernía con dificultad sobre los páramos y oía el constante tintineo de las gotas de lluvia en los aleros.

—Espero que valiera la pena.

—Eso está por verse —repuso Erin; tocó con cuidado el agua del grifo para ver si ya salía caliente. Las viejas tuberías retumbaban y crujían cuando el calentador de agua se ponía en marcha—. Estoy trabajando en el antídoto para una botella de Montrachet.

—Espero que al menos lo compartieras con la persona adecuada.

—Te fuiste temprano anoche —comentó sujetando el auricular entre el oído derecho y el hombro al tiempo que sostenía la bolsa de agua debajo del grifo de la cocina.

—Tuve que regresar a casa con mis gatos. No dejan de comer

solo porque Sylvia haya muerto, ¿sabes?

—Pobre Sylvia, no se la respeta ni después de muerta.

—Qué se le va a hacer. Los funerales son para los vivos, no para los muertos. Y no tenía ganas de quedarme allí con esos detectives mirándome. ¿Me perdí algo?

—La verdad es que sí —repuso Erin, y le explicó la pelea entre Jerome Pemberthy y Kurt Becker.

—Me alegro de que nadie resultara herido de gravedad.

—Uno o dos egos se llevaron algunos moretones.

—Cuesta imaginar que el estirado profesor Pemberthy pueda llegar a las manos. Debió de ser maravilloso.

Erin rio y gimió a renglón seguido, pues su cabeza latió con más fuerza.

—Desearía estar ahí para prepararte un buen caldo de pollo, cielo.

—Eso es extremadamente considerado de su parte, señorita Appleby. —Erin adoptó el acento refinado que ella y Farnsworth usaban al imitar a los personajes de Jane Austen—. No entiendo por qué pensé que el exceso de alcohol tendría consecuencias agradables.

—Eso de suponer consecuencias agradables incluso para el comportamiento más insensato es propio de la juventud —comentó Farnsworth—. Lamentablemente, aquellos de nosotros que deberíamos estar acostumbrados a tales ilusiones, carecemos de ellas con demasiada frecuencia.

—Me esforzaré por poner en práctica esa lección y tener mejor juicio en el futuro.

Erin se pegó la bolsa de agua a la cabeza y se recostó contra el sólido marco de madera que separaba la cocina del salón, oscurecido después de tantos años expuesta al humo de la chimenea. La madera estaba caliente y cedía al tacto. A veces tenía la sensación de poder sentir el árbol del cual había sido extraída siglos atrás. Su padre solía referirse a esos momentos como su «conexión fantasma».

—¿Entonces crees que Jerome Pemberthy mató a su mujer? —preguntó Farnsworth.

—«Todos sabemos que es un hombre orgulloso y desagradable». —Erin citó al señor Bennet en un pasaje en el que habla del señor Darcy—. Pero parecía afectado de verdad cuando fui a su casa. Y, si la mató, ¿por qué atacó a Kurt Becker? Eso llamó la atención; y el verdadero asesino querría evitarlo a toda costa.

Farnsworth resopló.

—Es idiota.

—Eso no lo convierte en un asesino. Aunque por casualidad escuché una conversación interesante.

—¡Cuéntame!

Erin le explicó que había escuchado como Jonathan hablaba con Carolyn.

—Parece que el profesor tiene problemas de dinero —dedujo Farnsworth.

—Quizás se parezca más al señor Wickham que al señor Bingley.

—Ten cuidado con él, querida.

—Voy a olvidarme de todo y a acurrucarme con un buen libro durante unas horas.

—¡Emma, bájate de ahí! —gritó Farnsworth—. ¡Ya basta! Lo siento, Erin —dijo al auricular—. Uno de los gatos está a punto de tirar el… ¡Emma, no!

Erin escuchó cómo se estrellaba contra el suelo algo que parecía un objeto pesado.

—Lo siento, tengo que dejarte.

Erin estaba a punto de colgar cuando escuchó el tono de llamada en espera. Presionó el receptor una vez.

—Hola, papá.

Su padre solía llamar los domingos, después del servicio de primera hora.

Se hizo un breve silencio; a continuación, oyó el sonido de alguien respirando al otro lado de la línea.

—¿Hola?

Erin notó un escalofrío que le recorría la espalda.

Otra pausa y luego el tono de llamada. Erin colgó el teléfono en la base y, con las manos temblorosas, marcó el 1471 para devolver la llamada. Dejó que sonara veinte veces antes de colgar. Su línea fija era anticuada y no tenía identificador de llamadas. Pensó en telefonear a la operadora para averiguar de dónde procedía la llamada, pero no estaba segura de que eso fuera posible. ¿Y si solo se habían equivocado de número o era una simple broma pesada por teléfono? Se convenció de que era mejor no asustarse por nada.

Se agachó para meter un poco de leña en la chimenea. Las noches eran cada vez más frías, y las gruesas paredes de piedra de su casa no dejaban salir el frío matutino. Puso un periódico arrugado debajo de la leña. Encendió un fósforo, lo sostuvo cerca del papel y observó como las llamas azules se alzaban y lamían ansiosas la madera, de la que primero brotaron los tonos amarillos y después un naranja brillante.

La casa parecía más acogedora a medida que el calor del fuego se expandía, y el latido en su cabeza disminuyó cuando encendió el hervidor de agua para preparar el té. El café era demasiado fuerte para su estómago, pero un buen té de Yorkshire le vendría de maravilla.

Fuera, vio un cuervo en la rama más cercana del haya. El ave, acurrucada con los hombros encogidos, emitió un graznido hueco que se tragó la vaporosa llovizna de los páramos. Winton Pettibone le había dicho una vez que el árbol era más viejo que su casa, y Erin se preguntó si sería cierto. También pensó en otro de sus comentarios, con el que sugirió que el asesino de Sylvia la había atacado solo a ella y no tenía interés en los demás miembros de la sociedad. Erin estaba de acuerdo con él, pero los miembros estaban inquietos, tenían la sensación de que ellos también podían estar en peligro.

Metió una bolsa de té en su taza favorita, que era de color marfil y tenía un anillo de corazones rosa pálido: se la había regalado su madre. Al verter el agua caliente, observó como los remolinos

cobrizos se filtraban en el líquido claro y lo teñían de rojo. Cuando se acomodó en el viejo sofá con tapicería de *chintz*, una reliquia de tiempos pasados, tan alegre y optimista como su madre, recordó el día en que esta lo eligió. Estaban visitando tiendas de caridad en Oxford, y su madre se abalanzó sobre el sofá en cuanto entraron en la tienda Oxfam de Broad Street.

—¡Este es! —gritó, su entusiasmo captó la atención de los demás clientes—. ¡Es justo lo que estaba buscando!

Los clientes dejaron lo que fuera que estuvieran haciendo y sonrieron. Las estiradas matronas británicas con sus faldas de *tweed* marrón y calzado cómodo sonreían al ver a aquella mujer ensalzar con tanta elocuencia las virtudes de un sofá de *chintz*. Era imposible estar triste cuando Gwyneth Coleridge estaba cerca.

En menos de treinta minutos había conseguido que le rebajaran un tercio del precio, los había convencido para que se lo entregaran sin coste alguno y de algún modo hizo que pareciera que les estaba haciendo un favor. Erin salió de la tienda admirada del encantador talento de su madre, que siempre parecía conseguir lo que quería. La derrota no formaba parte de su vocabulario.

Excepto cuando llegó el cáncer, claro. La enfermedad se había propagado rápidamente, implacable y despiadada, devorando con avidez las células sanas de su cuerpo. El final, cuando llegó, fue desagradable y repentino, y Erin y su padre se quedaron aturdidos y conmocionados a causa de la injusta situación.

El teléfono volvió a sonar, y Erin tembló al descolgarlo con la esperanza de que fuera su padre.

—Hola, cariño —la saludó.

—Hola —respondió aliviada—. ¿Cómo van las cosas por el sur?

Desde que se mudó al norte, Erin había empezado a llamar a Oxford «el sur».

—Nublado y lluvioso —dijo él, con la voz extrañamente apagada —. ¿Y tú?

—Igual —repuso Erin mientras miraba el haya por la ventana.

El cuervo la había abandonado y sus ramas temblaban bajo la

lluvia vaporosa.

—Qué patética falacia —entonó su padre con tristeza—. Incluso la naturaleza está sombría hoy.

A Erin no le gustó nada comprender el motivo de su comentario. Debía de ser el aniversario de la muerte de su madre. Erin evitaba deliberadamente recordar la fecha exacta de su fallecimiento, no veía el sentido a esos aniversarios macabros, pero su padre nunca lo olvidaba y siempre la llamaba ese día.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, gracias.

Decidió no mencionar la llamada misteriosa.

—¿Tienes resaca?

—¿Por qué lo dices?

—Siempre bebes demasiado en los funerales.

La última, y única vez que se había excedido, fue en el funeral de su madre. No le gustaba pensar en ello.

—Por lo visto aquí la tradición consiste en preparar una gran variedad de comida y bebida. Me pasé con ambas cosas.

—Estoy preocupado por ti. Hay un asesino suelto.

—Iban a por Sylvia, no a por mí.

—¿Por qué no vienes a Oxford unos días?

—Es tentador, pero estoy asesorando a la policía en el caso.

Quizá no fuera del todo cierto, pero se acercaba bastante.

—Te gusta; me refiero al detective.

—¿Por qué lo dices?

—Un padre sabe esas cosas.

—¿No deberías estar escribiendo tu sermón? —preguntó después de consultar el reloj.

—Me tomo el día libre. El reverendo Masters me sustituye.

—Qué suerte la tuya, que puedes hacer novillos —bromeó Erin con ligereza. Sabía muy bien por qué se había tomado el día libre, pero ella quería evitar el tema.

—Si tomaras un tren, podrías estar aquí a tiempo para venir conmigo a verla.

—Se supone que no debo salir del pueblo —mintió.

Erin estaba tratando de seguir adelante con su vida y quería que su padre hiciera lo mismo.

—Seguro que a la policía no le importa que te escabullas para visitar a tu viejo y frágil padre.

—Esa descripción no te hace justicia.

—Estoy hecho un abuelo. Ayer tuve que depilarme los pelos de la nariz.

—Iré pronto, te lo prometo. Y llevaré pinzas.

Erin contempló los páramos cubiertos de niebla blanca por la ventana.

La bruma había espesado tanto que no podía ver a lo lejos; era como si el paisaje estuviera envuelto en una gasa. No había forma de saber qué peligros acechaban fuera de las cómodas paredes de su casita.

—Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré. Adiós, gracias por llamar.

—Adiós, cariño.

Colgó y volvió lentamente a la cocina. No le gustaba decepcionar a su padre. No era la primera vez que pensaba en lo distinta que era a su madre. La gente siempre esperaba cosas de Gwyneth Coleridge, y ella prosperaba gracias a eso; parecía alimentar algo muy profundo de su interior. O quizás solo fuera una máscara, tal vez toda esa energía y encanto ocultaban una naturaleza secretamente solitaria que era demasiado orgullosa para reconocer.

Erin corrió a su escritorio, sacó su cuaderno de poesía y escribió un par de frases:

«Acostumbramos a ocultar tras un exceso de orgullo aquello que nos avergüenza».

Se preguntó si aquello era cierto en el caso de su madre, si Gwyneth Gates Coleridge, en su breve e intensa vida, había estado atrapada en una monstruosa mentira. Agarró el bolígrafo y escribió otra frase:

«Las verdades que ocultamos suelen ser peores que las mentiras

que difundimos con orgullo».

No estaba del todo segura de lo que significaba todo aquello, o si podía aplicarlo a su madre siquiera, pero una cosa estaba clara: en el pueblo de Kirkbymoorside, las verdades ocultas y las mentiras descaradas servían para enmascarar la identidad de un asesino.

CAPÍTULO DIECINUEVE

A la hora del almuerzo, la niebla y la lluvia comenzaban a disiparse, así que Erin colgó el cartel de cerrado y metió en su mochila una botella de agua, un termo con té, una barrita energética y una lata de galletas, además, también puso un poncho impermeable en el bolsillo exterior por si acaso, pues el radar de internet mostraba una línea de chubascos que seguía amenazando la zona. Después se puso las botas de senderismo sobre un par de calcetines gruesos, se subió al coche y se internó por el camino de tierra embarrado.

Necesitaba aclarar sus pensamientos, y el mejor remedio era un buen paseo por los páramos. Pero primero debía hacer una parada. Giró a la izquierda al salir del camino y se dirigió hacia la casa de Owen Hardacker.

Encontró a Owen reparando el muro de piedra que delimitaba su propiedad. Como no llevaba gorra, algunos mechones de su ralo cabello gris se levantaban agitados por la brisa fría que soplaba sobre los campos. Las ovejas que pastaban hicieron una breve pausa para mirar justo cuando Erin se detenía junto a Owen, quien se giró con los ojos entornados para protegerse de la luz. La niebla había dejado paso a un resol que resultaba más cegador que la brillante luz del sol.

Erin se bajó del coche con la gorra de Owen en la mano.

—Me preguntaba dónde andaría —dijo Owen al recibirla. La hizo

girar entre las manos como si la estuviera observando con detenimiento—. ¿Dónde la encontraste?

Se lo dijo, y él asintió con el ceño fruncido.

—¿Tienes idea de cómo llegó a parar allí? —preguntó.

—Sí. Carolyn la tiró desde el coche.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque estaba enfadada conmigo —confesó antes de levantar una gran piedra y colocarla en lo alto del muro—. Habíamos discutido.

—Ah, ¿sí? —dijo Erin—. Ya sé que no es asunto mío, pero…

—Fue acerca de su… problema.

—¿Te refieres a su adicción?

Owen se la quedó mirando.

—¿Tan evidente es?

—Imagino que no para todos.

—A ella no le gusta que lo mencione, pero no puedo soportar ver cómo se autodestruye.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Perdió su trabajo hace aproximadamente seis meses, así que al menos desde entonces.

—¿Esa fue la razón por la que la despidieron?

—No lo sé, chica —suspiró profundamente—. No quiere hablar de ello.

—¿Crees que hablaría con otra persona?

—¿Contigo, por ejemplo?

—Tal vez.

—Le caes bien. Pero no se lo menciones a nadie, ¿vale?

—No lo haré, te lo prometo.

—Gracias; y gracias por la gorra.

—Cuídate —dijo Erin, y echó a caminar en dirección al coche, pero enseguida se dio la vuelta—. Mira, no lo tomes a mal, pero ¿tú no…?

—¿Maté a Sylvia? Por el amor de Dios, mujer, no la odiaba tanto.

El tono era sincero; sin embargo, Erin estaba deslumbrada por el

resplandor y no pudo ver su rostro.

—Lo siento —repuso—. Tenía que preguntar.

Mientras conducía el pequeño coche por las carreteras sinuosas que conducían a los páramos, no podía ignorar la sensación de que Owen Hardacker ocultaba algo. Más allá de sus toscos modales del norte, había algo huidizo en su actitud. Pero ¿a quién estaba protegiendo, a sí mismo o a Carolyn? Erin se preguntó qué haría Elizabeth Bennet y supuso que ella llegaría al fondo de la cuestión, que era exactamente lo que Erin se proponía hacer. Pero incluso Elizabeth Bennet era capaz de malinterpretar a la gente, un error que Erin esperaba evitar. Owen parecía ser exactamente lo que aparentaba: un honrado y rudo trabajador de Yorkshire. Pero ¿lo era de verdad?

Se dirigió hacia el norte, en dirección al Parque Nacional de los North York Moors. Las nubes se acumulaban sobre las colinas oscuras empujadas por el viento que se arremolinaba en los campos. Aparcó en uno de los estacionamientos del sendero y se adentró en los páramos. No iba a permitir que el tiempo le arruinara el paseo, cualquiera que se resignara a eso en Yorkshire no llegaría a salir nunca de casa.

Había caminado menos de tres kilómetros cuando del cielo empezó a caer una fina llovizna. Aceleró el paso y divisó una figura que se acercaba a ella a través de los páramos y, aunque estaba todavía a cuatrocientos metros de distancia, reconoció sus andares. Se trataba del inspector Hemming, que se acercaba rápidamente a ella con las manos en los bolsillos y el cabello rubio al viento, circunstancia que formaba un halo alrededor de su cabeza. El detective salvó la distancia entre ellos tan rápido que Erin no tuvo tiempo de recomponer sus pensamientos.

—Qué sorpresa encontrarla aquí.

Apenas le faltaba el aliento a pesar del terreno accidentado y las colinas empinadas.

En lugar de vestir la americana y la corbata de siempre, llevaba una chaqueta de punto encima de un suéter de cuello alto negro y

pantalones de lana de montar hasta las rodillas enfundados en unas botas de agua verdes. La forma en que el suéter negro hacía resaltar su cabello rubio le robó el aliento unos segundos a Erin.

—¿Quién es el acosador ahora? —dijo ella.

Hemming sonrió con ironía.

—¿Qué le parece si lo dejamos en empate?

—¿Está haciendo novillos hoy?

—Pasear por el campo me inspira, aquí es donde tengo mis mejores ideas —explicó con una sonrisa mientras el sol hacía un último esfuerzo por asomarse entre las nubes de lluvia y se reflejaba en su cabello dorado.

Allí fuera parecía más relajado y abierto, incluso más joven que el detective de rostro serio que había aparentado ser en el trabajo.

—Quizás no sea el mejor día para eso —comentó Erin, y se ciñó un poco más la chaqueta al sentir el impacto de una ráfaga de viento.

—Prefiero los días nublados.

«Yo también, oh, yo también», pensó Erin.

—¿Y usted por qué ha salido a pasear por los páramos?

—Yo también pienso mejor mientras paseo por aquí.

—¿Qué tipo de ideas tiene?

—Me inspiró para mis poemas —admitió, antes de poder detenerse.

Apenas lo conocía, ¿por qué le contaba cosas que ocultaba incluso a sus amigos más cercanos?

—Eso significa que se parece usted a su ilustre antepasado.

—En absoluto. Carezco de su talento.

El detective ladeó la cabeza.

—¿Falsa modestia?

Erin no pudo evitar notar lo bien perfilada que la tenía, con la frente alta y noble y los pómulos prominentes.

—«Nada es más engañoso que la humildad aparente. Con frecuencia no es más que un desprecio a la opinión de los demás, y a veces es una forma indirecta de jactarse».

—¿Jane Austen hablaba de usted cuando dijo eso?

—Intento compensar mi falta de talento con pasión.

—En cuanto a mí —repuso el detective—, ¿qué dice Darcy? «Desde luego que no tengo el talento que poseen algunos para conversar con soltura con…». ¿Cómo sigue?

—«Con personas que acabo de conocer» —concluyó por él—. ¿Así que ha añadido a Jane Austen a su lista de lecturas?

—Desde que estoy en este caso, sí.

—¿Y qué ha aprendido?

—Que «no sufrimos por una circunstancia casual» —dijo justo cuando un trueno resonó a lo lejos—. Nos va a caer una buena —añadió mientras veían como un rayo recorría el cielo del norte—. Estamos a algunos kilómetros del refugio más cercano.

—Hay una cabaña de piedra a menos de un kilómetro en esa dirección —sugirió Erin, y apuntó hacia el lugar de donde había venido.

—«Guíame, espíritu».

—Lo siento, solo se le permite citar a Austen —lo reprendió. Justo en ese momento tropezó con una raíz saliente y cayó hacia adelante. Antes de que Erin comprendiera lo que estaba sucediendo, el detective la rodeaba con los brazos para amortiguar la caída. Sintió cómo la agarraba de los hombros con sus dedos firmes, largos y fuertes, y percibió su olor, un aroma a pino y madera que le recordó a los troncos ardiendo en la chimenea. Se sintió palidecer y no se atrevió a mirarlo—. Gracias —dijo; se apartó del detective y se encogió como un gato.

—Aquí el terreno puede ser traicionero —comentó justo cuando sonaba un trueno, más cerca esta vez, seguido de otro relámpago.

El viento azotaba el suelo desnudo, les cortaba la piel del rostro y les mordía los tobillos como un perro enfadado.

—Ahí está. —Erin señaló una estructura de piedra a lo lejos mientras del cielo empezaban a caer gruesas gotas de lluvia—. ¡Le echo una carrera!

—¿Cree que es una buena idea? —gritó tras ella mientras Erin

corría por los páramos—. ¡Podría volver a caerse! Pero, con el sonoro silbido del viento en los oídos, no pudo oírlo.

CAPÍTULO VEINTE

Peter Hemming avanzaba a trompicones por el camino de tierra embarrado mientras Erin Coleridge brincaba por delante de él como un ciervo. Se maldijo por no llevar un calzado mejor, pues el agarre de sus botas de agua no estaba a la altura del desafío de los páramos resbaladizos por la lluvia. Apretó los dientes y dio pasos más largos, pero solo consiguió resbalar y perder el equilibrio. Odiaba que le ganara una mujer, y odiaba aún más admitirlo.

Y esa mujer, en particular… Lo que sentía por ella entraba en conflicto con la lógica, la experiencia y el deber; sus instintos sensatos le decían que era una mala idea; sin embargo, un instinto aún más profundo lo alentaba.

Erin fue la primera en llegar al refugio. Cuando por fin apareció el detective, ella se dio la vuelta y rio mientras el agua le goteaba de la nariz y las pestañas rubias. Hemming se dio cuenta de que no llevaba sus gafas.

—Está hecho un cromo, como diría mi madre —sentenció Erin.

—Sin embargo, usted está fresca como una rosa —respondió Hemming, que jadeaba mientras juntos empujaban la puerta podrida para entrar en las ruinas de lo que, probablemente, había sido la cabaña de algún campesino.

De las tres estancias, llenas de vegetación, solo la principal estaba protegida por los restos de un techo, unos tablones sin pulir unidos a la parte delantera del edificio. Descansaban sobre un

montón de piedras que se habían desprendido de los antiguos muros del lugar.

—Debo parecer una rata ahogada —afirmó Erin mientras limpiaba el exceso de agua de lluvia de las piedras antes de sentarse.

—Le queda bien.

Erin apartó la mirada y se quedaron allí sentados un momento escuchando el vaivén del viento mientras la tormenta arreciaba y aminoraba, como las olas en la orilla. El martilleo de las gotas de lluvia sobre los tablones era ensordecedor, parecía que hubiera una reunión de bateristas locos en el tejado.

—¿Qué le dijo el agente McCrary anoche? —preguntó ella—. Los vi conversando en el pasillo.

El detective la miró y negó con la cabeza.

—No se rinde nunca, ¿verdad?

—La insistencia es uno de mis rasgos más molestos.

—Con el interés que siente por el crimen, ¿por qué no se hace policía?

—No sé si podría lidiar con la realidad. Y estoy segura de que hay mucha más monotonía de la que vemos por televisión.

—Muy cierto. El papeleo no es precisamente apasionante.

—Soy dueña de una librería, ya tengo bastante papeleo.

—Pero usted es escritora, ¿eso no es glamuroso?

—Oh, sí, una vida de lujo y desenfreno. Además de disfrutar de algún *brunch* con champán de vez en cuando. Ah, ¡se me olvidaba! —Sacó una bolsa de plástico empapada de la mochila y abrió un paquete de galletas de jengibre—. ¿Una galleta?

—Qué suerte he tenido de haberme encontrado con una integrante de las Chicas Exploradoras —bromeó el detective antes de aceptar una.

—Nunca se me ocurre salir a los páramos sin provisiones.

El detective la engulló de un solo bocado.

—Estaba exquisita.

—Coja otra. Son pequeñas —ofreció Erin, y sacó el termo del

otro bolsillo—. ¿Té?

—Muchísimas gracias.

—Por cierto, no sé si es importante, pero ayer recibí una llamada extraña al teléfono fijo.

—¿Quién era?

—Cuando respondí, solo se oía una respiración, y luego colgaron.

—¿Devolvió la llamada?

—Sí, pero solo sonó y sonó.

—¿Recibe muchas llamadas de este tipo?

—Jamás había recibido ninguna.

—Si vuelve a ocurrir, hágamelo saber y la rastrearemos en los registros de su línea.

—Genial, gracias.

Erin se estremeció un poco, y a él le costó mucho controlarse para no rodearla con los brazos.

—¿Quiere ponerse mi chaqueta?

—Estoy bien, gracias. ¿Le apetece otra galleta?

—Dos es mi límite.

—Guardaré el resto, por si volvemos a quedarnos atrapados.

Se las metió de nuevo en el bolsillo de su abrigo.

—Esto de que nos hayamos encontrado en los páramos así, de esta forma, es como una escena de Austen —observó el detective.

Erin tomó un puñado de grava y fue lanzando los guijarros uno a uno contra el muro de piedra que tenían delante.

—A veces pienso que Elizabeth y Darcy tal vez no fueron felices para siempre. Tenían los mismos defectos, ambos eran orgullosos y tercos. Eso podría resultar desastroso a largo plazo.

—¿Afirmar eso no es una herejía?

—Sé que ese es el final tradicional de un romance, pero creo que el romance a menudo es una mentira corrosiva y engañosa.

—Palabras muy contundentes para una integrante de la Jane Austen Society.

—El amor no siempre cambia ni mejora a las personas —afirmó —. A veces las destroza.

—Y, a veces, los enamorados simplemente se distancian.

—«La felicidad en el matrimonio es enteramente una cuestión de azar» —citó Erin, y se terminó el último bocado de la galleta.

Hemming contempló su rostro radiante, con la piel translúcida, rosada y blanca, como el interior de una caracola. Le sonó el móvil.

—Detective inspector Hemming —dijo; sentía una mezcla de decepción y alivio.

—¿Sí?

La recepción no era buena y apenas podía oír a Jarral.

—Sí, sargento —respondió, y protegió el teléfono de la lluvia que se filtraba por las empapadas tablas del techo.

—Será mejor que venga a comisaría. —La voz del sargento crujía debido a las interferencias en la línea.

—¿Qué sucede?

Se hizo un silencio y pudo escuchar a Jarral hablando con otra persona. El agente McCrary se puso al teléfono.

—Ha habido un incidente —dijo el escocés.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha atacado a Winton Pettibone.

—¿Está bien? —preguntó Hemming.

Un gran trueno sacudió los cielos y la línea se cortó.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cuando salieron del refugio se dieron cuenta de que la lluvia había amainado, pero el viento había arreciado. Sonaba como un tren de mercancías que atravesara los páramos, aumentando en velocidad y volumen a medida que se precipitaba hacia ellos. El viento soplaba tan fuerte que a Erin le lloraban los ojos y le faltaba el aliento, pero, cuando se plantó frente a las ruinas de piedra en descomposición, con la vasta y grandiosa extensión de Yorkshire ante ella, le dieron ganas de echarse a reír. Adoraba aquel paisaje por encima de cualquier otro, y la embriagaba.

Enseguida sintió remordimientos. ¡Winton, pobre Winton! Esperaba que estuviera bien.

—¿Quiere intentar telefonearlos de nuevo? —le preguntó a Hemming.

—No, solo necesito volver al pueblo.

—¿Dónde ha aparcado el coche? —gritó para hacerse oír por encima del estruendo.

—Allí.

Señaló al otro lado de los páramos, en dirección opuesta al coche de Erin.

—¿Está muy lejos?

—Como a un kilómetro y medio —gritó, y se tambaleó hacia atrás cuando una ráfaga de viento casi los derriba a ambos.

—¿Me puede acercar? El mío está a más de tres kilómetros en

dirección opuesta.

—Claro, ¡pero tenemos que marcharnos ya!

Caminaban contra el viento, de modo que tuvo la impresión de recorrer cinco kilómetros hasta su coche en lugar de uno y medio. Cuando finalmente llegaron, jadeando y agotados, con la ropa todavía húmeda por la lluvia, Erin solo deseaba un largo y relajante baño, pero tenía otra cosa en mente. Al subir al viejo Citroën del detective, admiró el interior del vehículo, con sus asientos de cuero rojo y el amplio volante de un solo radio.

—Este coche tiene mucho carácter —observó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Dígaselo al sargento Jarral. —Se sacudió el agua del pelo—. Él piensa que es un montón de chatarra.

—No sabe apreciar la calidad —afirmó Erin cuando el detective se incorporaba a la carretera desierta.

Las carreteras del norte de Yorkshire no acostumbraban a estar llenas, y en esa época del año, con la tormenta que se cernía sobre ellos, podían ir hasta el pueblo sin cruzarse con otro vehículo.

Cuando llegaron hasta su coche, Erin se volvió hacia él.

—¿Le importa esperar un momento hasta que nos aseguremos de que arranca? He estado teniendo algunos problemas y temo que sea el alternador.

—Claro —repuso el inspector mientras Erin se bajaba de un salto y se subía a su Sunbeam.

Lo miró de reojo y vio que intentaba hacer una llamada con su móvil. Se sentó en el asiento del conductor durante un par de minutos, luego salió y regresó al coche de Hemming.

—No arranca.

—¿El motor gira al menos?

Ella negó con la cabeza.

—Solo hace un clic.

—No hay tiempo para arreglarlo. La llevaré al pueblo y podrá solucionarlo más tarde.

—Está bien —accedió ella, y se deslizó a su lado.

Erin se sintió un poco culpable por el engaño, pero, básicamente, estaba emocionada. Ahora solo le quedaba poner en práctica la segunda parte de su plan.

—He conseguido hablar con el agente McCrary —explicó Hemming—. El señor Pettibone está bien. Por lo visto se ha quedado un poco conmocionado, pero no ha sufrido heridas graves.

—Qué bien.

Erin miró por la ventana mientras el páramo daba paso a campos de cultivo, pequeñas casitas anidadas en valles y arroyos que serpenteaban por el paisaje rural.

—Mi casa está en la otra dirección —comentó con intención de sonar informal y despreocupada—. ¿Por qué no se limita a…?

—¿Llevarla a comisaría?

—Bueno, sería más…

—¿Cómodo?

—Aunque si prefiere conducir todo el camino hasta…

Hemming la miró de soslayo.

—A su coche no le pasa nada, ¿verdad?

—Es un coche viejo y…

Erin se sonrojó y él la cortó con otra mirada. Condujeron en silencio durante un rato hasta que Hemming volvió a hablar.

—Mire, admiro su insistencia, pero no puede usted inmiscuirse sin más en una investigación policial.

—No estoy…

—La dejaré entrar, pero debe prometer que se comportará —le advirtió cuando se detuvieron frente a la comisaría.

—Lo prometo, por mi honor, y que muera si falto a mi palabra.

Hemming apagó el motor.

—No diga eso. Y menos ahora, con todo lo que ha sucedido.

—Está bien —accedió Erin.

Era evidente, por la manera en que la miraba, que no la veía solo como una molestia; quería mantenerla a salvo, no porque fuera su trabajo, sino porque le importaba.

Erin se bajó del coche de un salto como si tuviera resortes.

—Vamos —dijo—. Entremos. Le prometo que me portaré bien.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cuando llegaron vieron a Winton Pettibone sentado en la sala principal, flanqueado por el agente McCrary y el sargento Jarral. Winton parecía asustado; se presionaba una bolsa de hielo contra la parte posterior de la cabeza, lo que empujaba su peluca hacia adelante en un ángulo atrevido, cosa que le daba un aspecto similar al de los Beatles.

—El señor Pettibone dice que lo atacaron frente a su casa y lo dejaron inconsciente —explicó McCrary cuando entraron en la espaciosa sala, con sus techos abovedados y columnas de estilo griego—. El sargento Jarral le está tomando declaración.

—¿Vio a su agresor? —preguntó Hemming.

—Negativo. —McCrary frunció el ceño al ver a Erin—. ¿Qué lince ella aquí? —preguntó arrugando el bigote.

—Su coche no arrancaba y me he ofrecido a traerla.

El escocés abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo, pero luego pareció pensarlo mejor.

—¿Puede esperar allí, por favor? —preguntó Hemming, y señaló una sala de reuniones en la parte trasera de la comisaría.

—Claro —aseguró Erin.

Erin cruzó muy despacio la sala principal sin perder detalle. Había media docena de escritorios repartidos por la estancia, todos libres excepto el que ocupaba Winton acompañado por su séquito de policías. Pegadas a la pared del fondo había una fotocopiadora y una

máquina de fax, y, junto a ellas, un aparador con todo lo necesario para preparar café y té, además de un dispensador de agua, una pequeña nevera y estanterías metálicas con refrigerios.

Al abrir la puerta de la sala de reuniones, vio un tablón de corcho lleno de instantáneas de los miembros del pueblo que pertenecían a la Jane Austen Society. En el centro, conectada con las demás fotos, había una imagen de Sylvia, sonriendo a la cámara. Se la veía despreocupada e inocente, tan distinta de la Sylvia que conocía que a Erin la invadió un sentimiento de culpa. Nunca llegaría a conocer a la alegre mujer de rostro dulce de la fotografía. No se podía sintetizar a las personas con tanta facilidad y reducirlas al puñado de rasgos que otros usaban para definirlas. Recordó un verso de uno de sus poetas estadounidenses favoritos, Walt Whitman: «Contengo multitudes».

Mientras estudiaba el tablón, pensó que había muchos posibles sospechosos. Aquellos rostros conocidos la miraban como si la retaran a encontrar al asesino entre ellos y Erin los observó uno a uno mientras reflexionaba sobre la oscuridad desconocida que podía habitar en la profundidad de sus almas.

Bajo cada nombre había notas garabateadas: junto al suyo, por ejemplo, ponía: «Dueña de librería y presente en la reunión. Llegó al pueblo hace dos años». Le resultó extraño leer eso; a veces tenía la sensación de llevar toda la vida en la casita con el techo de paja junto al arroyo.

Siguió leyendo los textos que figuraban debajo de cada loto. Junto a la imagen de Farnsworth ponía: «Señora de los gatos del pueblo. Excéntrica. Discutió con la víctima la noche anterior. Le sirvió el té a la víctima. Se sabe que no le agradaba la víctima». Erin se preguntó si sería cierto. ¿De verdad Farnsworth sentía antipatía por Sylvia o solo le molestaba su naturaleza controladora? Nunca había dicho sin tapujos que Sylvia no le cayera bien; de hecho, Erin tenía la impresión de que la admiraba bastante.

Bajo la foto de James Marlowe ponía: «Carnicero del pueblo. Se fue de la reunión temprano. —Sorprendida, Erin volvió a leer la frase

—. Se fue de la reunión temprano». Pero Polly había dicho que su padre no había llegado a casa hasta tarde. Mientras reflexionaba acerca de esa discrepancia, oyó como se abría la puerta a su espalda.

Se dio la vuelta y se encontró con el detective.

—¿Preparada para marchar? —preguntó Hemming—. ¿Está bien?

—Sí. —Erin se estremeció—. Solo tengo un poco de frío.

—Lo siento, debí haberle ofrecido un té.

—Hay té en mi casa.

—¿Y su coche?

—Lo recogeré mañana; Farnsworth puede llevarme —le aseguró mientras se ponía el abrigo.

Winton Pettibone seguía en la sala principal. Hablaba con el agente Harris, un policía de cara alargada y cabello oscuro que Erin había visto por el pueblo.

—¿Recuerda algo más?

Harris tomaba notas en una libreta.

—Hay una cosa —dijo Winton—. No sé si es importante, pero recuerdo cierto olor a lilas.

Harris dejó de escribir.

—¿Lilas?

—¿Como un perfume? —preguntó Hemming.

—No lo sé. Recuerdo haberlo notado cuando recuperé la conciencia.

A Erin se le hizo un nudo en el estómago. Farnsworth usaba perfume de lilas. Miró a Hemming, pero no advirtió ninguna señal de que el detective conectara ambas cosas. Luego recordó que él sufría de alergias, lo que podría afectar a su sentido del olfato.

—¿Quiere que lo acompañe a casa? —le preguntó Hemming a Winton.

—Agradezco el ofrecimiento —dijo Winton con su habitual tono monótono—. Pero estaré bien. Debo irme… Ya sabes cómo se preocupa Pru.

—Te acompañaremos a la puerta —propuso Erin, que deseaba

tener un momento a solas para interrogarlo. Se prometió que encontraría ese momento cuanto antes.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Mientras cruzaban los campos oscuros, Erin ardía en deseos de bombardear al detective con preguntas, pero guardó silencio los primeros tres kilómetros, durante los que estuvo dando vueltas en su cabeza a un sinfín de pensamientos: ¿era posible que Farnsworth hubiera atacado a Winton? Y, de ser así, ¿por qué? ¿O alguien estaba tratando de incriminarla? Quizás Winton había confundido otro olor con el del perfume de lilas, o había recordado mal todo el episodio; los golpes en la cabeza podían alterar la memoria.

Cuando llegaron a su casa, se volvió hacia Hemming.

—¿Le apetece un té?

El detective vaciló, su perfil se recortaba contra la luz de la farola que había junto a la puerta principal.

—Gracias —dijo—. Me vendría bien.

La casa los recibió fría y húmeda; cruzaron la librería en dirección a la vivienda de la parte trasera.

—Encenderé el fuego —propuso Erin mientras prendía algunas luces.

A pesar de que todas las lámparas de la habitación estaban encendidas, el ambiente seguía pareciendo oscuro y húmedo.

—¿Qué le parece si yo me ocupo de eso mientras usted pone en marcha el hervidor de agua?

—Estupendo —repuso Erin, y se dirigió a la cocina.

Su hervidor eléctrico rojo brillaba bajo los relucientes focos de carril de la cocina; si había algo que Erin detestaba era una cocina mal iluminada. *Un lugar limpio y bien iluminado*, pensó. Era el título de un cuento de Ernest Hemingway, un autor estadounidense que admiraba. La forma en que trataba los temas de la soledad y la desesperación la había acompañado mucho tiempo después de leerlo. No era fanática del existencialismo, pero le gustaba su estilo de escritura austero y su inquebrantable sinceridad. Los integrantes de la Jane Austen Society tenían un gusto más conservador, pero Erin disfrutaba de todo tipo de escritores, cosa que suponía era una buena cualidad en la dueña de una librería.

Cuando regresó a la sala de estar con la bandeja del té, el fuego ardía con fuerza. El detective estaba de pie junto a su piano hojeando el libro de partituras abierto en el atril.

—¿Interpreta usted a Bach? —preguntó.

—Lo intento —repuso Erin cuando dejó la bandeja en la mesa.

—¿Podría tocar algo para mí?

—Bueno, no sé…

—¿Solo una pieza, mientras infusiona el té?

—Está bien. —Se sentó al piano—. ¿Algo en particular?

—Nunca pude resistirme al *Preludio en do menor*, siempre que se atreva con esa —pidió el detective, y se acomodó en el mullido sillón al lado del fuego.

—Me defiendo —reconoció Erin, impresionada por que Hemming pudiera identificar la pieza por su nombre.

Tenía las manos rígidas, y comenzó a interpretar la melodía con un tempo demasiado rápido, por lo que tuvo problemas para seguir el ritmo y cometió varios errores en pasajes que normalmente conocía bien. Pero no salió tan mal como podría haber salido y Erin tocó con pasión y más concentración de la que esperaba. Cuando terminó, el detective aplaudió.

—¡Muy bien! Envidio a las personas con talento para la música.

—Yo no tengo talento, solo una tenaz determinación —aseguró Erin, y se levantó del banco.

—Al final, todo es cuestión de disciplina, ¿no? Esa disposición para superar obstáculos.

—¿Quién cree que atacó a Winton? —preguntó Erin mientras servía el té.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Le digo lo que pienso?

—¿Puedo evitarlo?

—No fue la misma persona que envenenó a Sylvia.

—¿Por qué no?

—Porque son diferentes tipos de personalidad. Los envenenadores evitan la confrontación, son sigilosos y astutos. Son planificadores metódicos y minuciosos.

—Pero…

—El ataque a Winton no ha tenido nada que ver con eso. Ha sido un asalto mal planeado, mal ejecutado y que no alcanzó su objetivo.

—¿Qué era…?

—Supongo que la muerte de Winton. De lo contrario, ¿por qué atacarlo?

El detective terminó el té y dejó la taza en la mesa.

—¿Por qué se unió a la Sociedad de Austen?

—Como la dueña de la librería del pueblo, me pareció lo más natural. Tal vez incluso necesario.

Erin le rellenó la taza.

—Sus gustos parecen inclinarse más hacia otra dirección —comentó el detective señalando la estantería de libros forenses.

—Ah, eso me recuerda que me falta un libro sobre envenenamiento; no de mi colección privada, sino el que tengo en la tienda.

—¿Alguna idea de quién se lo podría haber llevado?

—No, pero pensé que debía usted saberlo.

—Me alegro de que me lo haya dicho —le agradeció antes de levantarse para echar otro tronco al fuego.

Era extraño, pero ese pequeño gesto a Erin le pareció íntimo y revelador. Era su chimenea, pero él se ocupaba de ella casi como si

fuera suya. Le gustaba cómo la hacía sentir eso, como si el detective se estuviera integrando de forma natural en una sencilla rutina hogareña. Y, sin embargo, percibía algo distante en él, una cautela que Erin se tomaba como un desafío.

—Debería irme —anunció antes de apurar el contenido de la última taza—. Gracias por el té.

—Gracias por traerme.

Lo siguió por la librería oscura, encendió la luz de fuera y abrió la puerta.

—Encontraremos a la persona que lo hizo.

Hemming buscó las llaves del coche en el bolsillo.

—Eso espero —repuso Erin, que sostenía la puerta abierta para él mientras la luz caía sobre su cabello color trigo y sus anchos hombros ligeramente encorvados.

Hemming se detuvo un momento y ella imaginó el contacto de sus labios: suaves, cálidos, ligeramente salados, quizás. Se inclinó hacia ella y Erin notó que su boca se relajaba, deseaba el beso, respirar su olor a madera. Entornó los ojos y aguardó con la esperanza de que él también la deseara.

El reloj de la sala dio la hora y rompió el hechizo.

El detective tosió y se tocó el ala del sombrero.

—Gracias de nuevo.

Erin observó cómo se machaba y lo vio alejarse del círculo de luz que proyectaba la farola hasta subirse a su coche sin mirar atrás. Esperó a oír el sonido del motor al encenderse antes de cerrar la puerta a su espalda y regresó a su casa vacía y silenciosa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Esa noche, Erin se revolvió inquieta en la cama mientras escuchaba cómo el viento agitaba las hojas secas contra los cristales de su ventana. Finalmente se quedó profundamente dormida y soñó que estaba tomando té con Farnsworth. Cuando su amiga le ofreció azúcar, Erin quedó horrorizada al ver que la caja estaba etiquetada como arsénico. Despertó sudando justo antes del amanecer.

Se subió las mantas hasta la barbilla y miró por la ventana que daba al arroyo de detrás de la casa. Ver el elegante sauce inclinado sobre el arroyo le levantó el ánimo y se recordó que su misión era limpiar el nombre de su amiga.

Se puso las botas de piel hasta la rodilla sobre un par de vaqueros negros, preparó un café y se lo tomó de pie. Mientras se ponía el forro polar a cuadros, cogió el teléfono para llamar a Farnsworth, pero entonces vio un destello metálico al otro lado de la ventana. Su Sunbeam verde estaba en el camino de entrada con una nota bajo el limpiaparabrisas. Cogió las llaves del coche, salió de casa y sacó la nota para leerla:

> *Pensé que le gustaría recuperar su coche. Por suerte, el sargento Jarral sabe cómo hacerle el puente a cualquier vehículo. Ya le enviaré mi factura.*

P. Hemming

Erin se guardó la nota en el bolsillo, subió al coche y fue a casa de los Becker, donde esperó a que el coche del detective Hemming se alejase lo suficiente antes de conducir hasta la entrada. Aparcó frente a la casa y recorrió el pulcro sendero para llamar a la puerta principal. Cuando Suzanne Becker abrió, a Erin le dio la sensación de que la mujer parecía aliviada de ver que era ella y no la policía.

—Te traigo unas flores —anunció.

Todo el mundo sabía que a Suzanne le encantaban las flores y, como los jardines de todos estaban comenzando a mar chitarse, Erin había comprado un ramo de otoño en la tienda del pueblo.

Suzanne sonrió con tristeza.

—*Sehr schön*. ¿Te apetece entrar?

Erin la siguió al interior de la impecable casa y esperó en la sala de estar mientras Suzanne ponía las flores en agua.

—Son preciosas —dijo al entrar con un jarrón de cristal tallado, que colocó sobre la mesa de cristal—. Por favor, siéntate.

Mientras se acomodaba en el sofá blanco inmaculado, Erin pensó que todo lo referente a Suzanne era afilado y frágil, como cristal tallado.

—La policía estuvo aquí por segunda vez. —Suzanne colocó bien las flores—. Estoy tan… *verzweifelt…*, angustiada. Creo que sospechan de mí.

—Es bastante estresante —coincidió Erin—, esto de tenerlos husmeando.

—Sí. Y me temo que les he mentido.

—¿Sobre qué?

Suzanne metió la mano en el bolsillo de su chaqueta deportiva, sacó un cigarrillo y lo encendió con las manos temblorosas.

—Debes prometer que no se lo dirás a nadie.

—Claro.

—Aquella noche… es posible que viera a mi marido saliendo del

callejón.

—¿Y no se lo dijiste a la policía?

—No. Vi a alguien; no puedo estar segura de que fuera Kurt, pero podría haber sido él; dobló la esquina a toda prisa justo cuando yo salía. —Dio una profunda calada a su cigarrillo—. Por favor, no le digas a mi marido que he fumado. A él no le gusta.

—¿Dónde está?

—Los domingos suele ir a Sainsbury's.

—¿Quién más podría haber estado en el callejón?

—No estoy muy segura. Alguien alto, creo. —Le dio otra calada al cigarrillo y el humo se enroscó alrededor de su cabello rubio teñido —. No creo que Kurt sea capaz de asesinar a alguien…, ¿y tú?

—No quiero asustarte, pero es algo que suele resultar sorprendente.

—*Mein Gott* —exclamó Suzanne con la voz temblorosa—. Si pensara que Kurt…, quiero decir, nunca podría compartir cama con él.

Erin se volvió hacia la ventana y contempló las hojas que revoloteaban por el pequeño jardín trasero de los Becker, con su comedero de piedra para pájaros y las celosías blancas, donde algunas flores rosas marchitas seguían aferradas al rosal que se enroscaba en ellas. Quizás supiera más de lo que debía, pero Erin le debía la verdad a Suzanne.

La mujer del panadero apagó el cigarrillo y se concentró en las flores del jarrón de cristal, podó algunas y reorganizó el ramo.

—La gente no me culpa por su muerte, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque soy la…, ¿cómo se dice?, la mujer despechada.

—Mucha gente parece pensar que está relacionado con lo que ocurre en la sociedad.

Suzanne suspiró.

—Me alegro de que vengas a verme. Te lo agradezco.

—Gracias por hablar conmigo.

Erin se levantó del sofá.

—Lamento no poder ofrecerte algo… Té, y esas cosas. Estoy bastante desorganizada.

—Todos estamos un poco alterados.

Erin ya se dirigía hacia la salida cuando oyó una puerta de coche que se abría y se cerraba de golpe. La voz de Kurt Becker llegó desde el exterior de la casa. Parecía alterado.

—*Nein, ich weiss es nicht, wirklich!* —Era evidente que Becker hablaba por teléfono—. *Aber warum? Du hast keine Ahnung!*

Erin miró a Suzanne, que negó con la cabeza y se llevó un dedo a los labios.

Se hizo un silencio, y luego Kurt añadió:

—*Es ist nicht mein Schuld*.

Otra pausa.

—*Tun Sie, was Sie wollen*.

Se escuchó el sonido de la puerta principal al abrirse, y Kurt Becker apareció en el umbral. Cuando vio a Erin, esbozó una sonrisa poco convincente.

—Hola —dijo, y miró a Suzanne.

—Ya me iba —comentó Erin.

—No tienes por qué…

—Se marchaba de verdad —aclaró Suzanne.

—Me alegro de verte —dijo Erin.

—Gracias por venir —repuso Suzanne, y la acompañó a la puerta.

Erin se quedó sentada en el coche unos minutos antes de marchar. Sabía un poco de alemán y repasó en su mente la conversación telefónica de Kurt. *Du hast kein Ahnung*: «No tienes ni idea. —Pero la frase que más le impactó fue *Es ist nicht mein Schuld* —: No es culpa mía». ¿Qué sería eso que no era culpa suya? Había hecho una promesa que sin duda lamentaría y había escuchado una conversación que no estaba destinada a oír. Lo que no podía saber era qué significaría todo aquello, pensó mientras encendía el motor y se dirigía a casa de Farnsworth. Había prometido ir a su casa a compartir con ella el asado dominical, y en el maletero llevaba una botella de *pinot noir* para la ocasión.

Miró por encima del hombro antes de marcharse y vio a los Becker a través de la ventana de la sala de estar. Parecían enfrascados en una conversación intensa que le hubiera encantado escuchar, ya fuera en su idioma o en alemán. Suspiró y salió del camino de entrada confortada con la idea de degustar un asado de carne poco hecho y una copa de *pinot noir*.

CAPÍTULO VEINTICINCO

A primera hora del lunes por la mañana, Erin visitó Marlowe's Meats, la carnicería del padre de Polly.

La tienda estaba en la planta baja de un edificio de piedra de dos pisos cerca del centro del pueblo, donde Market Place se convertía en Piercy End, en la intersección de Howe End. Una inmaculada capa de pintura blanca cubría el exterior de la tienda, que tenía un gran escaparate con un rótulo de letras doradas del siglo XIX que rezaba: MARLOWE'S MEATS. Estaba ubicada entre una farmacia de la compañía Boots y un salón de belleza, por lo que gozaba de una situación ideal, cerca del aparcamiento público y la parada de autobús.

Cuando Erin entró en el impecable interior, el tintineo de una campanita sobre la puerta anunció su llegada. La tienda estaba inmaculada: los mostradores brillaban y el cristal pulido de las vitrinas relucía. Había hileras de salchichas ovilladas junto a chuletas de cordero perfectamente cortadas, lomos de cerdo y bistecs de ternera; y en otro aparador se ofrecía una selección de empanadas de carne y pescado ahumado que hacía la boca agua. Las estanterías que recorrían la pared lateral presentaban una variedad de salsas, mermeladas y jaleas; y en una pizarra de la pared del fondo figuraba una lista de las variedades especiales de la zona: compota de manzana Bramley, chutney de manzana y pasas, y pepinillos de granja.

James Marlowe entró por la puerta que daba a la trastienda mientras se limpiaba las manos con una servilleta blanca almidonada.

—Hola, Erin. Me alegro de verte.

Sobre la pulcra camisa de rayas azules y blancas llevaba un delantal largo, recién planchado y blanco, excepto por las manchas rojas del centro. Con ese rostro suyo salpicado de pecas y el ralo cabello rubio peinado hacia un lado, parecía un tendero de hace doscientos años.

—¿Qué te pongo? —preguntó.

—En realidad, he venido a hablar contigo sobre la noche en que mataron a Sylvia.

—Vaya —repuso Marlowe mientras cogía un cuchillo con el mango negro y una larga hoja brillante—. ¿Por qué?

—Solo quería aclarar algo que le dijiste a la policía. Siempre que no te importe, claro.

—Erin, la detective aficionada, ¿eh? —comentó con una sonrisa —. ¿Te importa si trabajo mientras charlamos?

—Claro que no.

—Al tener dos niños a mi cargo, me temo que este es el momento más relajado de mi día —explicó al tiempo que afilaba el cuchillo en una correa de cuero.

—Entonces ¿cuándo te fuiste de la reunión?

—Justo antes del descanso para tomar el té.

—Polly dijo que no llegaste a casa hasta horas más tarde.

—Ah, ¿sí? —Contestó mientras separaba con cuidado la grasa de un muslo de cordero sobre el bloque de madera clara de detrás del mostrador. El bloque era grueso, de más de treinta centímetros de profundidad, con una superficie irregular hundida por la parte del medio, repleta de muescas y marcas tras décadas de cuchillas.

—Así que… —dijo Erin con cautela, no quería parecer agresiva— solo me preguntaba adónde fuiste.

James dejó el cuchillo y se secó la frente. Aunque la tienda estaba muy fresca, el carnicero tenía el rostro salpicado por gotas de

sudor. Erin oyó el chirrido de frenos de un coche que reducía la velocidad para doblar por Howe End.

—Estuve en casa de Chen —reconoció finalmente.

—¿Te refieres a Jimmy Chen?

—Sí.

Jimmy Chen era el propietario de Chen's Palace, un popular restaurante chino del pueblo. Conocía a todo el mundo en Kirkbymoorside por su nombre, y todos lo conocían a él.

—¿Y qué hacías allí?

—Él era el anfitrión este mes…

Apretó los dientes y apartó la mirada.

—¿El anfitrión de qué?

—Hay un torneo de póker itinerante de altas apuestas en Kirkbymoorside. Los jugadores se reúnen una vez al mes y se turnan para ser anfitriones. Este mes le tocaba a Jimmy.

—¿Cuánto hace que se celebra?

—Desde que vivo aquí.

—Entonces, si te piden una coartada, llegado el caso, tienes más de un testigo.

—Como puedes imaginar, los habituales preferirían pasar desapercibidos.

—Lo entiendo. —En aquel tranquilo pueblo pasaban más cosas de las que Erin imaginaba—. Supongo que de vez en cuando verás a Jonathan Alder por allí.

La expresión en el rostro del carnicero le dio a entender que había dado en el clavo.

—No importa —repuso—. No te preguntaré más sobre eso. Solo me interesa el asesinato.

Él negó con la cabeza.

—Es una tragedia. Sylvia había puesto todo su corazón en el lugar correcto; solo quería traer cordura y orden a la sociedad.

—¿Crees que su muerte tuvo algo que ver con la sociedad?

Marlowe colocó las largas tiras de grasa blanca sobre el bloque de carnicero y las apiló con cuidado unas sobre otras.

—¿Tú no?

—No lo sé.

—¿La policía sospecha de mí?

—Parece un poco extraño que te fueras temprano, dado que estabas en el comité del té y ese día iban cortos de personal.

—Sí, pero escuché que Farnsworth se ofreció.

Recogió la grasa de cordero y formó con ella una gran bola blanca.

—¿Manteca? —se interesó Erin.

—La relleno con semillas y se la vendo a mis clientes como comedero para pájaros. A los chorlos y los jilgueros les encanta.

—Recuerdo que mi madre solía alimentar a los pájaros con manteca.

—Cuando tienes bocas que alimentar, aprendes el valor del ahorro. Nuestra sociedad es demasiado derrochadora.

—¿Así que te fuiste antes de que Sylvia recibiera su té?

—Sí. Sabía que tenía que irme, así que me quedé en la parte trasera de la sala para poder ponerme de los primeros en la cola. Me lo tomé rápido y me fui. Sylvia estaba en el estrado, así que debieron de servirle después de que yo me marchara.

—¿Alguien te vio subir al coche y marcharte?

Una mueca asomó al rostro pecoso del carnicero.

—No sabría decirlo. Fuera estaba oscuro, y me temo que la mayoría de la gente estaba en la iglesia. —Se puso incluso más pálido—. Los policías no te dijeron nada sobre mí, ¿verdad?

—No.

El carnicero respiró hondo y se tocó la frente con cansancio.

—El destino no ha sido muy amable con nosotros. Los niños necesitan una madre, pero la gente del pueblo ha sido encantadora, especialmente tú. Valoro mucho tu forma de cuidar de Polly. Creo que mi hija desearía que me casara contigo —añadió con una pequeña sonrisa.

—Les tengo mucho cariño. Ambos son grandes chicos.

—Eso lo heredaron de su madre —respondió Marlowe justo

cuando la campanita de la puerta sonaba con alegría y el detective Hemming y el sargento Jarral entraban en la tienda.

—Bueno, muchas gracias por tu tiempo —se apresuró a decir Erin, y se dio la vuelta para irse cuando los policías se acercaban.

—Veo que encontró usted su coche —observó Hemming.

—Oh, sí, muchas gracias. Me alegra que el sargento Jarral utilice sus superpoderes para el bien en lugar de para el mal.

Les dedicó una rápida sonrisa y salió a la calle.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El lunes por la tarde Erin llegó con retraso a clase de yoga y tropezó al inclinarse para desenrollar su esterilla en la parte trasera de la sala. Odiaba llegar tarde. Su lugar favorito en la esquina derecha ya estaba ocupado, por lo que tuvo que conformarse con un espacio cerca de la puerta. Se sumó al resto de los alumnos, que ya estaban sentados con las piernas cruzadas sobre sus esterillas, e intentó usar su respiración para calmar la mente.

Al frente de la sala se encontraba la instructora, Kira Robinson, una mujer angloíndia delgada, con el cuerpo firme y el rostro terso propio de una yogui incondicional. Estaba sentada en una posición de loto perfecta, con los pies colocados sobre el muslo opuesto, flexible como un felino. Erin frunció el ceño cuando sus caderas protestaron ante la postura: por muchos cursos de yoga que hiciera, ella nunca sería tan flexible. Había salido a correr durante muchos años y el martilleo del asfalto empezaba a pasar factura a sus articulaciones.

—Concentraos en vuestra respiración —instruyó Kira con un tono de voz relajante—. No intentéis controlarla, solo observadla. Dentro, fuera, dentro, fuera.

El olor de las esterillas de goma y del sudor se mezclaba con el sutil aroma de lavanda de la vela encendida detrás de la maestra. La llama se agitaba y parpadeaba con la brisa que se colaba por el

marco de la ventana mal ajustado.

—Dentro, fuera, dentro, fuera. Inhalad usando el diafragma y llevad el aire hasta el vientre. Mantenedlo ahí unos segundos.

Erin cerró los ojos y disfrutó de la quietud de la sala. El único sonido que se oía era el que hacía el viento al silbar a través de los viejos aleros del edificio, interrumpido ocasionalmente por el graznido de una familia de cuervos que vivía en el retorcido roble con vistas al cementerio.

—Os invito a entonar el sonido universal de om tres veces —propuso Kira.

Erin respiró hondo y soltó el aire muy despacio mientras se unía al resto de la clase en el canto. Había un par de hombres en la clase, cuyas voces daban un matiz más grave a la resonancia del sonido colectivo.

Ooooomm.

Cuando comenzó a practicar yoga, Erin pensaba que los cantos eran una tontería, pero ahora los esperaba impaciente. El sonido de tantas voces acariciaba el aire de la sala con la suavidad de una pluma.

Ooooomm.

Respiró más profundamente y las vibraciones la relajaron envolviéndola como una manta.

Ooooomm.

Después del canto, Kira los guio con delicadeza por una serie de posturas en el suelo antes de pasar a los saludos al sol. Mientras se disponía a hacer su primer perro boca abajo, Erin vislumbró un cabello negro rizado en la primera fila. Aunque era miope sin sus gafas, estaba bastante segura de que se trataba de Jonathan Alder. Esos rizos eran inconfundibles. ¿Qué estaba haciendo allí? Mientras se esforzaba por aguantar la postura, notó un hormigueo no deseado en la zona inferior de la espalda y le empezó a sudar la frente. La clase de yoga era un tiempo para la meditación, una hora sagrada alejada de cosas mundanas como la atracción sexual. Allí, Erin era la diosa Diana, pura y casta, y solo le interesaba la

búsqueda de la iluminación.

Siguieron las tablas del yoga vinyasa y se movieron hasta adoptar la postura de la tabla, que era la fase inicial de una flexión, con los brazos extendidos y la espalda recta. Ya no podía ver a Jonathan.

—Y aguantad… un poco más —dijo Kira.

Erin gimió cuando sus brazos comenzaron a temblar y algunas gotas de sudor salpicaron la esterilla.

—Casi hemos terminado —los animó Kira.

Empezaba a poner a Erin de los nervios, con esa voz de diosa de la Tierra, tan virtuosa, tan condenadamente centrada y serena.

—Tres segundos más.

Erin empezó a jadear.

—Y fluid hasta la postura del perro boca arriba.

Soltó una bocanada de aire al apoyarse agradecida en el suelo, y se detuvo un breve momento antes de adoptar la postura del perro boca arriba. Pudo ver a Jonathan al frente, con la cabeza echada hacia atrás y los rizos derramados sobre los hombros. Volvió a notar ese hormigueo inoportuno y respiró hondo antes de volver al perro boca abajo.

«Tranquila, señorona». Le vino a la cabeza la frase que su padre solía decirle a su madre, y eso que hacía años que no pensaba en ella. Aunque su madre no tenía nada de «señorona», pues murió antes de que el rubor de la juventud abandonara sus mejillas.

—Ahora trabajaremos algunas posturas de equilibrio —entonó Kira con serenidad—. Empezaremos con la postura del árbol.

Erin apretó los dientes. El árbol se le daba fatal, no porque su equilibrio fuera malo, sino porque tenía las articulaciones rígidas, por lo que le costaba subir mucho el pie por la pierna de apoyo.

—Manos en posición de oración o sobre la cabeza —continuó Kira, que conseguía colocarse el talón del pie en la ingle sin esfuerzo.

Erin se esforzó por subir más el pie. Para su consternación, a Jonathan se le daba muy bien aquella postura, y se sostenía con

facilidad sobre una pierna, con las manos sobre la cabeza. «Presumido», pensó Erin, enojada consigo misma por darle importancia. Trataba de no compararse con otros estudiantes y no juzgarse a sí misma ni a los demás. Esa era la forma de pensar de un yogui, y era liberadora, pero ese día no estaba a la altura del ideal, y eso la puso de mal humor.

Siguieron con el guerrero tres y la media luna, dos posturas que a Erin se le daban muy bien; además, le gustó ver que Jonathan no conseguía levantar la pierna tanto como ella. Kira terminó la clase con un par de puentes y, finalmente, inversiones. Algunos tenían un nivel lo suficientemente avanzado como para hacer paradas de cabeza, pero Erin se conformaba con su habitual parada de hombros. Notó que Jonathan no intentó hacer la parada de cabeza.

Después del último ooooomm, Erin se inclinó ante la instructora, se levantó y recogió su esterilla. Mientras esperaba en la fila para colocarla en la gran cesta de paja al fondo de la sala, vio a Rosita Selario, la empleada doméstica de Sylvia Pemberthy. Rosita era una buena clienta de la Readers Quarry, siempre acudía en busca de la última novedad en libros de cocina, y en ese momento estaba hablando con una mujer menuda y mayor, con una larga trenza negra y brillante.

—Ella me dijo que estaba a punto de romper con él y a él no le hacía ninguna gracia —dijo Rosita.

Era una mujer latina, desgarbada, con cuerpo de modelo, una suave piel morena y las uñas largas y afiladas. Erin no entendía cómo conseguía hacer la limpieza de la casa con esas uñas.

La otra mujer negó con la cabeza.

—No me gusta ese hombre; tiene algo raro.

—¿Entonces rompió con él antes de que la…?

Rosita se inclinó para poner su esterilla en la cesta.

—Querido Dios, no lo sé.

—¿Se lo dijiste a la policía? —preguntó la otra mujer.

—No.

—¿No te han interrogado?

—Todavía no —admitió Rosita.

Su amiga se deshizo la larga trenza negra mientras las dos hacían cola para devolver sus bloques de espuma a una segunda cesta.

—Deberías ir a hablar con ellos. Podría ayudar a atrapar al asesino.

—Tengo una norma con la policía: ellos no me molestan a mí y yo no los molesto a ellos.

La otra mujer dijo algo en español que Erin no consiguió entender.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la salida entre susurros con las cabezas juntas. Al poner la esterilla en la cesta, a Erin se le soltó el pasador del pelo y cayó al suelo. Cuando levantó la vista vio que Jonathan se lo tendía.

—Creo que se te ha caído esto —dijo con una sonrisa amistosa en ese rostro suyo absurdamente atractivo.

—Oh, gracias —respondió ella con despreocupación.

—No sabía que eras yogui.

—Normalmente vengo más temprano.

—Se te ha complicado el día en el trabajo, ¿eh?

—«La vida parece una sucesión de…».

—«Bulliciosas naderías» —concluyó por ella.

—Muy bien —lo felicitó Erin, y metió la esterilla en el contenedor de la parte trasera de la sala.

—A veces esta clase es lo único que me mantiene cuerdo —reconoció Jonathan mientras la seguía—. Después de todo el día con los niños, necesitas algo así para despejar la mente.

—Ajá —respondió ella, que se afanaba en ordenar las esterillas del contenedor.

—¿Te apetece un café?

—Se está haciendo tarde y tengo que…

—¿Una pinta, entonces?

No había forma de evitarlo.

—¿Por qué no?

CAPÍTULO VEINTISIETE

Como la mayoría de los pueblos ingleses, Kirkbymoorside no carecía de *pubs*. Se decidieron por el George and Dragon, un establecimiento histórico y acogedor, donde servían comida abundante y sin pretensiones. Cuando llegaron, ardía un fuego en la chimenea y solo había unos pocos clientes más, así que se acomodaron frente al fuego. Era una noche fría y ventosa y, al sentarse en uno de los sillones, Erin se sintió agradecida por el calor y la compañía.

—¿Qué te apetece? —preguntó Jonathan, que se frotaba las manos para quitarse el frío—. ¿Qué pediría Jane Austen? ¿Un Tom Collins?

—Creo que una copa de ponche —afirmó Erin con una sonrisa.

—Viviendo peligrosamente, ¿eh? —repuso Jonathan con la cabeza ladeada—. ¿Crees que aquí lo sirven?

—Lo dudo, pero deberían prepararte un Pimm's, si lo pides con amabilidad.

—Volveré antes de que puedas decir romance georgiano —prometió, y se dirigió a la barra.

Erin echó un vistazo por la sala, calentita gracias al resplandor del fuego; olía a agujas de pino y nuez moscada, como si ya se estuvieran preparando para Navidad, aunque apenas fuera octubre.

Le vibró el teléfono, era su padre. Dudó antes de contestar.

—Hola, papá.

—¿Qué estás haciendo en esta noche tan ventilada?

Desde la muerte de su madre, su padre se había convertido en un fanático del tiempo, incluso se unió a un grupo de Facebook para personas con intereses afines. Se había instalado un montón de sofisticadas aplicaciones de meteorología en su teléfono y el ordenador, y se estaba planteando la posibilidad de colocar una pequeña estación meteorológica en su estudio.

—Acabo de salir de clase de yoga.

—Qué encomiable. ¿Y estás recuperando fuerzas con zumo de ortiga o algo igual de virtuoso y repugnante?

—En realidad, estoy tomando una copa en el George and Dragon.

—Qué alivio. Ya empezaba a preguntarme si realmente eras hija mía.

—Tengo tu mala vista y tu mal genio.

—Heredaste todas las virtudes de tu madre y todos mis defectos.

—No del todo. No tengo tu naturaleza suspicaz.

—¿Qué hay de tu interés por el crimen?

Le explicó que se había encontrado a Hemming en los páramos, y lo del ataque a Winton.

—Estaba pensando en esa llamada que recibiste el fin de semana. ¿Has pensado en pedirle a la policía que te pinche el teléfono?

—Podrían necesitar más razones que una llamada molesta. Lo siento, papá, tengo que colgar —se disculpó cuando vio que Jonathan se acercaba con las bebidas.

—Salúdalo de mi parte.

—¿A quién?

—A quienquiera que sea la persona con la que estás. Hasta luego y, por favor, ten cuidado.

—Lo haré.

—Un Pimm’s y una pinta de cerveza rubia —anunció Jonathan al dejar las bebidas sobre la mesa. La de Erin estaba decorada con una rodaja de naranja, un trozo de manzana y una ramita de menta.

—Era mi padre —comentó Erin al guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, molesta consigo misma por sentir que tenía que dar alguna explicación. ¿Acaso temía que él se pusiera celoso? Aquello no era una cita, ¿verdad?

—¿Quería asegurarse de que estás bien?

El profesor sonrió al sentarse.

—En realidad, se ha interesado por el progreso de la investigación sobre la muerte de Sylvia.

¿Se lo había imaginado o Jonathan había hecho una mueca al escuchar su respuesta? A Erin le pareció ver una sombra cruzando su rostro, pero no estaba segura debido a la tenue luz del *pub*.

—Chinchín —entonó Jonathan mientras levantaba el vaso.

—Salud —respondió ella, y alzó el suyo.

La bebida resultó estar más deliciosa de lo que había imaginado: el aroma de la menta fresca se mezclaba con las especias y los sabores cítricos, y la tersa sequedad de la ginebra. Resistió el impulso de terminársela de un solo trago.

—Será mejor que vaya a por un poco de agua —dijo—. No me he dado cuenta de lo sedienta que estaba.

—Yo te la traigo.

—Me toca a mí. ¿Quieres un poco?

—¿Por qué no? El yoga da sed —afirmó con esa sonrisa ladeada. ¿Y acaso había hecho un gesto con la cabeza para conseguir que ese mechón de cabello le cayera sobre el ojo?

—Estupendo —respondió Erin, y se dirigió hacia la barra.

Al otro lado de la sala vio al sargento Jarral sentado solo en una mesa ante una pinta. Anotaba algo en un cuaderno con un gesto concentrado en sus rasgos simétricos y bien formados. Erin se lo quedó mirando un momento y, cuando estaba a punto de apartar la vista, él la vio, le dedicó una sonrisa cálida y la saludó con la mano. Erin se lo tomó como una invitación y se acercó.

—¿Cómo va el caso?

—Despacio. Y ahora el jefe está fuera de circulación por un tiempo.

Erin frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Ha pillado algún virus desagradable. Por lo visto lo sorprendió la tormenta en los páramos.

—¿Está muy enfermo?

—No puede levantarse de la cama, así que diría que está bastante enfermo, sí.

—Lamento oírlo.

Erin sintió el impulso de ir a verlo. Se imaginó que podría ir con sopa casera, aliviar su frente febril con un paño fresco…

—Escuche —dijo—, no sé si esto es relevante o no, pero he oído algo esta noche.

Le contó lo que había dicho Rosita Selario en la clase de yoga. Jarral asintió mientras escuchaba con atención.

—Todavía no la hemos interrogado, pero sin duda está en la lista. Gracias por la información.

—No hay de qué.

Erin cogió su vaso de agua y regresó a la mesa. Cuando volvió, la sonrisa de Jonathan parecía un poco forzada.

—Te he visto charlando con uno de nuestros detectives residentes.

—Intentaba sonsacar un poco de información —repuso Erin con indiferencia.

—¿Has descubierto algo interesante?

—Ya sabes cómo son… No pueden hablar de una investigación en curso, bla, bla, bla.

—Cierto —admitió Jonathan con una pequeña risa que sonó hueca.

No dejaba de juguetear algo nervioso con su bebida y paseaba los ojos por el *pub* hacia donde estaba el sargento.

—El otro día sí que oí un rumor, aunque no fue de los policías —admitió Erin.

—Ah, ¿sí? ¿Qué oíste?

—Escuché que Sylvia y tú mantuvisteis una conversación

bastante animada detrás del granero en la fiesta del verano pasado.

Jonathan frunció el ceño.

—¿Quién te lo dijo?

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

—No fue nada muy escandaloso —le aseguró antes de dar un largo trago a su bebida.

—Si tú lo dices.

—Los policías no piensan que Sylvia y yo…

—Ah, no, no creo.

—Si fuera a tener algo escandaloso con alguien, no sería con Sylvia —aseguró con los ojos clavados en la bebida.

—Ah, ¿no?

Erin sintió un ligero cosquilleo en la piel.

—¿Estás… saliendo con alguien en este momento? —preguntó el profesor sin mirarla.

—Ahora mismo no.

Jonathan asintió, y, a pesar de la escasa iluminación, a Erin le pareció ver que se sonrojaba.

—Lo siento —Jonathan rio nervioso—. Esto se me da fatal.

—A la mitad de las mujeres del pueblo les costaría creer eso.

—Tú no eres como la mitad de las mujeres del pueblo.

—A mí también me cuesta creerlo.

—Ver para creer —repuso el profesor, y se apartó un mechón de cabello de la frente—. A pesar de lo mucho que se habla sobre igualdad, de la que estoy completamente a favor, por supuesto, y, sin embargo, se sigue esperando que el hombre dé el primer paso. No me parece justo.

—Estoy de acuerdo —Erin se inclinó hacia adelante y le dio un beso en los labios—. Ya está —dijo—. ¿Así está mejor?

—Mucho mejor. Se nota que eres una joven que apoya el progresismo social, señorita Coleridge.

—No se lo digas a mi padre. Se horrorizaría.

—Ni se me ocurriría —le prometió mientras se inclinaba hacia ella —. ¿Más progresismo social?

—Sí, por favor.

Volvieron a besarse. Los labios de Jonathan sabían un poco a cereza y eran bastante suaves, cedían al contacto sin rendirse del todo, lo que la empujaba a querer más. Pero estaban en un lugar público, y Erin no aprobaba del todo las demostraciones excesivas de afecto en público, o DAP, como las llamaba su padre.

—Si seguimos así, ambos nos convertiremos en radicales —comentó el profesor, y ella rio.

Mientras bebían, Jonathan pareció perderse un momento en sus propios pensamientos.

—No puedo creer que falten menos de dos semanas para que enciendan la hoguera —comentó Erin para romper el hielo.

—He oído hablar tanto sobre ello desde que llegué, que estoy impaciente por verla.

—¿Dónde vivías antes?

—Pues aquí y allá, me he movido mucho.

—¿Dónde te criaste?

—En el West Country, en Devon —especificó evitando su mirada.

—Qué curioso, no tienes acento del West Country.

—Ahora soy de aquí.

—Hablando de eso, ayer escuché algo un poco escandaloso.

—¿El qué? —se interesó inclinándose hacia ella.

Erin percibió su loción para después del afeitado, un intenso olor a pino.

—Oí que en el pueblo se organiza una partida de póker cada mes. Con apuestas altas, muy secreto y todo eso.

—¿De verdad? ¿Quién te lo dijo?

—Prometí que no lo diría —contestó Erin—. Fue uno de los habituales.

—Eso demuestra que nunca llegas a conocer del todo a la gente, ¿eh? —Jonathan apuró el resto de su bebida—. ¿Quieres otra?

—Déjame invitar a esta.

—De eso nada, te invito yo —afirmó, y le acarició la mejilla suavemente con los dedos.

Erin pensó que aquel gesto era incluso más íntimo que los besos.

Mientras lo veía dirigirse al bar, Erin decidió que el encantador y simpático Jonathan Alder ocultaba algo. Y aunque estaba un poco enamorada de él, se moría por descubrir qué era.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—¿Crees que esconde algo? Me pregunto qué será.

Farnsworth vertió agua caliente en el filtro cónico que tenía preparado sobre una taza de café azul y blanca.

Era martes por la mañana y Erin estaba sentada a la mesa de la cocina de la granja de su amiga, donde disfrutaba del olor de los granos de arábica mientras el agua caliente extraía su sabor y dispersaba por la habitación un aroma oscuro y especiado.

—Es evidente que está lo del juego —afirmó Erin—. Pero tengo la sensación de que hay más. Parecía interesado en mí, pero estaba muy incómodo.

—No es de extrañar, si tiene un problema con el juego —respondió Farnsworth mientras removía el café molido al servir.

Aunque había visto a Farnsworth preparar café docenas de veces, Erin nunca había logrado replicar la magia de su legendaria bebida. Erin preparaba un café decente, pero Farnsworth tenía algo: un don, un misterioso *je ne sais quoi*.

—Deberías montar una cafetería —sugirió en el momento en que Farnsworth le tendió la taza caliente.

—¿Y cómo la llamaría, el Café de la Dama de los Gatos?

—¡Gran idea! La gente podría venir por el café y acariciar a los gatos. En Estados Unidos hay sitios así y son bastante populares.

—No creo que nadie en este pueblo acudiera a un establecimiento de mi propiedad.

—Ahora te estás haciendo la remolona en busca de cumplidos. Tu café es espectacular, y lo sabes. ¿Cuál es tu secreto?

—Una de las cosas que acostumbro a hacer es preparar cada café individualmente.

—Pero debe haber más… ¿Qué es?

—Una debe mantener un aura de misterio, incluso entre amigas —repuso Farnsworth mientras se preparaba un café.

—¿Lo dijo Austen?

—No, pero tal vez debería haberlo hecho.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —preguntó Erin.

—¿Inventar citas falsas de Austen y ver a Prudence tratando de averiguar cómo se le pasaron por alto?

—Iba a decir que deberíamos buscar a Jonathan por internet y ver qué encontramos sobre él.

—Nunca te cansas, ¿eh? —dijo Farnsworth.

Se acercó a la mesa con torpeza y se acomodó en la silla opuesta a Erin con su café. Farnsworth era una mujer voluminosa, pero nunca parecía tener conciencia de ello; si acaso, se vestía para resaltar su figura. Llevaba un vestido azul eléctrico y una bufanda a juego, y se había recogido el cabello canoso en un moño sencillo, lo que acentuaba su rostro clásicamente hermoso de pómulos prominentes y labios carnosos. Erin pensó que de joven, cuando era más delgada, debió ser deslumbrante.

—¿Galletas de almendra?

Farnsworth le tendió un plato de porcelana azul astillado.

—Gracias.

Erin tomó una galleta del plato. La vajilla de Farnsworth parecía antigua, como una reliquia familiar de costosa porcelana de hueso que amarilleaba por los bordes.

—Venga, ¿qué me explicas sobre el joven Jonathan? —preguntó Farnsworth cuando un elegante gato atigrado naranja saltaba a su regazo—. Cuéntame, querida, y asegúrate de no dejarte ni un solo detalle.

Erin relató su velada en el *pub*, aunque omitió los besos.

—Parece que nuestro joven Bingley podría tener algo desagradable en su pasado. —Farnsworth se tomaba el café mientras acariciaba al joven atigrado con la mano libre. El gato cerró los ojos y se desperezó sinuoso sobre su regazo—. Claro, nadie sabe nada sobre él, aquí es el perfecto hombre misterioso.

—Exacto: aparece aquí sin más hace seis meses, consigue un trabajo en la escuela secundaria y asiste a las reuniones de la sociedad.

—Pero seguro que presentó referencias laborales para conseguir el puesto.

—Se pueden falsificar.

Farnsworth sacudió algunas migajas de galleta que cayeron al suelo, lo que atrajo la atención de varios felinos, que las olfatearon y se alejaron moviendo la cola.

—¿Incluso hoy en día, con internet y todo?

—Conozco varios casos de personas que mintieron sobre su historial y se salieron con la suya durante mucho tiempo.

—¿Y qué hay de esos problemas de dinero?

—Quizás está huyendo de acreedores. Pero me parece que son apuestas.

—Podría haber una explicación del todo inofensiva. El padre de Alfred Hitchcock lo encerró en una celda para enseñarle a respetar la ley, y eso le provocó un miedo de por vida a la policía.

Farnsworth era una fuente inagotable de información, pues leía sobre temas muy diversos.

—No hay duda de que Jonathan esconde algún secreto.

—Ahora que ha empezado a interesarse por ti, puedes averiguar más sobre él, querida —apuntó Farnsworth con una sonrisa picara.

—Tal vez sepa que me interesa el mundo del crimen y quiera tenerme de aliada.

—Sería emocionante —dijo Farnsworth mientras rascaba distraídamente las orejas de su gato—. En especial si resulta ser culpable. Aunque no debes aceptar ningún alimento o bebida de él.

—Demasiado tarde para eso, ayer por la noche me invitó a una

copa.

—Supongo que es ridículo envenenar a alguien cuando se está a solas con esa persona, sería demasiado fácil de rastrear. Aun así —añadió con el ceño fruncido—, no me gusta imaginarte a solas con él.

—Supongo que les ocurre lo mismo a las demás mujeres del pueblo.

—Me temo que está resultando más señor Wickham que señor Bingley —respondió Farnsworth, que levantó al gato naranja de su regazo y lo reemplazó por un dulce gatito gris—. Tengo que rotarlos —explicó—. No puedo tener favoritos.

—Es como tener hijos —supuso Erin.

—Pero no tan irritantes.

—¿Cómo está tu hijo, por cierto?

Farnsworth arrugó su nariz perfecta.

—¿Por qué has tenido que estropear la conversación mencionando a Philip?

—¿Volvéis a estar enfadados?

—Nuestras peleas son tan regulares como un reloj. Normalmente discutimos por temas políticos, pero esta vez es por una mujer. —Suspiró—. ¿En qué me equivoqué?

—Quizás es solo una fase rebelde.

—¡Tiene treinta y dos años, por el amor de Dios!

—¿Quién es la mujer?

—Una golfilla del periódico. Escribe una columna para uno de esos tabloides de Murdoch. —Se estremeció—. Nunca entenderé cómo pude engendrar un conservador.

—Quizás sea genético y lo haya heredado de su padre.

Farnsworth soltó una risa corta; fue un estallido de aire percutante, como un neumático al desinflarse.

—¿Despreciable Dick? Podría ser. Tenía el alma conservadora de un *tory*.

Erin sonrió. Farnsworth siempre conseguía jugar en ambos bandos y mantener su estatus de mujer despechada al mismo

tiempo que se burlaba de su esposo infiel. También sospechaba que a su amiga le gustaba exagerar sus excentricidades. Era difícil destacarse como peculiar en un pueblo rural inglés, donde los raritos eran tan comunes como las moscas de la fruta.

—No hablemos más de Philip —pidió Farnsworth, y abrió un cajón del enorme armario de roble que contenía gran parte de su vajilla, así como cachivaches electrónicos, cosas para los gatos y otras baratijas.

Erin no entendía cómo conseguía apañárselas para encontrar algo en él, pero su amiga parecía haber memorizado su contenido.

—Aquí —anunció, y sacó un ordenador portátil cubierto de polvo.

—Estupendo, ¡investiguemos un poquito sobre el señor Jonathan Alder! —propuso Erin.

—¿Crees que nos estamos entrometiendo?

—Solo lo justo, creo. Si esconde algo, ha llegado el momento de averiguarlo.

Farnsworth sopló la nube de polvo que cubría la tapa del portátil antes de abrirlo.

—Toma —dijo al enchufarlo.

—¿Por qué no lo intentas tú? Se te da mejor que a mí.

—Claro —aceptó Erin mientras la pantalla parpadeaba y cobraba vida—. Empecemos con una clásica búsqueda en Google, ¿de acuerdo?

Sus pesquisas obtuvieron varias imágenes, enlaces a páginas de redes sociales, perfiles profesionales y así sucesivamente, pero ninguno coincidía con Jonathan.

—Esto cada vez se pone más curioso —observó Farnsworth, con un par de gafas de lectura asentadas sobre la nariz.

Se inclinó hacia delante con la ropa llena de pelos de gato.

—Algunas personas no tienen perfil en internet —le recordó Erin —. Esto no tiene por qué demostrar nada.

—¿Tienes la sensación de que a Jonathan le gusten las redes sociales?

—Difícil de decir… Déjame intentar otra cosa.

—¿Crees que nuestros amigos de la policía nos estarán gugleando a todos?

—Imagino que están demasiado ocupados con los interrogatorios —supuso Erin mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

—¿Dónde aprendiste a teclear así? —preguntó Farnsworth.

—Solía ayudar a mi padre en la oficina de la parroquia. No era muy diestro con la mecanografía, así que yo contestaba buena parte de su correspondencia.

—¿No tenía personal para esas cosas?

—Sí, pero cuando mi madre murió, supongo que de alguna forma necesitábamos hacernos compañía. Ya está —anunció, cuando un sitio apareció en pantalla.

Farnsworth entornó los ojos.

—Perfiles profesionales en educación. ¿Qué es eso?

—Es una red relativamente nueva donde los profesores y directores pueden publicar sus currículos —explicó Erin mientras se desplazaba por la lista de nombres—. Ackerman, Adams, Anderson, aquí no hay nada sobre él.

—¿Cómo descubriste esta página?

—Polly quería enseñarme la foto de su profesora que está publicada aquí. Déjame probar otra cosa. —Tecleó «Alder» y «arresto» en el buscador. Debajo apareció un aviso de Google que decía: «¿Quiso decir: Aldershott arresto?».

—Mmm —murmuró Erin—. Quizás sí.

Cuando lo escribió, el buscador arrojó varios resultados. Erin pinchó en la pestaña de imágenes y apareció una hilera de fotos.

—Dios mío —exclamó Farnsworth, inclinada sobre el hombro de su amiga.

Allí, en la parte superior de la pantalla, se veía la foto del rostro de un hombre que se parecía muchísimo a Jonathan Alder. Erin se desplazó hacia abajo para ver los documentos de texto y pinchó un enlace al *Manchester Guardian*. El artículo era del 4 de mayo de 2015, y el titular de la portaba rezaba: «Director arrestado por el asesinato de su esposa». Debajo, la misma cara fruncida las miraba

desde la instantánea policial. Aquel tipo tenía el cabello rizado despeinado y entornaba los ojos con rabia, pero no había duda del parecido: el mismo mentón firme, similares pómulos altos e idénticos ojos azules. Erin miró la pantalla, imaginó una versión más joven de aquel rostro devolviéndole la mirada y se estremeció al darse cuenta de que Jonathan Alder era exactamente igual que su padre con su misma edad. Bajó la vista hasta el primer párrafo: «El domingo, la policía arrestó a un hombre acusado del asesinato de Flavia Aldershott, una profesora de la escuela secundaria de Brimley. La señora Aldershott fue estrangulada en su dormitorio en algún momento de la noche del sábado, y todas las pruebas señalan a su esposo, el director William Aldershott. No hemos conseguido que el hijo de la pareja, Jonathan, hiciera comentarios».

—Dios mío —exclamó Farnsworth con un hilo de voz—. Entonces Jonathan no es un criminal; es su padre.

—Recuerdo ese caso —dijo Erin—. Lo condenaron y lo sentenciaron a cadena perpetua.

—Probablemente ese sea el motivo por el que Jonathan se cambió el nombre. Y tal vez explique por qué estaba tan nervioso cuando estaba contigo.

—¿Te refieres a que podría tener miedo de ser como su padre?

—Eso es.

Farnsworth se quitó las gafas de leer y se sentó en una silla junto a Erin. Le sudaba la frente a pesar de que la habitación estaba fría.

—¿Se lo vas a decir a alguien?

—Eso sería una violación de su privacidad, y no veo que tenga ninguna relación con el caso.

—A menos que lo del asesinato sea cosa de familia.

—*Modus operandi* diferente, circunstancias diferentes.

—Aun así —dijo Farnsworth—, de tal palo…

—La genética no predestina a nadie a nada —afirmó Erin mientras recordaba la sensación de los labios de Jonathan sobre su boca, la calidez de su aliento y las yemas de sus dedos en la mejilla.

—Te gusta, ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver —respondió Erin; sin embargo, no se lo creía del todo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Después de salir de casa de Farnsworth poco después del mediodía, Erin condujo directamente hasta el George and Dragon. Tras preguntarle a Sally, que estaba sirviendo el almuerzo en el *pub*, subió las escaleras hasta la habitación 207 y llamó a la puerta.

Aguardó alguna respuesta, pero no oía nada e hizo ademán de marcharse; sin embargo, decidió llamar una vez más. En esta ocasión, una voz adormilada que hablaba por lo bajo se oyó desde dentro.

—¿Quién es?

—Soy yo —anunció—. Erin Coleridge.

—Un momento.

Se oyó el sonido de unos pies descalzos sobre el suelo, seguido de un armario al abrirse acompañado de un murmullo, y, finalmente, la puerta se abrió y al otro lado vio al detective Hemming muy desaliñado. Su cabello rubio se veía despeinado, llevaba barba de dos días y andaba descalzo. Vestía un albornoz a cuadros sobre un pijama de rayas azules.

—Le traigo sopa.

Erin le enseñó el recipiente de sopa de pollo con fideos que le había dado Sally.

—¿Cómo se ha enterado de que estaba enfermo?

—Por si no se ha dado cuenta, aquí las noticias vuelan.

—Es muy amable —dijo el detective—. La invitaría a pasar, pero podría ser contagioso.

—¿Tiene mucha fiebre?

—No lo sé —admitió agarrado al marco de la puerta para estabilizarse.

—Vamos a averiguarlo —propuso Erin, y se sacó un termómetro digital blanco del bolsillo.

Hemming esbozó una débil sonrisa.

—No se le pasa ni una, ¿eh?

—Abra la boca.

El detective obedeció y Erin le metió el termómetro en la boca mediante un gesto inesperadamente íntimo. Se preguntó si las enfermeras y los doctores se sentirían igual con sus pacientes, o si para ellos ya formaba parte de la rutina.

El termómetro emitió un pitido indicando una lectura. Erin lo extrajo con cuidado para leer los números en la pantalla.

—Treinta y ocho con ocho —anunció.

—¿Es eso malo?

—Es muy alto. Vamos, tiene que volver a la cama.

—Pero…

—Sin discutir —ordenó Erin, y entró en la habitación un poco sorprendida por cómo se había hecho con el control.

Hemming obedeció con docilidad y permitió que Erin ahuecara las almohadas y alisara las mantas después de que él volviera a meterse en la cama. Lo cierto es que no parecía capaz de mantenerse en pie mucho más tiempo.

—Eso es —dijo Erin—. Mucho mejor. ¿Es usted alérgico a algún medicamento?

—No creo.

—Le he traído una aspirina para la fiebre.

—Pero…

—Tómesela. Y ahora, ¿qué tal un poco de sopa?

—No tengo mucha hambre.

—¿Ha comido hoy?

—Básicamente he estado durmiendo.

—Comer es importante.

—Dentro de un rato —contestó el enfermo cerrando los ojos. Erin pensó que se había quedado dormido, pero entonces habló—: ¿Creyó que se me escaparían detalles sobre el caso en mi débil estado?

Seguía con los ojos cerrados, pero en sus labios se dibujó una sonrisita.

—No he venido para aprovecharme de su enfermedad. Aunque, si le sube más la fiebre, podría delirar.

La interrumpieron las primeras notas de la *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Al principio se preguntó de dónde venía el solí ido del órgano, pero luego se dio cuenta de que era el tono de llamada de un móvil que procedía del bolsillo de la chaqueta de Hemming, colgada en el armario.

—¿Lo cojo? —se ofreció Erin.

—Sí, por favor.

Le tendió el teléfono.

—Sí, señor —contestó Hemming mientras se incorporaba apoyándose en el cabecero—. No, señor. Sí, señor. Lo averiguaré y le llamaré. Sí, muy bien, gracias, señor. Bien. Adiós, señor.

Le devolvió el teléfono a Erin y se deslizó de nuevo bajo las sábanas.

—¿Su jefe en York? —preguntó ella.

—El inspector jefe Witherspoon.

—¿Qué quería?

—Quería saber… Ah, casi me pilla —dijo, y meneó el dedo, pero tenía la voz débil y le pesaban los párpados.

—¿Qué tal un poco de sopa?

—Más tarde. Ahora necesito descansar.

—Voy a dejar esto aquí —comentó Erin, y puso la sopa en la mesita de noche—. Intente comer algo.

—Lo haré, después de… una pequeña… siesta —le prometió antes de volver a cerrar los ojos.

—Le telefonearé más tarde para ver cómo se encuentra —advirtió Erin mientras salía de puntillas de la habitación.

Cerró la puerta a su espalda y, cuando recorrió de nuevo el pasillo, los viejos tablones del suelo crujieron bajo sus pies.

Mientras cruzaba el vestíbulo, vio al sargento Jarral, que almorzaba en el *pub*.

—Hola —saludó el policía con su habitual sonrisa alegre cuando ella se acercó a su mesa—. ¿Quiere sentarse?

—No quiero interrumpir su almuerzo.

—En absoluto, siéntese.

Erin tomó asiento y le pidió una cerveza de jengibre al camarero.

—¿Cómo está Hemming? —preguntó Jarral cuando Erin le contó que venía de la habitación del detective.

—Delira un poco, me temo. Le costaba entender de qué hablaba el jefe Witherspoon por teléfono.

—¿De verdad?

—Yo he oído parte de la conversación. Llamaba porque… —Hizo una pausa y fingió distraerse con algo que flotaba en su cerveza de jengibre.

—Quería que investigáramos ese accidente de camión en Dublín.

—¿Se refiere al esposo de Farnsworth?

—Sí —repuso Jarral con la boca llena de puré de patatas y guisantes aplastados—. No está convencido de que sea un accidente.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene eso que ver con…?

—Al jefe se le ha metido en la cabeza que si ella se deshizo de su marido, podría ser capaz de…, bueno, ya sabe —explicó con mía actitud como de disculpa.

—Eso es una absoluta locura —aseguró Erin.

La noticia la enfureció y dejó de sentirse culpable por haberle mentido al sargento.

Jarral se encogió de hombros.

—Yo tampoco sé mucho más.

Mientras se subía al Sunbeam, se preguntó qué habría

descubierto el jefe Witherspoon sobre la muerte del marido de Farnsworth. Erin adoraba aquel coche, con su interior de cuero color crema y los asientos deportivos, era la única extravagancia que se había permitido en la vida. Todos tenemos un punto débil, pensó mientras escuchaba el suave ronroneo del motor antes de salir del aparcamiento. El asesino también tenía un punto débil; solo tenía que encontrarlo.

Pero primero debía hablar con Farnsworth. Marcó el número, pero el buzón de voz de su amiga saltó al primer tono. Eso podía significar que estaba hablando por la otra línea. La llamó varias veces más sin suerte, así que Erin dirigió su coche hacia casa de Farnsworth.

CAPÍTULO TREINTA

—¿Qué podría tener yo que ver con el accidente que mató a mi marido? —preguntó Farnsworth—. ¡Ni siquiera estaba cerca de Dublín!

—Por lo visto, al inspector jefe de York se le ha metido la idea en la cabeza —repuso Erin.

Estaban sentadas a la mesa de la cocina, rodeadas del habitual desorden reconfortante de su amiga. Sin embargo, ese día, y mientras trataban de resolver el extraño giro de los acontecimientos, no resultaba muy tranquilizador.

—¡Era un alcohólico, por el amor de Dios! —exclamó Farnsworth. Su voz, habitualmente melosa, tenía un matiz estridente—. Yo misma presencié cómo estuvieron a punto de atropellarlo en dos ocasiones.

—Pronto verán que es todo un disparate.

—¿Cómo se les habrá ocurrido eso? —preguntó Farnsworth, justo cuando un gato atigrado y gordo saltaba a su regazo.

—Creo que alguien los puso tras esa pista.

—¿Quién haría eso? —preguntó, sin dejar de acariciar al gato.

—Alguien que quería desviar la atención de sí mismo.

Farnsworth abrió los ojos como platos.

—¿El verdadero asesino, dices?

—Exactamente.

Erin rechazó el té que le ofrecía su amiga porque necesitaba

tiempo a solas para pensar en cómo descubrir la fuente del rumor. Cuando llegó a casa, eran poco más de las dos, así que decidió abrir la librería el resto de la tarde. No solía abrir los martes, pero el ambiente era más alegre dentro de la casa de campo con todas las luces encendidas y el fuego ardiendo en la chimenea.

Puso un CD de Glenn Gould en el que interpretaba las fugas de Bach y se recostó en el sofá para pensar. Prácticamente todos en el pueblo *conocían la historia* del accidente de camión que había matado al esposo de Farnsworth; sin embargo, solo una persona tenía un motivo para sugerir que ella tuviera algo que ver con ello.

Erin estuvo a punto de no oír la campanita de la puerta principal cuando sonó una hora más tarde, y, mientras paseaba por entre las estanterías, se encontró con James Marlowe en la sección de medicina forense de la tienda. En las manos sujetaba un libro que Erin había adquirido recientemente: *Brebajes mortales: los usos y abusos del veneno a lo largo de la historia*.

—Hola. —La saludó con un tono amigable, aunque parecía sorprendido al verla.

Vestía una camisa amarilla bien planchada abotonada hasta el cuello, sin corbata, y una chaqueta de franela gris; se le veía muy elegante. Erin se preguntó si sería por ella.

—Hola —respondió Erin—. No esperaba verte fuera de la carnicería a esta hora.

—La he dejado en las dudosas manos de Angus —bromeó con una sonrisa—. Tiene que aprender a tratar con el público si quiere ser carnicero.

—¿Angus?

—Angus McGregor, mi nuevo ayudante. Es un chico del pueblo, sabe de carne, pero es un poco torpe con los clientes. Así que he decidido tirarme a la piscina suponiendo que le irá mejor si no me tiene pisándole los talones todo el tiempo.

—¿Dónde están James Chester y Polly?

—Me temo que han pillado un virus estomacal.

Erin miró el libro que tenía en las manos.

—¿Te preocupa que…?

—¡Oh, cielos, no! —exclamó entre risas, aunque sonó un poco forzado—. A Polly se le ha metido en la cabeza que va a ayudarte a resolver este crimen, así que le prometí que le llevaría un libro.

—¿Y qué le hace pensar que estoy decidida a resolverlo?

—No es un secreto, todos en el pueblo saben lo que estás haciendo.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Bueno, me refiero a que estás investigando por tu cuenta, ¿verdad?

A Erin le caía bien James Marlowe, pero no confiaba del todo en él y no iba a contarle todos sus secretos.

—Estuve indagando un poco, pero ya no tanto —mintió—. La policía parece tenerlo bajo control.

—¿De verdad? Porque esa no es la impresión que tengo yo.

—Se rumorea que están investigando la muerte del marido de Farnsworth —comentó para ver su reacción.

James frunció el ceño.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto?

O era un buen mentiroso o realmente no sabía nada.

—No tengo ni idea —repuso Erin—. Y, en cuanto a ese libro para Polly, ¿qué tal si te llevas también algo para James Chester? Te haré un descuento familiar.

Por un momento dio la impresión de que James fuera a decir algo, pero lo pensó mejor.

—¿Qué me recomiendas?

—¿Qué le gusta últimamente?

—Le encantan los superhéroes. Los Transformers, los X-Men, Spiderman, cualquiera sirve.

—Tengo justo lo que necesitas —afirmó antes de ponerse a buscar entre las estanterías de novelas gráficas y cómics. Erin no había leído un cómic desde que tenía doce años, pero recordaba lo mucho que le gustaba recorrer las tiendas de Oxford en busca del último número de *Green Lantern o Superman*—. Aquí tengo una

novela gráfica reciente en la que salen varios superhéroes que luchan juntos. Quizás le guste. ¿Sabes qué? Te la regalo.

—No tienes por qué.

—Es un placer.

—Eres demasiado generosa —dijo Marlowe, algo distraído.

Erin tuvo la sensación de que solo quería terminar con aquello y marcharse lo antes posible.

—Dales recuerdos —le pidió mientras metía los libros en una bolsa de papel—. Me alegra ver a niños que leen en vez de jugar a videojuegos todo el día.

—Los videojuegos están estrictamente *verboten* en nuestra casa. —Le dio un billete de veinte libras—. Quédatelo, por favor; ya has hecho bastante por nosotros.

—Muchas gracias —respondió Erin, y lo guardó en la caja registradora.

—Pues me marcho —dijo con una inclinación de cabeza.

Erin esperó hasta que el sonido del motor de su coche se desvaneció por el camino, y luego regresó a la parte trasera de la casa. Se había quedado con la impresión de haberlo interrumpido, pues la expresión en su rostro era como la de un niño pequeño al que hubieran sorprendido con la mano en el tarro de galletas. ¿Lo había pillado tratando de leer el libro sin ser visto?

Erin sacó las *Obras completas* de Samuel Taylor Coleridge de la estantería y se acomodó en el sofá con el libro. Buscó los primeros versos de «Christabel».

Es medianoche en el reloj del castillo,
y las lechuzas han despertado al gallo cacareador.
¡Tu, hui! ¡Tu, huu!
¡Y escuchad de nuevo! El gallo cacareador,
que soñoliento cantó.

Fuera, oyó el agudo grito del búho del granero, y un escalofrío le recorrió la espalda. Se enroscó en el chal burdeos y se acurrucó en el sofá para sumergirse en los sueños empapados en opio de Samuel Taylor Coleridge. Arrullada por el crepitar de las astillas y el silbido del viento en los aleros, Erin no se dio cuenta de que se había quedado dormida hasta que el intenso timbre de su teléfono fijo la sacó abruptamente de su sopor. Se levantó del sofá con un zumbido en los oídos y levantó el auricular.

Era Farnsworth.

—¿Estás lista para la reunión?

—¿Qué reunión?

—El Comité de Eventos, cielo. ¿Lo has olvidado?

—¿Es esta noche?

—Es martes, ¿no?

—Sí.

—¡Wickham! Deja de molestar a Lydia, ¿quieres? ¡Fuera! Lo siento —le dijo a Erin—. Es un chico muy travieso. Siempre intenta aparearse con Lydia.

—Parece que has elegido bien los nombres de tus gatos.

—Una hace lo que puede. —Farnsworth imitaba a la reina a la perfección—. ¿Te recojo en media hora?

—Perfecto —aseguró Erin, antes de colgar.

Se decepcionó al descubrir que no tenía la noche para ella, pero la reunión podría ser una oportunidad para husmear y recabar más información.

Farnsworth llegó justo a tiempo, y enseguida estuvieron recorriendo juntas la carretera flanqueada de árboles que llevaba al pueblo. A su amiga le gustaba conducir muy rápido, y Erin se agarró al asiento cuando tomaron la curva hacia Castlegate.

Tras escuchar el relato de Erin sobre la visita de Marlowe, *Farnsworth* dijo:

—Si quería información sobre venenos, ¿por qué no se limitó a buscarla por internet?

—Quizás temía que la policía confiscara su ordenador. Pueden

consultar tu historial de navegación.

—¿No hay formas de borrarlo?

—Puedes reformatear el disco duro, pero eso levantaría sospechas. Y es asombroso lo que son capaces de descubrir los expertos forenses en informática. ¿Me recuerdas de qué trata la reunión? —preguntó Erin mientras conducían por el centro del pueblo, donde se veían luces encendidas en todas las ventanas y el resplandor contrastaba con la oscuridad que se enroscaba a los páramos.

—Es para elaborar un plan sobre cómo mantener a todos a salvo con un asesino en el pueblo, supuestamente.

—¿Por qué supuestamente?

—Yo creo que Prudence está consolidando su base de poder. Seguro que se celebrarán elecciones cuando termine todo esto, y hace tiempo que tiene la vista puesta en la presidencia.

—¿Tiene oposición, ahora que Sylvia ya no está?

—Eso está por ver.

Entraron en el aparcamiento de Church Street, justo detrás del hermoso edificio normando, con sus robustas piedras amarillas y torretas cuadradas.

Erin se estremeció cuando entraron por la amplia arcada de la parte frontal de la iglesia, pues había muchas probabilidades de que, en algún lugar dentro de esas antiguas paredes, un asesino estuviera tramando su próximo golpe.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Cuando Erin y Farnsworth se sumaron a la media docena de personas que había en la sala de arriba, la reunión apenas estaba comenzando. El reverendo Motley había sugerido que se reunieran en la sala de conferencias junto a la oficina parroquial y todos aceptaron la propuesta enseguida. Era un espacio elegante y cómodo, con enrejados de hierro forjado en las altas ventanas abovedadas, una gruesa alfombra persa color crema y las paredes cubiertas con papel pintado de un intenso tono burdeos. Olía a eucalipto y vino de comunión (en realidad, era oporto envejecido en barricas de roble; Farnsworth bromeaba diciendo que eso ayudaba a conservar a los feligreses de la congregación).

El reverendo, Prudence Pettibone, Hetty Miller, Owen y Carolyn Hardacker y Jonathan Alder ya estaban sentados alrededor de la pulida mesa rectangular. Jonathan le sonrió a Erin cuando esta se sentó frente a él. Vestía una camisa *oxford* azul claro que realzaba sus ojos y llevaba el cabello rizado un poco despeinado. Cuando lo vio, Erin sintió un ligero vacío en el estómago.

—¿Nos hemos perdido algo? —preguntó Farnsworth, sentándose en la silla contigua a Erin.

—La cuestión que tenemos sobre la mesa es qué podemos hacer para mantener a nuestros miembros a salvo —respondió el reverendo Motley con tono santurrón.

Ese hombre conseguía que una simple declaración sonara como

un sermón; había algo insoportablemente pomposo en la forma en que inclinaba la cabeza o entrelazaba los dedos sobre su prominente estómago.

—¿Cómo podemos mantener a salvo a cualquiera? —preguntó Carolyn.

—Estoy de acuerdo con Carolyn —dijo Prudence, y sorbió por la nariz—. Eso es responsabilidad de la policía, no nuestra.

—Es evidente que fallaron —opinó Hetty—. Así que la pregunta sigue siendo: ¿qué podemos hacer?

—Para empezar, no pienso beber nada que sirva el comité del té —afirmó Farnsworth.

—¿Podemos ponernos serios, por favor? —propuso Carolyn.

Farnsworth se recostó en su silla.

—Lo digo muy en serio, querida.

—La sugerencia de la señora Appleby es buena, en especial si la ampliamos —sugirió Jonathan—. Todos deberíamos tener cuidado con lo que comemos si no conocemos su procedencia.

—Obviamente —continuó Hetty molesta—. Pero ¿qué más podemos hacer?

Owen se dirigió a Erin.

—Tú eres la experta en crímenes.

—Sí, ¿qué opinas? —dijo Pru con entusiasmo—. ¿El envenenador atacará de nuevo?

—Depende del móvil que hubiera detrás del crimen —explicó Erin.

Jonathan lo entendió enseguida:

—Quieres decir que podría ser un incidente aislado.

—Exacto. Es imposible responder sin saber por qué Sylvia fue el objetivo.

Entonces intervino el reverendo Motley.

—Pero ¿nos negamos a aceptar nuevos miembros hasta que toda esta situación se resuelva?

—¿Acaso hay mucha gente aporreando la puerta para unirse? —preguntó Farnsworth.

A lo que Prudence respondió:

—Hemos tenido bastantes consultas recientemente.

—Dios mío —terció Owen mientras se rascaba la cabeza—. Eso es perverso.

—Quizás esta sea una oportunidad para aumentar el número de miembros —sugirió Erin.

—Si alguna vez nos ponemos de acuerdo sobre cuánto cobrar —añadió Farnsworth.

Tenía razón: la cuestión de las cuotas de membresía era una lucha clave entre la vieja y la nueva guardia.

—¿Por qué querría unirse alguien ahora sabiendo que podría convertirse en la próxima víctima? —preguntó Carolyn.

Farnsworth abrió su omnipresente termo antes de responder:

—Ya sabes lo que dicen: no existe la mala publicidad.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Hetty, observando el termo con avidez—. ¿Té?

—Darjeeling —admitió Farnsworth—. Una mezcla especial de montaña.

Hetty se lamió los labios.

—Vaya, ¿podría tomar solo un poco?

—¿No tienes miedo de que pueda estar envenenado? —Quiso saber Prudence.

—No, si se lo está bebiendo ella —respondió Hetty.

—Tal vez ha desarrollado inmunidad —sugirió Jonathan—. Es una posibilidad, ¿verdad? —le preguntó a Erin.

—Bueno… —comenzó a decir, pero Farnsworth la interrumpió.

—O quizá estábamos todos involucrados y fuera un complot masivo, como *en Asesinato en el Orient Express*.

—¡No puedo creer que bromees sobre esto! —exclamó Carolyn con los ojos llenos de lágrimas—. Sylvia está muerta, es horrible burlarse de ello. ¡Es espantoso!

—Todas las personas de esta sala quieren descubrir quién mató a Sylvia, querida —le aseguró Owen con tono tranquilizador.

—¡Lo único que yo sé es que uno de vosotros mató a Sylvia!

Carolyn gritaba tanto que rozaba la histeria. Abandonó la silla de golpe y salió de la habitación. Owen se levantó sin decir palabra y la siguió.

—¡Vaya! —exclamó Hetty cuando se fueron—. Eso sí que no lo esperaba.

—Tengo la sensación de que le pasa algo más —comentó Jonathan.

—«Rara vez, muy rara vez, llega la más absoluta verdad a pertenecer a ningún discurso humano» —opinó el reverendo.

Cogió aire para continuar, pero Prudence lo interrumpió:

—«Rara vez puede pasar que no se enmascare algo, o que no se equivoque algo» —concluyó por él.

Erin y Farnsworth intercambiaron una mirada. El deseo de Pru de ser la fuente de todas las citas de Jane Austen empezaba a ser excesivo.

—¿Estás sugiriendo que Carolyn no dice todo lo que sabe sobre Sylvia? —preguntó Hetty con el ceño fruncido.

La habitación estaba cálida y se le estaba empezando a correr el pintalabios, lo que le daba un aspecto asimétrico.

—Creo que eso es lo que están sugiriendo, querida —aclaró Farnsworth.

—Pero ¿por qué querría ocultarnos nada? —se preguntó Hetty—. A menos, claro está, que ella… —Dejó de hablar a media frase.

El reverendo Motley suspiró profundamente con el propósito de captar la atención de todos.

—Los secretos del corazón humano son siempre desconcertantes para nosotros, los mortales —sentenció—. Solo el Todopoderoso lo sabe y lo ve todo, y su sabiduría supera nuestros débiles intentos de comprender el misterio que es la vida.

Señaló hacia el cielo con un gesto dramático y volvió a posar las manos sobre su abultada barriga. El reverendo tenía las manos delicadas, rosadas y regordetas, como las de un niño. A decir verdad, toda su persona recordaba a un eunuco, desde su cabeza calva con un anillo de fino cabello rizado hasta su cuerpo flácido y

redondeado, y el rostro brillante y terso. La piedad rezumaba por sus poros como si de sudor se tratara.

—¿Por qué no emitimos un comunicado pidiendo a todos que tengan cuidado? —preguntó Farnsworth con impaciencia—. Y decimos que iremos informando acerca de las novedades sobre el caso a medida que las vayamos conociendo.

—Buena idea —convino Jonathan—. Podemos enviar un correo electrónico a todos. ¿Qué opinas? —le preguntó a Erin.

—Muy sensato.

—En cuanto a lo de mantener al corriente a todo el mundo sobre el caso, tienes tus formas de obtener información, ¿no? —inquirió Hetty con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, no diría eso… —repuso Erin, pero, para su alivio, Pru la interrumpió.

—¡Escribiré un memorándum! —exclamó con entusiasmo—. Puedo enviarlo a todos los miembros.

—¿Por qué no animas a cualquiera que tenga información a que acuda a la policía? —sugirió Erin.

—¿No crees que si alguien supiera algo ya lo habría hecho? —dijo Hetty recorriendo la sala con los ojos.

—No necesariamente —terció Erin—. A veces, las personas necesitan que las animen.

El reverendo frunció el ceño y dijo:

—La virtud debería ser la propia recompensa.

—No siempre funciona así, querido. —Farnsworth se levantó de la silla—. ¿Ya estamos? Tengo bocas hambrientas que alimentar.

—Creo que podemos dar la reunión por concluida —sentenció Jonathan—. Supongo que los Hardacker no van a volver.

—Y tú tienes que levantarte temprano para ir a la escuela —añadió Hetty, y le guiñó un ojo.

—Así es —admitió al levantarse. Siguió a Erin hacia la puerta—. Entonces, ¿te has convertido en la confidente de la policía? —preguntó con una de sus clásicas sonrisas.

—Si lo soy, es la primera noticia que tengo.

—¿No hay novedades en el caso?

—No que yo sepa —respondió mientras pensaba que probablemente no se lo diría aunque las hubiera.

Le agradaba Jonathan, pero comenzaba a preguntarse si su interés por ella no era más que un intento de acercarse a la investigación.

El reverendo Motley conversaba con Hetty al otro lado de la sala, ¿o quizás era al revés? Ella se apoyaba en el antiguo aparador, con su tallado de arce rizado y acabado pulido. Era un mueble hermoso; quizá Hetty lo había elegido deliberadamente como telón de fondo porque pensaba que realzaría su belleza.

Hetty echó la cabeza hacia atrás para reírse de algo que dijo el reverendo, y abrió tanto la boca que Erin pudo ver los oscuros empastes en sus muelas. Debía reconocer que, aunque Hetty estuviera obsesionada con el sexo y los hombres, al menos los perseguía con entusiasmo. Aquello le recordó la energía con la que su madre abrazaba la vida, un apetito tan feroz que al final la consumió.

Ella y Jonathan salieron de la iglesia detrás de Farnsworth y fuera los recibió el frío aire nocturno y el manto de brillantes estrellas blancas que resplandecía sobre sus cabezas. Erin se volvió hacia Jonathan.

—Te prometo que, si descubro algo interesante, tú serás el primero en saberlo.

No estaba segura de decirlo en serio, o por qué lo había dicho, pero el profesor sonrió tanto que Erin esperaba poder cumplir su promesa. Sin embargo, en ese momento, encontrar al asesino de Sylvia parecía una posibilidad tan remota como las lejanas estrellas del cielo oscuro y frío.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—¿Así que… la investigación… progresa?

La voz del inspector jefe Witherspoon sonaba metálica y tenue al otro lado de la línea fija, como si estuviera en un contenedor de metal bajo el agua. La línea crepitaba y chisporroteaba. Menudo despliegue de tecnología, pensó Hemming mientras se esforzaba por escuchar.

—No le oigo muy bien, señor —advirtió con los ojos clavados en el sargento Jarral, quien devoraba un dónut de mermelada. Era miércoles por la mañana y se encontraban en la sala de atrás de la comisaria, donde esperaban a que el jefe de policía McCrary regresara de ocuparse de un incidente relacionado con un motociclista ebrio.

Hemming se tocó la frente con cansancio. Le había bajado un poco la fiebre, pero seguía sin encontrarse bien y, sin embargo, se había obligado a levantarse de la cama para arrastrarse hasta la comisaría: el caso no se iba a resolver solo.

—HE PREGUNTADO QUE CÓMO VA LA INVESTIGACIÓN.

Hemming hizo una mueca y se alejó el auricular del oído.

—Ahora le escucho alto y claro, señor —afirmó, y puso los ojos en blanco mirando a Jarral, que devoraba el resto de su dónut.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó el jefe—. ¿Hay algún tipo de interferencia en la línea?

—Parece que ya se ha arreglado.

—He mandado a algunos agentes a Dublín para que investiguen el accidente del camión. Mientras tanto, me gustaría que me mandara un informe sobre el progreso de la investigación.

—Sí, señor. Lo enviaré lo antes posible.

—¿Se encuentra bien? No lo parece.

—Solo estoy un poco congestionado, señor.

—Tiene usted una pinta horrible —murmuró Jarral.

Hemming lo fulminó con la mirada.

El sargento se encogió de hombros.

—Lo siento, pero es cierto.

—¿Cómo dice? —preguntó Witherspoon.

—El sargento Jarral ha dicho algo. Perdone, señor.

—Recuerde enviarme esa actualización.

—Sí, señor —prometió Hemming, y colgó.

Miró por la ventana hacia la sala principal, donde el agente Harris estaba sentado tranquilamente frente a la pantalla de un ordenador; su negro cabello liso brillaba con el resplandor verde pálido que proyectaba la pantalla.

—El cibercrimen es el futuro, señor —comentó Jarral mientras se sacudía el azúcar en polvo de la camisa—. Ahí es donde está el dinero.

—Quizás, pero el asesinato siempre será algo cercano y personal.

—¿Señor?

—¿Sí, sargento?

—Probablemente no sea cosa mía, pero…

—Suéltelo ya —espetó Hemming.

Le dolía la cabeza, tenía la boca seca y lo único que quería era volver a la cama.

—Bueno, señor, aún no hemos eliminado a la señorita Coleridge de nuestra lista de sospechosos.

—Exacto —respondió con recelo, pues ya sabía hacia dónde iba aquello.

—Solo me preguntaba si sería mejor…

—¿Mejor qué, sargento?

Sabía perfectamente a qué se refería Jarral, pero quería que lo dijera.

—Bueno, señor, tal vez no debería socializar con alguien que sigue en la lista de posibles sospechosos.

—¿Eso cree que estaba haciendo, socializar?

—Bueno, señor, la vi salir de su habitación anoche…

—Me la encontré en los páramos por casualidad y, cuando supo que estaba enfermo, me trajo un poco de sopa. Eso es todo.

—Sí, señor. Lo siento, señor —dijo Jarral avergonzado.

—Mire —añadió Hemming, apiadándose de él—, no quiero que piense que no puede ser totalmente sincero conmigo. Pero le aseguro que no hay nada impropio ni poco profesional entre nosotros —afirmó, aunque sabía que eso no era del todo cierto.

—Sí, señor —respondió el sargento, aunque seguía sin mirarlo a los ojos.

El detective se mareó y se apoyó sobre el escritorio para estabilizarse.

—¿Está bien, señor?

—En unos días.

—¿No debería estar en cama, señor?

—La investigación no va a esperar. —Se puso el abrigo—. Lamentamos no poder quedarnos para ver al jefe de policía —le dijo Hemming al agente Harris cuando cruzaron la sala principal.

—¿Quiere que le dé algún mensaje, señor? —preguntó, y levantó la vista del ordenador con su rostro de sabueso tan serio como siempre. Su voz era tan triste como su semblante, con un ligero acento galés.

—Solo que lo mantendremos informado.

—Se lo diré. ¿Asistirá a la noche de la hoguera la semana que viene, señor?

—¿Qué hoguera?

—¿No lo sabía? Celebramos una fiesta en el pueblo todos los años, llueva o truene, el viernes antes de Halloween, o la víspera de Todos los Santos, como prefieren llamarla algunos.

—Hay carteles por todo el pueblo, señor —apuntó Jarral.

—Cuando el jefe de policía regrese, dígale que creo que deberíamos organizar un buen dispositivo policial para la fiesta, suponiendo que no hayamos atrapado a nuestro asesino para entonces.

—Eso haré, señor —respondió Harris, y volvió a concentrarse en el ordenador.

Cuando salieron de la comisaría, el viento había arreciado de nuevo y agitaba todo lo que no estuviera amarrado: hojas, ramas, envoltorios de pescado con patatas fritas, todo giraba en forma de remolino, como si fueran pequeños tornados. Hemming supuso que eso explicaba la mala recepción telefónica.

—¿Cuál es el pronóstico del tiempo? —preguntó mientras subían al coche.

—Ahora mismo lo consulto, señor —respondió Jarral. Tenía varias aplicaciones meteorológicas en el teléfono, lo cual no era extraño en una isla donde el clima era una obsesión nacional—. Se ve complicado, señor —afirmó, mirando el teléfono con los ojos entornados—. El aire irá aumentando cada vez más hasta esta noche, cuando se esperan vientos huracanados.

De camino, las hojas secas pasaban volando junto al coche como si tuvieran prisa por llegar a algún sitio, y Hemming pensaba en acurrucarse en las ruinas de los páramos y compartir un termo de té con Erin Coleridge, mientras las hojas se dispersaban a su alrededor como almas perdidas.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

A las diez en punto del miércoles por la noche, las velas se habían consumido casi por completo en la mesa de roble rectangular del comedor de Farnsworth Appleby, a la que estaban sentadas Erin, Prudence y Hetty. Las cuatro amigas se reunían para cenar una vez al mes. Se turnaban para ser las anfitrionas, y, a veces, añadían a otras personas a su pequeño grupo: si Hetty estaba saliendo con alguien, su pareja podía unirse, y, por supuesto, Winton siempre estaba presente cuando Pru era la anfitriona. El padre de Erin se había unido a ellas una o dos veces, al igual que la hermana de Farnsworth, que vivía en York. Incluso su hijo Philip había aparecido en una ocasión y pasó la noche discutiendo con su madre y señalando sus defectos.

Habían comentado la posibilidad de saltarse el mes, pero Pru había insistido en que el ritual sería reconfortante. Mientras miraba los rostros de sus amigas, sonrojados por el vino y el cordero de Yorkshire, Pru se alegraba de haber insistido: se sentía segura, protegida y a salvo.

—Ha sido una cena maravillosa.

Hetty Miller se limpió la boca con delicadeza y dejó la servilleta con cuidado junto al plato. Prudence nunca dejaba de asombrarse de que, incluso después de una comida completa, el pintalabios de su amiga permaneciera por arte de magia en su lugar, como si lo llevara tatuado en la cara.

—Apenas has comido nada.

Farnsworth miraba con el ceño fruncido el plato que Hetty no se había terminado.

—¿*Cómo* crees que se mantiene tan delgada? —apuntó Prudence mientras se servía los últimos restos del *malbec* en la copa.

Había bebido un poco más de lo que le correspondía, pero, después de todo, ella lo había traído, y no era una botella barata. Se había dado el gusto porque Winton no estaba allí; si él hubiera estado mirando por encima de su hombro, Prudence nunca habría gastado tanto. Suspiró satisfecha y se recostó en la silla a disfrutar del comedor de Farnsworth bajo el suave resplandor de la luz de las velas. Winton odiaba las velas y ella nunca podía usarlas en casa porque su marido insistía en que podrían provocar un incendio que arrasara con su amada casita. Y aunque Prudence pensaba que sus temores eran exagerados, había aprendido con los años que ceder era más fácil que discutir.

—Tengo que vigilar lo que como porque estoy saliendo con alguien —confesó Hetty.

—¡Qué emocionante! —exclamó Farnsworth—. ¿Quién es?

Hetty bajó los ojos con modestia, pero el triunfo en su voz era inconfundible:

—El reverendo Motley.

Prudence se quedó boquiabierta. No podía imaginar que nadie quisiera salir con el vicario, y mucho menos presumir de ello.

—Ya sé que es un hombre mayor —admitió Hetty, y Pru casi escupe su trago de vino en la mesa.

¡Un hombre mayor! ¿A quién creía que engañaba? Hetty tenía al menos diez años más que el reverendo. Prudence miró a Erin y a Farnsworth para ver cómo se lo estaban tomando, pero en sus expresiones no vio ni rastro de burla.

—Eso es maravilloso —dijo Erin.

—Sí —Prudence se esforzó por sonreír—. Ya nos irás explicando cómo va todo.

—Este fin de semana vamos al cine —explicó Hetty con

suficiencia—. Os contaré todos los detalles.

—Espero impaciente, querida —le aseguró Farnsworth, pero a Pru le pareció advertir un atisbo de sarcasmo en su voz.

—Gracias de nuevo por una cena maravillosa —le dijo Hetty a Farnsworth.

—Sí —convino Erin—. Ese romero de tu jardín le ha quedado estupendo al cordero.

—Una se siente un poco rara divirtiéndose con todo lo que está pasando —reflexionó Farnsworth—. Por lo de la pobre Sylvia y todo eso.

—En tiempos como estos es importante mantener cierta apariencia de normalidad —afirmó Pru.

—Pensaba que omitiríamos los dulces de postre —dijo Farnsworth, que se acercaba lentamente hacia la mesa con una cesta de frutas y un plato de queso.

Desde el otro lado de la puerta del salón se escucharon unos maullidos lastimeros. Hetty insistía en que los gatos estuvieran encerrados fuera del comedor durante estas reuniones porque afirmaba tener alergias, pero Prudence pensaba que solo lo pedía porque no quería que su ropa cara terminara llena de pelo de gato.

Prudence imaginó a Winton en casa; probablemente ya empezaría a tener sueño y se pondría su pijama de franela a rayas antes de tomarse un vaso de leche tibia con un poquito de miel. Era un hombre de costumbres y ella se sentía afortunada de tenerlo, pero dependía de sus amigas para que le proporcionaran experiencias estimulantes y emocionantes, aunque no es que un pueblo como Kirkbymoorside ofreciera mucho en ese sentido. Y eso que, últimamente, todo habían sido emociones fuertes, con la muerte de Sylvia y sus consecuencias. Era como si todo el pueblo se hubiera vuelto loco.

—La que me da pena es Suzanne Becker —dijo Farnsworth.

—Qué mujer tan guapa —comentó Erin, y cogió una reluciente uva roja del racimo en la cesta.

—Si te gustan los esqueletos —apuntó Hetty con desdén antes

de olfatear una naranja.

Prudence se sonrió. Hetty era una vanidosa sin remedio y muy competitiva con cualquier mujer que percibiera como una amenaza para la imagen que tenía de sí misma, pues se consideraba la más bella del baile. Prudence no se hacía ilusiones sobre sí misma y sabía que no era nada glamurosa, lo cual, suponía, era una de las razones por las que se llevaba bien con Hetty. Aun así, advirtió con satisfacción que ella era la que tenía un marido fiel, mientras que Hetty cambiaba de hombres como un adicto al juego eligiendo caballos ganadores en un hipódromo, y, aproximadamente, con las mismas probabilidades de éxito.

—Escuché que era enfermera en Alemania —explicó Hetty—. Considero que eso la convierte en una persona altamente sospechosa.

—¿Por qué? —preguntó Pru mientras se servía una porción de *stilton*.

—Las enfermeras son buenas envenenadoras —dijo Erin—. Los clásicos ángeles de la muerte.

—Ah, sí, es verdad —convino Prudence, aunque no tenía ni idea de a qué se refería Erin, que estaba obsesionada con el crimen y tenía todo tipo de conocimientos macabros.

—Escuché que la despidieron bajo circunstancias turbias —comentó Farnsworth.

—¡Pues ya está! —exclamó Hetty—. Envenenó a Sylvia por celos. Tiene todo el sentido.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —intervino Erin—. Hay muchos casos en los que el sospechoso más obvio resulta ser inocente.

—¿Pero qué podría ser más simple? —Hetty daba pequeños mordiscos a la naranja y a Pru le recordó a un conejo. Además, su amiga tenía los dientes grandes y prominentes, como de roedor, que asomaban por debajo de sus brillantes labios pintados—. Asesinó a la amante de su esposo.

—Entonces, ¿por qué no envenenarlo a él también? —preguntó

Prudence antes de apurar su última copa de vino.

—Tal vez tenía demasiado miedo de intentarlo —sugirió Farnsworth.

—¿Miedo? —dijo Pru.

—Kurt Becker lleva años intimidando a su esposa —explicó Farnsworth.

Pru abrió los ojos como platos.

—¿Abuso físico?

—Principalmente psicológico, aunque no lo descartaría por completo.

Hetty negó con la cabeza.

—Qué sinvergüenza.

Farnsworth se encogió de hombros.

—Es un hombre. Todos son unos animales.

—Venga, Farnsworth —intervino Erin—, ya sabes que odio que generalices…

—Está bien. —Puso los ojos en blanco—. No todos.

—Solo la mayoría —agregó Hetty.

—Mi Winton no —aseguró con orgullo Pru, que ya empezaba a notar el resplandor rosado del *malbec*.

—Estamos de acuerdo, es un tesoro —espetó Hetty.

Pru sintió un pequeño escalofrío de placer al advertir los celos de su amiga. Con todos los aires que se daba y sus pretensiones, Hetty Miller tendría suerte de atrapar a alguien como Winton.

—¿De qué va todo esto de que la policía piensa que tuviste algo que ver con la muerte de Despreciable Dick? —le preguntó Hetty a Farnsworth.

Pru aguzó el oído.

—No he oído nada sobre eso —confesó mientras alternaba la mirada entre Erin y Farnsworth.

—Aunque es una tontería de campeonato —continuó Hetty—. Espero que los hayas convencido de ello —le dijo a Erin.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —respondió—. Por lo visto la idea viene de los mandamases de York.

—¿Y qué hay de Kurt Becker? —preguntó Hetty—. ¿Qué poder tiene sobre su esposa?

Farnsworth cogió una ciruela de la cesta de fruta.

—Probablemente la ha convencido de que lo necesita porque es demasiado débil para sobrevivir por sí sola.

—¿Y ella le cree?

—«Lo que nos define no es aquello que decimos o pensamos, sino lo que hacemos» —declaró Prudence. Citar a Jane Austen era su manera de afirmar su presencia cuando se sentía rezagada en una conversación. Para su decepción, nadie hizo ningún caso, ni siquiera parecieron advertirlo—. Es de *Sentido y sensibilidad* —añadió sin convicción.

—Lo más probable es que Suzanne Becker se casara joven —opinó Farnsworth—. Gran error. Ni se te ocurra hacer eso —le advirtió a Erin.

Erin puso los ojos en blanco.

—Es un poco tarde para eso.

—Todavía eres joven —dijo Hetty.

Erin sonrió.

—Gracias por decirlo.

Pru advirtió que, por alguna razón, Hetty nunca parecía celosa de Erin Coleridge, a pesar de que era joven y atractiva. Tal vez era porque la dueña de la librería parecía esforzarse por restar importancia a sus encantos, y deambulaba por ahí con pantalones de yoga y sandalias pasadas de moda, sin maquillaje y con el cabello recogido de cualquier manera.

—«La felicidad en el matrimonio es enteramente una cuestión de azar» —dijo Farnsworth, y eso irritó a Prudence, que se consideraba la reina de las citas de Austen.

—Dímelo a mí —terció Hetty—. Mi segundo esposo…

—Es hora de irse —dijo Prudence. Cuando Hetty comenzaba a enumerar a sus ex, era momento de marcharse—. Gracias por una velada encantadora —le dijo a Farnsworth. Aún se sentía un poco mareada por el vino, pero habían llegado en su coche y todavía

confiaba menos en Hetty para conducir.

—Ha sido un placer —aseguró Farnsworth—. Tenías razón, ha sido una buena idea y me alegra que lo hayamos hecho.

—Vamos, Hetty —insistió Pru, mientras se ponían sus abrigos.

El de Hetty era un diseño de lana color melocotón pastel, mientras que el suyo era una prenda de segunda mano de color marrón, con las mangas y el cuello raídos. A veces se preguntaba cómo sería preocuparse por su apariencia tanto como lo hacía Hetty, pero la mera idea de esforzarse así le resultaba agotadora. Abrió la puerta y respiró una gran bocanada de aire frío para recomponerse.

Para su consternación, su coche se negó a arrancar y, a pesar de lo mucho que Hetty insistió en lo contrario, Prudence sabía que no había dejado las luces encendidas. Cuando volvió dentro, Erin sugirió que se llevara su coche.

—Pero tienes que volver a casa —protestó Pru.

—Farnsworth me llevará —aseguró Erin, y le puso las llaves en la mano.

Aceptó el ofrecimiento; después de todo, ella y Hetty vivían en la misma dirección, y Erin en la contraria. Tras intercambiar abrazos y una rápida despedida, salieron de nuevo a la noche.

Mientras escuchaban el sonido del coche al alejarse, Erin se volvió hacia Farnsworth.

—Deja que te ayude.

—Esa es una oferta que no puedo rechazar —respondió Farnsworth, que llevaba las copas de vino a la cocina—. La botella de vino que ha traído Pru estaba muy decente. No debía de estar con Winton cuando la compró.

—¿Apago las velas?

—Déjalas un rato. No suelo encender velas cuando estoy sola, y quiero disfrutarlas —explicó mientras abría la puerta del salón.

Media docena de gatos entraron corriendo en la habitación, olfatearon el aire y se desperezaron acercándose a la encimera de la

cocina para husmear los restos de la comida. Un siamés de ojos azules se enredó entre las piernas de Farnsworth y ronroneó con fuerza.

—Buena chica, Jane —le dijo con ternura—. ¡Bájate, Darcy! —gritó Farnsworth cuando un atlético gato atigrado negro y blanco saltaba por encima de la pila de platos en el fregadero—. Acercaos —los llamó antes de inclinarse para colocar un par de los platos sucios en el suelo. Los gatos se apresuraron a devorar los restos, agachándose para lamer la porcelana color crema.

—¿Farnsworth? —Erin se dirigió a ella mientras envolvía los quesos en celofán y los metía en la nevera.

—Sí, cielo.

—¿No odias a todos los hombres, verdad?

—Supongo que no. —Farnsworth cogió un tallo de apio de su plato de ensalada y lo masticó con desgana. Suspiró—. Pero odio el apio.

Erin se inclinó para arrastrar las migajas sueltas del mantel hasta su palma abierta. Algunas escaparon y cayeron al suelo, donde fueron rápidamente atrapadas por una media docena de felinos. Se rio.

—Tus gatos comen cualquier cosa.

—Ya te digo, como dicen los chavales hoy en día.

—Vaya, señorita Appleby, me asombra usted —dijo Erin, adoptando su elegante «voz de Austen»—. No tenía idea de que estuviera al tanto del lenguaje de la plebe.

Farnsworth se colocó un paño de cocina sobre el hombro.

—En efecto, señorita Coleridge, hay muchas facetas de mi carácter que solo pueden descubrirse tras un cuidadoso estudio.

—No me cabe duda de que así es. El hecho de que me haya revelado esas cualidades ocultas insinúa más profundidad de la que había sospechado hasta ahora —reconoció Erin mientras llenaba el fregadero con agua caliente y jabonosa.

—Siempre he afirmado que para conservar cualquier amistad es importante tener la capacidad de sorprender a las personas

cercanas, ¿no está de acuerdo?

—Desde luego, sería grosero no hacerlo, dadas las circunstancias —respondió Erin, que sumergía la cubertería de plata en el agua.

Farnsworth limpiaba las encimeras de la cocina con una esponja azul.

—Me alegra que hayamos llegado a una conclusión aceptable —comentó.

—Espero que en el futuro pueda convencerte de cambiar tu opinión sobre la especie masculina.

Erin enjuagó los cubiertos antes de colocarlos en el escurridor.

—Si alguien es capaz de tal hazaña, sin duda ocupas uno de los primeros puestos de esa lista.

Las interrumpió un golpe frenético en la puerta. Al abrir, Erin se sorprendió al ver a Hetty Miller, descalza y desaliñada, con su elegante chaqueta manchada de barro.

—Tuvimos… un accidente —jadeó, aturdida y sin aliento—. ¡Por favor, pedid ayuda!

—¿Dónde está Pru? ¿Está bien? —preguntó Erin, que ayudó a entrar a Hetty mientras Farnsworth marcaba rápidamente el 999 en su teléfono fijo.

—Ella… ella está… —dijo Hetty y, de repente, se desmayó.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—¡Hetty, despierta! —ordenó Farnsworth, y le dio una bofetada un poco más fuerte de lo necesario, o eso le pareció a Erin.

Por suerte habían atrapado a Hetty mientras se caía y la habían bajado con cuidado hasta el suelo. La apoyaron contra el aparador de la cerámica, donde descansaba con las piernas extendidas sobre los irregulares adoquines del suelo de la cocina. La mayoría de las personas que poseían casas antiguas en la zona las habían remodelado, pero, ya fuera por inercia o debido al gusto por lo auténtico, Farnsworth había hecho poco por alterar la apariencia original de la granja.

Hetty lucía fuera de lugar en la rústica habitación, con su maquillaje y la ropa cara, aunque en ese momento daba pena verla, manchada de barro y salpicada de sangre, lo cual preocupaba a Erin.

—¡Hetty! —exclamó Farnsworth, sacudiéndola—. ¿Dónde está Prudence?

Hetty abrió los ojos.

—Pru… —dijo con la voz adormilada—. La sacaron de la carretera…

—¿Dónde? ¿Dónde sucedió?

—En la curva… antes del club de golf —murmuró Hetty. Parecía que estuviera ebria.

—¿En Kirkby Lane? —le sugirió Farnsworth.

—Sí… Se fue a la cuneta. No pude encontrar mi móvil… y me vine aquí.

—Busquen el coche en Kirkby Lane, cerca del club de golf —le pidió Erin a la operadora de emergencias por teléfono. No estaba lejos, a menos de medio kilómetro de la casa de Farnsworth.

—Transmitiré la información cuanto antes —aseguró la operadora.

—Entonces dígales que vengan aquí después —añadió Erin antes de facilitarle la dirección de Farnsworth.

—¿Allí también tienen una emergencia? —preguntó la mujer.

—Tenemos a una persona herida —explicó Farnsworth, que acercaba un vaso de agua a los labios de Hetty—, pero, por favor, vengan cuando puedan.

Hetty se recuperó enseguida y, con algo de ayuda, se tambaleó hasta el sofá del salón.

—¿Prudence estaba consciente? —preguntó Erin mientras la ayudaba a acomodarse en el sofá.

—No creo. No me contestaba.

—¿Estaba sangrando?

—No vi sangre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Farnsworth—. ¿Has dicho que la sacaron de la carretera?

—Un coche vino por detrás —explicó Hetty—. Empezó a adelantarnos, pero luego se desvió hacia nosotras.

—¿A propósito? —preguntó Erin.

—No lo sé. —Hetty sacudía pedacitos de barro seco de su abrigo sucio—. Todo ha pasado muy rápido.

—¿Pudiste ver el otro coche? —interrumpió Farnsworth cuando empezaban a oír el sonido de las sirenas que se acercaban a toda prisa cruzando la noche.

—No —reconoció Hetty—. Para cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, ya se había ido.

—¿Qué tipo de persona se da a la fuga después de un accidente? —preguntó Farnsworth.

Erin frunció el ceño.

—Una persona culpable.

—Pobre Prudence; espero que esté bien. Deberíamos ir a verla —propuso Hetty, y se levantó como pudo del sofá.

—Ya están allí —aseguró Erin. Ya no se oían las sirenas, así que los equipos de rescate debían de haber llegado al lugar del accidente.

—Pero… quiero estar allí —protestó Hetty, intentando levantarse de nuevo.

—Estate quieta —ordenó Farnsworth.

Hetty cogió a uno de los gatos, una pequeña calicó delgada, y se puso a acariciarla con entusiasmo.

—Ayyy —gimió con delicadeza—. Pobre Prudence. Es la mejor amiga que he tenido. —El gato parecía sorprendido al principio, pero pronto decidió que iba por buen camino y se frotó contra ella, con las patas rígidas, y ronroneando con fuerza—. Oh, gatita. —La abrazó por impulso—. Sabes cómo me siento, ¿verdad?

—Se llama Lydia —dijo Farnsworth—. Es una caprichosilla.

—¿Como el personaje de Jane Austen? —preguntó Hetty—. ¿La hermana menor de Elizabeth Bennet?

—Sí. Es una brujilla. Parecía apropiado.

—¡Pues yo creo que es adorable! —suspiró Hetty con el gato entre los brazos. Fue entonces cuando Erin se dio cuenta de que Hetty estaba sufriendo una conmoción.

—¡Túmbate! —le ordenó.

—¿Qué? —dijo Hetty.

—Túmbate. Ahora —repitió Erin, y le quitó el gato de los brazos.

—¿Por qué tiene que tumbarse? —preguntó Farnsworth mientras Erin ayudaba a Hetty a acostarse de nuevo sobre los cojines.

—Ha sufrido una conmoción —explicó Erin, que la sujetó por la muñeca para buscarle el pulso. Lo tenía un poco acelerado, pero no era nada alarmante—. ¿Tienes la piel fría y húmeda? ¿Estás mareada, sientes náuseas?

—No, creo que no —aseguró Hetty con aspecto de estar

alarmada.

Se le había corrido el rímel y se le veían unos anchos anillos negros por debajo de los ojos: parecía una pirata demente.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta principal que anunció la llegada del equipo de emergencias. Erin corrió a abrir, mientras Farnsworth vigilaba a Hetty.

—Gracias por venir tan rápido —le dijo Erin al corpulento médico de emergencias que pasó junto a ella con un botiquín de primeros auxilios.

—George Atkins, del escuadrón de bomberos y emergencias —se presentó con brusquedad—. ¿Dónde está la persona herida?

—Aquí dentro. —Erin lo guio hasta el salón, donde Farnsworth aguardaba sentada sosteniendo la mano de Hetty—. Creo que ha sufrido una conmoción.

George Atkins tenía la complexión de un horno de ladrillos, compacto y sólido, llevaba un corte de pelo militar y tenía algunas canas y la cabeza en forma de bala. Erin lo había visto por el pueblo, en la carnicería o comprando pescado con patatas fritas, y no le había prestado mucha atención en ese momento, pero ahora agradecía su presencia. Su actitud profesional inspiraba confianza.

—¿Estuvo en el mismo accidente? —preguntó al arrodillarse frente a Hetty.

—Iba en el asiento del pasajero —respondió Farnsworth.

Erin se sintió muy aliviada cuando vio que él le monitoreaba el pulso antes de examinarle los ojos. Recordó los detalles del curso de primeros auxilios que había tomado en Oxford y preguntó:

—¿Está mirando si tiene las pupilas dilatadas?

—Se ven bien —respondió—. Tiene el pulso un poco acelerado, pero no es preocupante. ¿Ha sentido náuseas o vómitos? ¿Mareos? —le preguntó a Hetty.

—Yo… me desmayé antes, pero ya estoy bien.

—Se viene con nosotros —dijo—. ¿Puede caminar?

—Sí.

—¿Puede ayudarme con ella? —le pidió a Erin.

—Por supuesto —aseguró, y tomó el otro brazo de Hetty para ayudarla a levantarse lentamente.

Mientras la guiaban por el pasillo en dirección a la cocina, el médico añadió:

—Normalmente usaríamos la camilla, pero está ocupada.

—¿P-Prudence? —dijo Hetty—. ¿Está bien?

—Se pondrá bien. Tiene un brazo roto, pero parece una fractura simple. Tal vez tenga una leve conmoción y algunos moretones. Os llevaremos a ambas a observación.

—¿Está despierta?

El médico frunció el ceño.

—No nos dijo que hubiera perdido la conciencia.

—No respondió cuando intenté hablar con ella —recordó Hetty.

—Pues ahora está hablando bastante —aseguró el médico mientras aguantaba la puerta abierta para que pudieran sacar a Hetty de la casa.

Farnsworth los seguía con la chaqueta embarrada de la accidentada.

La ambulancia estaba estacionada en la entrada del camino, donde las luces del vehículo seguían girando y arrojaban su reflejo multicolor sobre el banco de nubes que se había asentado sobre el pueblo como una pequeña aurora boreal. Cuando George Atkins abrió las puertas traseras del vehículo, vieron a una joven doctora de emergencias sentada al lado de una camilla donde Prudence Pettibone yacía muy animada.

—Quiero decirles a mis amigas que estoy bien —insistía Pru cuando se abrieron las puertas—. ¡Ah, ahí estáis, ya era hora! —exclamó, sin perder el ritmo—. Hetty, querida, estás horrible —comentó al ver que los médicos de emergencias ayudaban a Hetty a subir a la parte trasera de la ambulancia.

—Tú tampoco estás muy fresca —murmuró Hetty al tomar asiento junto a su amiga—. ¡Oh, estaba tan preocupada por ti! —exclamó de repente; rompió a llorar y se abalanzó sobre Prudence, quien parecía avergonzada por tal despliegue emocional.

—Tranquila. —Le dio una palmadita en la mejilla a Hetty—. Se necesita más que un golpecito para derribar a esta vieja ave.

Erin y Farnsworth rieron aliviadas, pero Hetty solo lloró con más fuerza.

—¿Qué haría sin ti? ¡No tiene gracia! —exclamó, y fulminó con la mirada a Erin y Farnsworth.

—Nos reímos de alivio, tonta —explicó Farnsworth.

—Hora de ponerse en movimiento —anunció George Atkins mientras su colega le abrochaba el cinturón de seguridad a Hetty.

—¿Les importa si los seguimos? —preguntó Farnsworth.

—¿Saben dónde está el hospital? —respondió el médico mientras se subía al asiento del conductor.

—¿En Maiden Greve Lane?

—Correcto. ¿Por qué no nos vemos directamente allí?

—Como quiera —repuso Farnsworth un poco molesta. No se alteraba con facilidad, pero Erin advirtió que toda la conmoción comenzaba a afectarle.

—¿Quieres que conduzca yo? —sugirió.

—Sí, por favor —respondió Farnsworth—. Deja que vaya a por mi abrigo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Veinte minutos más tarde, estaban sentadas en la sala de espera de emergencias y tomaban chocolate caliente de la máquina expendedora mientras atendían a Prudence y Hetty. Faltaban pocos minutos para medianoche, y Erin y Farnsworth eran las únicas ocupantes de la sala de espera.

De repente, se abrieron las puertas y Winton Pettibone irrumpió en la sala vestido con una gabardina impermeable sobre un pijama de rayas azules y calzado con botas de lluvia. En la cabeza solo llevaba su peluca despeinada, que en ese momento parecía un nutria en proceso de muda.

—¿Dónde está? —gritó mientras se acercaba a toda prisa a Erin y Farnsworth—. ¿Está viva?

—La están examinando —explicó Erin—. Se pondrá bien.

—Oh, oh, oh —gimió.

Winton arrastró sus pesadas botas hacia las puertas dobles que daban acceso al área de tratamiento, donde lo interceptó la recepcionista, una delgada mujer india con el cabello negro brillante y unas gafas de montura gruesa.

—Disculpe, señor, pero no puede entrar hasta que se registre —indicó con firmeza.

—P-pero soy su esposo —suplicó con los ojos desorbitados.

—Si es tan amable de registrarse, le ayudaremos.

Le puso delante una tabla sujetapapeles.

—Oh, oh, oh —volvió a gemir mientras agarraba el sujetapapeles con la mano izquierda y firmaba con la derecha—. Ya está —anunció antes de devolvérselo—. ¿Puedo entrar ya, por favor?

—Por supuesto, señor —afirmó la recepcionista, y presionó un botón que había detrás de su escritorio para abrir las puertas.

—Oh, oh, oh —siguió gimiendo. A Erin le pareció oírlo decir «Todo es culpa mía» mientras desaparecía en las entrañas de emergencias.

—Qué dramático —opinó Farnsworth con una ceja arqueada—. Se pueden decir muchas cosas sobre Winton Pettibone, pero ama a su esposa.

—¿Has oído lo que acaba de decir?

—¿El qué?

—«Todo es culpa mía». ¿Por qué diría eso?

—Quizás sentía que debería haber venido a recoger a Pru después de la fiesta. Ella tiende a beber un poco más de la cuenta en estas ocasiones.

—¿Crees que tal vez haya exagerado con su historia sobre el otro coche?

Farnsworth negó con la cabeza.

—Difícil de decir. Podría ser.

—¿No crees que Winton parece más delgado? —musitó Erin mientras sorbía su chocolate, frío desde hacía un rato.

—Es difícil de decir con el impermeable y las botas de agua. ¿Por qué?

—Solo era una observación.

—¿Cuándo crees que tendríamos que entrar? —preguntó Farnsworth antes de apurar su chocolate.

—¿Deberíamos darle unos minutos a solas con ella?

—Supongo que sí.

Farnsworth suspiró y miró a su alrededor, las paredes encaladas de la sala, los suelos de azulejos *beige* y esos cuadros insulsos en las paredes. A Erin le parecían imitaciones baratas de Norman Rockwell, pues representaban historias muy evidentes con los

mismos colores planos. En uno de los cuadros, por ejemplo, una niña con un vestido de flores rosa jugaba con un cachorro sonriente en un césped verde lima, y, en primer plano, en el suelo, se veía una tarjeta de felicitación que daba a entender que el perro era un regalo de cumpleaños. En otro, un amable doctor con gafas le colocaba una venda a un niño que tenía un corte en la rodilla. El pequeño luchaba con valentía contra sus emociones, con lágrimas en las mejillas, aferrado a una piruleta roja, el premio de consolación universal de las visitas médicas de la infancia.

La máquina expendedora que zumbaba en el rincón era todo un oasis de consuelo en aquella desoladora estancia.

—Odio los hospitales —comentó Farnsworth.

—A mí tampoco me gustan mucho.

—¿Has pasado mucho tiempo…? Ah, claro que sí. Tu madre. Lo siento.

—No tienes por qué. No fue culpa tuya.

—Debió de ser horrible.

—No lo recuerdo mucho.

—Pero no fue hace tanto tiempo, ¿no?

—Supongo que un terapeuta diría que estoy enterrando los recuerdos.

—¿No hiciste ninguna terapia?

—No tuve tiempo —mintió—. Bueno, señora Appleby, ¿nos aplicamos con la misión que nos ocupa y vamos a ofrecer nuestra compasión y consuelo a nuestras compañeras heridas?

—No veo qué podría impedirlo.

—Procedamos pues con buen humor y estoicismo.

Se levantaron con cierta rigidez; los placenteros efectos del *malbec* habían desaparecido y las habían dejado con la boca seca y un leve dolor de cabeza. Como ya habían firmado el registro al llegar, siguieron las indicaciones de la recepcionista y giraron a la izquierda al entrar en el área de atención, donde pasaron junto a los equipos y las bandejas de suministros médicos, acompañadas de los zumbidos y pitidos que se oían en segundo plano. Algunos jóvenes

residentes pasaron por su lado con zapatos de suela de goma, la frente brillante y el cabello recogido o peinado de cualquier manera, ataviados con batas verdes poco favorecedoras, hechas de un algodón delgado con textura de papel.

—No es así como se ve en las series de hospitales que dan por televisión —comentó Farnsworth.

—No —convino Erin—. Es una profesión muy exigente.

Al apartar la cortina blanca como se les había indicado, encontraron a Hetty y Prudence recostadas en sendas camillas, una al lado de la otra. Hetty aún vestía ropa de calle, mientras que Pru llevaba una bata de hospital blanca de algodón con pequeñas margaritas amarillas. Hetty tenía una venda blanca alrededor de la frente, y Erin pensó que se la veía bastante elegante, como una guerrera herida. A Pru le habían escayolado el brazo derecho y lo llevaba sujeto en cabestrillo alrededor del hombro. No vieron a Winton por ninguna parte.

—¡Hola, chicas! —entonó Prudence con alegría.

Erin siguió la mirada de Hetty hacia un frasco de pastillas que había en la mesa metálica entre ellas. La etiqueta decía: PASTILLAS DE HIDROCODONA CON ACETAMINOCENO. 7,5 MG EN COMPRIMIDOS DE 300 MG. Asintió; no había ninguna duda de que el Vicodin era el responsable de su animado estado.

—¿Cómo estáis? —preguntó Farnsworth mientras tomaba asiento en la silla de plástico naranja junto a la camilla de Pru.

—Felices de estar vivas —respondió Pru con dramatismo.

—Tampoco ha sido un accidente tan horrible —terció Hetty.

—Tengo un brazo roto, contusiones y un tendón desgarrado en la pierna derecha.

—Qué bien manejas la jerga médica —la felicitó Hetty.

—Lamento mucho lo de tu coche —le dijo Pru a Erin—. Ya sé que es *vintage* y esas cosas.

—No te preocupes, está asegurado. Hetty dijo que os sacaron de la carretera.

Pru asintió.

—Se acercó por detrás para adelantarnos, luego giró bruscamente y, antes de que me diera cuenta, estábamos en la cuneta.

—¿Pudiste ver el otro coche? —preguntó Farnsworth.

—No.

—¿No recuerdas nada? —Quiso saber Erin.

—Puede que fuera de algún color claro. Aunque es tan difícil de decir… Estaba muy oscuro y me concentré en salvarnos la vida.

—Y lo lograste —dijo Hetty, y se le saltaron algunas lágrimas.

Erin miró su brazo roto:

—Me alegro de que haya sido leve.

Pru asintió.

—Menos mal que soy zurda.

—¿Y tú, cariño? —le preguntó Farnsworth a Hetty—. ¿Tienes una conmoción cerebral?

—Es muy probable —respondió, y se llevó la mano a la frente vendada.

—Dijeron que era imposible saberlo con seguridad sin una radiografía —explicó Prudence—. Pero pensaban que era poco probable.

Erin sonrió. Las dos estaban ya en plena forma y competían por ver quién tenía las peores lesiones. Aquello le recordó a uno de sus números favoritos de Monty Python, en el que cuatro hombres con pronunciado acento de Yorkshire competían por ver quién había tenido la infancia más pobre, lo que resultaba en un montón de comentarios absurdos. Después de que un hombre afirmara que vivía en una tubería de desagüe, su compañero respondió: «Tú tuviste suerte de tener un tubo de desagüe. Nosotros vivíamos en una caja de cartón al lado de la carretera». Erin pensó que tales fantasías masoquistas eran uno de los aspectos más extraños del carácter británico; sin embargo, no creía que Prudence o Hetty fueran a apreciar la observación, así que no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo tendréis que quedaros aquí? —preguntó Farnsworth.

—Nos han dicho que ya podemos irnos. Winton acaba de ir al servicio —dijo Pru—. Luego irá a buscar el coche.

—Erin, ¿serías tan amable de traerme un poco de agua? —pidió Hetty—. Estoy sedienta.

—Claro —respondió, y se agachó para cruzar la cortina de regreso al pasillo.

Estaba a punto de doblar la esquina en dirección a la sala de espera cuando oyó unas voces suaves. Reconoció a Winton y se paró a escuchar.

—Creo que deberíamos intentar combinar gemcitabina con cisplatino y ver si funciona.

La voz era asertiva, autoritaria, era la voz de un médico.

—¿Y si eso no funciona? —preguntó Winton.

A pesar de sus rígidas inflexiones vocales, Erin se dio cuenta de que estaba asustado.

—Vayamos paso a paso, ¿de acuerdo?

—Usted es el médico.

—Ya sé que esto es difícil, pero tiene que ser fuerte, ¿eh? —le advirtió, y luego Erin escuchó pasos que se alejaban.

Respiró hondo cuando se dio cuenta de que se había estado conteniendo. Ahora ya sabía por qué Winton estaba más delgado. Erin reconoció los medicamentos que había mencionado el doctor, los conocía tan bien como su propio número de teléfono, pues se utilizaban para tratar el cáncer de páncreas, la enfermedad que había matado a su madre.

Y ahora iba a matar a Winton Pettibone.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Erin se quedó en el pasillo vacío, tratando de digerir lo que acababa de escuchar. Aquella información la dejó aturdida, pues era evidente que Winton no se lo había dicho a Prudence. Si lo hubiera hecho, Pru estaría destrozada y apenas hablaría de otra cosa. Se apoyó contra la pared, se había mareado y el contacto de los azulejos frescos contra la piel le resultó reconfortante. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Y cómo conseguiría ocultárselo a Prudence?

Con la cabeza llena de preguntas fue en busca del puesto de las enfermeras, donde le dieron una jarra de agua de plástico amarillo y cuatro vasitos de plástico. Regresó sin dejar de mirar por encima del hombro, temerosa de encontrarse a Winton y que se le escapara algo por accidente. Pero no había ni rastro de él, ni en el pasillo ni al lado de la cama de Pru; las tres mujeres estaban tal como las había dejado.

—Gracias, querida —dijo Hetty cuando Erin le dio un vaso de agua, y, a continuación, sirvió uno para cada una de ellas.

—¡Chinchín! —exclamó Farnsworth, alzando su vaso.

—Desearía que fuera *malbec* —dijo Pru con nostalgia.

Erin apuró el suyo de un trago, de repente estaba sedienta. Se tomó otro enseguida, pero seguía teniendo la boca seca.

—¿Has visto a Winton? —preguntó Pru.

—No —respondió Erin, lo cual, técnicamente, no era ninguna mentira.

—Solo ha ido a buscar el coche. Me pregunto por qué estará tardando tanto.

En ese momento, y como para responder a su pregunta, la cortina se abrió y apareció Winton.

—Lo siento —dijo con su habitual estilo tenso y formal—. Me he perdido un poco, y luego he hablado un rato con un médico.

—¿Sobre qué? —preguntó Hetty, que se estaba pintando los labios con ayuda de un espejo compacto que sostenía pegado al rostro. Era extremadamente miope, pero demasiado vanidosa para usar gafas.

—Nada muy emocionante —aclaró Winton. Era mejor mentiroso de lo que Erin habría imaginado—. Tenía un par de consultas médicas sin importancia. ¿Cómo te encuentras, Prudy?

—Mejor ahora que estás aquí —le contestó, y luego sonrió como una colegiala.

Erin sintió una punzada en el corazón al ver que la chispa entre la pareja seguía siendo tan fuerte. ¿Cuánto tiempo más podría esconderle el diagnóstico a su mujer?

—El coche está en la puerta. ¿Quieres que te lleve? —le preguntó Winton a Hetty.

—No hace falta —murmuró, pero hizo un pucherito asomando el labio inferior como una niña malcriada.

—No seas tonta —dijo Prudence—. Por supuesto que te llevaremos.

—Si insistes —aceptó Hetty.

Erin se preguntó qué le pasaba, pero los cambios de humor de Hetty eran legendarios. Una vez pasó una semana sin hablar con nadie por algo relacionado con un sándwich de cangrejo, pero Erin había olvidado los detalles.

—Ha sido una noche larga —comentó Farnsworth.

—Supongo que todas os sentís un poco desaseadas —dijo Winton.

Tenía intención de ser atento, pero sus palabras provocaron una pausa incómoda.

—Yo seguro.

Erin contestó con demasiada alegría, y evitó el contacto visual con él.

—Pues yo estoy deseando darme un baño caliente —afirmó Hetty al tiempo que cerraba el espejito compacto de un golpe.

Erin se preguntó para quién se habría maquillado: ¿esperaba encontrarse con algún doctor encantador al salir del hospital?

El personal insistió en que Prudence y Hetty salieran en silla de ruedas, pues según explicó la enfermera del turno de noche se debía a algo relacionado con el seguro. Prudence disfrutó de la atención, pero Hetty se puso de peor humor. Erin se quedó de pie frente a la entrada principal a observar cómo Winton se alejaba lentamente con las dos mujeres debidamente acomodadas en el coche, y se sintió aliviada al verlas marchar, al menos por un tiempo.

—¿Vamos? —sugirió Farnsworth.

Sobre sus cabezas brillaba una corona de estrellas, frías como diamantes. Erin se estremeció cuando el aire nocturno la envolvió como una capa y miró de nuevo hacia el hospital salpicado de ventanas resplandecientes que parecían cálidas y acogedoras.

—Sí. ¿Conduzco yo?

—Ahora estoy bien —respondió Farnsworth.

Condujeron en silencio durante un rato. Luego, al girar por Barugh Lane, Farnsworth preguntó:

—¿De verdad crees que la gente del pueblo tiene prejuicios contra los Becker?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensando en lo que te dijo Suzanne.

—He oído a una o dos personas quejarse de lo «alemanes» que son.

—¿Y cómo de alemanes son, supuestamente? —preguntó Farnsworth.

—Bueno, ya sabes: puntuales, ordenados, sin sentido del humor; esas cosas.

—Eso bien podría describir a la mitad de los vecinos de

Kirkbymoorside.

—Los estereotipos pueden reciclarse para incluir a muchos grupos.

—Es verdad —convino Farnsworth—. Se supone que los escoceses son tacaños, pero también lo son los holandeses y los franceses…

—Sin mencionar a los judíos.

—Mi madre era medio judía, y a veces era muy derrochadora.

—No sabía que eras medio judía.

—Me esfuerzo por mantener un aura de misterio —confesó Farnsworth al desviarse hacia la entrada de Erin.

Cuando se detuvo frente a la casa, Erin espetó:

—Winton Pettibone tiene cáncer. Creo que es de páncreas.

Farnsworth se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Ya me había dado cuenta de que se le veía más delgado.

—Recuerdo que lo dijiste, pero ¿cómo…?

—Oí por casualidad una conversación con un doctor en el hospital. Reconocí los medicamentos de los que hablaban.

—¿Cómo supiste…?

—Mi madre murió de lo mismo.

—¿Lo sabe Prudence?

—Estoy bastante segura de que él se lo está ocultando.

—Santo cielo.

Se quedaron sentadas un momento mientras su aliento empañaba las ventanas. Fuera, un búho ululó suavemente desde el sicomoro.

—No puedes contarle a nadie que te lo he dicho.

Farnsworth se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Pobre Prudence. ¿Qué hará sin él?

—Lo que hacemos los demás cuando perdemos a las personas que amamos —dijo Erin—. Seguimos adelante como podemos.

Su amiga suspiró con fuerza.

—Ya sé que suena absurdo, pero a veces echo de menos a

Despreciable Dick.

—¿De verdad?

—Pasamos buenos momentos. E intento recordar solo el pasado, porque me hace sentir bien.

—Quizá eso le funcionara a Elizabeth Bennet, pero ¿es realista? A mí no parece que me funcione.

—Pero tú te pareces mucho a Elizabeth.

—Me halagas.

—Eres independiente, leal y decidida…

—Será mejor que lo dejes, o me pondré tan gorda que no cabré por la puerta de mi casa.

Farnsworth le puso una mano sobre el brazo.

—Los polis no piensan en serio que yo me deshice del pobre Dick, ¿verdad?

—Pronto se darán cuenta de que eso es una tontería.

—Investiga un poco y dime algo, ¿quieres, cariño?

—Claro.

Farnsworth bostezó.

—Debería irme. Estoy segura de que mis peludos se estarán preguntando dónde me he metido. Darcy me estará esperando.

—Qué afortunada.

—Tendrías un verdadero Darcy esperándote si no fueras tan distante, cariño.

—Tengo cosas más importantes en mente.

—¿Como resolver asesinatos?

—Exacto —admitió Erin.

Se sintió un poco culpable por no haberle contado a Farnsworth lo del beso con Jonathan Alder, sin mencionar que se había colgado del detective Hemming, pero sabía que si lo hacía su amiga no la dejaría en paz.

—Maldito cacharro —exclamó Farnsworth mientras se esforzaba por volver a abrocharse el cinturón de seguridad.

Farnsworth siempre se estaba peleando con el mundo físico. A veces, Erin pensaba que lo hacía a propósito, ya que había cosas

que se le daban muy bien, como cocinar y preparar café.

—Buenas noches —se despidió Erin—. Intenta dormir.

—Tú también, cariño. Y siento lo de tu coche.

Esperaba que su seguro cubriera los daños, el Sunbeam era la única posesión extravagante de Erin y se lo había regalado su padre. Abrió la puerta de casa mientras Farnsworth esperaba a que estuviera dentro para marcharse y, al encender la luz exterior para indicar que todo iba bien, el resplandor amarillo iluminó su pequeño patio delantero. Una delicada luna de la cosecha había atravesado la capa de nubes y proyectaba su luz pálida sobre el campo.

Antes de cruzar la tienda se quedó mirando cómo las luces traseras del coche de Farnsworth desaparecían por el camino de entrada y, a continuación, pasó junto a las estanterías silenciosas llenas de libros iluminadas por la luz de la luna, que se filtraba a través de las ventanas. Como la sala de estar olía a humedad, pensó en abrir una ventana, pero era tan tarde que lo único que quería era darse un baño y dormir.

Cuando se sumergió en el agua caliente, Erin no podía dejar de pensar en el accidente. ¿Quién adelanta a un coche en una carretera rural a altas horas de la noche? Un creciente temor se instaló en su conciencia. ¿Y si en realidad no había sido un accidente? ¿Y si el conductor había intentado deliberadamente sacar a Prudence de la carretera? Pero ¿por qué? Una comprensión repentina le cortó los pensamientos como un fragmento de cristal, y Erin se preguntó por qué no se le había ocurrido antes. Quienquiera que sacara su coche de la carretera no iba a por Prudence.

Iba a por ella.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

El reloj de pared de la sala de reuniones situada en la parte trasera de la comisaría acababa de dar las nueve cuando el sargento Rashid Jarral levantó la vista y vio entrar al detective Hemming. Llevaba el traje arrugado, tenía muchas ojeras y su espeso cabello rubio se veía despeinado.

—Buenos días, sargento —saludó, antes de dejarse caer con cansancio en la silla más cercana.

—No tiene buen aspecto, señor.

—No me encuentro muy bien.

Sacó algunos papeles del maletín y los extendió sobre la mesa.

—Mi primo tiene unas hierbas…

—No dudo de que serán maravillosas —dijo Hemming mientras se dirigía al tablón de anuncios—. Pero me gustaría centrarme en el caso, si no le importa.

—Sí, señor.

El detective se cruzó de brazos y examinó el tablón, donde se veía una fotografía de la sonriente Sylvia Pemberthy en el centro. A su alrededor había otras fotografías dispuestas en un patrón circular, conectadas por hilos, que salían de la imagen de Sylvia como los radios de una rueda. La mayoría de las personas del tablero eran miembros de la Jane Austen Society: Owen y Carolyn Hardacker, Hetty Miller, Jonathan Alder, y así sucesivamente.

—Trina que trina, tres hombres en una tina.

Hemming murmuraba en voz baja la conocida canción infantil en la que tres hombres se hacen a la mar dentro de una tina.

—¿Señor?

—Estaba pensando en nuestros sospechosos.

—Ah, sí: el carnicero, el panadero…

—Pero no tenemos fabricante de candelabros.

—Carolyn Hardacker hace candelabros —apuntó Jarral—. Vi algunos en su casa.

—¿De veras? —preguntó Hemming mientras se acariciaba la barbilla, que no parecía haberse afeitado—. Ojalá pudiéramos reducirlo a esos tres.

Jarral carraspeó.

—Este tal Jonathan Alder es un poco misterioso, ¿no?

—Sí. Nadie parece saber mucho sobre él.

—Puedo entender por qué despierta el interés de las damas. Es bastante atractivo.

—A mí lo de la melenita rizada y las mejillas sonrosadas me parece un poco excesivo.

Alguien llamó con suavidad a la puerta de la sala de reuniones y Jarral abrió para dejar pasar al agente Harris, cuyo cabello de color negro en forma de casco brillaba bajo las luces fluorescentes.

—Hay una llamada para usted, señor.

—¿Dónde?

—Por la línea uno; la extensión está justo ahí.

Harris señaló el teléfono que descansaba sobre el escritorio.

—Gracias, agente —repuso Hemming antes de descolgar el auricular—. Detective Hemming.

—¿Sabe a lo que se enfrenta?

La voz al otro lado de la línea sonaba apagada, rasposa, como si el hombre que hablaba se tapara la boca con una bufanda y, además, estuviera alterando su tono deliberadamente; si es que realmente era un hombre, pues era difícil discernir el género del hablante.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Hemming con calma, a pesar de

sentir todo lo contrario.

—¿Sabe a lo que se enfrenta? —repitió el hablante.

Hemming chasqueó los dedos para llamar la atención de Jarral, al que le señaló una pila de papel cerca de la impresora. Jarral parecía confundido hasta que Hemming articuló la palabra «papel» con los labios. El sargento cogió una hoja y un bolígrafo, y se los entregó al detective, quien escribió rápidamente: «¡Rastrear la llamada!». Jarral asintió y salió corriendo hacia recepción, mientras Hemming volvía a concentrarse en su misterioso interlocutor.

—Quizás pueda explicarme a qué se refiere.

—Sylvia era una ramera —repuso el hablante con la voz ronca.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué no le pregunta a Carolyn Hardacker?

—¿Qué debería preguntarle? —Quiso saber Hemming, pero la línea se cortó—. Maldita sea —murmuró, y colgó el teléfono—. Maldita sea.

El sargento Jarral irrumpió en la habitación.

—Lo siento, señor, no hemos podido…

—No importa. ¿Podría llamar a la compañía telefónica y averiguar desde dónde se hizo la llamada?

—Sí, señor —repuso antes de descolgar el auricular de la línea fija.

—No use este; podría volver a telefonear. Use su móvil.

—Aquí no hay mucha señal, señor.

—Pruebe con el mío —pidió Hemming, y se lo sacó del bolsillo—. Quizá tenga mejor señal fuera.

Mientras el sargento cruzaba la comisaría, Hemming escribió cuidadosamente lo que había dicho el llamante. «¿Sabe a lo que se enfrenta? Sylvia era una ramera. ¿Por qué no le pregunta a Carolyn Hardacker?». La forma de hablar y el acento sugerían que se trataba de alguien de Yorkshire, aunque una persona con un buen oído podría imitarlo fácilmente.

Al poco, Jarral regresó seguido del agente Harris.

—La llamada se hizo desde un teléfono público ubicado en el

Sainsbury’s de Malton —dijo el sargento.

—Hay unos cuantos teléfonos públicos en la entrada de la tienda —añadió Harris—. Puedo acercarle, si quiere.

—Alguien tiene que quedarse aquí por si vuelve a telefonear. Y no me cabe duda de que ya se habrá marchado.

—Podemos revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad —sugirió Jarral.

—Bien pensado —Hemming se puso el abrigo—. ¿Puede pedir que graben todas las llamadas que se hagan a comisaría? —le pidió a Harris.

—Por supuesto, señor.

—Y, por favor, si vuelve a telefonear póngase en contacto con nosotros enseguida.

—Así lo haré, señor.

En ese momento se abrió la puerta de la comisaría y entró Erin Coleridge. Era evidente que algo no iba bien. No caminaba con la misma alegría que de costumbre y arrugaba la pálida frente con preocupación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hemming.

Erin miró a Jarral y de nuevo al detective.

—Creo que alguien intenta matarme.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

El detective Hemming escuchó con detenimiento la explicación de Erin sobre los acontecimientos de la noche anterior. Su expresión se tornaba más sombría con cada frase y reflejaba la creciente inquietud que lo invadía. Cuando ella terminó, Hemming miró al sargento Jarral y, para sorpresa de Erin, la invitó a acompañarlos a Malton.

—No le estoy pidiendo que se una a la investigación. Si el agente McCrary puede prescindir de algún agente, me gustaría ofrecerle protección policial, pero, hasta entonces, puedo vigilarla.

El corazón de Erin dio un brinco ante la idea de acompañarlos, por no mencionar la posibilidad de pasar tiempo con el detective Hemming.

Al contestar, intentó no sonar demasiado entusiasta:

—Claro.

Malton estaba a más de quince kilómetros de distancia, así que tenían pocas esperanzas de que la persona que había llamado todavía estuviera allí. Era evidente que se había esforzado por realizar la llamada desde un lugar donde no lo reconocieran.

—¿Si no quería que lo identificaran, por qué no se limitó a usar un teléfono desechable? —preguntó Jarral mientras avanzaban hacia Malton a gran velocidad en el Citroën de Hemming.

Erin observaba el paisaje desde el asiento trasero y pensaba que, aunque el coche fuera viejo, corría que daba gusto.

—Eso sugiere que se trata de una persona con conocimientos limitados sobre tecnología, o a alguien que intenta confundirnos dando esa impresión —respondió Hemming.

—¿No utilizó un *software* para alterar la voz, señor?

—Parecía que solo se había puesto una bufanda o algo parecido sobre la boca.

Erin se inclinó hacia adelante.

—¿Podría haber sido una mujer con la voz grave? —preguntó.

—Tal vez. El sonido estaba amortiguado —dijo Hemming.

Erin explicó que a su madre la confundían a menudo con un hombre cuando hablaba por teléfono.

—Deberíamos mantener la mente abierta, señor —convino Jarral.

Erin observaba las casas y los campos que pasaban a gran velocidad. Después de varios días de mal tiempo, el aire era cálido y suave para ser octubre, y abrió la ventana para disfrutar de la brisa en la cara.

Al llegar al Sainsbury's de Malton, Hemming aparcó el coche y se dirigió a Erin.

—Puede entrar con nosotros, siempre que se limite a observar, ¿de acuerdo?

—Claro —respondió ella con fingida despreocupación.

Cuando Hemming salió del coche, se agarró de la puerta para estabilizarse, tenía la frente salpicada de gotas de sudor.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Erin con preocupación.

—Sí —afirmó, aunque su aspecto decía lo contrario.

—No debería haberse levantado de la cama, señor —observó Jarral.

—Estoy bien —repitió el detective, que se mesaba el cabello.

No solía llevarlo nunca despeinado, y Erin se preguntó cómo sería acariciar su espeso cabello rubio.

Jarral cruzó el aparcamiento junto a Erin.

—Se está poniendo muy cabezota —susurró—. Intenta hacerse el héroe.

—Le estoy oyendo —interrumpió Hemming—. Y el asesinato no

espera. Vamos, sargento.

Jarral negó con la cabeza y aceleró el paso. Erin tuvo que caminar a grandes zancadas para seguir el ritmo de los dos policías. Encontraron la única cabina telefónica del Sainsbury's vacía, y ningún miembro del personal recordaba haber visto a alguien usarla.

—Lo siento, señor, pero hoy es un día de mucho trabajo, ¿ve? —explicó el gerente en el mostrador de atención al cliente—. Recibimos toda la clientela de los mercados de la ciudad. A la gente de por aquí le gusta comprar los miércoles.

Era un hombre pequeño y regordete que los miraba con unos grandes ojos amables por detrás de unas gafas de cristales gruesos. Mientras hablaba y alternaba la mirada nervioso entre los dos policías, el sudor se le acumulaba en el labio superior.

—¿Podemos ver las grabaciones de su cámara de vigilancia? —preguntó Hemming.

La sudoración aumentó.

—Me temo que está rota, señor.

—¿Ya sabe que podríamos multarle por eso?

—Sí, señor… Disculpe, señor. —El gerente se retorcía en su uniforme de rayón—. Ayer funcionaba. No sé qué pasó.

Hemming le dio una tarjeta:

—Si alguien recuerda algo, aunque sea trivial, que me llame, por favor.

—Por supuesto, señor —respondió el empleado antes de guardarse la tarjeta en el bolsillo del pecho.

—¿Podemos buscar huellas dactilares, señor? —preguntó Jarral.

—No creo que Witherspoon nos envíe técnicos forenses para eso. Especialmente porque no tenemos ninguna prueba de que la llamada la hiciera la persona que envenenó a Sylvia. Y podría haber usado guantes, sin mencionar que, probablemente, haya huellas de docenas de personas en esa cabina.

—¿Por qué llamaría y se arriesgaría a que lo atraparan?

—Puede que alguien nos haya dirigido de forma intencionada a seguir una pista inútil.

—¿Les importa si hago una cosa? —preguntó Erin.

—¿El qué? —Quiso saber Hemming.

—Solo serán unos segundos.

Mientras los dos policías la observaban, Erin se acercó a la cabina telefónica, cerró la puerta y levantó el auricular para olerlo. Al poco, volvió a colgarlo y salió de la cabina.

—¿A qué venía eso? —preguntó el detective mientras regresaban al coche.

—Solo estaba husmeando. Algunas personas tienen un olor distintivo y, como conozco a todos los miembros de la sociedad, he querido comprobarlo.

—¿Ha habido suerte? —inquirió Jarral.

—Me temo que no —mintió Erin.

La verdad era que había detectado un aroma muy conocido, pero aún no estaba segura de qué hacer al respecto. La cabina telefónica olía al distintivo perfume de lirio del valle, y solo conocía a una persona que usaba esa fragancia.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Erin pasó la mayor parte del trayecto de regreso mirando por la ventana. La presencia del perfume resultaba inquietante, pero ¿no sería solo una coincidencia? Tenía que convencer a la policía para que no le pusieran protección: no podría continuar investigando con un policía siguiéndola constantemente.

Cuando llegaron a la comisaría, el detective Hemming le pidió que entrara.

—Quisiera saber por qué cree que el accidente podría haber Nido intencionado —comentó mientras se protegía los ojos del resplandor.

A la luz directa, sus ojos eran de un turquesa pálido, como esas imágenes que había visto del mar Caribe.

—Tal vez he exagerado. No quiero hacerles perder el tiempo. —Nuestro trabajo es proteger a las personas.

El sargento Jarral intervino:

—¿La señora Pettibone consiguió ver al otro conductor?

Erin negó con la cabeza.

—Quizás podamos encontrar algo de pintura en la carrocería de su vehículo para identificar el otro coche —sugirió Hemming.

—Pero el otro coche no llegó a impactar contra el mío. Pueden hablar con los agentes que tomaron su declaración.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y Hemming se volvió hacia Erin.

—¿Se le ocurre quién podría querer lastimarla?

—Creo que mi imaginación me ha jugado una mala pasada. Estoy bien, de verdad. ¿Hay alguna novedad sobre la investigación de la muerte del esposo de Farnsworth?

Hemming pareció sorprendido.

—¿Qué?

Miró con desagrado al sargento Jarral, que bajó la cabeza.

—Lo siento, señor.

El detective se frotó los ojos con cansancio.

—¿Qué le ha contado?

—Solo que estábamos investigando el…

Hemming se volvió hacia Erin.

—Permítame que le deje las cosas claras. Primero, no estoy investigando la muerte del señor Appleby; eso corresponde completamente a nuestro jefe en York, el inspector Witherspoon. Y en segundo lugar…

—No me lo diría aunque lo supiera.

—Exacto —respondió con severidad, aunque a Erin le pareció que reprimía una sonrisa—. Ahora deje que la llevemos a casa.

—Voy a hacer unas compras; luego llamaré a un taxi.

—Pero…

—Gracias por todo —dijo, y le estrechó la mano. Era cálida y sorprendentemente suave, aunque sintió la fuerza en sus dedos.

Erin se encaminó a las tiendas muy decidida, pero cuando estaba a unas pocas calles de la comisaría, llamó a un taxi y le dio la dirección de Prudence Pettibone.

Prudence estaba en casa cuidando de su brazo roto; parecía pasar un buen rato, ya que Winton le preparaba té y galletas. Después de agasajar a Erin con pan de calabacín casero, se retiró discretamente a su taller, donde, según Pru, estaba haciendo un nuevo juego de cajones para la cocina.

—Le encanta trabajar con las manos. —Prudence descansaba en una *chaise longue* de la terraza acristalada que tenían en la parte

posterior de la casa, y se tomaba el té sentada con una manta de lana de cordero sobre las piernas. El sol de octubre, con su tono limonado, se extendía perezoso por la estancia y trepaba por la pared del fondo—. Está cuidando muy bien de mí durante mi recuperación.

Pronunció la palabra «recuperación» como si fuera sinónimo de «lecho de muerte».

—Nunca oí a Hetty decir nada en contra de Sylvia —comentó Prudence cuando Erin le mencionó el tema—. ¿Tienes razones para sospechar de ella?

—La verdad es que no —mintió Erin. No quería que Prudence fuera a advertir a Hetty, y además, no tenía ninguna pista concreta. Era completamente posible que alguna otra persona que usara el perfume de lirio del valle hubiera utilizado esa cabina—. Estaba pensando que, si tienes las actas de las reuniones anteriores, podríamos encontrar alguna pista.

—Tengo actas de todas las reuniones —afirmó Prudence con orgullo—. Desde las primeras, de mucho antes de que llegaras tú.

—¿Podría echarles un vistazo?

—No veo por qué no. ¿Te importaría traerme mi portátil del estudio? Debería estar en el escritorio.

Erin cruzó el pasillo que conducía al pequeño estudio en una esquina de la casa. Estaba perfectamente organizado, con todos los libros y papeles apilados en filas ordenadas sobre las estanterías que había confeccionado el propio Winton. Había hecho un buen trabajo: eran sólidas y estaban bien ensambladas.

Cuando encontró el ordenador en el escritorio, regresó a la terraza acristalada y se lo dio a Prudence.

—Veamos —dijo Pru mientras abría una carpeta titulada ACTAS DE SJA. Se desplazó por el contenido y pinchó la subcarpeta llamada 2002—. Ese fue nuestro primer año, cuando celebramos todas las reuniones en York, y Farnsworth era la secretaria del club.

—¿Y estas son las actas?

—Sí. Ese año solo éramos ocho miembros, pero crecimos rápido.

—¿Quiénes eran?

—Veamos… Aparte de mí y Sylvia, Farnsworth y su marido, estaba…

—¿El marido de Farnsworth?

—Ah, sí; fue antes de que se marchara con la camarera ese mismo año. —Prudence negó con la cabeza—. Es una verdadera pena que Sylvia y Farnsworth nunca se reconciliaran después de eso. Antes eran muy buenas amigas.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Oh, sí, estaban muy unidas, pero tuvieron una pelea horrible.

—¿Y qué tuvo que ver el marido de Farnsworth con eso?

—Sylvia estaba al corriente de lo del asunto con la camarera. Y nunca se lo dijo a Farnsworth. Por eso, cuando Despreciable Dick se fue con esa chica, Farnsworth culpó a Sylvia por no decírselo.

—Entiendo que se molestara, pero…

—Farnsworth valora mucho la lealtad.

—Nunca me ha hablado de eso.

—Sigue siendo un tema delicado.

—¿Lo sabrá la policía?

—Te aseguro que yo no lo mencioné.

—Alguien podría habérselo contado.

—Eso fue hace años —dijo Prudence, mientras disfrutaba de su té—. Si Farnsworth sintiera un odio mortal hacia Sylvia, ¿no crees que habría actuado antes?

—El corazón humano es un extraño laberinto de giros y meandros.

—Deberías incluir eso en uno de tus poemas —le aconsejó Prudence—. Es bastante bueno.

—He oído que te interesa postularte para presidenta del club.

—Bueno, no estoy segura —admitió Pru antes de servir un poco más de té.

—Creo que serías una buena candidata.

—¿De verdad? —Se enderezó de pronto, como un perro de caza al acecho: puso la espalda rígida con un brillo en los ojos. Luego,

sonrió con ironía—. «Deseo ser totalmente feliz, como los demás, y, como los demás, tiene que ser a mi manera. La grandeza no me hará feliz».

La idea de equiparar la grandeza con ser presidenta de la Jane Austen Society era tan absurda que Erin casi se echó a reír, pero Pru no estaba siendo irónica. Erin contuvo su impulso, y preguntó:

—¿De qué libro es eso?

—*Sentido y sensibilidad*. Y sí, para ser completamente sincera, me había imaginado ocupando el puesto, pero ahora, con la muerte de la pobre Sylvia, me pregunto si sería la decisión más sabia.

—Tiene sentido. —Erin pensó que, si Prudence había envenenado a Sylvia, su comentario podría ser un intento lógico de encubrimiento—. ¿Te importa si me llevo una copia de esas actas?

—Hay algunas memorias USB de repuesto en el estudio. En el cajón superior derecho del escritorio; ve a buscar una y haremos una copia.

Erin encontró la memoria justo donde le había indicado Pru, y cuando estaba a punto de irse vio una fotografía en la estantería que le llamó la atención. En la instantánea se veía a Prudence mucho más joven, con el brazo alrededor de una mujer mayor con los mismos rasgos delicados, de huesos pequeños y nariz respingona. A Erin le sorprendió ver lo hermosa que era Prudence con esa edad: el tiempo no había sido amable con ella, pues su rostro había adquirido un aspecto adusto. Erin recordaba haber escuchado a Sylvia llamar a Prudence «pasa estreñida». No podía imaginar que hubiera un tiempo en el que Pru y Sylvia se hubieran llevado bien, pues eran muy distintas, y, sin embargo, Hetty y Pru eran amigas, a pesar de ser también muy diferentes, y compartían una amistad que no estaba exenta de reproches mutuos.

Regresó a la terraza acristalada y encontró a Prudence saboreando el último trago de té, con la nariz metida en un libro que le había comprado a Erin hacía poco, *Lo que comía Jane Austen y lo que sabía Charles Dickens*.

Pru levantó la vista cuando entró Erin.

—Este libro es fascinante. En aquella época todo tenía un ritual; todos sabían cuáles eran las reglas y lo que se esperaba de ellos. Creo que lo habría preferido.

—Sé a qué te refieres —respondió Erin mientras insertaba la memoria en el portátil—. A veces, el precio de la libertad es la incertidumbre.

—Otra frase ingeniosa. Hoy estás en racha.

Erin abrió los archivos en el portátil y seleccionó los que quería copiar.

—¿Las de la foto en el estudio sois tu madre y tú?

A Pru se le dulcificó la expresión y, en ese momento, se asemejó a la hermosa joven de la fotografía.

—Sí. Nos la hizo Winton cuando ella vivía con nosotros. Murió poco después.

—En la foto parece gozar de buena salud.

—Padeció un terrible caso de intoxicación alimentaria. Para cuando llegamos al hospital, ya era demasiado tarde.

—Lo siento mucho.

—Winton se quedó devastado. Se culpó de lo sucedido porque la batería del coche estaba descargada y tardamos más de la cuenta en llegar al hospital.

—No fue culpa suya.

—La pobrecilla. El médico dijo que tenía el sistema inmunológico debilitado. ¿Cómo va tu coche?

—Debería estar listo en un par de días.

—Te pagaré las reparaciones.

—No te preocupes por eso —dijo Erin, y sacó la memoria con los archivos copiados.

—Tonterías, insisto.

—Lo único que a mí me importa es que no te hicieras nada grave.

—Para ser sincera, esto me ha dado la excusa perfecta para tomarme un descanso. Winton ha sido un amor y ha estado pendiente de todo lo que he necesitado —suspiró—. Me temo que

no estaré en condiciones de ir a ver la hoguera este año, pero quizás pueda convencerlo para que vaya sin mí. Le encanta verla.

—Gracias por los archivos —dijo Erin al levantarse—. ¿Necesitas algo?

—Hay una cosa que podrías hacer, si quieres.

—Claro.

—Consígueme un esqueje de la última orquídea de Carolyn. Me envió un correo electrónico para decirme que tenía una nueva *Phalaenopsis schilleriana* y me prometió uno. Ve cuando te devuelvan el coche, claro.

—Iré en bicicleta.

—No tienes por qué…

—Es un buen paseo, solo son cinco kilómetros de ida y otros cinco de vuelta. Iré el sábado por la mañana, de camino a las tiendas; vendré a traerlo después.

—Si estás segura…

—Desde luego. Así hago ejercicio.

—Deja que te lo escriba. —Pru garabateó en un trozo de papel con la mano izquierda—. Lamento que mi escritura sea tan fea. ¿Puedes leerlo?

—Está bien —respondió Erin, y se lo guardó en el bolsillo.

—Se trata de una variedad especialmente elegante —explicó Prudence, con brillo en los ojos—. Las flores son de un hermoso lila pálido.

Cuando Pru hablaba sobre orquídeas, se le dulcificaba el rostro y todo su cuerpo se relajaba.

—Me gustaría hablar un momento con Winton antes de irme. ¿Crees que le importará?

—Seguro que estará encantado. Su taller está en la parte trasera de la casa.

—Gracias.

Erin cruzó el angosto pasillo que conducía a la parte de atrás. El taller era una estructura similar a un cobertizo unida a la parte posterior de la antigua casa de campo, construido con tal gusto y

habilidad que combinaba perfectamente con el estilo del original.

—Ay, hola —saludó Winton cuando Erin entró en la pequeña habitación con el techo bajo e inclinado. Sostenía un martillo en la mano, y, sobre la mesa de trabajo frente a él, había una casa de pájaros medio terminada—. Es para los jilgueros —explicó—. Prudy disfruta mucho de su canto y, como está recluida por un tiempo, pensé que le gustaría tenerlos cerca.

—Qué bonito. Qué suerte tiene de tenerte.

—No sé yo —dijo él, mirando hacia otro lado.

—Quería saber cómo te va después de lo que te pasó el otro día —comentó Erin—. Debió de ser aterrador.

—Oh, no te preocupes por eso. No fue nada.

—¿Viste a la persona que te atacó?

—Me temo que no; todo sucedió muy deprisa, ya sabes.

—¿Alguien te examinó la cabeza?

—No quise causar molestias.

—¿Puedo verla?

—Preferiría que no, si no te importa.

—Claro, no quería ser entrometida.

—Sí, es solo que soy un poco reservado para esas cosas, ¿entiendes?

—Por supuesto. No quería fisgonear.

—Muchas gracias por visitar a Prudy. Significa mucho para ella.

—Es un placer.

Erin se despidió y tomó otro taxi hasta su casa. Winton se ofreció a llevarla, pero no quiso incomodarlo, pues se le veía muy feliz con su trabajo de carpintería. Durante el trayecto, miraba por la ventana y se preguntaba por qué Winton no quería que le examinaran la herida de la cabeza. ¿Sería por simple vanidad? ¿Realmente pensaba que podía engañar a alguien con esa horrible peluca?

Cuando llegó a casa ya había atardecido, así que cortó unas rebanadas de carne asada del trozo que guardaba en la nevera, se preparó un bocadillo y se sentó a estudiar las actas de las reuniones. Al poco ya se le cerraban los ojos. Miró el reloj y se sorprendió al ver

que eran casi las once.

Estaba demasiado cansada para darse un baño, por lo que se metió en la cama y enseguida se quedó dormida. Soñó que montaba su bicicleta por campos de orquídeas, perseguida por un enorme camión que se tambaleaba y echaba humo por sus tubos de escape negros. El conductor se reía de ella, su rostro era una máscara de pura malicia. Erin despertó temblando justo antes del alba, y se quedó mirando cómo salía el sol antes de hundirse nuevamente, agradecida, en los brazos del olvido.

CAPÍTULO CUARENTA

Al día siguiente, cuando Erin salió al patio con un café, las imágenes de esos sueños inquietantes ya se habían desvanecido. Respiró el aire matutino, dulce con la promesa del otoño. Al inhalar profundamente, disfrutó del aroma crujiente de las hojas secas y el delicado olor arcilloso de la tierra húmeda. Una ligera brisa portaba un leve perfume a madera quemada que le trajo a la memoria la primera casa de su familia en Oxford, y recordó haberse sentado frente a la chimenea aquella primera noche, rodeada del crepitar de los troncos y del amor de sus padres.

En días como ese, sentía que podía atravesar la bruma del tiempo y tocar el pasado, como si el aire fuera permeable. El aire del verano era denso y perezoso, y, durante los meses más cálidos, Erin se sentía atrapada por el presente; sin embargo, el otoño traía una profunda añoranza, una nostalgia estacional.

A mediodía solo habían pasado por la tienda tres clientes, así que, tras el almuerzo, cerró la librería, se subió a su bicicleta y se dirigió hacia la casa de los Hardacker. Enseguida se encontró de pie frente a la gruesa puerta de roble de la granja y aguardaba a que alguien atendiera.

Abrió Owen Hardacker, vestido con un mono azul y su característica gorra de *tweed* roja y verde. Erin se preguntó si dormía con ella puesta.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

—Siento molestarte. ¿Está Carolyn en casa?

—Sí, pero está descansando. ¿Qué necesitas?

—Le prometí a Prudence que vendría a por un esqueje de orquídea.

—¿Por qué no puede venir ella?

—Tuvo un accidente de coche.

—Ah, sí, algo había oído. ¿Está bien?

—Se pondrá bien, pero tiene un brazo roto, así que le dije que se lo llevaría.

—Qué buena amiga eres —repuso, aunque a Erin no le quedó claro si estaba siendo sincero o sarcástico.

—¿Crees que podría cortarlo yo misma para no molestar a Carolyn?

—Sí, si sabes lo que buscas.

Erin sacó de su chaqueta la nota escrita a mano.

—*Phalaenopsis schilleriana*. ¿Me ayudas a encontrarla?

—Entra y echa un vistazo —la invitó, y le abrió la puerta.

Erin lo siguió a través de la espaciosa sala de estar, pasaron por el comedor y atravesaron una puerta de metal que conducía al invernadero. Al inhalar el cálido y mustio aroma de la tierra para plantar, el fertilizante y las flores, se transportó al invernadero de su madre en Oxford. Aunque no era tan imponente como ese, era el lugar favorito de su madre. Le encantaba hurgar en la tierra suave, rodeada de sus plantas y flores, y emergía horas después con una sonrisa en la cara manchada de tierra.

—Las orquídeas están en el rincón —indicó Owen, y señaló una estantería parcialmente sombreada donde descansaba una impresionante variedad de plantas con una espectacular gama de morados fogosos, blancos cremosos, rosas delicados y rojos desenfrenados.

Al mirarlas, Erin comprendió que la gente se obsesionara con estas elegantes y caprichosas flores: una devoción alentada por el desafío que representaba cuidar de ellas. Se moría por quedarse un rato más y admirar las delicadas flores, pero sentía la mirada de

Owen, así que se asomó a las pequeñas etiquetas de plástico que había clavadas en cada una de las macetas: **DORITAENOPSIS, EPIDENDRUM, PAPHIOPEDILUM**. Las Opulentas flores eran tan voluptuosas y seductoras que le costaba separarse de ellas.

—Aquí está —anunció cuando posó la mirada en una planta elegante con las flores violáceas.

La pequeña etiqueta de plástico rezaba **PHALAENOPSIS SCHILLERIANA** en cuidadosas y pulcras mayúsculas negras. Cuando alargó la mano hacía ella, Erin oyó crujir las bisagras de la puerta metálica y, al volverse, vio a Carolyn de pie en la entrada del invernadero.

Vestía un camisón largo y vaporoso, llevaba el pelo suelto y no iba maquillada: era como una hermosa aparición. Erin estaba acostumbrada a verla en todo su esplendor, con joyas, maquillaje y el pelo recogido en su habitual moño, y no pudo evitar mirarla de hito en hito. Parecía un fantasma.

—¿Por qué no me has dicho que teníamos visita? —le preguntó a Owen, que estaba claramente sorprendido por su entrada inesperada.

Su actitud cambió al instante y pasó de mostrarse ligeramente malhumorado a estar ansioso y solícito.

—No pasa nada, querida; todo está bajo control —le aseguró; era evidente que trataba de calmarla, como si hablara con un niño o una persona demente.

—Hola, Erin —dijo Carolyn un tanto soñolienta mientras se acercaba a ella.

Era como si flotara; sus pies, descalzos bajo la vaporosa túnica, apenas tocaban el suelo. Miró a Erin con gran intensidad, se acercó tanto que sus rostros casi se tocaban, y, sin embargo, era como si Carolyn pudiera ver a través de ella. El invernadero estaba lleno de luz, tenía las pupilas diminutas y los iris de color verde esmeralda se veían enormes; sin embargo, ella tenía la sonrisa congelada, como si la hubiera plantado allí y se hubiera olvidado de ella. Las orquídeas en sus macetas de arcilla proyectaban más vida que su hermoso

rostro vacío.

—No tendrías que haberte levantado —la reprendió Owen nervioso.

—Solo he venido a recoger un esqueje para Prudence —explicó Erin.

—Ah, sí, la *Phalaenopsis schilleriana*. —Carolyn acarició sus pétalos—. La orquídea polilla.

Cogió unas tijeras de podar y cortó con cuidado uno de los tallos cerca de la base.

—Es una variedad preciosa —comentó mientras le entregaba el esqueje a Erin—. Tú también eres un poco como una polilla, ¿no? La preciosa Erin, con el cabello dorado —añadió, y extendió la mano hacia el rostro de Erin como si quisiera acariciarlo.

Su esposo dio un paso al frente y la sujetó por la muñeca.

—Vamos —sugirió—, volvamos arriba, ¿de acuerdo?

El ruido de un coche que se acercaba hizo que todos se volvieran hacia el camino de la entrada. A través de los ventanales del invernadero, vieron como el Citroën azul del detective Hemming se detenía frente a la casa.

—¿Qué querrán? —murmuró Owen mientras Carolyn se dirigía hacia la puerta—. Vamos, amor —dijo, con pánico en la voz, pero ella se apartó de él.

—Sería descortés dejar esperando a los amables policías.

Erin no tenía ni idea de lo que haría Owen si ella no estuviera allí para atestiguarlo, pero, dadas las circunstancias, no tuvo más remedio que seguir a su esposa hacia el vestíbulo de la entrada.

—Lo cierto es que no llevas la vestimenta apropiada para recibir visitas —suplicó, pero Carolyn lo ignoró, y abrió la puerta antes de que los policías tuvieran tiempo de llamar.

—Hola de nuevo —los saludó—. Qué considerado de su parte que se hayan pasado.

Hemming se sorprendió al ver allí a Erin.

—Hola, señorita Coleridge —dijo con cierta rigidez. Aún se le veía pálido y su voz sonaba débil.

El sargento Jarral le dedicó su habitual sonrisa radiante.

—Qué casualidad encontrarla aquí —comentó mientras entraba en la casa como si asistiera a una fiesta en el jardín.

—La señorita Coleridge ha venido a buscar un esqueje —explicó Owen—. De una orquídea. Mi esposa las cultiva.

—Eso he oído —confesó el detective Hemming—. Tengo entendido que es usted un as de la jardinería, Carolyn.

—Es usted muy amable —respondió ella, arrastrando las palabras —. Solo soy una aficionada, ¿verdad, cariño?

—Creo que deberías volver a la cama —terció Owen—. Últimamente mi mujer no se encuentra bien —explicó.

—Si Carolyn tuviera un momento para responder un par de preguntas, se lo agradecería —dijo Hemming.

—Es… toy… bien, de verdad —aseguró Carolyn—. Han ve… nido desde muy lejos; sería una pe-pena echarlos.

—Si insistes en hablar con la policía, al menos ponte un poco presentable —murmuró Owen, y le echó un ligero abrigo de algodón sobre los hombros.

—Oh, ¿me traes mi bata a juego, cariño? —le pidió ella, y se colocó un mechón de cabello en su sitio.

Erin se quedó cerca de la puerta, reacia a irse. Sus ojos se posaron en un libro que estaba en una pequeña mesa junto al perchero: *El manual del envenenador*, de su tienda. Lo reconocía por la esquina superior derecha ligeramente desgastada de la cubierta.

La mirada de Carolyn siguió la misma dirección, y sus ojos se encontraron. Carolyn la miró con tal desesperación que, en contra su buen juicio, Erin no dijo nada.

El detective Hemming se volvió hacia Erin.

—Será mejor que meta en agua ese esqueje. La acompañaré a la puerta.

Mientras él la seguía hasta el porche, Erin se preguntó si el detective estaba intentando deshacerse de ella o buscando una excusa para estar a solas.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó.

—En mi máquina de huella de carbono cero —respondió, y cogió su bicicleta del lateral de la casa.

—Sigo pensando que debería tener protección.

—Estaré bien. No quise asustarle.

Mientras montaba en la bicicleta, Hemming le puso una mano en el brazo.

—Tenga cuidado, por favor.

—Lo haré —prometió, y pedaleó por el largo camino de entrada.

Intentó centrarse en su entorno, pero solo podía ver la forma en que el sol inclinado se reflejaba en los ojos azules con pestañas doradas del detective.

Al girar con la bicicleta por una curva, reflexionó sobre eso de haber visto su libro perdido y en la expresión de sorpresa en el rostro de Owen Hardacker cuando su esposa aceptó que la interrogaran. En ese instante, comprendió dos cosas: Owen no se estaba salvando el trasero; estaba intentando proteger a Carolyn, lo que solo podía significar una cosa.

Creía que era una asesina.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Cuando Erin llegó, se encontró a Winton en su taller, lijando la pata de una mesa. Estaba tan concentrado en su tarea que al principio no la vio y se sobresaltó al oír su voz.

—Lamento molestarte —se disculpó Erin—, pero nadie respondió cuando llamé a la puerta principal.

—Sí, Prudy está echando una siesta. —Winton dejó a un lado su papel de lija—. Puedes pasar; está en la terraza acristalada. —Gracias.

Vaciló un momento antes de salir. Sintió el impulso de decir algo acerca de su enfermedad, pero ¿qué? Había escuchado su conversación con el médico por accidente. Al ver que ya estaba absorto en su trabajo, se dio la vuelta y salió sigilosamente del cobertizo.

Encontró a Prudence recostada en su *chaise longue* de la terraza acristalada, donde estudiaba un ejemplar anotado de *Orgullo y prejuicio* con las gafas de lectura en la punta de la nariz.

—¿No te parece trágico cómo se conforma Charlotte y se casa con el señor Collins? —preguntó con un suspiro antes de dejar el libro a un lado.

—Es muy práctica —respondió Erin—. No es que las jóvenes elegantes tuvieran muchas opciones en aquella época.

—Lo sé. —Prudence se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Aun así, es triste.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias. —Prudence reprimió un bostezo—. Winty ha sido un amor.

—Te he traído el esqueje —anunció Erin antes de sacarlo de la mochila.

—Eres un cielo por habérmelo traído. Qué bonito. —Lo acarició como si fuera un niño—. Debo ponerlo en un jarrón apropiado. Tengo justo el que necesito en la cocina.

—Me dio la oportunidad de husmear un poco —respondió Erin, mientras seguía a Pru hacia la cocina.

—¿Me alcanzarías ese jarrón de cristal del último estante? —Señaló el armario superior—. Supongo que me identifico con Charlotte Lucas —comentó Prudence mientras Erin se ponía de puntillas para alcanzar el jarrón—. Probablemente por eso su destino me parece tan trágico. Imagínate pasar toda tu vida con alguien como el señor Collins —añadió con un escalofrío—. Tuve mucha suerte de encontrar a mi Winty.

Erin sintió una punzada de culpa al escuchar sus palabras, pero no dijo nada. Odiaba saber su secreto y deseaba que él acabara con aquello sin más y se lo contara a la pobre Prudence.

—Aquí lo tienes —anunció mientras le entregaba el jarrón.

—¡Perfecto! —exclamó Pru, que lo sujetó con la mano buena—. Ahora meteré mi esqueje en agua.

—¿Te gustaría que yo…?

—No, querida, necesito aprender a funcionar o me volveré totalmente dependiente de mi pobre Winty. Y eso no estaría bien, ¿verdad?

—Supongo que no —convino Erin.

—Oh, eso me recuerda que tengo algunas notas manuscritas de reuniones antiguas de la sociedad que aún no se han digitalizado. La mayoría son de Sylvia, de cuando ella era secretaria y tesorera. Veamos, ¿dónde las puse? —se preguntó mientras caminaba hacia el pasillo—. ¡Ah, aquí están! —exclamó, y le entregó a Erin una pequeña pila de papeles—. Puede que haya algo útil ahí.

—Gracias. —Erin se los metió en la mochila—. ¿Te apetece un té, querida?

—Gracias, pero será mejor que me ponga en marcha —repuso, y cerró la cremallera de la mochila.

Diez minutos después, pedaleaba con fuerza, con el inclemente viento en contra, de camino a ver a Farnsworth. Estaba a las afueras, como a un kilómetro y medio del pueblo, y el rugido del aire resonaba con rabia en sus oídos, por lo que ni siquiera escuchó el coche que le había ido ganando terreno desde que giró por Park Lane. Vio un destello metálico a su derecha y disminuyó la velocidad para dejarlo pasar sin prestar atención a cómo era el coche o quién lo conducía, pues se concentró en no caer en la zanja que se abría a un lateral de la carretera.

Pero, cuando advirtió que el coche se mantenía a su lado durante unos cuatrocientos metros sin adelantarla, Erin sintió un pavor nauseabundo en la boca del estómago al darse cuenta de que el vehículo no tenía intención de pasar, y, cuando se volvió para mirar, ya era tarde. Notó el impacto agudo del metal en su lado derecho y salió disparada hacia delante tras desprenderse de su bicicleta. Cuando se golpeó contra el suelo, Erin sintió como el aire abandonaba su cuerpo y se esforzó para respirar, hasta que por fin, con la cara pegada al barro y las ramas de la zanja, consiguió inhalar el profundo olor a tierra. Tuvo la sensación de querer permanecer consciente, pero no pudo combatir la espesa niebla gris que se asentó, como una gruesa manta, sobre su cuerpo postrado.

Luego se hizo el silencio.

CAPITULO CUARENTA Y DOS

—Erin Coleridge ha tenido un accidente.

Peter Hemming se quedó sin aire en los pulmones. Se levantó de su silla sin pensar y se mareó tanto que tuvo que agarrarse al escritorio para no desplomarse.

El sargento Jarral arrugó su apuesto rostro con preocupación.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí —aseguró, y se limpió una fina capa de sudor del labio superior.

La comisaría estaba en silencio, pero las palabras de Jarral habían hecho añicos el aire como el estallido de una escopeta.

—¿Qué ha pasado?

—Un coche la tiró de la bicicleta. No se detuvieron, así que McCrary ha ordenado que algunas patrullas salgan a buscar al conductor.

—¿Cómo está?

—No quiso ir al hospital. Insistió en que la llevaran a casa de la señora Appleby, señor.

—¿Cuándo pasó todo esto?

—McCrary llamó mientras usted iba a buscar su móvil al George and Dragon.

Aquella mañana el detective se había dejado el móvil en su habitación y había regresado para recogerlo después de dejar a Jarral en comisaría.

—¿Dónde está ahora?

—Por lo que yo sé, está en casa de la señora Appleby.

—Vamos —ordenó Hemming, y se puso el abrigo.

—¿Señor?

—Venga conmigo, sargento.

—¿Cree que está relacionado con el caso?

—Es nuestro trabajo averiguarlo —dijo el detective, que salió de la habitación con tal rapidez que Jarral tuvo que estirar sus largas piernas para seguirle el paso.

El sargento apenas se había abrochado el cinturón de seguridad cuando Hemming salió disparado por la carretera, donde pasó de cero a sesenta y cinco kilómetros por hora en cuestión de segundos.

—Este cacharro tiene más potencia de la que imaginaba —comentó Jarral mientras cruzaban el pueblo a toda velocidad.

Un anciano que llevaba un labrador negro atado con una correa los miró con desaprobación cuando el detective dejó atrás un semáforo de un buen acelerón.

A su paso dejaban setos y campos de cultivo, y, cuando Jarral bajó la ventanilla, se coló en el coche el persistente aroma a cordero asado que emanaba de una de las casas de la carretera. Un pastor de ovejas, ataviado con botas de agua y una chaqueta larga impermeable, dirigía a un par de *border collies* que mordisqueaban los talones de los animales para mantenerlos unidos mientras conducían el rebaño con habilidad hacia el granero.

—Mi prima tiene un par de perros pastores —comentó Jarral cuando aminoraron al situarse detrás de un camión que circulaba despacio.

—¿No me diga? —repuso Hemming, que se esforzaba por evitar que le subiera la tensión mientras avanzaban a paso de tortuga detrás del camión.

—En realidad, regenta una posada donde ofrece alojamiento y desayuno en Wexford. Los perros se los dio un pastor de por allí; eran los más pequeños de la camada, y mi prima no soportaba la idea de que los llevaran a la perrera.

—El *Homo sapiens* y su doble moral —comentó Hemming, mientras seguían al pesado camión, que avanzaba lentamente con la caja repleta de heno.

—¿A qué se refiere, señor?

—Su hermana…

—Prima, señor.

—Su prima es tan sensible que adopta dos perros que no necesita para salvarlos de unas semanas en la perrera. Sin embargo, hay alguien en este pueblo que no ha tenido reparos en envenenar a un ser humano. Ah, ¡gracias a Dios! —exclamó cuando el camión se desvió de la carretera principal. El heno se balanceó precariamente al tomar la curva y algunas briznas de paja salieron volando y aterrizaron en su parabrisas.

Accionó el limpiaparabrisas y, con unas pocas pasadas, echó las errantes hebras al viento, que se las llevó a un destino misterioso. «Ojalá fuera igual de sencillo deshacerse de las personas: asesinos, ladrones, envenenadores…», pensó el detective mientras esquivaba un tejón que paseaba por un lateral de la carretera. Observó por el espejo retrovisor como el animal cruzaba la calzada, y su cara rayada le recordó la ropa de los prisioneros de antaño. Pero ahora el naranja era el nuevo blanco y negro.

Hemming aparcó el coche en la entrada trasera de la granja destartalada y lo abandonó de un salto mientras el sargento Jarral se apresuraba tras él. Apoyada contra el deteriorado garaje vieron una bicicleta roja destrozada con la rueda trasera torcida. Hemming respiró profundamente y llamó a la puerta de la cocina.

Reconoció la voz de Farnsworth Appleby cuando esta gritó:

—¡Voy!

Esperó mordiéndose el labio con impaciencia hasta que se abrió la puerta y la imponente figura de la señora Appleby bloqueó la mayor parte del marco. Vestía un kimono de seda floreado sobre unas mallas negras.

—Hola, cielo —dijo—. Le estaba esperando. Pase.

Los dos hombres entraron en su amplia y abarrotada cocina

donde fueron olfateados por media docena de felinos. Un gato atigrado de color naranja se frotó contra los tobillos de Hemming, y el detective estornudó con fuerza.

—Venga, Wickham, pórtate bien. —Farnsworth tomó al gato en brazos—. ¿No ves que el simpático detective te tiene alergia? El animal ronroneó ruidosamente en sus brazos e intentó lamerle la cara.

—¿Dónde está? —preguntó Hemming, mirando a su alrededor.

—Si se refiere a Erin, está descansando —repuso Farnsworth con firmeza.

—¿Puedo hablar con ella?

Farnsworth dejó al gato en el suelo, y este se dirigió hacia Hemming de inmediato.

—Le ha caído bien —observó la mujer—. Y no, en este momento no puede hablar con ella.

—No pasa nada, estoy despierta —terció una voz.

Cuando se volvieron vieron a Erin Coleridge de pie en la puerta que separaba la cocina del resto de la casa. Vestía un pijama varias tallas más grande de lo necesario y se la veía pálida y conmocionada. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y en la cabeza tenía una venda blanca un poco manchada de sangre. A Hemming le temblaron las piernas.

—¿Por qué no está en el hospital? —le preguntó muy serio.

—No me gustan.

—Soy enfermera titulada —explicó Farnsworth—. O al menos lo fui en mi vida anterior.

—¿Entonces la curó usted? —preguntó Jarral.

—Así es, aunque le advertí sobre los peligros de una posible conmoción y le insté a pedir atención profesional.

—¿Pero no quiso?

—Fue una pérdida de tiempo, cielo. Ella iba a hacer lo que le diera la gana, y eso no incluía ir al médico.

—¿Quién ha sido? —le preguntó Hemming a Erin—. ¿Pudo ver el coche?

—No —reconoció, y se sentó con cuidado en la silla más cercana.

—¿Deberías estar levantada, cielo? —preguntó Farnsworth.

—Estoy bien.

—No lo parece —observó Hemming con el ceño fruncido—. ¿Hay algo que pueda contarnos sobre el coche que la atropelló?

—Vino por detrás. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en una zanja.

—¿Quién la encontró? —preguntó Jarral.

—Winton Pettibone. Regresaba de hacer unas compras y se paró a ayudarme.

—Intentó llevarla al hospital, pero ella insistió en venir aquí —explicó Farnsworth.

—Ya está: a partir de ahora, está bajo protección policial —anunció Hemming.

Erin frunció el ceño.

—Pero…

—No está abierto a debate.

—¿Tiene personal para eso, cielo? —preguntó Farnsworth.

—Traeré a hombres de York si es necesario.

—A los envenenadores no les va la confrontación —señaló Erin—. Así que no ha sido necesariamente la misma persona.

—Yo diría que fue un acto bastante cobarde —opinó el detective —. Golpearla por detrás de esa forma. Sabe que tiene que dejar de investigar por su cuenta, ¿verdad?

—Tiene razón, cielo —comentó Farnsworth—. Podrías convertirte en la próxima víctima.

Erin no respondió.

—Quiero que se ponga en contacto conmigo todos los días. —Hemming le dio una tarjeta—. Aquí tiene mi número de móvil. ¡Y, por favor, vaya con cuidado!

Miró a Farnsworth.

—Llévela a un médico, ¿quiere?

—Claro —repuso la mujer—. ¿Por qué no soluciono el calentamiento global ya de paso?

Cuando estuvieron de vuelta en el coche, Jarral dijo:

—¿Quién cree que lo hizo, señor?

—Tengo una corazonada —respondió Hemming, e hizo girar la llave en el contacto—. Vamos a ver qué estaba haciendo el profesor esta mañana.

Poco después, llegaron a la hermosa casa adosada, con sus múltiples chimeneas y su nítido exterior de estuco blanco. Aparcaron el coche en frente y se acercaron a la puerta lacada en negro con una aldaba de bronce en forma de cabeza de león.

Después de llamar varias veces con fuerza no obtuvieron respuesta, y estaban a punto de irse cuando Hemming advirtió que la tapa del buzón estaba entreabierta. Del interior asomaban unos cuantos sobres y diversas publicaciones en distintos ángulos; era evidente que hacía varios días que nadie recogía el correo.

—¿Está pensando lo mismo que yo, señor? —preguntó Jarral.

Hemming miró la casa vacía, con las ventanas oscuras y silenciosas.

—Parece que el profesor Pemberthy se ha dado a la fuga.

—También podría ser la próxima víctima, señor —teorizó Jarral mientras volvían a subir al coche.

—Sin embargo, su coche no está aquí, lo que sugiere que se ha escapado.

Mientras se alejaban de la casa desierta, Hemming pensó que, cualquiera que fuera la explicación, no se trataba de nada bueno.

—¿A dónde vamos ahora, señor? —preguntó Jarral.

—Vayamos a ver a la señora Pettibone. Llegaremos al fondo de esto.

Pero la promesa sonaba tan hueca como la campana en lo alto de la iglesia All Souls, que llamaba a los feligreses a las vísperas del sábado por la tarde. Peter Hemming no creía en Dios y, mientras escuchaba el sonido solemne y melancólico, se dio cuenta de que no tenía mucha fe en nada.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Erin observaba cómo Farnsworth trajinaba de un lado a otro mientras los gatos entraban y salían de la habitación, jugaban con trozos de cordel, se aseaban, investigaban los cajones entreabiertos o se acostaban a disfrutar del sol que entraba por las ventanas.

—Voy a prepararte un buen té de Yorkshire bien fuerte, y luego volverás a la cama —dijo Farnsworth mientras sacaba un plato de magdalenas.

—Primero quiero revisar estas actas que me dio Pru —respondió Erin mientras extendía las hojas sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué esperas encontrar en ellas?

—No lo sé, pero empezaré por las más recientes.

—No te fatigues, cielo —le aconsejó Farnsworth, y se puso a llenar la tetera con agua fresca—. Ese hombro tuyo se llevó un buen golpe y necesitas darle reposo.

—«Solo me canso cuando tengo que hacer cosas que no me gustan».

—Repasar un montón de actas no es mi idea de pasar un rato agradable —comentó Farnsworth, justo cuando sonaba el móvil de Erin.

Carolyn Hardacker la saludó muy alterada desde el otro lado de la línea.

—Me he enterado de lo del accidente —dijo Carolyn—. ¿Estás

bien?

—Sí, gracias. He tenido suerte.

—Te debo una explicación. Siento lo del libro. Gracias por no mencionárselo a la policía.

—¿Por qué te lo llevaste?

—¿Llevarse el qué? —preguntó Farnsworth—. ¿Qué fue lo que se llevó? —Pero Erin le hizo un gesto para que se callara.

—Tenía miedo de que pareciera sospechoso y se lo contaras a la policía —se excusó Carolyn.

—¿Así que te lo llevaste sin más?

—Iba a devolverlo.

—¿Puedes ponerla en altavoz? —susurró Farnsworth—. ¿Por favor?

Erin negó con la cabeza.

—Pero ¿para qué lo querías?

—Tenía miedo de que Owen…, bueno, pensé que tal vez lo hiciera él.

—A él tampoco le importaba tanto lo de ser presidente de la sociedad, ¿no?

—No es eso —aseguró Carolyn con la voz temblorosa.

—¡Por favor, ponía en altavoz! —se quejó Farnsworth.

—¿Y entonces por qué? —insistió Erin mientras Farnsworth intentaba quitarle el teléfono.

Carolyn bajó la voz, como si quisiera impedir que alguien la escuchara.

—Es porque yo estuve… liada… con Sylvia.

—¿Liada? ¿Te refieres a…?

—Fue antes de que ella se casara. Éramos jóvenes y estábamos enamoradas… O eso creí. Pero conoció a Jerome y siguió con su vida.

—¿Así que Owen sabía lo tuyo con Sylvia?

—Se enteró de alguna forma.

—¿Cuándo?

—No estoy segura, pero, cuando la envenenaron, temía que

pensara que volvíamos a estar…, ya sabes, juntas.

—¿Lo estabais?

—¡No! Claro que no.

—¿Se lo has contado a la policía?

—¿Qué les tenía que contar? —preguntó Farnsworth haciendo ver que se tiraba de los pelos.

—No. Creo que ya sospechan de él.

—No puedes ocultarles información; lo único que consigues es que se vea peor cuando la verdad sale a la luz.

—¿Cuándo sale a la luz el qué? —gritó Farnsworth.

Erin tapó el altavoz.

—No se lo dirás, ¿verdad? —suplicó Carolyn.

—No, pero tienes que contarles lo tuyo con Sylvia. Seguro que lo acaban averiguando.

—Tengo que colgar. Owen acaba de llegar. Adiós —dijo, y colgó antes de que Erin pudiera responder.

—Vale —espetó Farnsworth—. Ahora tienes que contármelo todo.

—Antes de que lo haga, dime por qué no me hablaste de tu relación con Sylvia.

—¿Qué relación?

—No finjas, por favor. Dime la verdad.

Farnsworth dejó de hacer lo que estaba haciendo y suspiró.

—Está bien. —Se secó las manos con un paño de cocina—. Por lo que a mí respecta, ya es agua pasada.

—Es evidente que no lo es, porque apenas la soportabas. Y Pru dijo que antes eráis mejores amigas.

Prudence puso la tetera sobre la mesa.

—Pru tiene un ramalazo melodramático.

—¿Entonces es cierto? ¿Sylvia sabía lo de la infidelidad de tu marido y no te lo dijo?

—No es tan sencillo. Sylvia era amiga de la familia de la chica, y se lo contó a ellos, pero no me lo dijo a mí.

—¿Por qué no?

—Eso es lo que me gustaría saber, cielo.

—¿No se lo preguntaste?

—No tuve la ocasión. A Dick lo atropelló el camión el día después de que él y la chica se fugaran a Dublín.

—Podrías habérselo preguntado entonces.

—Ya no le veía el sentido —explicó Farnsworth mientras removía la tetera caliente. Sirvió dos tés y le tendió uno a Erin. Al ver la expresión de su amiga, añadió—: No te preocupes, cielo; si hubiera querido matar a Sylvia, lo habría hecho entonces.

—No sé si eso debería reconfortarme o no —confesó Erin, pero, sin querer, recordó la frase «La venganza es un plato que se sirve frío».

Y pensó que nada denotaba más sangre fría que el veneno.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Erin despertó temprano el sábado por la mañana, después de haber dormido casi diez horas. Rechazó el ofrecimiento de Farnsworth cuando esta le aseguró que podía quedarse a pasar la noche allí, pero sí aceptó que la llevaran a su casa. Quería dormir en su propia cama y, a pesar de la insistencia de su amiga, no tenía intención de someterse a ningún reconocimiento médico.

Después de colgar el cartel de abierto en la tienda, se quedó de pie en el patio a disfrutar del sol matutino, con un café recién hecho en una mano y un cruasán de almendra en la otra. Se sentía agarrotada pero revitalizada; ya no le dolía tanto el cuello y, aunque el esguince en el hombro le molestaba, no lo notaba tanto como antes. Tomó un sorbo de café y se desperezó mientras gozaba del pálido sol del otoño en la cara, aunque este estuviera medio oculto tras un banco de nubes.

Estaba a punto de morder el cruasán cuando se oyó el débil timbre del teléfono fijo en el interior de la casa. Entró a toda prisa para contestar. Era Farnsworth.

—¿Cómo te encuentras, cielo?

—Mucho mejor, gracias a tu excelente habilidad como enfermera.

—Sigo pensando que deberías haber ido al hospital.

—¿Quieres venir a revisar las actas conmigo?

—¿Cuándo?

Erin oyó el sonido de un motor de coche y cuando miró por la

ventana vio el Citroën azul del detective Hemming subiendo por el camino de su casa.

—Tengo que colgar. ¿Te pasas en una hora?

—Nos vemos luego, cielo.

Ignoró la punzada de excitación que le contrajo el estómago, esbozó una sonrisa alegre y salió a recibirlos justo cuando el viejo coche se detenía en el terreno resbaladizo. A decir verdad, la entrada de su casa consistía en un par de huellas de neumáticos que conectaban la carretera con la casa, pero a Erin le gustaba así; además, hacer una entrada adecuada era caro.

—Buenos días.

Los saludó al tiempo que se protegía los ojos del sol, que, en ese momento, asomaba por detrás de las nubes con determinación.

El sargento Jarral le dedicó su habitual sonrisa alegre, mientras el detective Hemming la observaba de cerca de una manera que la hizo sonrojar. Parecía agotado.

Erin se sentó en una de las sillas de hierro colado y preguntó:

—¿Les apetece un poco de té?

—No, gracias; solo nos quedaremos unos minutos. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor, gracias —aseguró—. Por favor, siéntense —añadió. El detective se acomodó en una de las sillas. No tenía buen aspecto.

El sargento Jarral permaneció de pie, con un cuaderno en la mano.

—¿Fue al hospital? —preguntó Hemming.

—No, vine a casa y dormí.

—No le gusta seguir órdenes, ¿verdad? —observó con una sonrisita en los labios, que eran bastante tentadores. Erin se preguntó qué sentiría si la besara.

—Estoy cansada de hospitales.

—Aun así, podría haber sufrido una conmoción.

—¿Ha venido a regañarme por mis malas decisiones?

—En realidad, queríamos pedirle su opinión sobre un par de

cosas —dijo Jarral.

—Encantada de ayudar en lo que pueda.

—¿Qué sabe acerca de Jerome Pemberthy? —preguntó Hemming.

—Da clases de historia en la Universidad de York. Un poco arrogante —respondió Erin.

—¿Algo más? ¿Sobre su contexto familiar, quizás?

—¿Como qué?

—Cualquier cosa que recuerde.

—No estaba muy unida a los Pemberthy.

—¿Hay alguien en el pueblo que tenga una relación más estrecha?

—¿Ha pasado algo? —preguntó Erin, que los observaba con atención.

—Nos gustaría hablar con el señor Pemberthy, así que si lo ve por casualidad…

Erin miró al sargento Jarral y luego de nuevo a Hemming.

—Ha desaparecido, ¿verdad?

—No exactamente —apuntó Jarral, pero el detective lo hizo callar con una mirada.

—No es esta la clase de información que queramos difundir —dijo Hemming—. Agradeceríamos su discreción.

—¿Tienen miedo de que le haya pasado algo? ¿O se ha dado a la fuga?

—¿Sabe usted si tiene familia en Yorkshire o en algún otro lugar?

Erin frunció el ceño y rebuscó en su memoria cualquier detalle que recordara sobre Jerome.

—No viene mucho por aquí, aunque Sylvia solía hacerlo. Es tan extraño pensar que de repente ya no está… —Una ráfaga de aire frío recorrió los campos y Erin se ciñó el cárdigan—. No era mi persona favorita, pero aun así… ¿Llega uno a acostumbrarse? —le preguntó a Hemming—. Me refiero a la muerte.

—Si alguna vez me acostumbro a eso, entenderé que me ha llegado la hora de dejarlo.

—Desearía saber más sobre Jerome, de verdad.

—Gracias por su tiempo —dijo Hemming, y se levantó con rigidez —. Si no va a ir al hospital, al menos quédese en casa durante un día o dos, ¿quiere?

—Lo intentaré —repuso, y pensó que esa respuesta era lo suficientemente imprecisa como para no considerarse una promesa.

—Espero poder conseguirle un guardaespaldas para mañana. Hasta entonces, prométame que tendrá cuidado.

—Lo prometo.

—Y deje de investigar —añadió con seriedad—. No quiero tener su muerte sobre mi conciencia.

La miró con una mezcla tan cautivadora de preocupación y protección que a Erin se le aflojaron un poco las rodillas.

—¡Espere! —exclamó cuando se daban la vuelta para irse—. Tengo justo lo que necesita, solo será un minuto.

Antes de que el detective pudiera protestar, Erin entró en casa y regresó al poco con una bolsita de plástico que contenía flores secas de color amarillo.

—¿Qué es? —preguntó el detective con una mirada de desconfianza.

—Manzanilla. Dormirá como un bebé.

—Funciona de verdad, señor —aseguró Jarral—. Mi primo…

—¿La cultiva?

—Iba a decir que le tiene mucha fe.

—Gracias —le dijo Hemming a Erin, con una sonrisa que le hizo un nudo en la garganta.

—Ya verá como le ayuda a relajarse —insistió.

—Si el primo del sargento le tiene fe, estoy seguro de que funcionará.

El sargento ladeó la cabeza, como si no estuviera seguro de si Hemming se estaba burlando de él.

—¿Quiere que conduzca, señor?

—Desde luego que no —aseguró Hemming, y le guiñó el ojo a Erin—. Podría empezar a gustarle mi coche. Y no podemos permitir

eso, ¿verdad?

—No, señor.

—No deje que le afecte, sargento —dijo Erin.

—Sí, señorita; es decir, no, señorita —respondió, mirando de reojo a Hemming.

—No me arruine la diversión, señorita Coleridge —le pidió el detective, y, cuando le estrechó el codo, Erin notó el contacto de sus dedos en la piel caliente—. Claro que puede conducir, sargento.

—De acuerdo, señor.

Erin observó como se alejaban cruzada de brazos y sintiendo la piel todavía caliente allí donde Hemming la había tocado. Se quedó unos minutos más a contemplar el sol que se deslizaba por detrás de las nubes mientras las sombras se adueñaban de los campos circundantes; luego se dio la vuelta y entró.

Durante el transcurso del día, pasó por la tienda una docena de clientes, y un caballero de aspecto académico compró una edición rara de Dickens que Erin había tenido la suerte de conseguir en la liquidación de una herencia. Incluso con el descuento que le ofreció, el precio cubría fácilmente dos meses de hipoteca.

Alrededor de las cuatro, oyó el sonido del coche de Farnsworth, que subía con dificultad por su camino embarrado. Después de pensar mucho sobre la culpabilidad o inocencia de su amiga, Erin había decidido que, pasara lo que pasara, se comportaría como si pudiera confiar en ella. Su instinto le decía que Farnsworth era digna de confianza y, si se equivocaba, tenía claro que merecía lo que le ocurriera.

—Hola. —Farnsworth se limpió los pies en el felpudo de la entrada—. ¿Nos tomamos un té, querida?

—Ahora mismo —aceptó Erin, y se dirigió a la cocina para encender el hervidor de agua.

Cuando sonó el teléfono, no se sorprendió al oír la voz de su padre al otro lado de la línea y se sintió aliviada al escucharlo mucho más animado.

—¿Cómo van las cosas por las tierras salvajes de Yorkshire?

¿Alguna pista prometedora?

Se lo contó todo, excepto lo de que la habían atropellado cuando iba en bicicleta, y terminó con la desaparición de Jerome Pemberthy.

—¿Sabes que ese nombre me resulta familiar? Pensé lo mismo la otra noche, pero no conseguía recordar por qué. Finalmente me di cuenta de que fuimos juntos a Eton.

—¿Lo conoces?

—En realidad no; yo iba cinco años por delante de él, era un estudiante de último año cuando él llegó.

—Me sorprende que recuerdes el nombre.

—Bueno, tenía bastante mala fama en el campus.

—¿En serio? —La expectativa le provocó un hormigueo en el cuero cabelludo—. ¿Por qué?

—Parece que delató a otro chico por copiar. Al final expulsaron al otro estudiante, pero después de eso nadie tuvo muy buena opinión de Pemberthy; lo consideraban un poco imbécil.

—¿Recuerdas el nombre del otro chico?

—Déjame pensar… Se apellidaba como un dramaturgo famoso. Recuerdo haberme preguntado si eran parientes. ¿Shaw? ¿Wilde? No, alguien más viejo…

—¿Wycherley? ¿Sheridan? ¿Marlowe?

—¡Eso es! ¡Marlowe! Aunque no consigo recordar el nombre de pila del chico…

—¿Podría ser James?

—Quizás, no estoy seguro.

El agudo silbido creciente del calentador de agua atravesó el aire, y Erin sujetó el auricular del teléfono entre la oreja y el hombro mientras sacaba dos tazas del armario.

—Lo siento, papá, pero tengo compañía.

—No quiero entretenerte; atiende a tus invitados.

—Gracias por llamar; lo que me has explicado me ha resultado muy útil.

—Me alegra oírlo. ¿Erin?

—¿Sí? —repuso ella, mientras calentaba la tetera.

—Ten cuidado, ¿eh?

—Claro.

—Te quiero —añadió. Eso era raro; Erin no recordaba que su padre se lo hubiera dicho alguna vez.

—Yo también te quiero —respondió, y colgó.

No le quedaban pastitas en la despensa, pero sí que tenía una hogaza de pan portugués; a Farnsworth no le iba a hacer ninguna gracia que fuera integral, pero se lo comería. A su amiga le gustaba despotricar contra los que ella llamaba «idiotas obsesionados con la salud que se meten el tofu en vena», pero se comía cualquier cosa que le pusieran en el plato.

—¿Qué se cuenta tu padre? —preguntó Farnsworth mientras Erin disponía el té sobre la mesita de azulejos.

En cada azulejo el mismo artista había representado una ciudad europea diferente, y su madre había coleccionado uno por cada ciudad que había visitado: Roma, Bruselas, Viena, Praga. Finalmente, había comprado una mesita donde exhibirlos. Se la había dejado a Erin en su testamento, y ella se la había llevado a Yorkshire.

Cuando Erin le contó lo de la conexión con Eton, Farnsworth aplaudió como una niña.

—¡Qué buen móvil para el asesinato! ¡La venganza! Como Darcy y Wickham, un resentimiento latente por agravios pasados, solo que en este caso se vuelve mortal. James Marlowe mata a Sylvia para vengarse de Jerome, y se las arregla para que parezca que su muerte está relacionada con algún conflicto de la sociedad.

—Es más Poe que Austen, ¿no crees? —dijo Erin, mientras removía la tetera—. ¿Y por qué hacerlo ahora, después de tanto tiempo?

Fuera de la casa se oyó el agudo grito de un halcón tras abalanzarse sobre un desafortunado ratón de campo que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

—Me alegro de que estés aquí —dijo Erin.

Las sombras empezaban a espesar mientras Erin y Farnsworth revisaban las notas manuscritas de Sylvia sentadas a la mesa de la cocina.

—«No hay duda de que la amistad es el mejor bálsamo para las heridas del amor no correspondido» —citó Farnsworth.

—¿Por qué dices eso?

—Es evidente que estás enamorada.

—De eso nada.

Farnsworth la miró y se rio.

—Solo te falta colgarte un cartel del cuello.

Erin la ignoró y fingió examinar las actas.

—Y el detective no puede salir con una sospechosa, ¿verdad? —No soy una sospechosa.

—Todos somos sospechosos hasta que encuentren al asesino.

—Pues lo mejor es que vayamos al grano —espetó Erin con firmeza.

Repasaba el montón de papeles extendidos ante ellas; sin embargo, hasta el momento no había encontrado nada prometedor, solo páginas de actas de reuniones rutinarias. «Se discutió el presupuesto anual. Los miembros acordaron un aumento del cinco por ciento en las cuotas para cubrir el coste del baile de disfraces», y así sucesivamente.

—Mira esto —señaló Farnsworth, y le mostró una hoja con un número de teléfono garabateado en la esquina superior derecha. Erin reconoció el prefijo, pertenecía a la ciudad de York. Debajo leyó un nombre: ANTONIA MORELLI. Me pregunto quién será.

—Para eso está Google —señaló Erin, y abrió el navegador de su ordenador. Al teclear el nombre, obtuvo varios resultados, uno de los cuales era un enlace a la Universidad de York—. Bingo —dijo, antes de pinchar el enlace—. Es profesora del Departamento de Lenguas.

—Mmm —musitó Farnsworth, que miraba por encima de su hombro—. Me pregunto si conoce a Jerome Pemberthy.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Erin echó mano del teléfono fijo.

—¿La vas a telefonear?

Erin asintió.

—¿Hola? —dijo cuando respondió una voz femenina—. ¿Hablo con Antonia Morelli?

—Soy Antonia —aclaró la mujer con un pronunciado acento italiano—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Siento molestarla, pero quisiera saber si conoce a Jerome Pemberthy.

Se hizo un silencio, y en ese momento, Erin supo que había algo entre Antonia Morelli y Jerome Pemberthy. Inventó una historia, fingió ser una exalumna que lo buscaba y puso fin a la conversación.

—¿Y bien? —se interesó Farnsworth.

—¿Qué haces el lunes?

—¿Salvo alimentar gatos? Nada.

—¿Te apetece ir de excursión a York?

Alguien llamó a la puerta. Erin se levantó de un salto a abrir y encontró a Polly de pie en su umbral. Llevaba unos pantalones rojos cortos por debajo de las rodillas, unos calcetines negros largos y un forro polar verde, que hacía resaltar su cabello rubio.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, al ver los cortes y moretones de Erin.

—Me caí de la bicicleta.

—¿Quieres ayuda para atrapar al asesino de Sylvia?

—¿Quién te dijo que yo estaba…?

Polly puso los ojos en blanco y acompañó el gesto con todo el cuerpo, parecía una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

—¡Lo sabe todo el pueblo, por el amor de Dios!

Cuando estaba con Erin, a la niña le gustaba usar frases que su padre nunca le dejaría decir en casa.

—Todo el pueblo, ¿eh? —repitió Erin.

—Más o menos. Pensé que podrías necesitar una ayudante.

—Pues ven conmigo.

Erin abrió la puerta y entraron juntas por la tienda, cruzaron la sala de estar y llegaron a la cocina. Al ver a Farnsworth, la niña pareció decepcionada.

—Vaya. Ya tienes una ayudante.

—Cuantas más, mejor —afirmó Erin.

—Hola, Polly —la saludó Farnsworth—. Qué grata sorpresa. ¿Qué te trae por aquí en este hermoso día?

—Voy a ayudar a Erin a atrapar al asesino.

—Ya veo. —Farnsworth miró a Erin de soslayo—. Una especie de detective júnior, ¿eh?

—¿Puedo usar tu ordenador? —preguntó Polly.

—¿Para qué necesitas ahora un ordenador? —Quiso saber Farnsworth.

—Ya verás. ¿Está conectado a internet?

—Sí —le aseguró Erin.

—¿Por casualidad sabes la dirección de correo electrónico de Sylvia?

—La tengo en mi lista de contactos. —Erin abrió su cuenta de Gmail—. Ahí está.

Polly entornó los ojos para mirar la pantalla.

—LadycatherinedebourghIV.

—Qué apropiado.

Farnsworth resopló. A ella no le gustaban los ordenadores, no

tenía dirección de correo electrónico y apenas sabía qué era un navegador.

—Sí que se parecía a *lady* Catherine, ¿verdad? —dijo Erin.

—Imagino que no sabrás la contraseña —indagó Polly.

—No.

—No te preocupes.

Los dedos de Polly volaban sobre el teclado.

—Esta no es —dijo, y negó con la cabeza—. Entonces no es su dirección… Probemos otra cosa. ¿Por casualidad sabéis su fecha de nacimiento?

—La verdad es que sí —respondió Farnsworth—. El 11 de octubre.

—¿Y el año?

—Me temo que eso nunca me lo confió. Sylvia era…, bueno, digamos que consideraba que la edad de una dama era un asunto privado.

—De acuerdo, veamos qué podemos hacer con eso —dijo Polly, que siguió tecleando con la cabeza agachada—. ¡Ya está! Estoy dentro.

—¿Has descubierto su contraseña así de rápido? —preguntó Erin.

Polly se encogió de hombros.

—La mayoría de la gente es perezosa y utiliza algo evidente, a pesar de saber que no deberían. He probado un par de combinaciones diferentes antes de encontrar la correcta: su cumpleaños, sin el año, todo en minúsculas.

—Esto no puede ser legal —supuso Erin.

Polly volvió a encogerse de hombros.

—Bueno.

Erin miró a Farnsworth.

—No creo que debamos…, quiero decir, es una violación de la intimidad, ¿no?

—¿Qué intimidad? —repuso Polly—. Está muerta.

—En parte tiene razón, querida —opinó Farnsworth.

—Está bien —asintió Erin—. Echemos un vistazo.

El buzón de Sylvia estaba lleno de los habituales mensajes de correo basura, además de los relacionados con asuntos de la sociedad. Erin leyó los que la presidenta había enviado justo antes de morir, pero nada le parecía sospechoso o fuera de lo común.

Después de unos minutos, Polly dijo:

—Tengo hambre. ¿Puedo comer algo?

—Sírvete tú misma —respondió Erin, sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Algo interesante? —le preguntó Farnsworth, mientras, Polly, en la cocina, saqueaba el frigorífico de Erin.

—De momento nada.

—Mira la carpeta de elementos enviados.

—Buena idea —aceptó Erin, mientras se desplazaba por la lista.

Le llamó la atención un correo dirigido a Jonathan Alder. La fecha era de dos días antes de la muerte de Sylvia. Lo abrió. Era breve pero revelador.

«No te preocupes: tu secreto está a salvo conmigo».

—Mira esto —le dijo a Farnsworth.

Su amiga silbó por lo bajo asomada por encima de su hombro.

—¿Crees que se refiere a…?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Bueno, una cosa es segura, ahora que está muerta su secreto está a salvo con ella.

Erin se quedó mirando la pantalla. «Tu secreto está a salvo conmigo». A decir verdad, pensó, nadie estaba a salvo en Kirkbymoorside.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Erin pasó el domingo despachando en su tienda, que estaba más concurrida de lo habitual. Sospechaba que el asesinato de Sylvia tenía mucho que ver, pues llevaba varios días siendo la historia principal en todos los canales de noticias locales. Varias personas le preguntaron si conocía a Sylvia, a lo que ella respondió que sí, pero no mucho, lo que, técnicamente, era la verdad.

La mañana del lunes, llamó varias veces al despacho de Jerome Pemberthy en la universidad, pero le saltó directamente el buzón de voz. Su plan de que Farnsworth la llevara a York para localizar a la misteriosa Antonia Morelli cambió cuando el mecánico la llamó para decirle que su coche estaba listo. Farnsworth se hizo la decepcionada, pero Erin creía que en realidad no tenía muchas ganas de conducir, pues encontrar estacionamiento era muy complicado, y Farnsworth no podía caminar largas distancias: más de medio kilómetro ya la agotaba.

Erin decidió visitar a James Marlowe antes de partir. Todavía tenía el cuello rígido, y, aunque movía el hombro con más facilidad, se llevó el cabestrillo por si acaso. Lo que no le había contado a nadie era que le habían salido varios moratones por la clavícula y la parte superior de los brazos, probablemente de golpearse con el manillar al caer. Al acomodarse en el asiento delantero, se alegró de reencontrarse con su cochecito. Sintió el impulso de bajar la capota, aunque sabía que hacía demasiado frío para sentirse cómoda.

La carnicería de James Marlowe estaba tan ordenada como de costumbre, tenía los tarros de mermeladas y encurtidos alineados como centinelas en relucientes estanterías blancas y, al entrar en la tienda, el olor a patatas hervidas y ternera salteada se coló en sus fosas nasales. Erin no vio a Marlowe al entrar, pero, en cuanto se oyó el tintineo de la campanita que colgaba de la puerta, el carnicero regresó de la trastienda, ataviado con un inmaculado delantal blanco y un trapo azul y blanco en las manos.

—Hola, Erin —la saludó con alegría—. ¿Qué te pongo?

—¿Tienes un par de minutos para hablar sobre Sylvia?

Se puso serio, pero se recuperó rápidamente y rio con ironía.

—Polly no logró convencerte de que no soy un asesino despiadado, ¿eh?

—Solo tengo un par de preguntas que quizás me puedas aclarar.

—¿Me das un momento? Es lunes y estoy preparando pastel de cordero.

—Huele bien.

—Los clientes vienen a por él cada semana, así que debo de estar haciendo algo bien.

—Tendré que probarlo.

—Entro un momento a bajar el fuego. No tardaré —le prometió Marlowe, y desapareció tras una cortina burdeos que separaba el frente de la tienda de la parte de atrás.

Erin oyó como trasteaba entre ollas y sartenes para reaparecer enseguida sin el delantal.

—Veamos, ¿cómo puedo ayudarte?

—Tengo entendido que fuiste a la escuela con Jerome Pemberthy.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi padre. También fue a Eton.

—El mundo es un pañuelo, ¿eh? —entonó el carnicero mientras pequeñas gotas de sudor se formaban bajo el cuello de su impecable camisa blanca.

—Se rumorea que Pemberthy tuvo mucho que ver con tu expulsión.

Marlowe apretó los dientes y soltó otra risa, aunque menos convincente.

—La única persona que «tuvo algo que ver» con mi expulsión fui yo mismo. No puedo culpar a nadie más.

—Pero él… —comenzó a decir Erin.

—Sí, él me delató, pero me lo merecía.

—Si no es muy personal, ¿por qué…?

—Yo tengo…, tenía… la necesidad compulsiva de complacer a los demás. Quería sacar buenas notas para que mis padres se sintieran orgullosos. Irónicamente, es la única vez en mi vida que copié, y me pillaron. Me está bien empleado.

—¿Entonces no le guardas rencor?

—Jerome Pemberthy no me cae especialmente bien, pero eso no tiene nada que ver con nuestra época de estudiantes.

—¿Y con qué tiene que ver, si no te importa que pregunte?

—Con el hecho de que es un pedante engreído y un abusón.

—¿Ya era así en la escuela?

—Las personas no cambian. —Sacó otro delantal inmaculado de un cajón del alto armario blanco que había detrás del mostrador y se lo ató a la cintura—. Eso es una fantasía promovida por la industria de la autoayuda y la telerrealidad.

—Eso suena cínico.

—Solo realista —afirmó, al tiempo que golpeaba una pierna de cordero sobre la mesa de carnicero. Empuñó una macheta afilada, la dejó caer sobre la carne, y la cortó por la mitad de un único y certero golpe—. Y yo no fui el único a quien delató, por cierto. Hubo otros.

—¿Sabes quiénes eran?

—Sucedió cuando yo ya me había ido, me enteré después. Pero te diré una cosa: Jerome Pemberthy encontró la profesión perfecta para un narcisista. Allí su enorme ego recibe toda la atención que necesita.

—¿Te refieres a la Universidad de York?

—Como «profesor erudito» puede cultivar la admiración de

jovencitas sin experiencia que no tienen ni idea.

Cogió un cuchillo delgado y puntiagudo, y comenzó a recortar la grasa de la carne mediante movimientos hábiles y expertos.

—¿Estás diciendo que mantiene relaciones con sus estudiantes?

Marlowe soltó una risotada corta y aguda.

—No sabría qué hacer con una mujer ni aunque su vida dependiera de ello. Lo que anhela es admiración. El sexo es demasiado complicado, demasiado personal, por no mencionar que es demasiado exigente. Muchas emociones confusas —explicó, y arrojó unas tiras de grasa en una cesta de metal.

—¿Entonces no le guardas rencor?

Dejó el cuchillo y se apoyó en la pulida mesa de carnicero.

—La vida es demasiado corta para esas tonterías. Tengo dos hijos maravillosos que perdieron a su madre. ¿Por qué me arriesgaría a privarlos también de su padre?

Erin tuvo que admitir, al mirar sus sinceros ojos azules, que no tenía buenas razones para dudar de él. Su discurso parecía muy sincero, y lo que sentía por sus hijos parecía genuino.

—Son unos niños encantadores —le aseguró al carnicero.

—A ellos también les gustas —respondió Marlowe, antes de coger el cuchillo y volver a su trabajo.

Sonó la campanita que colgaba de la puerta, y Erin se volvió hacia la anciana que entraba en la tienda.

—Buenos días, señora Dobbins. —Marlowe la saludó con un gesto amistoso—. Enseguida estoy con usted.

—Muchas gracias por tu tiempo —dijo Erin—. Lo valoro de veras.

—Ven algún día a por pastel de cordero, invita la casa.

—Lo haré. Gracias.

El carnicero se secó las manos con un trapo blanco limpio.

—Hasta que no cojan al culpable, nadie está realmente a salvo en este pueblo.

Al subirse al coche para conducir hacia York, le vino a la cabeza un verso de un poema de Emily Dickinson.

«El corazón quiere lo que quiere».

A veces, pensó, lo que el corazón quiere es muy muy malvado.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

York estaba a menos de cincuenta kilómetros y, generalmente, se tardaba alrededor de una hora en llegar, así que Erin se detuvo en un *pub* de carretera para comer pescado con patatas fritas por el camino. Se sintió tentada de pedir una pinta, pero temía que incluso con una sola bebida pudiera superar el límite legal, así que optó por una limonada. Estaba más cansada de lo habitual, tal vez a causa de sus lesiones, así que complementó la comida con un café doble.

Cuando hubo recuperado fuerzas, partió hacia la histórica ciudad de York. Aunque había recorrido muchas veces la muralla medieval que la rodea, siempre se emocionaba al verla. Deseaba curiosear en las librerías de Micklegate Street, pero tenía una misión y no había tiempo para eso. Podría haber evitado el centro por completo, ya que el campus universitario se construyó junto a un lago al sur de la localidad, técnicamente en el pueblo de Heslington, pero quería ver la ciudad.

Mientras cruzaba con el coche la estrecha Micklegate Bar, la torre normanda que se alza sobre la calle que lleva su nombre, observó las cruces talladas en la piedra e imaginó hordas de normandos arrasando una ciudad que ya había sido invadida por romanos y daneses. Dio un pequeño rodeo para ver su lugar favorito en York, una calle medieval empedrada conocida como The Shambles. Era un atractivo turístico, con sus antiguos edificios de madera, muchos de

ellos propios del viejo estilo Tudor. No parecía haber un solo ángulo recto en ninguna de las casas, y las segundas plantas torcidas se cernían sobre la calle como si estuvieran a punto de desplomarse sobre los adoquines en cualquier momento.

Siguió su camino hasta llegar a Heslington, un atractivo pueblo de edificios de ladrillo rojo situado justo al sur de la ciudad. El Departamento de Historia estaba ubicado en el campus occidental más grande, y el despacho de Antonia Morelli se encontraba en un edificio anodino de ladrillo frente a la acogedora casita con el techo de paja conocida como The Warren. Erin estacionó en el aparcamiento público y revisó sus notas. Según la secretaria del departamento, el horario de atención de la profesora Morelli era de lunes a jueves de doce a cuatro de la tarde, y apenas faltaban unos minutos para las dos, así que, con suerte, ella estaría allí. Al aparecer sin previo aviso, Erin podría sorprenderla, y quizá eso le diera cierta ventaja.

Después de subir el tramo de escaleras hacia los despachos de la facultad, Erin encontró el despacho de Morelli al final de un luminoso pasillo, donde el suelo de baldosas pulidas reflejaba la luz del sol que entraba a raudales por las claraboyas del techo. Se protegió los ojos de la luz para leer la placa en la puerta.

ANTONIA MORELLI
ESTUDIOS MEDIEVALES
HORAS DE ATENCIÓN: 12-16 L/J

Erin respiró hondo y llamó a la puerta.

—¿Quién es, por favor?

Era la misma voz que había escuchado por teléfono, grave y líquida, con un pronunciado acento italiano.

—Hola, he venido por lo del profesor Pemberthy.

—¿Tiene cita?

—No.

—Un momento, por favor.

Erin creyó oír a Morelli hablando con alguien, parecía que estaba al teléfono. A continuación se oyó un taconeo y, cuando se abrió la puerta, apareció una mujer delgada, de cabello oscuro, de unos cuarenta años. Tenía un rostro largo y leonino, con labios carnosos, los ojos oscuros en forma de almendra y una nariz larga y elegante. Parecía la encarnación de una princesa de algún friso egipcio.

—¿Profesora Morelli? Soy Erin Coleridge.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con recelo.

—¿Puedo pasar?

—Tengo una reunión a las tres.

—No le robaré mucho tiempo.

Morelli volvió a su despacho sin decir una palabra y dejó la puerta abierta, cosa que Erin tomó como una invitación para seguirla dentro. El despacho estaba decorado con austeridad y buen gusto: frente a las estrechas ventanas con entramado había una estantería que contenía libros de historia y cerámica italiana. En el centro de la habitación vio una alfombra floral de color crema con enredaderas verdes de la que brotaban florecillas; en un extremo descansaba un pequeño sofá de color óxido y, en el otro, el escritorio de Morelli. Erin se preguntó cuáles de los objetos de decoración los habría proporcionado la universidad y cuáles pertenecerían a Morelli.

La estancia transmitía la impresión de que la profesora era una persona organizada y controlada, imagen que reforzaba la propia mujer, que lucía un vestido gris corto, tacones y una chaqueta carmesí: Antonia era la elegancia personificada. Tenía el cabello liso y moreno, y lo llevaba recogido en un moño apretado en la base de la nuca; se notaba que se había puesto crema hidratante, pues su piel tostada brillaba ligeramente, y lucía un discreto maquillaje aplicado a la perfección, incluso el pintalabios rojo coral. A Erin le asombraban las mujeres que usaban pintalabios a diario, pues las pocas veces que había decidido ponérselo parecía haberse borrado en minutos.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Morelli, que se sentó detrás de su escritorio y cruzó las piernas enfundadas en unas

medias negras—. Por favor, siéntese —agregó, señalando el sofá carmesí.

—Tengo entendido que conoce al profesor Pemberthy.

Erin se arrellanó en el sofá, que era más bajo de lo que parecía, y los muelles crujieron bajo su peso.

—Es mi colega, sí.

—Yo vivo en el mismo pueblo que él y su mujer.

—Pobre mujer… Qué tragedia. Todos nos sentimos fatal por lo ocurrido. —Pero su comportamiento no sugería nada de eso: su voz proyectaba la misma emoción que transmitía cualquiera al leer una receta para hacer panecillos con pasas—. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—En realidad, él es sospechoso del asesinato de su mujer…

—¡Eso es ridículo! Jerome no le haría daño ni a una mosca —aseguró, y sacudió la mano en el aire como si ahuyentara al molesto insecto.

—Parece haber desaparecido, lo que hace que la policía piense que es culpable.

—¡Ja! —exclamó con desdén—. Los detectives británicos son incluso más estúpidos que la *polizia* italiana.

—¿Puede ayudarme a localizarlo?

—He hablado con él por teléfono justo antes de que usted entrara.

—¿Dónde está?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—¿Sabe si le había hecho un seguro de vida a su mujer?

—¿Por qué habría de saberlo yo?

—Porque usted es su querida.

Morelli se puso muy seria y luego se echó a reír.

—Qué anticuado suena eso de querida. ¿De verdad los británicos seguís utilizando esa palabra?

—¿Qué palabra usaría usted?

La profesora se encogió de hombros.

—Soy su amante. O al menos lo fui. Jerome ha estado distante

desde la muerte de su mujer.

—¿Cree que lo hizo él?

Morelli se reclinó en la silla y cruzó sus delgados brazos.

—¿Por qué debería seguir respondiendo a sus preguntas?

—Si no lo hace, podría acabar hablando con un detective de la policía.

—¿Trabaja usted para ellos?

—Sí —mintió Erin—. Soy su enlace civil.

Como estaba algo familiarizada con los complejos y enigmáticos elementos de la ley italiana, pensó que podría salirse con la suya gracias a esa afirmación tan disparatada.

La profesora Morelli frunció el ceño.

—¿Y eso qué es?

—¿Prefiere que coja el teléfono y les diga que no quiere cooperar?

—No, espere —pidió, y se mordió el labio—. Sí, le había hecho una póliza de seguro, a través de la universidad.

—¿Sabe por qué cantidad?

—Me dio la impresión de que era alta. Pero él no mató a su mujer.

—¿Está segura?

—Simplemente no creo que Jerome sea capaz de tal barbarie.

—Gracias, profesora Morelli; valoro su cooperación. —Erin se levantó del sofá—. Ah, una cosa más: ¿conoce a Carolyn Hardacker? Antes daba clase en el Departamento de Arte.

Morelli sacó una lima de uñas y se limó la punta de una de sus perfectas uñas.

—¿Hardacker…? ¿Es una mujer negra muy guapa?

—Sí.

—Fui a una de sus inauguraciones. Una artista con mucho talento.

—¿Sabe por qué dejó la universidad?

—Se rumoreaba que tuvo que ver con el consumo de drogas. Pero, por favor, no comente que se lo he dicho.

—No… No lo haremos —aseguró Erin.

Cruzó la corta distancia que la separaba de la puerta y, cuando la abrió, se encontró con Jerome Pemberthy allí plantado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el profesor con el ceño fruncido.

El primer impulso de Erin fue echar a correr, pero la intensidad de la furia en los ojos del profesor le aflojó las rodillas, y no estaba segura de ser capaz de correr aunque quisiera.

—Solo pasaba por aquí —aseguró; sin embargo, se dio cuenta de que esa explicación caería en oídos sordos.

Comenzó a retroceder muy despacio, pero Jerome la sujetó del brazo, la arrastró hacia adentro y cerró la puerta del despacho.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Erin tuvo que esforzarse mucho para tranquilizar a Jerome con ayuda de Antonia Morelli, quien, por alguna razón, parecía haberse puesto de su parte.

—¡Claro que no lo hiciste! —le dijo Antonia—. Pero ¿por qué no la escuchas?

—Es absolutamente ridículo —le espetó Jerome a Erin—. Si crees que el motivo fue el dinero, deberías concentrarte en ese cura pretencioso.

—¿El reverendo Motley?

—Tenía cien mil razones para matar a Sylvia.

—¿A qué te refieres?

—Ella dejó cien mil libras para su iglesia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Antonia.

—Acabo de salir del despacho de nuestro abogado, donde se ha leído el testamento de Sylvia.

—No sabía que Sylvia fuera tan religiosa —confesó Erin.

—No lo era.

—Entonces es bastante extraño, ¿no?

—Con esa cantidad hay suficiente para pagar las reparaciones de ese puñetero carillón, además de construir una nueva ala que llevaría su nombre. Esa era una de las estipulaciones del testamento.

Erin se preguntó qué influencia ejercía el reverendo sobre Sylvia.

—La policía ha intentado ponerse en contacto contigo —le

advirtió Erin a Jerome—. Quizá deberías devolverles las llamadas.

—¿Por qué?

—Porque, si no lo haces, pareces culpable, tonto —apuntó Antonia, antes de encenderse un cigarrillo.

—Antonia tiene razón —convino Erin—. Piensan que te has dado a la fuga.

Jerome resopló.

—¿Darme a la fuga? ¿De verdad piensan con clichés sacados de películas de los años treinta?

—¿Qué significa esa expresión? —preguntó Antonia—. ¿Tiene algo que ver con una fuga de agua?

—Solo significa «escapar» —aclaró Erin.

—Ah.

Le dio una calada a su cigarrillo y el humo brotó en largas columnas por entre sus labios carmesíes. Erin se preguntó si Jerome iba a decir algo, pues hoy día ya no se podía fumar en la mayoría de los edificios públicos.

—Es muy malo, lo sé —admitió Antonia al ver la reacción de Erin —. Pero soy italiana.

—Muchas gracias a ambos por vuestro tiempo —repuso Erin, que tomó su comentario como una señal para irse.

Jerome asintió con brusquedad; sin embargo, Antonia parecía lamentar su partida.

—Ha sido un placer conocerte —le aseguró—. Buena suerte con tu investigación.

—Gracias.

Erin cerró la puerta al salir del despacho. Se quedó un momento en el pasillo, con la esperanza de escuchar algo útil, pero los únicos sonidos que procedían de la habitación eran murmullos bajos y algo que parecían besos. Luego, los muelles del sofá crujieron, y Erin se marchó de puntillas por el pasillo para dejar que los enamorados se entregaran a sus travesuras de la tarde.

Cuando ya se encontraba al norte de la ciudad, Erin llamó a Farnsworth por el móvil y le contó todo lo que había descubierto.

—Eso es muy interesante —observó su amiga—, porque he estado investigando, y la iglesia tiene en problemas económicos.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Digamos que Polly tiene algo que ver con ello.

A Erin no le gustaba la idea de que Polly estuviera involucrada en la investigación; no era seguro. Pensó que se lo explicaría todo a Farnsworth y Polly cuando regresara y se paró frente a un *pub* de carretera, pues había olvidado ir al servicio en la universidad y en ese momento se sentía algo incómoda.

Cuando estacionó en el aparcamiento, un halcón solitario volaba en círculos sobre su cabeza en busca de presas. Erin se estremeció y se ciñó mejor el abrigo al entrar en el establecimiento, justo cuando una nube ocultó el sol en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

—¿Vas a contarle a la policía lo que has descubierto? —preguntó Farnsworth cuando Erin terminó de responder todas sus preguntas sobre su investigación en York.

Ella y Farnsworth estaban sentadas a la gran mesa de la cocina con Polly mientras el sol se ponía por el cielo de occidente y proyectaba haces de luz rosa y dorada a través de las ventanas.

—Si lo hago, insistirán en seguirme.

—¡Pero es evidente que estás en peligro!

—Me las arreglaré.

—¡Eres tan terca! —exclamó Farnsworth, mientras una gata atigrada amarilla y gordita se dirigía rápidamente hacia una bolsa de croquetas que ella había dejado en el aparador.

Erin había llegado justo después de la hora de la comida y Farnsworth aún no había guardado toda la comida para gatos.

—Yo estoy con ella —afirmó Polly mientras Farnsworth apartaba la bolsa.

—¡No, señora Bennet! —la reprendió Farnsworth—. Es una glotona —añadió, y puso la bolsa a salvo en un armario alto—. ¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó a Polly.

—Que, si se lo dice a los polis, le pondrán el bozal.

—No es ningún perro, querida —advirtió Farnsworth.

—Polly tiene razón —dijo Erin—. Tengo que estar libre para ir por mi cuenta. Tendré que encontrar una forma de decírselo de manera

anónima.

—¿Y eso qué significa? —se interesó la niña.

—Significa que no sabrán que la información proviene de ella —aclaró Farnsworth.

—Yo puedo ayudarte con eso —se ofreció Polly.

—Ya has hecho más que suficiente —respondió Erin—. No quiero involucrarte más.

—¡Es que es tan divertido! —Polly hizo una mueca y se cruzó de brazos.

—Ahora no vayas a ponerte de malhumor —dijo Farnsworth.

—¡No es justo!

—La vida no es justa, querida.

—¿De qué va eso de que Sylvia donó dinero a la iglesia? —preguntó Erin—. Da la impresión de que esté interpretando el papel de *lady* Catherine frente al señor Collins del reverendo Motley.

—Sí, sin duda, pero la pregunta es ¿por qué? —dijo Farnsworth.

—Quizás solo quiera ser recordada —sugirió Polly—. Ya sabéis, para que le pongan su nombre a un edificio.

—Pero podría ser algo más siniestro —opinó Erin—. Tengo que irme —añadió, mirando por la ventana—. Ya casi ha anochecido.

—Déjame seguirte para asegurarme de que llegas a casa a salvo —se ofreció Farnsworth.

—De eso nada. Vamos, Polly, te dejaré en casa.

—Está bien.

—Llámame cuando llegues —le pidió Farnsworth.

—No es…

—Llámame.

—De acuerdo —prometió Erin—. Vamos, Polly.

Al cruzar por el pueblo vieron que habían preparado la hoguera en el centro de la plaza. Se recortaba contra el cielo oscuro, como la joroba de una gran bestia, siniestra y amenazante.

—¿Irás a la fiesta? —le preguntó Erin a Polly.

—No me la perdería por nada.

—¿James Chester también irá?

—Si no hace algo para que lo castiguen.

Erin sonrió.

—Casi parece que esperes que lo haga.

—Es que no quiero tener que cuidarlo.

Estaba demasiado oscuro para verle la cara; sin embargo, Erin imaginó a Polly poniendo los ojos en blanco.

Cuando llegó a su casa, después de dejar a la niña, el atardecer había dado paso al crepúsculo y la pálida luna se alzaba por el oeste. La casa de campo se erguía frente a ella, con los aleros oscuros recortados contra la luna plateada. Normalmente, Erin dejaba la luz de la entrada encendida, pero ese día lo había olvidado; estaba nerviosa, aunque no quería admitirlo. Le empezó a doler el hombro y se lo frotó mientras llegaba al final del camino de entrada. Aparcó en la parte delantera y apagó las luces del coche; de repente deseaba no tener que entrar en esa casa oscura ella sola. Cuando cerró la puerta del coche vio como las sombras parpadeaban y danzaban por la fachada. Normalmente su casa le resultaba cálida y acogedora; sin embargo, esa noche había algo escalofriante en el aire y Erin tembló al ver las ventanas vacías.

Dudó antes de abrir la puerta. Al empujarla, se dio cuenta de que nunca había sido consciente de lo fuerte que chirriaba. Entró, y percibió el olor a eucalipto y manzanas. Tenía un antiguo aguamanil de cobre lleno de eucalipto junto a la puerta principal; sin embargo, la casa había olido a manzanas desde el primer día que la vio, y esa era una de las muchas razones por las que se había enamorado de ella. Pero esa noche olía a humedad y, cuando llegó a la sala de estar, abrió una ventana a pesar de que era una noche fría.

Llamó a Farnsworth.

—Creo que estás cometiendo un error al estar sola, cielo. ¿Tienes un arma?

—El atizador de la chimenea.

—¿Por qué no duermes con él junto a la cama?

—De acuerdo.

—Por favor, llámame a primera hora de la mañana.

—Lo prometo. Buenas noches.

Cuando colgó, Erin fue a apagar la luz de la puerta principal. Algunas de las pocas polillas que quedaban a finales de octubre aleteaban perezosamente alrededor del tenue resplandor hasta que se acercaron tanto que se consumieron, incineradas por aquello que buscaban con tanto ardor.

CAPÍTULO CINCUENTA

—«Cualquier persona, ya sea dama o caballero, que no sepa disfrutar de una buena novela debe de ser terriblemente estúpida e insoportable». Puede que Prudence Pettibone tuviera el brazo derecho escayolado, pero su fervor por citar a Jane Austen seguía intacto. Ese martes por la tarde, reclinada en la *chaise longue* de Erin y envuelta en su manta burdeos, parecía una auténtica duquesa que se hubiera adueñado de toda la atención. A su alrededor, como si de tres cortesanas se tratara, estaban Erin, Farnsworth y Hetty sentadas en las sillas del patio, con sendas tazas de té apoyadas sobre las rodillas, pues habían quedado para hablar sobre la inminente reunión de la sociedad en la que se elegiría un nuevo presidente. El termómetro había subido durante la noche y, ante esa nueva ola de tiempo inusualmente cálido, Farnsworth había decidido que celebrarían su reunión improvisada al aire libre.

La discusión había pasado de los crímenes a las novelas sobre crímenes, y Prudence aprovechó la ocasión para llevarse la conversación a su terreno y deleitar a sus compañeras con sabrosos fragmentos de sabiduría que solo ella (a través de Jane Austen) podía ofrecer. Dado que se había adueñado del papel de inválida que sufre con valentía, ninguna de las presentes podía hacer mucho para detenerla sin parecer una sinvergüenza desalmada.

El complejo ritual de Hetty a base de suspiros y continuos movimientos nerviosos tuvo poco impacto en Prudence, quien

continuó parloteando, sin duda animada por los analgésicos que le habían recetado en el hospital.

—Aunque tener una experiencia cercana a la muerte hace que una aprecie todo tipo de cosas, salvo los placeres de la literatura —siguió diciendo mientras agitaba su cucharita en el aire como si dirigiera un coro invisible.

—¿Qué más se aprecia? —preguntó Farnsworth, animándola.

Prudence no captó su tono irónico y mordió el anzuelo.

—Oh, Dios, ¡tantas cosas! El sabor de las tostadas con mermelada; por cierto, esto está riquísimo —le dijo a Erin, que les había servido panecillos crujientes con mantequilla fresca.

—La mermelada es mía —apuntó Hetty, con una expresión petulante en su rostro brillante.

A Erin le sorprendía muchísimo no haber visto jamás a Hetty sin su «pintura de guerra», como decía su madre.

—La mermelada también está muy buena —concedió Prudence.

—Es de bayas de saúco —informó Hetty.

—Eso pone en el tarro. —No había duda de que Pru estaba molesta por la grosera interrupción de su monólogo—. Por supuesto —continuó con grandilocuencia—, estar tan cerca de la muerte hace que una tome conciencia de los seres queridos que se han ido.

—¿Como Sylvia, por ejemplo? —preguntó Farnsworth, con un brillo travieso en los ojos.

Prudence guardó silencio un momento y fulminó a Farnsworth con la mirada antes de continuar.

—Estaba pensando en mi querida madre, ya que preguntas —espetó.

En la esquina de su ojo apareció una única lágrima, que se quedó suspendida en equilibrio allí, desafiando la gravedad.

—Sin embargo, ya que mencionas a Sylvia, lo cierto es que mi pobre madre murió de una manera muy parecida.

Erin mantenía la muerte de su propia madre a una distancia cómoda, como si de un traje sucio se tratara, y, como no tenía ganas de participar de los recuerdos melancólicos de Pru, se levantó de la

silla.

—¿Alguien quiere más té?

—Yo tomaré un poco —repuso Hetty, sin ofrecerse a ayudar.

—Mi querida madre, que Dios la tenga en su gloria, dejó esta tierra demasiado pronto —se lamentó Prudence, con los gestos trágicos de una gran diva.

Farnsworth se cruzó con la mirada de Erin y articuló la palabra «Vicodin», y esta escapó a la cocina cruzando la puerta principal de la casa justo cuando la voz de Pru ascendía hasta adoptar un dramático *crescendo*. Erin se sentía incómoda por saber lo de la enfermedad de Winton; y era evidente que él aún no se lo había contado a su mujer. Pensar en ello la conectaba demasiado con sentimientos sobre su madre que se había esforzado mucho por reprimir, así que se concentró en preparar el té en su acogedora cocina.

Regresó con la tetera recién hecha justo cuando la bicicleta roja de Polly Marlowe se tambaleaba al subir por el camino de entrada, o lo poco que quedaba de él, pues las últimas lluvias habían convertido la superficie, ya de por sí fangosa, en una especie de pantano, y los profundos surcos engullían casi por completo los neumáticos de Polly. La niña evitó una caída por los pelos cuando pedaleaba por la capa de barro más profunda.

—Qué oportuna —exclamó Erin cuando Polly desmontó y apoyó la bicicleta contra los cimientos de piedra del pequeño cobertizo al lado de la casa—. Acabo de preparar otra tetera.

—Tu camino de entrada da miedo —advirtió Polly—. ¿Puedo ayudarte a llevar algo?

—¿Por qué no coges una taza de té para ti? O una de las grandes, si lo prefieres.

Polly desapareció en el interior de la casa y regresó al poco con una taza en la que ponía la mejor hija del mundo en grandes letras negras.

—Hola, señoras —saludó antes de sentarse en una de las sillas libres.

—Hola, Polly —dijo Farnsworth.

—¿De verdad lo eres? —preguntó Prudence.

—¿Soy qué? —Quiso saber Polly.

—La mejor hija del mundo —aclaró Pru, señalando la taza.

Polly se encogió de hombros.

—Esta es la taza de Erin. Yo soy la peor hija del mundo.

—Seguro que eso no es cierto —afirmó Farnsworth con amabilidad y volvió a mirar a Erin, que negó con la cabeza porque no creía que fuera apropiado mencionar el estado medicado de Pru frente a una niña de diez años.

Además, le gustaba bastante esa versión un poco salvaje e impredecible de Prudence. Erin observó como su amiga disfrutaba del té allí sentada con una boina de lana negra que lucía con un estilo atrevido. La Prudence de siempre jamás se pondría una boina, y mucho menos con tanto estilo. Hetty la miraba con desaprobación, molesta por la atención que estaba recibiendo su amiga.

—¿Te duele mucho?

Polly señaló su brazo enyesado.

—No hay que quejarse —respondió Prudence con heroísmo y un pequeño resoplido.

—¿Acaso te crees la puñetera reina? —murmuró Hetty entre dientes, pero lo dijo lo suficientemente alto como para que Erin la oyera.

Prudence se volvió hacia Hetty.

—¿Qué?

—¿No deberíamos hablar sobre la próxima reunión de la sociedad? —Se apresuró a preguntar Erin.

—Sí —convino Farnsworth—. Para eso estamos aquí.

—¿Quién creéis que se presentará a la presidencia? —preguntó Hetty.

Prudence dejó el té y bostezó.

—Winton piensa que debería apuntarme.

Hetty la miró.

—*¿Tú? ¡Será* una broma!

Pru la miró con una expresión herida.

—No veo por qué te sorprende tanto.

—¿No tienes miedo de que te envenenen? —preguntó Polly.

Prudence frunció el ceño.

—¿No deberías estar en la escuela?

—Hoy solo hemos ido medio día porque había reunión de profesores —explicó Polly mientras balanceaba las piernas por debajo de la silla.

—¿Dónde está James Chester? —se interesó Farnsworth.

—Papá lo ha obligado a quedarse en casa para que acabara sus deberes, aunque yo creo que solo está de mal humor.

—¿Por qué? —preguntó Hetty, más animada.

Farnsworth le había contado a Erin que, durante un tiempo, Hetty se había interesado por James Marlowe, hasta que el carnicero dejó claro que no compartía su pasión. Como todavía estaba resentida por aquello, Hetty parecía disfrutar de cualquier mala noticia sobre él.

—Ese detective se pasó por la tienda ayer, y, cuando se marchó, mi padre parecía molesto —confesó Polly.

—¿Qué dijo para molestar a tu padre? —preguntó Erin.

—No lo explicó… Solo parecía enfadado de verdad. —Polly se acercó el azucarero—. En cualquier caso, me prohibió ir a lo de esta noche porque es demasiado peligroso.

—¿Peligroso? —repitió Prudence.

—¿Tiene miedo de que se produzca otro envenenamiento? —Quiso saber Erin.

Polly se encogió de hombros y se sirvió más azúcar.

—No lo sé.

—Eso no tiene sentido —comentó Hetty con desdén—. Quienquiera que lo haya hecho iba a por Sylvia, no a por toda la sociedad.

—Pero ¿qué hay del coche que nos sacó de la carretera? —le preguntó Pru a Erin muy nerviosa—. Y a ti cuando ibas en bicicleta…, ¿crees que los incidentes están relacionados?

—Obviamente —opinó Farnsworth—. Es evidente que alguien está…

Erin la miró y negó con la cabeza para advertirle que no alarmara a los demás, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué? —preguntó Hetty, que parecía aterrorizada—. ¿Alguien intenta qué?

—Nada —repuso Farnsworth.

—¡Farnsworth! —siseó Prudence—. ¡La niña!

—No te preocupes por mí —aseguró Polly—. He oído cosas peores en Nickelodeon.

Pru se puso un poco pálida y se volvió hacia Erin.

—¿Crees que es seguro?

Erin miró hacia el campo que se extendía por detrás de su casa. Una suave brisa levantó las ramas del viejo sauce que se inclinaba con elegancia sobre el antiguo puente de madera. Costaba imaginar que un lugar de tal belleza bucólica hubiera engendrado a un envenenador sin corazón, pero también sabía que el mal anidaba en los paisajes más hermosos.

Se volvió de nuevo hacia sus amigas, que la miraban con expectación.

—Para ser sincera, reconozco que no lo sé.

Deseaba tener palabras más reconfortantes para ellas; sin embargo, la verdad era que un asesino aún merodeaba por las onduladas colinas de los páramos de Yorkshire.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Cuando sus amigas se marcharon, Erin se recostó en el sofá con la intención de descansar los ojos; sin embargo, cuando despertó una hora después, había llegado el momento de ir a la reunión. Fuera, el cielo amenazaba lluvia y estaba tan encapotado que no se veía ni una sola estrella a través del velo de nubes.

Entró en la sala de reuniones de la iglesia y la encontró casi a la mitad de su capacidad. Oyó el bullicio de voces mientras bajaba las escaleras; la mayoría de sus amigas ya habían llegado. Hetty Miller se había puesto unos vaqueros ajustados y una blusa que dejaba entrever un buen canalillo, y estaba de pie junto a Prudence, tan desaliñada como siempre con un cárdigan marrón que le quedaba al menos dos tallas grande. Ambas coqueteaban con Jonathan Alder, que estaba muy atractivo con un suéter negro y vaqueros. Winton Pettibone aguardaba a un metro de todo el mundo, se lo veía tan fuera de lugar como de costumbre.

Farnsworth la saludó desde el otro lado de la sala, justo cuando Erin notó el peso de una mano en el hombro. Cuando se dio la vuelta se encontró al reverendo Motley mirándola con una sonrisa radiante a través de sus llorosos ojos azules.

—Me enteré de tu desafortunado accidente. ¿Cómo estás?

—Mejor, gracias. Y no fue un accidente.

—¡Dios mío! —exclamó, pero Erin pensó que no parecía muy sorprendido—. ¿Quieres decir…?

—Alguien me atropelló deliberadamente.

Antes de que pudiera responder, Erin se deslizó entre las sillas plegables para sentarse junto a Farnsworth.

—No somos las únicas que han tenido la brillante idea de presentarse temprano. —Farnsworth sacó un termo de una gran bolsa floreada de Tesco—. Al menos yo he venido preparada; dado que no habrá servicio de té, solo lo podemos traer de casa.

—Eres un tesoro.

El detective Hemming estaba apoyado contra la pared al fondo de la sala, en silencio y con los brazos cruzados, y desde allí observaba a los miembros a medida que llegaban. En lugar de llevar el traje y la corbata de siempre, se había puesto una camisa de franela roja y negra sobre unos pantalones negros. A Erin se le apelmazó la garganta al verlo y se mareó un poco, pero luego recordó que no había cenado.

—¿Has traído algo para comer? —le preguntó a Farnsworth.

Su amiga puso los ojos en blanco.

—¿Es que no sabes con quién estás hablando?

—Voy a reformularlo. ¿Qué has traído para comer?

Farnsworth sonrió y sacó una barra de pan y un trozo de queso Saint-André de la bolsa de Tesco. Erin respiró el aroma del queso suave y cremoso.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto te quiero?

—Y para los que cuidan su salud… —anunció Farnsworth antes de sacar una manzana y un racimo de uvas *concord*.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Rompería demasiados corazones. Y hablando de rompecorazones, el señor Wickham a las tres en punto.

Erin se giró y vio que Jonathan Alder se acercaba con cierta timidez.

—Hola —la saludó—. Por un momento me ha dado la sensación de que me estabas evitando.

—Para nada —mintió Erin.

Ya se sentía lo bastante confusa por lo que sentía por el detective

Hemming, y no quería tener que preocuparse también por Jonathan. Pero su presencia le provocó un escalofrío de placer.

—¿Qué motivo podría tener alguien para evitarte a ti? —repuso Farnsworth con un tono insinuante, con un deje de ironía. Aunque con Farnsworth a veces costaba distinguirlo—. ¿Te apetece un poco de queso y fruta?

—Gracias, pero ya he comido —dijo el profesor, que miraba a su alrededor mientras entraban los asistentes. La sala se estaba llenando; no había tantas personas como en la última reunión, pero sí más que de costumbre—. Esta noche podríamos presenciar unos buenos fuegos artificiales.

—¿Quién crees que es el candidato con más posibilidades de hacerse con la presidencia? —preguntó Farnsworth.

—Ni siquiera sé quiénes se presentan.

—¿Por qué no te presentas tú? —propuso Hetty, que se acercó tranquilamente a ellos.

Miraba a Jonathan como si fuera un bistec caro; prácticamente babeaba.

—¡Cielos, no! —exclamó el profesor, sonrojándose.

—No hay duda de que gozas de la popularidad suficiente —afirmó Hetty—, al menos entre las damas.

—Y no tienes muchos puntos negativos, ya que nadie sabe mucho de ti —observó Farnsworth.

—No sabría decirte…

—Es verdad —convino Hetty—. Eres un hombre muy misterioso. Nadie sabe siquiera de dónde eres.

—¿Me disculpáis un momento? —terció Jonathan—. Lo siento, pero tengo que ir al servicio antes de que empecemos.

—Cuando la naturaleza llama, hay que responder —afirmó Hetty.

—Interesante —comentó Erin, que consultó su reloj cuando él se marchó—. Todavía faltan diez minutos para que empiece la reunión.

Farnsworth lo tenía claro:

—Es evidente que evita hablar de sí mismo.

—Qué raro —opinó Hetty—. A la mayoría de las personas les

encanta hablar de sí mismas.

—Definitivamente es como el señor Wickham —comentó Farnsworth—. No se puede confiar en él. Yo tendría cuidado si estuviera en tu lugar —le dijo a Erin.

—Yo no… —comenzó a decir Erin; sin embargo, su atención se desvió enseguida cuando advirtió a Winton y Prudence Pettibone, sentados a una mesa plegable y enfrascados en una conversación.

Se preguntó si él finalmente le estaría contando lo de su enfermedad, aunque parecía un sitio raro para eso.

Farnsworth siguió la dirección de su mirada.

—¿Te preguntas de qué estarán hablando?

—Pru está desesperada por postularse para presidenta —dijo Hetty mientras se hacía con un trozo de queso.

—Me cuesta imaginar que haya alguien que quiera el puesto ahora —confesó Farnsworth.

—¿Porque podría convertirse en la siguiente víctima? —preguntó la otra antes de morder una crujiente rebanada de manzana.

—Porque es un nido de víboras.

Una atractiva rubia atlética ocupó el asiento más próximo a la entrada. Llevaba unas enormes gafas de sol y un gran sombrero de ala ancha que ocultaban del todo su rostro; sin embargo, su firme y puntiaguda barbilla y su cuerpo tonificado sugerían una voluntad de hierro y una fuerte personalidad. Se concentró en su teléfono móvil, en el que tecleaba tan rápido con unos pulgares perfectos que a Erin se le fueron los ojos sin querer.

Vestía un impermeable de plástico rojo ceñido a su cintura de avispa, y llevaba una de esas mochilitas de piel que solían utilizar las mujeres de ciudad más estilosas. Lucía unos tacones demasiado altos para ser cómodos, los labios perfectamente pintados y la manicura recién hecha: era un escaparate de caprichos caros cuidadosamente elegidos por la imagen y no por su utilidad.

—¿Quién es esa? —susurró Farnsworth.

—No tengo ni idea —admitió Erin.

Algunos minutos después, la mujer se levantó y se dirigió al aseo

taconeando por el suelo pulido, y Erin se preguntó por qué no se le había ocurrido antes, pues, de repente, el parecido le resultaba evidente.

Era la hermana de Suzanne Becker.

Cuando la mujer se acercaba al pequeño vestíbulo que conducía a los servicios, Kurt Becker salió del lavabo de hombres. Al verla, frunció el ceño, aunque no pareció del todo sorprendido de verla. Intentó pasar de largo, pero ella le agarró el brazo y tiró de él para llevarlo a un aparte.

—*Was hast Du getan?* —preguntó.

Negaba con la cabeza, sin que se le moviera ni un solo cabello del perfecto peinado.

—*Ich habe Dir gesagt, dass es nicht mein Schuld ist* —respondió Kurt en voz baja.

—*Unglaublich*.

La mujer respondió con una expresión de desdén en su rostro terso y Kurt desapareció por la escalera. Continuó su camino hacia el servicio de mujeres, de donde salió algunos minutos después con los labios recién pintados de nuevo. Cuando volvió a la sala, se detuvo a la altura de Erin y Farnsworth.

—Me parece que no nos han presentado. —Les tendió una mano delgada—. Soy Katrine Auer, la hermana de Suzanne.

—Encantada de conocerte —dijo Erin al estrechársela. Estaba fresca y seca, tenía la piel polvorienta, como si se hubiera echado talco—. Soy Erin Coleridge, y esta es Farnsworth Appleby.

—Farnsworth. Un nombre un poco raro para una mujer, ¿no? —preguntó Katrine con una sonrisita.

—Soy una mujer rara —repuso Farnsworth—. ¿Dónde está Suzanne?

—No se encuentra bien. Tengo entendido que ha habido mucha emoción por aquí últimamente.

—¿Así lo llamáis en Alemania? —dijo Farnsworth—. Aquí lo llamamos asesinato.

Katrine frunció el ceño, pero enseguida reemplazó la mueca de

su terso rostro por una sonrisa forzada.

—Será mejor que vaya a elegir sitio antes de que empiecen —dijo Katrine—. Un placer conoceros.

—Menuda creída —murmuró Farnsworth—. Tú hablas alemán. ¿De qué iba eso?

—Ha dicho «¿Qué has hecho?» —respondió Erin—. Y él ha contestado que no era culpa suya.

—Qué interesante. ¿Crees que hablan de la muerte de Sylvia?

—Ojalá lo supiera.

Justo en ese momento, Carolyn y Owen Hardacker entraron en la sala. Carolyn llevaba un sencillo vestido largo de lino negro y el cabello suelto sobre los hombros: se la veía frágil y ojerosa; y Owen lucía tan ceñudo que invitaba a guardar las distancias.

Carolyn se acercó a Erin, abrió el bolso de piel y sacó *El manual del envenenador*.

—Lo siento mucho. El otro día estaba hojeando este libro en tu tienda y terminó en mi bolsa. Tenía la intención de devolvértelo, aunque, si lo prefieres, estaré encantada de pagártelo.

—No es necesario —le aseguró Erin, y se guardó el libro en la mochila.

Era evidente que la explicación era cosa de Owen, y Erin no pensaba decir nada que pudiera avergonzar más a Carolyn.

—Bien. —Owen inclinó la gorra en dirección a las damas—. Ahora que está todo aclarado, ¿vamos a sentarnos?

—Adelántate tú, querido, me reuniré contigo en un momento —dijo Carolyn.

Su marido se encogió de hombros y obedeció, y Erin pensó que, cuando se trataba de su esposa, Owen era completamente inofensivo.

Entonces vio que Jonathan se acercaba a ellas, pero, en lugar de hablar con ella, se dirigió a Carolyn.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal, pero creo que está funcionando —aseguró Carolyn.

—Me alegro. —Le estrechó la mano.

—No sé cómo agradecértelo.

—Ya lo has hecho.

—Ha valido cada centavo. —Carolyn lo abrazó antes de regresar a su asiento de la última fila junto a su marido.

—¿De qué iba eso? —susurró Farnsworth—. ¿Qué valió cada centavo?

Erin se levantó, fue a hablar con Jonathan y, un par de minutos después, regresó para sentarse junto a su amiga.

—¿Qué has descubierto?

—Carolyn no le pagaba deudas de juego, le paga sesiones de hipnosis.

—¡Por su adicción! —exclamó Farnsworth—. Entonces eso explica lo que oíste.

—¡Silencio! No grites tanto —le pidió Erin—. Por lo visto, Jonathan tiene la formación necesaria para ejercer la hipnosis terapéutica.

—¿Crees que podría ayudarme a perder peso? —comentó Farnsworth esperanzada justo cuando Kurt Becker subía por la escalera con una expresión impasible en su rostro delgado.

Un par de personas se susurraron algo al oído al verlo pasar y tomar asiento cerca del fondo. Se cruzó de brazos y se sentó con gesto pétreo, mirando al frente.

El agente McCrary entró en la sala justo después y se encaminó muy decidido hacia el detective Hemming, con el que entabló una conversación discreta. Erin se esforzó por oír lo que decían, pero estaban demasiado lejos y, además, el agente estaba en medio, por lo que no pudo ver la reacción del detective.

—Me pregunto por qué ha venido la poli —observó Farnsworth—. Quizás saben algo que nosotros no sabemos.

Owen Hardacker se acercó al frente de la sala y carraspeó.

—En cuanto haya silencio empezaremos —propuso—. Como expresidente, me han pedido que dirija la sesión de esta noche. Ya sabéis que el motivo de esta reunión es elegir a un nuevo presidente de la sociedad, así que me gustaría abrir el turno para las

nominaciones.

Mientras hablaba, Erin miró hacia arriba y vio que James Marlowe entraba sigilosamente en la sala. El carnicero le dedicó una rápida sonrisa y ocupó el asiento más próximo a la puerta.

—Veamos —continuó Owen—, ¿hay alguna nominación?

Hetty levantó la mano.

—Nomino a Jonathan Alder.

—Yo apoyo la nominación —gritó Farnsworth.

Erin miró a su alrededor, pero no había ni rastro de Jonathan.

—Bien —dijo Owen—. ¿Alguna más?

—Yo nomino a Prudence Pettibone —dijo Winton en voz baja.

Erin estiró el cuello para ver la reacción de Pru, pero le tapaba el agente McCrary.

—Yo la secundo —terció James Marlowe.

—Muy bien —dijo Owen—. ¿Más nominaciones?

Se hizo el silencio.

—Bien —dijo—. Votos a favor de…

Y entonces resonó un trueno ensordecedor. Las luces parpadearon, luego temblaron y, finalmente, se apagaron. Se oyó un murmullo entre la multitud, y la voz del reverendo Motley se alzó por encima del ruido general.

—¡Mantengan la calma! ¡Hay velas arriba!

A continuación se oyó un grito al otro lado de la sala, cerca de la escalera, que parecía la voz de un hombre, y el sonido de un cuerpo desplomándose en el suelo. Erin rebuscó nerviosa en el bolsillo de la mochila y sacó una linterna, la encendió, se levantó de su asiento y se dirigió hacia el lugar del que había procedido el sonido. Un rayo de luz mucho más potente brilló por detrás de ella, y Erin se dio la vuelta hacia el agente McCrary, que se acercaba linterna en mano. También distinguió al detective Hemming y al sargento Jarral, que lo seguían de cerca.

Erin siguió la dirección del haz de la linterna con la vista y vio a Jonathan Alder tendido en el suelo, a sus pies. Lo primero que pensó fue que había muerto, pero, para su alivio, el profesor se movió y se

incorporó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Me han atacado —explicó mientras se frotaba el cuello—. Alguien me ha golpeado en la cabeza.

Las luces titilaron de nuevo y se encendieron. Erin parpadeó a causa de la repentina claridad y miró a Jonathan, que seguía sentado en el suelo. Junto a él vio una maceta rota y el suelo lleno de tierra. Enseguida se dio cuenta de que la flor marchita que yacía entre el barro, las raíces y los trozos de cerámica era una *Phalaenopsis schilleriana*, la orquídea mariposa, la misma de la que había conseguido el esqueje para Prudence.

Erin miró al detective Hemming, que estaba muy serio.

El inspector observó a la multitud atónita antes de decir:

—Que nadie salga de la sala.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

El miércoles por la tarde, Erin estaba de pie ante la ventana de su cocina y contemplaba los suaves campos que se extendían por detrás de su casa. La lluvia, después de haberse desahogado, había dejado paso a la brillante luz vaporosa del sol, y el paisaje estaba bañado por una suave luz amarilla tan luminosa que parecía haber sido retocada con Photoshop. Las hojas relucían, la hierba centelleaba, y los intensos tonos verdes exuberantes destronaban la desgastada y polvorienta pereza otoñal del día anterior. Era como si Kirkbymoorside, tras encontrar una amante, se estuviera preparando para salir por el pueblo en una impresionante exhibición de esplendor vespertino.

Ni que decir tiene que el ataque a Jonathan había puesto fin a la reunión. Erin fue de las últimas en marcharse, justo antes de medianoche, y no fue porque estuviera bajo sospecha, sino porque se quedó por allí con la esperanza de oír algo por casualidad. Pero se llevó un desengaño, pues los interrogatorios se hicieron en la planta de arriba, en la sala de estar, a puerta cerrada. Al final se marchó con muy poca información, solo sabía que Jonathan no había visto a su agresor, pues el apagón duró lo suficiente como para que el asaltante tuviera tiempo de sobra para escapar a otra parte de la sala.

Había pasado el día revisando pruebas, tomando notas y analizando posibles teorías, cada una de las cuales parecía tener un

fallo determinante. Terminó frustrada, pues no sentía que se hubiera acercado más a la solución. Tiró los restos del café por el fregadero, fue al cuarto de herramientas y se puso las botas y una chaqueta, se subió al coche y derrapó por el camino de entrada, al girar en dirección a la casa de Farnsworth.

—Ah —dijo Farnsworth cuando abrió la puerta—. Has llegado un poco antes de lo que esperaba. El hervidor de agua todavía no está caliente.

Erin sonrió.

—¿Tan predecible soy?

—No para todos. Apuesto a que ese detective tan atractivo te encuentra bastante seductora y misteriosa.

—Pero tú…

—Para mí, eres como un libro abierto —repuso mientras calentaba la tetera.

Acababan de dar las cuatro, la hora a la que Farnsworth solía prepararse un té.

—He hecho una lista —anunció Erin, que rebuscaba en su mochila— de quiénes son los sospechosos más viables y por qué.

—Ah, por cierto, ha llamado Pru.

Farnsworth llenaba de té la tetera con una antigua cuchara de plata. A Erin no le hubiera sorprendido descubrir que en aquella granja no había nada que tuviera menos de cincuenta años.

—¿Qué quería? ¿Winton ya ha hablado con ella?

—No creo, pero se siente sola. Por lo visto, Winton se ha ido a esa puñetera hoguera sin ella.

—Eso no es propio de él.

—¿Crees que podríamos pasar por allí? Tiene el brazo enyesado y no puede conducir.

—Claro, ¡vamos!

Se tomaron el té a toda prisa y enseguida se encontraron sentadas frente al fuego en la antigua casa de piedra de los Pettibone, frente a una botella de coñac. Habían ido en sendos coches, ya que Erin quería pasar por la hoguera, en parte porque

estaba segura de que el detective Hemming estaría allí.

—He pensado que esta noche necesitaríamos algo más fuerte —comentó Prudence, mientras les servía dos dedos del líquido ambarino a cada uno.

—Salud —dijo, y alzó la copa.

—Salud —respondió Erin mientras notaba el delicado ardor del brandi al bajar por su garganta.

—Está muy bueno. —Farnsworth olió el licor—. ¿A Winton no le parece mal?

Prudence tomó un buen trago de coñac y se limpió la boca.

—Se lo tiene merecido, por ir a la hoguera sin mí.

—¿Querías ir? —preguntó Erin.

—No, pero no pensé que iría sin mí.

—Generalmente es tan atento… —dijo Farnsworth—. No estarás enfadada, ¿verdad?

—Supongo que me siento un poco frágil en este momento.

Se quedó mirando las llamas de hito en hito. Erin se preguntó si Winton le habría contado lo de su enfermedad, pero no parecía probable, pues lo primero que haría Pru después de recibir una noticia como esa sería coger el teléfono y contárselo a sus amigas.

—¿Dónde está Hetty? —preguntó Erin.

—Ella también ha ido a la fiesta —explicó Prudence antes de lanzar un puñado de leña al fuego—. Dice que es un buen sitio para conocer hombres.

Farnsworth se echó a reír.

—Me imagino a Hetty en el hospital, en su lecho de muerte, pensando que es un buen sitio para conocer hombres.

—¿Y qué pasa con el reverendo? —preguntó Erin.

—Hetty dice que coquetear con otros hombres ayudará a mantenerlo interesado.

Farnsworth rio.

—Algunas cosas no cambian nunca.

Excepto cuando sí lo hacen, pensó Erin, que se preguntó cómo le iría a Pru sin Winton. ¿Por qué aún no se lo había dicho?

—¿Qué hay de ti? —le preguntó Pru a Farnsworth—. ¿Preferirías estar en la fiesta?

—¡Dios santo, no! Esa clase de libertinajes me producen dolor de cabeza.

—Erin, sé buena y trae otra botella, ¿quieres? —le pidió Pru—. Está en el botellero del garaje. Puedes usar las botas de agua que hay junto a la puerta de la cocina.

—Claro.

Erin se alejó de la calidez del fuego a desgana y fue hacia la cocina en calcetines. Se puso las botas de agua que encontró perfectamente alineadas junto a la puerta trasera y salió a la creciente penumbra, donde algunas estrellas solitarias brillaban en un cielo opaco, y una tórtola murmuraba con delicadeza desde los arbustos de laurel. La tormenta de la noche anterior había dejado un aire fresco, y la suave brisa transportaba el olor a fertilizante y heno de los campos circundantes.

Erin cruzó la corta distancia que separaba la casa del garaje y abrió la puerta lateral sin traba, entró y prendió el interruptor de la luz. En el interior de la estructura, con cabida para dos vehículos, vio un pequeño coche compacto blanco. Los Pettibone tenían dos coches, y Erin supuso que Winton se había llevado el otro a la fiesta. Percibió un olor a gasolina, heno y aceite de motor que le recordó al cobertizo de su padre.

El garaje era un modelo de orden, todo estaba en su sitio. De la pared del fondo colgaba un gran tablón con herramientas de jardinería y el equipo de techador de Winton, y el contorno de cada uno de los aparejos estaba dibujado con rotulador, cosa que facilitaba encontrar el sitio correcto de cada uno. Al parecer faltaba un objeto, solo se veía el contorno negro. Daba la impresión de ser un palo largo con una hoja corta y curva en un extremo; Erin advirtió que la silueta correspondía a un martillo de techador, una herramienta propia de ese oficio.

¿Por qué motivo un obsesivo del orden como Winton no había vuelto a colocar la herramienta en el lugar correspondiente? Presa

de un impulso, Erin se agachó para inspeccionar el parachoques delantero del coche. Vio una mancha roja, se arrodilló para mirar más de cerca y descubrió que el lateral del parachoques estaba abollado y tenía una mancha más grande que lo atravesaba. Era pintura, roja como un camión de bomberos. Al principio no quiso creerlo, pero, al examinarlo con mayor detenimiento, le empezaron a temblar las rodillas.

En un cegador segundo, todo encajó: la muerte de la madre de Pru; el envenenamiento de Sylvia, con síntomas muy similares; los ataques, primero a su coche y luego a ella, acciones de un hombre desesperado y moribundo cuyo único deseo era proteger y controlar a la mujer que adoraba. Con las manos temblorosas y la garganta seca como el papel, Erin cogió una botella de vino del estante y salió tambaleándose del garaje de regreso a la casa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

—Pero acabas de llegar —se lamentó Prudence cuando Erin anunció de pronto que se iba.

—Lo siento, se me olvidó; prometí reunirme con alguien en la hoguera —murmuró Erin mientras se ponía la chaqueta.

—¿Y quién es? —preguntó Farnsworth con un guiño cómplice—. ¿Cierto detective de policía, quizás?

—Emm, sí —convino Erin, solo para ponerle fin a la conversación.

La cabeza le daba vueltas; tenía que llegar a la hoguera. No estaba segura de qué iba a hacer una vez allí, salvo buscar al detective Hemming y explicarle lo que había descubierto.

—Desde luego, no quisiéramos entrometernos en eso, ¿verdad? —dijo Prudence.

—Me paso después a ver cómo vais.

—Oh, no te preocupes por nosotras; estaremos bien —aseguró Farnsworth—. Yo cuidaré de Pru y me aseguraré de que no se tome todo el coñac.

—Genial —dijo Erin al salir—. Nos vemos luego —gritó mientras cerraba la puerta.

Cuando Erin llegó al aparcamiento público y anduvo las dos manzanas hasta la plaza del pueblo, la celebración estaba en pleno apogeo. Había hombres disfrazados de bufones dando los últimos retoques a la enorme pila de troncos y leña, tan alta que Erin apenas podía ver los edificios que asomaban por detrás. A medida

que se acercaba, empezaron a encender las antorchas con las que prendieron las cuatro esquinas de la gran montaña de madera. Las llamas saltaban, crepitaban y consumían con avidez el aire y la madera, hasta que toda la pila estuvo envuelta en llamas. Erin buscó a los policías, pero, como no los vio, se adentró en la multitud.

Peter Hemming estaba en un extremo de la plaza del pueblo y observaba a los juerguistas que llegaban por parejas o grupos de tres o más personas. Se acercaban riendo y charlando a la enorme montaña de madera del centro de la plaza. La bulliciosa cordialidad le recordaba cuán solitaria se había vuelto su vida, no tanto por elección como por negligencia; sin embargo, mientras observaba a los felices y parlanchines fiesteros, no podía imaginarse siendo uno de ellos, pues se sentía más cómodo en el papel de observador.

—Es todo bastante primitivo, ¿verdad, señor?

Se volvió hacia los sargentos Jarral y Harris, que aguardaban a su lado.

—A mí me recuerda a *El hombre de mimbre* —opinó el sargento Harris.

—¿Qué es eso? —preguntó Jarral.

—Es una película de terror clásica de los setenta —dijo Hemming —. Va de sacrificios humanos.

—Estaba basada en algo que decían los romanos, pues creían que los celtas ejecutaban a los criminales encerrándolos en gigantescas efigies de madera y quemándolos vivos —explicó Harris.

Jarral negó con la cabeza.

—Eso es horrible.

—Solo era propaganda romana —afirmó Hemming—. No hay pruebas de que los celtas hicieran eso.

Sin embargo, sintió un escalofrío por la espalda cuando los hombres disfrazados empuñaron sus antorchas y prendieron fuego a las cuatro esquinas de la pila de madera.

Mientras los tres hombres observaban cómo las llamas rojas se

elevaban y se propagaban, consumiendo la madera con avidez, los tambores sonaban cada vez más rápido y más fuerte.

—¡Detective Hemming!

Se volvió hacia Erin Coleridge, que corría hacia él con el pelo suelto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Sé… quién es… el asesino —dijo jadeando.

Un grito de alegría surgió de la multitud cuando alguien arrojó un puñado de petardos al fuego. Estos estallaron y chisporrotearon, escupiendo serpentinas multicolores al aire en un estallido de chispas arcoíris. El detective miró a Erin, que respiraba con dificultad, con el cabello alborotado y el rostro pálido a la luz del fuego.

—Está aquí —afirmó—. Y tenemos que detenerlo… ahora.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

A pesar de que el detective Hemming le había advertido a Erin que mantuviera la distancia, ella los seguía de cerca. El miedo y la emoción se debatían en el fondo de su estómago, pues todo lo que estaba sucediendo era bastante terrible, pero emocionante al mismo tiempo. Al pasar junto a un grupo de personas que festejaban, Erin observó sus rostros, pero no reconoció a ninguno de ellos. Entre la multitud había un gran número de turistas, residentes de pueblos cercanos y varios extranjeros, pues, desde que el festival había comenzado a aparecer en sitios turísticos en línea, había aumentado mucho la afluencia.

Un joven ebrio disfrazado de monje intentó rodearla con el brazo.

—Hola, guapa —balbuceó ebrio.

Erin lo apartó de un empujón, y él tropezó hacia atrás, donde lo recogieron sus compañeros.

—¡Oye! ¿Dónde está tu espíritu festivo?

—Piérdete —murmuró, sin dejar de avanzar.

Al ver que los policías estaban a una distancia considerable, decidió desviarse y buscar por su cuenta. Rodeó la hoguera en el sentido de las agujas del reloj para estudiar a los juerguistas, muchos de ellos llevaban máscaras y algunos iban completamente disfrazados. Los disfraces, sumados a la oscuridad de la noche, dificultaban discernir la identidad de cualquiera, y el ruido general —el rugido de las llamas, las canciones de los músicos callejeros, las

personas riendo, hablando y cantando— complicaba la posibilidad de distinguir alguna voz o conversación específica. Era como estar en un *pub* muy concurrido un sábado por la noche, solo que peor, debido a la oscuridad.

Se mantuvo en el perímetro exterior a la multitud caminando lenta pero decidida alrededor del círculo. Un par de agentes uniformados hacían guardia en el extremo izquierdo del parque, y Erin se encaminó hacia ellos, pero un par de chicos jóvenes que jugaban al pillapilla corrieron hacia ella sin prestar atención. Uno tropezó, cayó sobre Erin y la tiró al suelo. El golpe que se dio al caer la dejó sin aliento y enseguida notó un agudo dolor que le atravesaba el hombro lesionado.

Rodó sobre el costado y esperó a que disminuyera la ola de dolor inicial. Miró hacia arriba y vio las caras preocupadas de una pareja de mediana edad que lucían sendas túnicas de color verde cubiertas de hojas y ramas, rematadas con sombreros puntiagudos de color verde. La primera impresión que tuvo fue que debían de ser duendes o ninfas del bosque.

Ambos le tendieron la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer.

—Sí, gracias.

—Esos chicos deberían mirar por dónde van —opinó el hombre mientras su esposa la ayudaba a sacudirse la hierba y la tierra de la ropa—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, gracias; son muy amables.

Buscó a los oficiales uniformados, pero ya no los veía.

—¿Estás segura de que no quieres pasar por la carpa de primeros auxilios? —preguntó la mujer.

—No, estoy bien; gracias otra vez —repitió Erin, que se escabulló lo más rápido que pudo.

Ahora se movía con dificultad, pues las lesiones de su accidente en bicicleta se habían agravado con la caída. Tenía la impresión de que algo no andaba bien en su cadera derecha, y notaba un pinchazo de dolor con cada paso.

—¡Maldita sea! —murmuró mientras cojeaba hacia la periferia de la multitud.

Al otro lado del parque se alzaban algunos edificios relativamente solitarios, incluyendo el granero donde Hetty afirmaba haber presenciado el encuentro entre Jonathan y Sylvia. Algo la atrajo hacia ese lugar y se dirigió tan rápido como pudo en esa dirección. Al acercarse oyó unas voces sonoras procedentes del otro lado de la estructura y echó a correr dolorida y coja.

Al rodear el extremo más alejado del edificio, vio, bajo la débil luz de una pálida luna gibosa, a dos hombres enfrentados. Uno de ellos era Jonathan Alder. El otro era Winton Pettibone, al que resultaba fácil identificar incluso con la máscara negra de largo pico curvo. Empuñaba la larga herramienta de madera que Erin había echado en falta en su garaje. Winton la empuñaba por encima del hombro, y la corta cuchilla curva de su extremo brillaba iluminada a la pálida luz de la luna. Jonathan iba desarmado y estaba encogido contra la pared del granero.

—¡No! —gritó—. ¡Winton, no!

Se volvió hacia ella. Con aquella máscara negra picuda, parecía un cuervo siniestro.

—¡No te acerques más! ¡Esto es entre Jonathan y yo!

La voz de Winton, a pesar de ser más alta, seguía teniendo el mismo tono monótono de siempre; era como si ese hombre fuera incapaz de captar la tonalidad del habla normal.

—¿Qué puede haberte hecho Jonathan? —gritó Erin.

—¡Mi Prudence merece ser presidenta!

—¿Por eso mataste a Sylvia?

—¡Se creía tan superior y poderosa, tan por encima del resto de los mortales!

—¿Y esa es razón para envenenarla?

—¡Se lo merecía! ¡Y ahora él! —Sentenció Winton antes de volverse hacia Jonathan, a quien había acorralado entre el granero y la hoja de su arma.

—¡Winton Pettibone! ¡Queda detenido por el asesinato de Sylvia

Pemberthy!

Erin vio al detective Hemming corriendo hacia ellos, seguido del sargento Harris, y, al girarse, su pierna herida cedió, tropezó y cayó hacia Winton. Este la agarró a la velocidad del rayo, se movió mucho más rápido de lo que parecía capaz su cuerpo achaparrado, la sujetó y le pegó la cuchilla al cuello.

—¡Si da otro paso, le cortaré el cuello! —gritó con voz aguda.

—Déjanos ayudarte —ofreció Hemming mientras Jonathan corría para ponerse a salvo—. Podemos ayudarte.

—¡Mentira! ¡Ya sé cómo va esto! Todos me miráis por encima del hombro —espetó Winton enfadado—. ¡No tenéis ni idea de cómo es la vida real, con vuestros títulos elegantes y actitudes estiradas! ¡Las personas de verdad son las que trabajan con las manos, las que valoran la historia y la tradición!

—Estoy totalmente de acuerdo —convino Hemming.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Winton con amargura—. Te investigué, tus padres eran cerebritos de la universidad. Tú has ido para atrás en la vida.

El detective Harris dio un paso adelante.

—A mí me conoces, Winton, yo nunca te miraría por encima del hombro.

—Pero lo haces —lo acusó Pettibone, jadeando—. La gente piensa que no sé lo que sucede a mis espaldas, pero sí que lo sé. No me valoráis, y os reís de mi Prudy. ¡Ella vale más que todos vosotros juntos!

De reojo, Erin vio al sargento Jarral acercándose con sigilo por detrás del granero y rezó para que lo que tuviera en mente funcionara. Mientras tanto, Pettibone la agarró con más fuerza y ella notó el contacto de la hoja, fría y suave, en la piel. Intentó respirar hondo, pero sentía pinchazos en el hombro y sus piernas parecían de papel maché. Si Winton la soltaba, lo más seguro es que se desplomara en el suelo.

En ese momento sintió como le cedían las piernas y el peso de Winton sobre ella mientras caían al suelo con fuerza. Al volverse, vio

que el sargento Jarral los había derribado a ambos mediante un placaje de *rugby* desde atrás. Se alejó a cuatro patas lo más rápido que pudo y vio cómo Winton se tambaleaba tratando de levantarse sin soltar el martillo de techador. Se abalanzó sobre Jarral, que logró esquivar el golpe, pero, justo cuando Winton se recomponía para atacar de nuevo, el detective Hemming se lanzó contra el agricultor con un rugido. Pettibone se dio la vuelta, dibujó un amplio arco con el martillo y alcanzó al detective en las costillas con el extremo afilado. Erin no se dio cuenta de que estaba gritando hasta que Jonathan la agarró de los hombros para evitar que se metiera en la escaramuza.

Observó horrorizada cómo el detective Hemming caía al suelo sujetándose el costado, justo cuando llegaban dos agentes armados y protegidos con chalecos antibalas. Apuntaron a Winton con sus pistolas semiautomáticas y avanzaron hacia él.

—Suelta el arma antes de que alguien más resulte herido —ordenó el más alto de los dos.

Dio la impresión de que Pettibone iba a cargar contra ellos, pero entonces se deshinchó y dejó caer el martillo.

Una multitud se reunió a su alrededor y Jarral se volvió para gritar:

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

Pero Erin, que olvidó su dolor de pierna por el subidón de adrenalina, ya corría hacia la que estaba aparcada en un extremo del parque. Cuando llegó, los médicos ya habían encendido las luces.

—¿Dónde ha ocurrido el accidente? —preguntó el médico al mando, un joven alto y delgado con un bigotillo.

—¡Allí! —jadeó.

—¡Vamos! —Urgió a su compañera, una fornida mujer rubia de pelo corto.

La ambulancia aceleró hacia el lugar indicado con la sirena puesta y seguida del camión de bomberos, mientras Erin corría tras ellos a pie, sin ser consciente de sus propias lesiones. Cuando llegó, estaban metiendo al detective Hemming en la parte trasera del

vehículo. Los sargentos Jarral y Harris estaban cerca, hablando con el agente McCrary, que acababa de llegar y no dejaba de arrugar el bigote con nerviosismo.

—¿Puedo ir con él? —preguntó Erin.

—¿Es usted familia? —repuso la doctora.

—Sí —aseguró, y se sorprendió de lo poco que le costó mentir.

—Siéntate ahí —ordenó la mujer, y señaló un asiento junto a la camilla.

Erin se sentó, y la ambulancia se internó en la noche con un retumbar de sirenas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

—¿Cómo está? —preguntó el sargento Jarral cuando se reunió con Erin en la pequeña sala de espera de emergencias.

A continuación llegó el agente McCrary.

—Lo están tratando ahora —explicó Erin.

—¿Está consciente? —preguntó McCrary.

—Creo que sí. ¿Y qué hay de Winton Pettibone?

—Está bajo custodia. —El escocés negó con la cabeza—. Lo conozco desde hace años y siempre fue un tipo muy apacible. Nunca pensé que fuera capaz de algo así.

El doctor responsable entró en la sala. Era un hombre de unos sesenta años, recio y de piel oscura, tenía una mirada bondadosa y cansada que los contemplaba por detrás de unas grandes gafas con la montura negra.

—Hola, agente McCrary.

—Doctor Patel, me alegro de que se esté ocupando usted del detective —dijo el escocés—. ¿Qué nos cuenta?

—¿Se pondrá bien? —preguntó el sargento Jarral.

Erin se sintió conmovida por la urgencia que advirtió en su voz.

—Es un corte feo, pero ha tenido suerte. Debería recuperarse del todo, con el debido tiempo.

—¿Cuándo podemos verlo? —preguntó Erin.

—Pueden entrar ahora, pero no lo agoten, necesita descansar.

Siguieron al doctor Patel hasta el área de atención, donde su paciente yacía en una camilla con el pecho cubierto de vendajes blancos.

—¿Cómo se encuentra, señor? —se interesó Jarral.

Hemming esbozó una débil sonrisita.

—He tenido días mejores.

—Haría cualquier cosa para no trabajar, ¿eh? —bromeó McCrary.

—Hola, Erin —dijo Hemming.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre de pila.

—Hola.

—¿Y Pettibone? —le preguntó Hemming al jefe de policía—. ¿Lo atraparon?

—Sí —aseguró McCrary—. Lo confesó todo, supongo que sabe que el juego se ha acabado.

—Incluso admitió haber hecho la misteriosa llamada telefónica, señor —añadió Jarral.

—¿Dijo por qué lo hizo?

—Para despistarnos. Además, tuvo la idea descabellada de implicar a Hetty Miller, precisamente.

—¡Lo sabía! —exclamó Erin—. El perfume.

McCrary la miró con un temblor nervioso en el bigote.

—¿Qué perfume?

Erin explicó todo lo que sabía. Hemming escuchaba muy atento desde su cama de hospital, aunque, cuando la enfermera entró para echarlos, al detective ya se le estaban cerrando los ojos.

—El sargento Harris ha estado defendiendo el fuerte en la comisaría —explicó McCrary mientras el sargento Jarral se acomodaba en una de las sillas de plástico verde alineadas en la pared de la sala de espera—. Voy a ir a relevarlo. ¿Quiere que lo lleve hasta el hotel?

—Creo que me quedaré aquí un rato, si no le importa, señor.

—Me parece bien. La dejo a usted al mando para que lo vigile —le pidió a Erin.

—Lo haré —repuso ella con una sonrisa, aunque no estaba

segura de si se refería a Hemming o al sargento Jarral.

—Le llamaré al móvil pronto para saber cómo va todo —le dijo McCrary a Hemming.

—Cuando quiera, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con el detective Hemming? —preguntó Erin cuando el agente se fue.

—Este es nuestro primer caso juntos, señorita.

—Por favor, llámame Erin.

—Sí, señorita.

—¿Te gusta trabajar con él?

El sargento se acomodó en la silla y carraspeó.

—Es muy…

—¿Gruñón?

Jarral soltó una risita suave.

—Sí. Pero… se preocupa, ¿entiende, señorita?

—Erin.

—Se preocupa, Erin.

—Lo sé.

—Supongo que por eso es tan… intenso.

—Es probable.

—Me vendría bien un café. —Se levantó y se desperezó. Era bastante alto, medía casi metro noventa.

—¿Le traigo uno?

—Claro, gracias.

—Vuelvo enseguida. ¿Te quedas un rato?

—Sí —aseguró—. Creo que me quedaré.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Unos días después, Erin estaba sentada a la mesa de la cocina de Farnsworth, disfrutando de un café acompañado de cruasanes.

—Pobre Prudence —se lamentaba Farnsworth mientras acariciaba al gato atigrado naranja dormido en su regazo—. ¿Cómo está?

—Creo que todavía está conmocionada.

—¿De verdad que no estaba al corriente de lo que tramaba Winton?

—La engañó como a todos los demás.

—Pobrecita —repitió Farnsworth, y extendió un poco de mantequilla sobre un cruasán de almendra—. Supongo que nunca fue muy perceptiva. Siempre era la última en darse cuenta de las cosas. Soy incapaz de imaginar lo que debe sentirse al descubrir que tu propio marido envenenó a tu madre.

—Me parece que todavía no se lo cree, incluso aunque Winton lo confesara.

—Nunca se conoce del todo a las personas.

Farnsworth sacudió las migas sueltas al suelo y un par de gatos se acercaron a investigar, movieron la cola y olfatearon el suelo con esperanza antes de alejarse decepcionados.

—Hetty está con ella —dijo Erin—. La está apoyando mucho.

—Estoy segura de que se siente aliviada de que Pru ya no pueda alardear de su «matrimonio perfecto» ante ella.

—¡Farnsworth!

—Solo digo lo que sabe todo el mundo, cielo. Su amistad es competitiva; siempre lo ha sido, mucho antes de que tú llegaras.

—Pero se cuidan mutuamente.

—Así es.

—Los Pettibone parecían tan felices… —musitó Erin mientras se ponía nata en el café.

—Creo que sí, a su manera.

—Pero todo estaba basado en una mentira.

—No del todo. Winton la quería de verdad.

—Pero es un asesino.

—Eso no cambia lo que sentía por ella, ni lo hace menos real.

—Pero…

—¿Sabes…? —Farnsworth acarició al gato atigrado naranja que había saltado a su regazo—, antes pensaba como tú: que el amor solo puede existir de forma pura, entre dos seres perfectos.

—Perfectos no, pero…

—Lo que hizo Winton fue horrible, pero, a cierto nivel, fue una muestra de amor por su esposa.

—¿Qué es peor, la promiscuidad de Sylvia o esa forma de fidelidad de Winton? —preguntó Erin—. Al menos ella no mató a nadie.

—El amor tiene muchas formas, algunas de ellas oscuras y retorcidas.

—Winton sabía que se moría, y eso debió de desesperarlo más.

Farnsworth tomó un sorbo de café.

—Imagina que te importara tanto que tu esposa fuera presidenta de la Jane Austen Society.

—Esa no era la única motivación. Winton había matado antes.

—Pobre Jonathan. Ni siquiera quería ser presidente, pero Winton intentó matarlo de *todas* formas. Gracias a Dios que no lo consiguió.

Farnsworth sirvió más café para ambas.

—Las damas de la Jane Austen Society necesitan tener alguna fantasía.

—Hablando de fantasías, me pregunto qué hacían Jonathan y Sylvia detrás del granero en la fiesta del verano pasado.

—Ah, le pregunté, y dijo que estaban hablando sobre la adicción de Carolyn.

—¿Entonces Sylvia lo sabía?

—Sí, le explicó que era el motivo por el que Carolyn perdió su trabajo y le pidió que la ayudara. Por lo visto conocía sus habilidades con la hipnosis.

—En más de un sentido —repuso Farnsworth, y le guiñó el ojo—. Pero ¿ella y Carolyn no habían terminado para entonces?

—Sí, pero Sylvia le seguía teniendo cariño.

—Era una persona complicada. —Suspiró—. Parece mentira, pero la extraño.

—Yo también —reconoció Erin, que se estaba dando cuenta por primera vez—. Se le daba muy bien captar las emociones de todos. Era como un pararrayos.

—¿Y qué hay del «secreto» de Jonathan que ella estaba guardando? ¿De qué crees que iba eso?

—Probablemente fuera lo del crimen de su padre. Es evidente que él se ha esforzado mucho para ocultarlo.

—Hablando de secretos, un pajarito me dijo que Hetty y el señor Collins, me refiero al reverendo Motley, están hablando de fijar una fecha. Debo decir que nunca la vi como una Charlotte Lucas.

—Te concedo que el reverendo Motley es bastante parecido al señor Collins —convino Erin—, pero Hetty no tiene nada que ver con Charlotte Lucas. No es ninguna solterona; ha estado casada al menos tres veces.

—¿Se sabe con exactitud cuántos líos románticos ha tenido?

—Oí rumores sobre un cuarto, pero podrían decirlo solo por malmeter.

Oyeron un claxon fuera y se asomaron a la ventana, por donde vieron el maltrecho Citroën de Hemming. El detective salió despacio y algo dolorido por la puerta del pasajero.

—Sal a recibirlo —dijo Farnsworth.

—Pero…

—No ha venido a verme a mí, cielo.

Erin salió al resplandor del sol del mediodía que se filtraba a través del dosel de hojas muertas y moribundas aferradas a algunos árboles. Se acercó a Hemming protegiéndose los ojos.

—Hola —la saludó—. No estabas en la librería, así que he venido aquí.

—¿Cómo estás?

—Sobreviviré. Los médicos me dieron medicamentos para el dolor, así que estoy dejando que conduzca el sargento Jarral.

—Estoy segura de que estará encantado.

—Solo quería agradecértelo. Si no fuera por ti, bueno, digamos que agradezco tu ayuda.

—Lo hice encantada —repuso, y, en ese momento, fue muy consciente de los insistentes gorjeos del gorrión que se había posado en una rama baja de un roble de por allí—. ¿Puedo hacerte un par de preguntas sobre el caso?

—Claro.

—¿Cómo consiguió Winton atacar a Jonathan?

—Fue un impulso. Cuando las luces se apagaron como consecuencia de la tormenta, agarró la maceta y golpeó a Jonathan con ella.

—¿Entonces no fue él quien provocó el apagón?

—No, fue la tormenta, él solo se aprovechó.

—¿Pero cómo consiguió ver?

—Jonathan estaba de pie cerca de la maceta, y Winton usó una linterna diminuta para localizarlo. Con tanto caos y confusión, nadie lo notó.

—Recuerdo que tenía uno de esos bolígrafos con luz —comentó Erin—. La utilizó en su casa cuando estuve allí.

—Y confesó haber hecho la llamada anónima a tu casa; intentaba asustarte. Imagino que lo trasladarán directamente a un hospital penitenciario, porque no se encuentra bien y, después de haber confesado, dudo que haya juicio siquiera.

—¿Y supongo que simuló su propio ataque?

—Sí, a decir verdad, se golpeó en la parte posterior de la cabeza con una tabla para darle realismo.

—Y trató de implicar a la pobre Farnsworth diciendo que olía su perfume.

—No mencionó ese detalle, pero tiene sentido.

—Ahora que el caso ha terminado, tal vez pueda… volver a verte —dijo Erin con las orejas rojas.

—Pensaba que todas las mujeres de este pueblo estaban interesadas en Jonathan Alder.

El detective entornó los ojos al resplandor mientras el sol trepaba por el cielo.

—Pero tú te pareces más a Darcy.

—¿Ah, sí? —Hizo una mueca mientras cambiaba de posición—. ¿Y eso por qué?

—Porque eres frío y distante, como él.

—¿Me consideras frío y distante?

—Bueno, te advierto que no me lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que eres un trozo de pan.

La risa del detective sonaba triste y dulce, y a Erin le dieron ganas de abrazarlo.

—Si tienes razón, no sería un muy buen policía.

—¿Quién dice que lo eres?

—Ay. Eso es duro.

El sargento Jarral salió del coche y les hizo señas.

—Señor, el jefe Witherspoon al teléfono, quiere saber cuándo volveremos.

—Ya voy —respondió Hemming.

—Bueno —le dijo a Erin—, supongo que esto es una despedida.

—Adiós.

Erin lo miró al despedirse y tuvo la sensación de que le fallaban las rodillas. Le temblaban las manos, se moría por estrechar la de Hemming, pero no hizo ademán de intervenir.

—Te llamaré —prometió el detective, y se dio la vuelta para marcharse.

Erin lo contempló mientras se alejaba como si quisiera memorizar su imagen: la firmeza de sus hombros, la cabeza bien proporcionada con el cabello ondulado de color trigo. Antes de subirse en su viejo coche, Hemming se despidió con la mano una última vez y esbozó una mueca de dolor al inclinarse para entrar. Erin se quedó mirando cómo el Citroën giraba y las ruedas crujían al pisar la grava de la entrada.

Se quedó allí unos minutos escuchando al bullicioso gorrión del roble y se preguntó qué querría decirle con su canto. Se sentía ligera y pesada al mismo tiempo: feliz y triste, con las emociones agitadas, pero en paz, presa de una tristeza que, a su vez, tiraba de una profunda satisfacción. Se sentía encantada de estar en aquel retal de tierra, en ese pueblo, en esa época del año. Se desperezó y respiró el dulce y melancólico olor del otoño antes de darse la vuelta y caminar de regreso hacia la casa.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, quiero dar las gracias a mi fabulosa agente, Paige Wheeler. También quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Terri Bischoff y Jenny Chen, por sus soberbios consejos editoriales, su paciencia y su apoyo inquebrantable.

Quiero dar las gracias a Anthony Moore por descubrirme las maravillas de los páramos de Yorkshire, siempre has comprendido mi pasión y mi sentido de la aventura; y al personal del Lion Inn, Blakey Ridge, por una noche inolvidable, una espléndida comida y el maravilloso regalo de A *Coast to Coast Walk* de Alfred Wainwright. Gracias también a Alan Macquarie, erudito, músico e historiador, por ser un anfitrión tan generoso en su magnífico apartamento de Glasgow, y a Anne Clackson, por ser una gran (y bella) compañera. Estoy especialmente agradecida a mi querida amiga Rachel Fallon por su generosidad y espíritu leal. Y quiero mandar un saludo especial a los baristas de Gatehouse Coffee en la histórica York, la cafetería más espectacular que he tenido el placer de visitar.

Gracias al Castillo Hawthornden por otorgarme una beca, la temporada que pasé allí fue inolvidable; y a Byrdcliffe Colony de Woodstock, donde pasé muchos años felices, así como al Animal Care Sanctuary en East Smithfield, Pennsylvania, a Craig Lukatch y al fabuloso Lacawac Sanctuary, donde se escribió gran parte de este libro. ¡Estoy impaciente por volver!

También quiero expresar un agradecimiento especial a mi querido

amigo y colega Marvin Kaye por su continuo apoyo, y por las maravillosas cenas en Keens. Debo dar las gracias a mi ayudante, Frank Goad, por su inteligencia y experiencia, y también a mi buen amigo Ahmad Ali, cuyo apoyo y buena energía siempre me han levantado el ánimo; y a la biblioteca Stone Ridge Library, mi rincón de escritura en el norte cuando no estoy en casa.

Y por último, quiero expresar un agradecimiento especial a mis padres, cuentacuentos, intérpretes y músicos, quienes me enseñaron la importancia del arte y del poder de una buena historia.





ELIZABETH BLAKE (Carole Buggé). Ha escrito y publicado quince novelas, seis novelas cortas y una docena de relatos y poemas bajo otros seudónimos. Muchas de sus obras se han traducido a otras lenguas. Ha ganado la Euphoria Poetry Competition y el Eve of St. Agnes Poetry Award, y ha sido nominada dos veces al Pushcart Poetry Prize. Asimismo, ha ganado el primer premio de la Maxim Mazumdar Playwriting Competition, el Chronogram Literary Fiction Prize, el Jerry Jazz Musician Short Fiction Award y el Jean Paiva Memorial Fiction Award. También ha sido finalista en los certámenes de dramaturgia de McLaren, MSU y Henrico. Participa en las residencias para escritores de la fundación Hawthornden y de las colonias de Lacawac, Byrdcliffe y Karun.